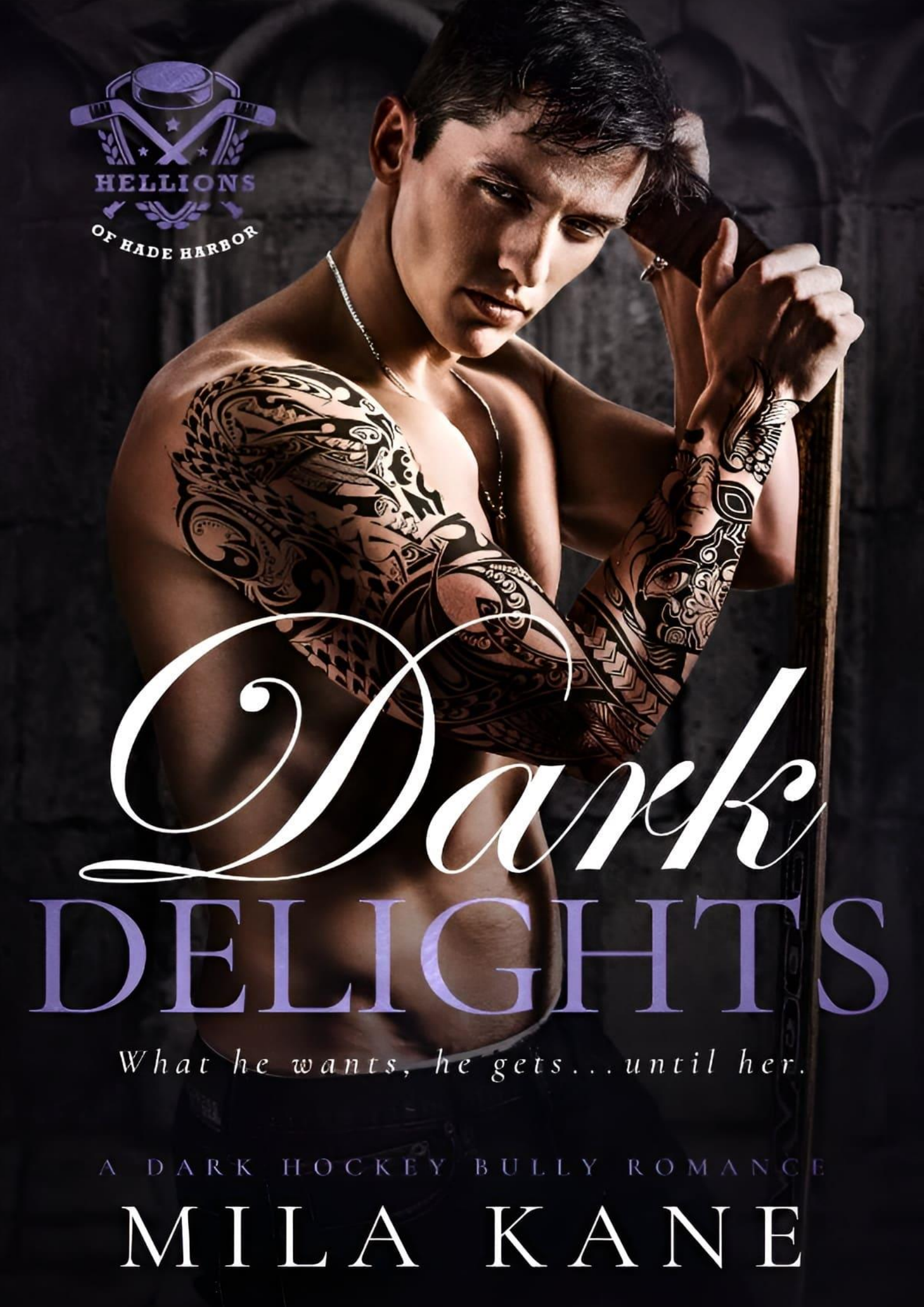

HELLIONS
OF HADE HARBOR
Dark
DELIGHTS
What he wants, he gets...until her.
A DARK HOCKEY BULLY ROMANCE
MILA KANE

DELIGHTS

HELLIONS OF HADE HARBOR, LIBRO 2.

El presente documento es una traducción realizada por **Sweet Poison**. Nuestro trabajo es totalmente sin fines de lucro y no recibimos remuneración económica de ningún tipo por hacerlo, por lo que te pedimos que **no subas capturas de pantalla a las redes sociales del mismo**.

Te invitamos a apoyar al autor comprando su libro en cuanto esté disponible en tu localidad, si tienes la posibilidad.

Recuerda que puedes ayudarnos difundiendo nuestro trabajo con discreción para que podamos seguir trayéndoles más libros.



Ahora ella es mi compañera de clase...

...mi compañera de cuarto y mi pupila.

MILA KANE

Dark

SWEET Poison

DELIGHTS

HELLIONS OF HADE HARBOR, LIBRO 2.

SINOPSIS

Él es una estrella del hockey y el tipo más rico de la ciudad. Ella es la hija de la sirvienta y la gemela de su mejor amigo.

Ella no quiere saber nada de él... él tiene otros planes.

Eve:

Estaba acostumbrada a ser la NIÑA POBRE DE LA ESCUELA, el caso de caridad.

Nunca me importó tanto.

Yo no me metía en su camino y ellos no se metían en el mío... era una buena regla para sobrevivir en una ciudad universitaria rica como Hade Harbor.

Hasta *Beckett Anderson.*

Obscenamente rico, con privilegios más allá de lo creíble.

Cruel, malcriado y despiadado, nunca debí haber entrado en su radar.

Ahora es demasiado tarde. Si quiero seguir estudiando y terminar, necesito a Beckett y su dinero, y ambos lo sabemos.

Pero el precio de Beckett por ayudarme es algo de lo que puede que nunca me recupere.

Hellions of Hade Harbor, libro 2.

Ahora ella es mi compañera de clase...

...mi compañera de cuarto y mi pupila.

MILA KANE

Dark

SWEET Poison

DELIGHTS

HELLIONS OF HADE HARBOR, LIBRO 2.

BIENVENIDO A HADE HARBOR

Al igual que otros libros del universo de Mila Kane, este es un romance oscuro, y tiene elementos que algunos lectores podrían encontrar desencadenantes.

Dark Delights es un romance de acosadores.

Las advertencias incluyen:

Acoso escolar

Menciones de agresión sexual anteriores a un menor por parte de una figura parental

Pensamientos suicidas

Consumo de drogas recreativas

Por favor, sáltate este libro si alguno de estos temas no te entusiasma; de lo contrario, disfrútalo

Mila.

Ahora ella es mi compañera de clase...

...mi compañera de cuarto y mi pupila.

MILA KANE

Dark

SWEET Poison

1

Eve

Trece años

El día que fui con mi mamá a trabajar a la casa del acantilado, empecé a comprender una de las mayores diferencias entre las personas del mundo.

Dinero.

Algunos lo tenían, otros no.

Todo el mundo lo quería.

Parecía así de simple para mi mente de trece años.

Cliff Point[1], rezaba un cartel en la puerta. Una casa tan cara que no tenía número, solo nombre.

Caminando hacia Cliff Point, la casa más grande del exclusivo y sinuoso paseo por la cima de la colina, las diferencias entre mi familia y la que vivía en la mansión me abofetearon en la cara.

Ellos lo tenían todo.

Mi mamá, mi hermano y yo no teníamos nada. El contraste nunca había sido tan claro.

La mansión era blanca, una obra maestra de torrecillas y grandes ventanales. Estaba detrás de una enorme verja metálica a la que mi mamá no se atrevía a acercarse. Entramos por una puerta lateral que nos

[1] Punto del acantilado.

condujo a la parte trasera de la extensa propiedad. Una enorme piscina infinita dominaba el patio trasero, cayendo en la nada, con la costa de Maine abajo extendiéndose hacia el horizonte.

Mi mamá llamó al timbre de una discreta puerta lateral, justo cuando un crujido de neumáticos sobre la grava me hizo asomarme por el muro hacia la parte delantera de la casa. Un auto se detuvo. Era blanco, como la casa, y grande. Un hombre salió del lado del conductor y corrió a abrir la puerta trasera. Una rubia elegante se bajó, se echó el cabello por encima del hombro y se alejó del conductor sin darle las gracias.

La otra puerta trasera se abrió sola y salió un chico. Tenía más o menos mi edad, pero era alto. Como yo era la más alta de mi clase, la mayoría de los chicos que conocía apenas me llegaban a la altura, pero este chico ya era más alto que yo. Cerró la puerta del auto con un fuerte empujón que me hizo dar un salto.

—¡No me digas lo que tengo que hacer, Colette! —gritó a la mujer que rodeaba el auto y avanzaba con sus tacones altos a una velocidad aterradora.

—Eve, *mi vida*[2], vámonos. —La mano de mi mamá me rodeó el brazo y me guió suavemente hacia la puerta lateral abierta.

Observé al chico un segundo más. Era larguirucho, con el cabello negro demasiado largo y desgreñado y cejas oscuras. Tenía los codos puntiagudos y afilados, las clavículas visibles incluso a través del jersey de hockey. Sus pies parecían enormes, al igual que sus orejas, como si aún tuvieran que crecerle. Aun así, resultaba magnético. Eran sus ojos. Oscuros y llenos de emoción. Parecían arder.

La mujer llegó hasta él y le agarró con fuerza del brazo. Sentí el fuerte contraste entre el suave tirón de mi mamá y la forma en que la mano con garras de la mujer se clavaba en el largo y delgado brazo del chico.

Sus ojos chocaron con los míos, justo antes de perderme de vista.

Esos ojos quemaban todo a su alrededor.

A mí también me quemaron.

[2] Dicho en el original en español.

La casa era tan bonita por dentro como por fuera. Estaba claro que a la familia que vivía aquí le encantaba el blanco, porque había tal ausencia de color que resultaba cegador.

Suelos y paredes de mármol blanco. Sábanas y persianas blancas. Flores blancas que brotan de grandes jarrones de cristal.

Seguí a mi mamá de habitación en habitación. A la ama de llaves, la señora Linton, no le gustaba la idea de que yo limpiara. En su opinión, una niña de trece años no podía cumplir sus exigentes normas. Al cabo de un rato, saqué mi manga favorito de la mochila y me fui a buscar un lugar tranquilo para no estorbar. Eran las vacaciones de verano, y mi hermano Asher estaba en un campamento de hockey que mi mamá apenas podía permitirse. Ella trabajaba horas extra este año para poder enviarlo.

Normalmente, me dejaba quedarme en casa en verano siempre que Asher también estuviera, pero como este año solo estaba yo, tenía que ir a trabajar con ella. Eso significaba muchos días largos y calurosos siguiendo a mi mamá casa por casa, pero no me importaba. Asher necesitaba seguir mejorando sus habilidades en el hockey para entrar en el equipo de Hade Harbor High, la mejor escuela pública en un radio de ciento cincuenta kilómetros, y que daba acceso directo a Hade Harbor University, una escuela conocida por enviar jugadores a la NHL. Él tenía un sueño y el talento para respaldarlo. Yo haría cualquier cosa para verlo lograrlo. Asher era mi gemelo, y sus sueños eran mis sueños.

Pronto podría trabajar en verano y ganar mi propio dinero, y me moría de ganas.

El dinero significaba vivir en una casa así y tener una vida sin preocupaciones. Cuanto antes pudiera ganar dinero, mejor. Así podría ayudar a mi mamá a jubilarse y dejar el trabajo agotador que la hizo envejecer antes de tiempo.

Encontré un lugar tranquilo cerca de una habitación que parecía una biblioteca o un estudio de algún tipo. Me senté en un banco del pasillo y disfruté de las vistas de la costa y de la carretera irregular y retorcida

que conducía a Hade Harbor. Desde aquí arriba, rodeada de blanco, me pregunté si el chico que vivía aquí se habría sentido alguna vez como un dios, observando desde arriba a los simples mortales que vivían sus vidas ordinarias en el pueblo de abajo. Si viviera aquí, nunca volvería a preocuparme por nada. Si viviera aquí, nunca más me faltaría nada.

Estaba buscando mi página cuando un portazo cerca de mí me hizo ponerme de pie de un salto. No era solo un portazo, era un sonido furioso. Unos pasos resonaban en el pasillo, alguien se acercaba.

No sabía por qué exactamente sentí la necesidad de esconderme. Tal vez era la furia tras aquellos pasos. Algo susurraba en mi interior que no debía encontrarme merodeando por los dominios privados de esta familia. Al instante me arrepentí de no haberme quedado con mi mamá.

Fue todo lo que tuve de tiempo para pensar. Vi un sillón ingeniosamente colocado en un rincón libre, y me zambullí detrás justo cuando el chico apareció.

Estaba aún más furioso que antes. Sus mejillas bronceadas estaban rojas, sus ojos oscuros seguían quemando todo lo que tocaban. Le siguió el ruido de los tacones al golpear el mármol.

—No te alejes de mí, Beck.

—¡No me llames Beck, Colette! Para ti es Beckett —gruñó el chico. *Beckett.*

Ella le agarró el hombro, con sus dedos rojos en forma de garra, y él se detuvo, encogiéndose de hombros como si le quemara.

—Te llamaré como quiera, pequeño pedazo de mierda. No te atrevas a alejarte de mí cuando te hablo, y no me llames Colette. Llámame mamá a partir de ahora.

—No eres mi mamá, y nunca lo serás. Solo eres la puta de mi papá...

Beckett no había terminado de hablar cuando la mano de la mujer salió volando. La bofetada fue tan fuerte que me robó el aliento. La mejilla de Beckett estaba más roja que el esmalte de uñas carmesí de Colette.

El chico se esforzaba visiblemente por mantener la calma, con un tic muscular en su mandíbula cuadrada. Sus manos se cerraron en puños a los lados.

—Prefiero morir a llamarte mamá.

—Bueno, ¿por qué no sigues el ejemplo de tu mamá y haces eso, entonces, y me ahorras el dolor de cabeza de cuidarte? —Colette le espetó con una sonrisa victoriosa en los labios: su dardo había dado en el blanco.

Reprimí un grito ahogado ante la crueldad de sus palabras.

Beckett se le quedó viendo, con la muerte en los ojos.

—¡Beckett! ¿Qué está pasando aquí? —una voz fuerte interrumpió la tensa escena.

Un hombre bajaba trotando por la escalera que se curvaba sobre nosotros. Sentía calambres en las rodillas en el frío y duro suelo detrás del sillón, pero no podía moverme. No cuando acababa de presenciar algo tan personal.

—Nada... —Colette apenas pudo pronunciar la palabra antes de que Beckett interviniera.

—Me dijo que la llamara mamá.

El hombre entró en escena. Iba vestido de traje y rezumaba riqueza. Tenía el mismo cabello oscuro y los mismos ojos que el chico. *El papá. Soren Anderson.* Todo el mundo en Hade Harbor escuchó hablar de él. Era un multimillonario comprobado y uno de los hombres más poderosos de la ciudad.

Se detuvo justo delante de la silla.

—Bueno, eso podría ser una buena idea.

—¡Papá!

—Basta, Beckett. No quiero oír tus quejas. Tienes que dejar de vivir en el pasado y seguir adelante. Tu mamá murió….

—¡Para! —Beckett gritó y se tapó los oídos con las manos.

—Ella murió, y es hora de que ambos sigamos adelante.

—¿Por qué tienes que seguir adelante con *ella*? —Beckett escupió la última palabra, volviendo sus ojos tormentosos hacia Colette.

—Porque Colette me entiende y todo por lo que he pasado. Ya tuve suficiente de esta conversación. Vuelve a discutir con tu madrastra y se acabó el hockey. Olvida las pruebas para los Hellions si no puedes llevarte bien con la familia que te queda.

Colette tenía los brazos cruzados sobre el pecho y una expresión de satisfacción en su bonita cara. Era realmente muy guapa, y parecía mucho, mucho más joven que Soren.

Beckett vio fijamente a su papá. Su odio y resentimiento, su furia y su dolor crudo y puro eran palpables y espesaban el aire del pasillo. Me pregunté cómo podía soportar sentir tanto.

Por fin rompió el silencio.

—No la olvidaré. No me importa lo que quieras. Nunca la olvidaré ni la reemplazaré por esta mujer con la que te casaste.

Su papá guardó silencio un instante y luego habló con sedosa precisión.

—No voy a pasarme la vida amando a un fantasma, Beckett. Ella ya no está. La vida es para los vivos. Ahora, compórtate. No quiero volver a oírte pelear con tu nueva mamá. Hazlo a riesgo de tu hermoso hockey.

Soren se giró hacia su nueva esposa y sonrió, acariciándole la mejilla.

—¿Estás bien, cariño?

—Ahora que estás aquí, estoy bien. Seguro que Beck se acostumbrará a mí enseguida. —Le sonrió a Soren de forma ganadora.

No vieron cómo las manos de Beckett se cerraban en puños blancos al oír el apodo. Soren y Colette se alejaron de Beckett sin verlo ni un segundo, dejándolo solo en medio del pasillo, con un torbellino de emociones retorciéndose a su alrededor. Me pregunté cuánto tiempo iba a permanecer ahí, impidiéndome escapar, justo cuando levantó una mano y se limpió los ojos con furia.

Estaba llorando. Los sollozos sacudían sus huesudos hombros. Toda su valentía y su fuerza se desmoronaban ahora que estaba solo. Desvié la mirada, sabiendo que me estaba entrometiendo en un momento muy privado. Por desgracia, el sillón tras el que me escondía tenía otras ideas. Intenté mover las piernas entumecidas y el maldito sillón crujió en el suelo. Fue solo un sonido diminuto, pero ensordecedor dadas las circunstancias.

¿Debería esconderme mejor? ¿A dónde podía ir? Antes de que pudiera decidirme, unos tenis aparecieron ante los míos.

Beckett estaba de pie justo delante de mí.

—¿Quién eres? —preguntó enojado.

Levanté la vista lentamente. Tenía la cara manchada de rojo furioso en las mejillas. Sus ojos ardían; era difícil enfrentarse a esa mirada. Era más guapo de lo que me había dado cuenta. Su cara estaba llena de partes que no encajaban, pero algún día lo harían. Su nuez de Adán sobresalía de su delgado cuello y se balanceaba mientras se tragaba las últimas lágrimas. Los rastros de sal se abrieron paso a través de lo rojo de sus mejillas, prueba irrefutable de su llanto.

—Estoy... estoy aquí con mi mamá —dije.

—¿Y por qué andas a escondidas? ¿Intentando ver algo que no debes? ¿Chismeando sobre los Anderson? ¿O tratando de robar algo, tal vez?

—¡¿Qué?! ¡No, claro que no!

—¿O es tu mamá una de las putas de Soren? ¿No se enteró de que le acaba de poner un anillo al capricho de la semana? Probablemente dejará de acostarse con ella dentro de unos meses. Tu mamá debería volver entonces. Como sea, mi papá debe estar realmente raspando el fondo del barril si está trayendo a casa putas con niñas.

Estaba de pie antes de que pudiera detenerme.

—¡Oye, no llames así a mi mamá, idiota!

Me agarró la mano mientras le empujaba el pecho.

—¿Cómo me llamaste? —Sus ojos se clavaron en los míos.

—Idiota. Mi mamá es la de la limpieza, no una de las novias de tu papá, o lo que sea.

Se sacudió como si le hubiera dado una bofetada.

—¿La de la limpieza?

Asentí con la cabeza. Se hizo el silencio entre nosotros y mi mirada se desvió hacia su mejilla. Cuando dejó de hablar durante demasiado tiempo, me picó la curiosidad.

—¿Ese hombre era tu papá? —casi susurré.

—Obviamente.

—¿Qué le pasó a tu mamá? —me oí preguntar. ¿Por qué lo pregunté? ¿Qué me pasaba? Nunca tuve un filtro muy fuerte entre mis pensamientos y mi boca, y el elefante en la habitación era el misterio de su mamá biológica.

La expresión perpleja de Beckett se endureció y me vio con el ceño fruncido.

—¿Por qué?

Me encogí de hombros.

—Solo me lo preguntaba. ¿Estás bien? —añadí.

Fue un error, lo vi inmediatamente. El chico se tensó y se apartó de mí. Hubo un momento en que vi su tristeza y su dolor. Algo terrible y triste le pasó a su mamá. Era el origen de su furia; lo supe por la fracción de segundo de vulnerabilidad en su rostro, luego, una furiosa fachada se puso en su lugar.

Me vio de arriba abajo, con una mueca de desprecio en sus facciones.

—¿Tú me preguntas si estoy bien? ¿La hija de la señora de la limpieza?

Su fría risa me hizo sentir un escalofrío.

—Serías menos patética si fueras la hija de una de las putas de mi papá. Al menos sacarías un buen sueldo de eso. —Recogió mi cómic del

suelo—. En vez de eso, no solo eres basura, sino que además eres una basura pobre.

Arrancó una tira de páginas ilustradas antes de que pudiera detenerlo. Luché por mi manga, pero cuando lo arranqué de su fuerte agarre, ya estaba hecho pedazos. Dejó caer los jirones al suelo.

—Límpialo, *Cenicienta*, o dile a tu mamá que lo haga. Me da igual —dijo, con una voz cargada de malicia que sonaba aburrida.

La ira me subió por la garganta, robándome las palabras por un momento. Mi mente repasó los últimos segundos. ¿Este matón creía que podía humillarme así? Yo le enseñaría.

—Siento que tu papá te odie tanto... aguanta, chico duro. Algún día mejorará. —le dije, con una voz cargada de falsa preocupación. Nunca fui capaz de encajar un golpe.

Se detuvo en seco en el centro de la sala de mármol, con las manos encogidas de nuevo. *En el blanco.* Le toqué la fibra sensible, y se lo merecía por destrozarme el manga. Levanté la barbilla y me preparé para enfrentarme a su crueldad cuando una voz nos alcanzó desde el fondo del pasillo.

—¿Amo Beckett? ¿Ya está en casa? Lo siento mucho, no lo sabía. —La señora Linton pasó junto a mí y se acercó al chico furioso.

Él me estaba atravesando con la mirada, sin ver siquiera a la aduladora ama de llaves.

Me di la vuelta y recogí mi libro roto, metiendo los trozos en la mochila.

—Solo voy a ayudar a mi mamá —murmuré, evitando la mirada furiosa del chico y la desaprobación de la señora Linton.

¿Cómo lo llamó? *Amo Beckett.* Mátame, qué imbécil tan rico.

—¿Cómo te llamas? —exigió Beckett y me agarró cuando intenté pasar a su lado.

Me detuve, intentando zafarme de su violento agarre.

—¿Por qué?

—No preguntes por qué, niña. ¿Qué diría tu mamá de tus modales? —reprendió la señora Linton—. Dinos tu nombre o puedes irte a casa en este momento.

Me tragué mi negativa. ¿Qué importaba que supiera mi nombre? De todas formas, parecía que le había costado el trabajo a mi mamá. La culpa me cubrió la lengua y alcé los ojos hacia los del acosador.

—Soy Eve. Eve Martino.

—Eve —repitió—. Eve *Martino*. —Sonaba como si lo estuviera memorizando.

No me gustó nada el brillo calculador de sus ojos. Se inclinó hacia mí y me sujetó mientras susurraba en voz baja.

—Eres una chica muerta, Eve Martino.

—Tengo que irme —murmuré, soltándome de su agarre y corriendo hacia la habitación donde vi a mi mamá por última vez.

Esta vez, me dejó ir.

2

Beckett

Quince años

Mi cumpleaños número quince sería mi primera gran fiesta en Cliff Point. Mi papá apenas estaba en casa, así que no le importaba. Desde que mi mamá murió, rara vez aparecía por nuestra casa de Hade Harbor, dejándome con mi madrastra.

Colette.

Tras la muerte de mi mamá, tardé mucho tiempo en volver a sentir que Cliff Point era mi hogar. Me torturaba con pensamientos de aquel día, remordimientos. Imaginaba que podía verla desaparecer por los pasillos y colarse en las habitaciones. Aun así, me sentía como en casa con su fantasma.

Todo eso se detuvo cuando llegó Colette. Mi papá se casó con ella antes de que yo la conociera. Aquel día en que Eve Martino me vio llorar, solo tenía dos semanas que conocía a Colette. Entonces, solo pensaba en ella como una molesta figura parental en mi vida.

No tenía ni idea de que era mucho peor que eso.

Mucho, mucho peor.

Por alguna estúpida razón, mi cumpleaños número quince sería de temática hawaiana. La piscina estaba llena de flotadores temáticos, se servían cócteles afrutados a los chicos (y muy fuertes a los papás) y todo el mundo iba vestido con sus mejores galas de estilo hawaiano.

Yo llevaba una camiseta y unos pantalones cortos playeros, exactamente lo que me pondría en Hawai.

Todos los amigos de Colette estaban presentes. Por suerte, me dejó invitar a algunos amigos de la escuela. Solo me faltaban Marcus Bailey y Asher Martino, mis dos mejores amigos y compañeros de equipo de hockey.

Por desgracia, Asher trajo a su hermana gemela, Eve.

Eve, la chica que espió a mi desestructurada familia en el peor momento posible. Eve, la valiente Cenicienta que me molestó desde el primer día, pero que estaba a salvo de mi ira gracias a quién era su hermano.

—¡Beck! —Colette insistía en llamarme por el mismo nombre que usaba mi mamá. Cada vez que lo decía, la odiaba un poco más. Era toda una hazaña, teniendo en cuenta que gran parte de mi corazón -congelado en el tiempo cuando murió mi mamá- ya estaba ennegrecido y podrido de odio hacia la mujer que vivía conmigo. Aun así, lo conseguí.

»Ven y ayúdame con algo en la casa de la piscina —dijo, pasando a mi lado en un traje de baño blanco y tacones altos. La mujer se creía sexy, pero en realidad, su zorra interior salía a relucir se pusiera lo que se pusiera.

La seguí obedientemente hacia la casa de la piscina. Últimamente, Colette estaba diferente conmigo, y no me gustaba. Se quedaba mirándome cuando nadaba, y sus manos a veces me rozaban el brazo o me acariciaban el muslo. Probablemente pensaba que nos estábamos acercando cada vez más, formando un verdadero vínculo familiar. No tenía ni idea de que me importaba jodidamente una mierda.

La casa de la piscina estaba sofocante por dentro, dado el cálido clima de agosto.

—¿Qué pasa? —pregunté inmediatamente.

—Necesito ayuda para ponerme crema solar. No quiero ponerme demasiado morena —se preocupó Colette, tomando un bote de SPF 100 de una estantería y pasándomelo. Colette estaba obsesionada con el blanco, y esa fascinación se extendía a proteger su piel de los más mínimos rayos de sol. Estaba chiflada.

—Quizá deberías tomar un poco el sol —murmuré—. Es bueno para ti, ¿no?

Empezaba a parecer a una figura de cera.

Colette me sonrió con satisfacción.

—¿Preocupado por mi salud, Beck?

—No me llames así —le espeté. Nunca dejaría de hacerlo, sabía que me molestaba demasiado, pero tenía que protestar. Mientras protestara, podría sobrevivir oyendo el apodo de mi mamá en la boca de Colette.

—Como quieras, ven y ponme crema en la espalda. —Se sentó y se echó hacia un lado el largo cabello rubio blanquecino decolorado, dejando ver el corte bajo de su bañador.

La repulsión se apoderó de mí. ¿Quería que la tocara? Preferiría morir.

—Pídele a otro que lo haga. —Dejé caer el bote de crema solar.

—Tu papá no está aquí, y no confío en nadie más. Date prisa, no es para tanto. —Me lanzó una mirada calculadora—. No me digas que nunca le has tocado la espalda a una mujer, Beck. ¿O a una chica en la escuela? Pensaría que un chico maduro como tú ya estaría tonteando con porristas, o conejitas del hockey, o como quiera que llamen a esas chicas fáciles que siguen al equipo.

—No salgo con nadie. Soren no lo permite —le recordé.

Mi papá tenía reglas muy particulares sobre las citas. Creía que, dado nuestro estatus y riqueza, las citas casuales estaban prohibidas. Había demasiadas cazafortunas que solo querían ascender asociándose con nosotros. Se las arreglaba para decirlo con cara seria mientras él le había puesto a Colette un anillo de boda, la cazafortunas consumada.

Hacía tanto calor en la casa de la piscina que casi me asfixiaba. Conocía a Colette lo suficiente como para saber que no se rendiría hasta conseguir lo que quería. Cedí y me armé de valor para tocar su asquerosa espalda desnuda, me eché un chorro de crema solar en la mano y la froté.

—Quiero decir... has tonteado con chicas, ¿verdad, Beck? Es normal en chicos de tu edad.

Deseé que se callara de una puta vez y dejara de hacerme sentir mal con sus preguntas inquisitivas.

—Últimamente vi las sábanas por la mañana cuando tienes sueños excitantes.

Me detuve, con el horror cubriendo cada uno de mis nervios. La loción estaba medio untada y no me importaba terminar el trabajo.

Quería salir de ahí.

Se dio la vuelta. Sus tibios ojos azules se alzaron hacia los míos. Había algo depredador en su sonrisa. De repente supe que me trajo aquí y me pidió este favor a propósito para provocar esta conversación. La sola idea me provocó ansiedad.

Claro, tenía sueños húmedos. ¿Qué chico de quince años no los tenía? Gracias a la paranoia de mi papá, era el que menos acción tenía de todos mis amigos. Era popular entre las chicas de la escuela, pero nunca actuaba en consecuencia. Mi papá me amenazó con enviarme a un internado solo para chicos en Suiza si ponía en peligro la reputación de los Anderson en la ciudad.

No quería dejar Hade Harbor. Asher y Marcus no eran solo amigos; en ese momento, también eran mi familia. Los que yo había elegido. No quería dejarlos nunca. Además, Hade Harbor y Cliff Point eran los únicos lugares donde tenía recuerdos de mi mamá. Quería quedarme a toda costa.

No podía creer que mi madrastra fuera tan asquerosa como para sacar el tema del sexo como si fuera un tema de conversación normal entre nosotros.

—Está bien. No te estoy culpando —dijo entre mi disgusto—. Es natural, como dije. Los chicos de tu edad tienen todo tipo de impulsos. Es normal querer explorarlos. ¿Puedes ponerme un poco de crema aquí también? —Se pasó los dedos por un hombro—. Tengo las uñas demasiado largas.

—¿En serio? —me quejé.

—Beck, no puedes irte de aquí hasta que lo hagas.

Me eché más crema solar en la mano y se la pasé por los hombros. Se me erizó la piel al oír la inoportuna charla de Colette sobre los pájaros y las abejas, o lo que fuera que estuviera preparando.

Terminé untándole apresuradamente la crema en las clavículas.

—Ya está. ¿Puedo irme?

Sonrió, y no había nada agradable ni reconfortante en eso. Sus uñas cuidadas se deslizaron bajo los tirantes del bañador y se lo quitó de los hombros. El bañador se le encharcó en la cintura. Desvié la mirada, el horror me paralizó.

—Solo un área más que hacer, y entonces habrás terminado.

Llegué hasta los rosales de detrás de la propiedad antes de que mi estómago se rebelara. Caí de rodillas sobre la tierra y vomité una y otra vez, hasta que lo único que expulsé fue bilis. El odio corría por mis venas. Odio y repugnancia profunda. Quería cortarme las manos. Cortarlas por las muñecas sería la única forma de calmar mi horror.

—Dios, Beckett, ¿estás bien? —preguntó una voz preocupada detrás de mí.

Una mano se posó en mi espalda y me estremecí. La voz era femenina y, después de lo que acababa de ocurrir en la casa de la piscina, me estremecí al pensar que me tocara una chica.

Eve Martino estaba inclinada sobre mí, con preocupación en su bonita cara. ¿Por qué estaba predestinado a que esta chica me viera en cualquier estado indigno y vulnerable?

—¿Debería ir a buscar a Colette? —ofreció.

Exploté alejándome de ella, desgarrando mis manos en las espinas de los rosales, indiferente. Ella se tapó la boca con una mano, mirándome fijamente. La sangre me goteaba por las manos y las rodillas y caía al suelo.

La lástima y la confusión llenaron los ojos de Eve.

No podía soportar esa mirada.

—No. No llames a la puta Colette, no llames a nadie. Solo lárgate de aquí y déjame en paz —le gruñí.

Dio un paso atrás mientras yo me ponía de pie.

—Beckett, realmente creo que debería traer a tu madrastra.

—¡Déjame en paz! —Rugí y me largué.

3

Eve

Dieciséis años

Era Halloween y mi hermano iba a salir con sus amigos, mientras que yo iba a casa de Lily a comer demasiados caramelos y ver películas de miedo. A pesar de no estar invitada a la fiesta más genial de la ciudad, a la que iban mi hermano y sus amigos, me iba a disfrazar. No había nada malo en disfrazarse la noche de Halloween, aunque solo fuera para ir al cine.

Tarareé mientras me vestía. Iba a ir de porrista zombie. A estas alturas, el disfraz barato que encontré en una tienda de segunda mano era lo más cerca que estaría de ser una porrista de verdad. Aunque me presentaba todos los años, nunca pasaba el corte. Nunca llevaría este disfraz a una fiesta de verdad. El desprecio de Selena, la porrista principal, sería insoportable.

Pobrecita Eve Martino, tan desesperada por encajar... y con énfasis en lo de pobre, se reiría. No sería la primera vez. Lo que más me escocía era cuánta razón tenía. Por supuesto, podía reírme de sus insultos y fingir que no daba en el blanco con sus púas cuidadosamente dirigidas, pero Selena sabía olfatear la debilidad y aprovecharse de ella. Yo quería encajar, pero se necesitaba dinero para pertenecer a Hade Harbor.

Aun así, tenía mi orgullo. A veces, era todo lo que tenía. Si quería rechazarme por ser demasiado pobre, no podía hacer nada. No dejaría que eso me impidiera intentarlo. No la dejaría ganar.

Así que, aunque esté muy lejos de ser una porrista de verdad, podría llevar mi uniforme de porrista a casa de Lily y mi mejor amiga no se reiría de mí ni se burlaría.

La música de Asher retumbaba en el pasillo mientras me arreglaba. Me puse la piel un poco más pálida con pintura facial y luego me puse los ojos oscuros y muertos. Terminé el look con salpicaduras de sangre falsa en la boca y en el cuello, como si hubiera estado sangrando por ahí.

La música de Asher estaba muy, muy alta. Si no teníamos cuidado, los vecinos se quejarían. Suspirando, me recogí el cabello en una coleta alta y me dirigí a la cocina.

—¡Ash! No vuelvas a echarnos encima a la señora Sánchez por la música —lo regañé al llegar a la habitación.

Atravesé la puerta y me detuve. No era mi hermano, que estaba en la mesa de la cocina con el teléfono encima de un pequeño pero potente altavoz inalámbrico.

Era Beckett.

Tenía la puerta trasera abierta y estaba fumando algo, dándole caladas profundas antes de expulsar el humo al exterior. Se hizo más alto y más ancho en la preparatoria y parecía más corpulento de lo que debería ser cualquier adolescente.

Mi mamá odiaba el olor de los cigarros y aún más el de la marihuana. Podía distinguir fácilmente cuál estaba fumando Beckett.

—No puedes fumar aquí, Anderson —le espeté y crucé la cocina hacia él en tres zancadas cortas.

Estiré la mano para quitárselo y él estiró el brazo para apartarlo de mí.

—Dámelo.

—No creo que lo haga —respondió lentamente, arrogante como siempre.

Lo fulminé con la mirada y me abalancé sobre el porro ardiendo. Beckett se paró, levantando el brazo y poniendo la mano lejos de mi

alcance. Caí sobre él y mis manos se posaron en su estómago. Se sacudió como si lo hubiera quemado.

Mis mejillas ardieron de vergüenza. Sabía que no le caía bien a Beckett, pero su instintivo estremecimiento me hizo sentir como si fuera una enferma. Le quité las manos de encima.

—Dame el porro o tíralo tú.

Me sostuvo la mirada un momento, se llevó el porro a los labios para inhalar largo rato y luego lo arrojó por la puerta abierta.

Luego me echó el humo en la cara, como un imbécil.

—Relájate un poco, Tiny[3]. Estás muy tensa.

—Y tú no eres más que un idiota —murmuré y salí dando pisotones para apagar la colilla naranja incandescente. Odiaba el apodo. No era ni mucho menos pequeña. Era una de las chicas más altas del grupo, pero para Beckett todo el mundo era pequeño.

—Hace falta ser uno para conocer a otro —se rió Beckett.

—Genial, ahora tienes diez años —me quejé y volví a entrar.

Beckett volvió a sentarse a la mesa. Podía ver sus enormes pupilas desde donde yo estaba. Negras cortando el gris.

—Eso jodidamente quisiera. Tener diez años era increíble —suspiró mientras se llevaba las manos a la nuca, movimiento que hizo que se le abultaran los hombros y los impresionantes bíceps. Volvía a parecer relajado, su humor era tan voluble como sus ojos.

—¿Sí? ¿Qué tenía de alucinante tener diez años? —le pregunté mientras me servía un vaso de agua y me apoyaba en la encimera para observarlo.

Iba vestido como una especie de personaje al estilo The Purge, con una espeluznante máscara sobre la mesa.

—Todo —dijo con una larga exhalación.

[3] Pequeña.

Pensé en cuando Beckett tenía diez años. Tarde se me ocurrió que su mamá biológica aún debía de estar viva.

No sabía qué decir, y Beckett no esperaba precisamente una respuesta. Me giré y rellené mi vaso.

Cuando me di la vuelta, solté un grito al ver lo que tenía delante. Un hombre aterrador vestido de negro estaba de pie frente a mí, con el rostro oculto bajo una máscara aterradora con X rojas por ojos y una boca ancha y dentada.

Beckett en su traje.

—Muy gracioso. Eso estuvo fuera de lugar.

Su voz sonaba rara bajo la máscara. Debía de llevar un modulador de voz.

—Pero divertido. ¿Y tú quién eres? ¿Selena? Diste en el clavo.

Esa comparación con la líder de las porristas de la escuela me arrancó una carcajada.

—Solo soy una porrista zombi.

Beckett asintió lentamente y luego se inclinó hacia mí, aprisionándome contra el lavabo.

—Eso tiene sentido... viendo que probablemente morirás antes de entrar en el equipo.

El inesperado insulto me puso los pelos de punta. Le empujé el pecho mientras él se reía de su propio chiste.

—Muy gracioso. Deberías haberte disfrazado de ti mismo en Halloween, no necesitabas un disfraz. Podrías haber sido un matón malcriado y egoísta. No necesitarías ni un solo accesorio.

Beckett se detuvo un momento y yo intenté no sentirme intimidada por la máscara y su imponente estatura.

—En ese caso, tú deberías ir de virgen ingenua, no hace falta disfraz.

Hice ademán de reírme, pero me pinchó en mi punto débil. La sobreprotección de mi hermano se convirtió en uno de nuestros únicos puntos de discordia.

—Curiosamente, tengo una excusa para no haber salido nunca con nadie... Asher es un gran bloqueador de pollas. ¿Cuál es tu excusa, Beckett? La única persona que tiene menos citas que yo eres tú. ¿Tienes problemas de rendimiento a la edad de dieciséis años? No es un buen augurio para tu futuro, Señor Defensor Importante.

Becket me vio fijamente, las X rojas de su máscara casi parecían enojadas. Yo le devolví la mirada. Nunca nos llevamos bien, pero nuestra animosidad solo parecía crecer a medida que nos hacíamos mayores, y se hacía más difícil ignorarnos el uno al otro. Nuestro único factor común era Asher. Sin él en medio, nos peleábamos como perros y gatos. Nadie podía presionar mis botones como Beckett.

—¿Chicos? —La voz de Asher llamó desde la puerta, enviando la dura realidad chocando sobre nosotros.

Los dos nos giramos hacia él, culpables. Él nos miraba fijamente, con el ceño fruncido.

—No hay ningún problema, ¿verdad? —se preocupó al cabo de un momento.

—No, ningún problema —dijo Beckett, al mismo tiempo que yo hablaba.

—Nada que no pueda manejar.

Asher nos vio divertido y se adentró en la habitación.

—Estoy listo —le dijo a Beckett, poniéndose una máscara a juego en la cabeza, esta vez con X neón moradas.

Beckett asintió y me rodeó, dirigiéndose a la puerta.

—¿Seguro que no quieren que Lily y yo vayamos a la fiesta con ustedes? Podemos ser las conductoras designadas, o algo así. —Mi apelación cayó en oídos sordos, lo cual ya sabía que pasaría. Llevaba toda la semana intentando que Asher nos llevara a Lily y a mí.

—No hace falta, Evie. Que pases buena noche —dijo Asher y salió de la cocina.

Beckett se echó hacia atrás, mirándome fijamente con esa máscara ilegible y espeluznante.

—Diviértete, Cenicienta. No hay baile para ti esta noche... quizá la próxima vez. —Se rió entre dientes y se fue.

Imbécil.

Ahora ella es mi compañera de clase...
...mi compañera de cuarto y mi pupila.

4

Beckett

Diecisiete años

Saqué una pastillita blanca del frasco naranja que me dio Colette y me la tragué. Necesitaba la calma sintética que me proporcionaban las pastillas. No me gustaba tomar cosas. Fumar hierba y beber era algo normal para cualquier estudiante de preparatoria, pero si tomaba algo más, mi lucidez se vería afectada.

Esa era exactamente la razón por la que Colette empezó a dármelas. Joder a una mente joven con inconveniencia progresiva, diseñadas para infundir vergüenza y culpa, al final surtía efecto. Las sofisticadas maneras en que Colette me atrapó y me hizo sentir impotente y temeroso de decir la verdad fueron magistrales. Solo cuando me hice mayor empecé a luchar contra sus juegos mentales. Me amenazó con romperle el corazón a mi papá durante mucho tiempo, hasta que decidí luchar.

Desde que le dije que no. En represalia, me paseaba entre sus amigas, normalmente cuando estaban borrachas y manos largas.

Seguro que algunos chicos se preguntarían de qué me quejaba, de que me manosearan amas de casa cougars con sus cuerpos de gimnasio, pero a mí no me importaba lo que pensaran los demás. Esas mujeres me revolvían el estómago con su falsa piel bronceada y sus afiladas uñas cuidadas. Odiaba el olor de sus perfumes empalagosos y sus rostros sin emociones y rellenados con bótox.

Las mataría a todas si tuviera la oportunidad, pero entonces, perdería mi razón de vivir.

Sobre el hielo, todo eso desaparecía y me sentía libre. Me estrellaba y me quemaba a lo largo de los partidos, aplastando y golpeando a los jugadores contra los tableros, y eso solo me hacía mejorar. Era un juego diseñado para mi furia contra el mundo, y quería jugarlo siempre.

Así que no las maté, aunque básicamente me lo suplicaban. Qué sorpresa, a las desesperadas amas de casa de Hade Harbor les gustaba que las estrangularan y las magullaran. Desahogué mi violencia con ellas, y les encantaba. Solo hacía que mi odio hacia mí mismo fuera más profundo. Las lastimaba y me pedían más. Mi estructura moral y mi comprensión del mundo estaban moldeadas por la moral corrupta y depravada de mi madrastra y su grupo de depredadoras. Lo sabía y por fin me había mentalizado lo suficiente como para hacer que parara.

Esta noche, se terminaría.

Oí llegar el auto de mi papá y luego el portazo. Estaba sentado junto a la ventana abierta, dejando que el aire frío e invernal me recorriera el cuerpo. Me entumecía y me gustaba la sensación. Me puse de pie y tomé la brillante memoria USB en la que me llevó demasiado tiempo pensar. Cuando se trataba de Colette, era más complicada de lo que nunca esperé, y mi mente adolescente no fue capaz de seguirle el ritmo, hasta ahora.

Bajé las escaleras.

Soren acababa de entrar en su oficina. Llamé y entré.

—Beckett, esto es una sorpresa. ¿No tienes entrenamiento esta noche?

—Eso es los miércoles —le recordé. No podía esperar que lo supiera. Nunca estaba en casa.

Mi relación con mi papá se había erosionado lentamente hasta convertirse en la de un colega o conocido en los años transcurridos desde la muerte de mi mamá. No quería estar en Cliff Point ni ver al chico que le recordaba a la mujer que una vez amó. Lo entendía, pero cuando se alejó, me dejó a merced de Colette. La dura verdad despertó la ira y el resentimiento en mis entrañas. Mi papá permitió que todo esto sucediera. Ahora, esta noche, le daría una oportunidad de arreglarlo antes de descartarlo para siempre.

—Tengo que enseñarte algo.

Estaba viendo su teléfono, distraído. Me hizo un gesto con la mano.

—Adelante.

Su portátil ya estaba abierto, así que conecté la memoria y pulsé play en el vídeo, luego me retiré al otro lado del escritorio. No quería verlo. No podía soportarlo. Era el momento. Mi peor y más vergonzoso secreto expuesto para que lo viera mi papá. Me sentía ansioso, a pesar del sedante que tomé.

Soren vio la pantalla y frunció el ceño. Se inclinó hacia ella y la observó, con expresión decidida.

—¿Quién es? —preguntó al cabo de un momento.

Probablemente aún estaba al principio de las secuencias empalmadas, así que adiviné.

—La amiga de Colette, Rachel Evanston. Esto fue el año pasado.

Mi papá se quedó callado durante mucho tiempo. Vi el momento en que las imágenes cambiaban a otra perpetradora. Se enderezó y cerró el portátil de golpe.

—Ya vi suficiente. —Me vio con una expresión ilegible—. Parece que te divertiste mucho bajo este techo, jovencito.

—¿Qué?

—Te dije que no salieras con chicas de tu edad por los posibles problemas de relaciones públicas. Esta es una solución creativa al dilema, pero podría quedar igual de mal si alguno de sus esposos se enterara.

—Yo no quería hacer nada de eso —dije lentamente.

Soren soltó una carcajada.

—Estuviste a la altura de las circunstancias —señaló.

Me sonrojé de un rojo intenso, una vergüenza caliente e insoportable que me llenaba y me desbordaba.

—No pude evitarlo. Solo tenía dieciséis años, papá, por si lo habías olvidado. Tenía dieciséis años, y todas tienen la edad de Colette.

—A muchos chicos de tu edad les encantaría que una mujer mayor y atractiva los llevaran a los salones de las experimentadas. Considérate afortunado y déjalo ya. No necesito que venga ningún amigo del club a exigirme que le explique por qué mi hijo se folla a su mujer, aunque tú seas más grande y más fuerte que ellos. —Había una enfermiza nota de orgullo en el tono de mi papá. Era como si estuviera impresionado por cómo crecí y me volví físicamente intimidante. Le gustaba la idea de que su hijo ya fuera un hombre poderoso a los dieciséis años.

Me sentí enfermo y avergonzado, y muy decepcionado. Lo último era una vibrante joya afilada en mi pecho, clavándose en mi corazón.

—Colette fue la primera, ya sabes. Fue toda ella.

Esa frase paralizó a Soren. Su expresión cuidadosa se transformó en enojo.

—Cuidado con lo que dices de mi esposa—advirtió.

—No. No cuidaré lo que digo. Debería importarte que tu esposa te haya estado engañando... debería importarte lo que me hizo.

Mi papá y yo nos miramos fijamente. Años de distancia nos separaban, y todos los resentimientos y culpas que nos echábamos el uno al otro se acumulaban, pero tenía que creerme, ¿no? Tenía que hacerlo.

—Te dije que diría eso, ¿no? —una voz fría y cruel que me resultaba demasiado familiar habló detrás de mí.

Colette se coló en la habitación y yo estaba tan concentrado en mi papá que no la vi.

Soren asintió.

—Sí, tenías razón.

Ella pasó junto a mí, con los tacones golpeando el suelo. El sonido me produjo pavor. Estaba acostumbrado a odiar ese sonido. A temerlo.

Se acercó a mi papá y deslizó su mano sobre la de él.

—Es una reacción normal cuando te atrapan tonteando con mujeres casadas.

—Supongo que sí. —Soren suspiró y se pellizcó el puente de la nariz, como si toda esa conversación fuera demasiado agotadora e innecesaria.

Él ya había tomado una decisión, y yo no sería capaz de convencerlo. Tenía vídeos de las amigas idiotas de Colette, pero ninguno de ella. Era demasiado lista para eso. Siempre evitó mi habitación, y no se había interesado por mí en el último año. Ya era demasiado mayor para ella.

Me lanzó una sonrisa burlona. Me dio un vuelco el corazón. Esto se había acabado. Colette ganó.

—¿Qué te dijo? —le pregunté.

—La verdad. Te atraparon jugando con sus amigas y te pusiste a la defensiva. Lo entiendo, Beckett. Yo habría hecho lo mismo si fuera tú y estuviera rodeado de hermosas mujeres mayores, pero tiene que parar ahora, hijo. Como te dije, la óptica de esto no es mucho mejor que si estuvieras tonteando con alguien de tu clase y se supiera. Cálmate un rato.

—¿Calmarme un rato? —repetí entumecido. Asentí con la cabeza, mientras se me partía el corazón—. Calmarme un rato —repetí una vez más y me di la vuelta. No podía soportar la expresión de regodeo de Colette ni la mirada terrible, desdeñosa e indiferente de mi papá.

Salí al vestíbulo, las emociones que normalmente reprimía amenazaban con desbordarme. Me tambaleé hasta un asiento justo afuera, el mismo tras el que Eve se escondió hace tantos años. Entonces no tenía ni idea de lo mal que me iría en la vida entre estas paredes.

—¿Realmente pensaste que funcionaría? Soren es mi esposo, Beck. Siempre estará de mi lado. —Colette me siguió.

La vi con odio aburrido

Caminó hacia mí, y la violencia pura me inundó por un segundo.

—No te acerques jodidamente a mí.

Se detuvo y sonrió con condescendencia, apoyándose en la pared. Hacía mucho tiempo que no me sentía paralizado por el miedo e impotente en su presencia. Al hacerme mayor y más fuerte, volví a controlar mi vida. Era lo único que me hacía seguir adelante. Era lo único que me sacaba adelante en las noches en que la culpa y la vergüenza del pasado amenazaban con apoderarse de mi mente.

—¿Cómo sabías que iría con él?

—Porque te conozco, Beck. Deberías mantener la boca cerrada, de todos modos... supongo que aún no eres lo suficientemente inteligente como para entender que nadie te trataría igual si supiera la verdad. Estás roto, Beck. Más allá de la salvación. Nadie te querrá nunca. —Con ese cruel golpe final, mi madrastra se dio la vuelta y volvió a la oficina de mi papá, cerrando la puerta tras ella.

Estás roto, Beck. Más allá de la salvación. Nadie te querrá nunca.

Saqué el frasco de pastillas del bolsillo y sacudí otra. Era peligroso tomar demasiadas. Podría acostumbrarme demasiado a ellas y ansiar el adormecimiento.

En la oficina de mi papá, Colette se echó a reír, y el tintineo me crispó los nervios.

Tomé la píldora y la hice crujir entre mis dientes, disfrutando del sabor amargo.

Bienvenido el entumecimiento. No podía soportar nada más.

Ahora ella es mi compañera de clase...
...mi compañera de cuarto y mi pupila.

5

Eve

Ahora

El calor entraba por las ventanas del Chickadee Diner, y unos cuantos ventiladores giraban lentamente por encima. El lugar no tenía aire acondicionado central, teniendo en cuenta los pocos meses que se necesitaba en Maine. Así que sudaba a través de mi uniforme y fantaseaba con estar en la playa, donde estaba el resto de mi grupo. Diablos, me conformaría con una bonita piscina como la de Cliff Point. Hacía apenas un mes, el equipo de hockey de la preparatoria ganó los campeonatos estatales y lo celebramos en la mansión Anderson. Beckett toleraba mi presencia, pero nuestra relación no había mejorado desde nuestro primer encuentro años atrás. Se nos daba bien ocultar lo mucho que nos odiábamos.

—No sé... Introducción a la Economía suena mucho más interesante que Métodos de Investigación Cuantitativa en los Negocios. —Me incliné sobre el respaldo de la brillante cabina de vinilo en la que estaba sentada mi mejor amiga.

Lily tenía un catálogo de cursos de la HHU abierto ante ella y estaba subrayando las cosas que le parecían interesantes. Ya tenía todas sus clases, por supuesto, ya que es la persona más organizada que conozco. Ahora estaba planificando mi horario.

Lily golpeó la página con el rotulador.

—Hmm, de acuerdo, pero entonces tendríamos que pasar Marketing 101 al viernes, que apesta como día para tener una carga de clases

pesada. —Lo pensó un momento y luego me vio—. ¿Y tus actividades extraescolares? ¿Y las porristas? ¿Vas a volver a intentarlo?

Limpié la parte trasera de la cabina para parecer ocupada cuando mi jefe vio en mi dirección.

—¿Sería siquiera un nuevo curso escolar si no me presentara a las pruebas de porrista y fracasara estrepitosamente? A estas alturas ya es tradición.

Lily se burló.

—Bailas mejor que cualquiera de ellas...

—Parcial, pero te lo agradezco. —Le sonreí.

—*Eres* mejor bailarina que cualquiera de ellas. A Selena simplemente no le gustabas.

Pues no se equivocaba. La última vez que lo intenté, Selena insinuó que habría sido demasiado duro para mí mantenerme al día con las exigencias financieras de ser porrista, y no solo eso, sino que me costaría llegar a los partidos, viendo la frecuencia con la que trabajaba después de clase.

—*¿Pero no tienes como cien trabajos a tiempo parcial?* —Aún podía recordar la molesta arruga de su nariz cuando me hizo esa insultante pregunta. Como si tener innumerables trabajos a tiempo parcial fuera solo un pasatiempo que consume tiempo y no una necesidad.

—Oye, tú tampoco le caías bien —le recordé a Lily, que se limitó a reír.

—Bueno, en la universidad, tendrás una pizarra limpia. Selena no es nadie ahí. Solo baila como tú, y entrarás en el equipo, finalmente.

Ser porrista era un sueño desde hacía mucho tiempo, inculcado a una edad temprana viendo demasiadas películas de adolescentes y programas de televisión extraescolares. Para la hija de una mamá soltera inmigrante que vivió su vida justo en el umbral de la pobreza, ser porrista en una preparatoria de clase media como Hade Harbor High significaba ser aceptada de una forma que a mí nunca me pasó. Como Selena señaló despiadadamente una y otra vez, era demasiado pobre

para estar a la altura de las exigencias del equipo en la preparatoria. En Hade Harbor, incluso se esperaba que el equipo de porristas gastara mucho dinero en mimar a sus jugadores. No tenía ni idea de si la universidad sería igual, pero estaba decidida a intentarlo a pesar de todo. Algunos sueños son difíciles de alcanzar, y no estaría feliz hasta que me rechazaran oficialmente del equipo. Así no me arrepentiría de nada.

—¡Eve, la mesa cuatro necesita rellenarse! —me dijo mi jefe Gary.

Me giré obedientemente hacia la mesa cuatro. Era el principio del verano, después de mi último año de preparatoria, y tenía que pasar casi todos los días aquí mismo, dejándome la piel en el Chickadee Diner. Ya estaba harta. Necesitaba que empezara la universidad y que llegara el otoño. Necesitaba tener un maldito día en el que no sirviera tazas interminables de café por propinas de mierda y me fuera a casa oliendo a cebolla frita. Mientras otros chicos estaban en la playa o haciendo las maletas para viajar al extranjero, yo trabajaba a jornada completa y metía el dinero en mis ahorros. Aun así, un trabajo era un trabajo y me gustaba ver cómo se acumulaban mis escasos ahorros. Los necesitaría para la universidad, ya que ni mi hermano ni yo íbamos a quedarnos con el dinero ganado con tanto esfuerzo por nuestra mamá.

Me acerqué a la mesa, con el miedo agolpándose en mis entrañas. Conocía a estos tipos. Eran clientes habituales y me llamaban por mi nombre. Pensaban que eso me convertía en su novia, o al menos en alguien con quien coquetear o, peor aún, a quien darle en el trasero. Me detuve a una buena distancia de la mesa.

—¿Recargas?

—Por fin. Llename, cariño. —Ray, el más joven del grupo, me sonrió. Él era el agarrón de traseros en potencia. Un verdadero Romeo.

Mantuve sus manos a la vista mientras le servía una recarga del combustible negro para cohetes que servían en la cafetería.

—*Gracias* —dijo Ray, sonriéndome cuando me aparté.

—*De nada* —murmuré como respuesta, y me pregunté por un segundo si estaba intentando conquistarme o simplemente estaba siendo un imbécil. Siempre era difícil saberlo.

Nací y me crié aquí, en Maine, pero mi mamá era colombiana. No me parecía a la mayoría de los residentes de Hade Harbor, eso estaba claro. Asher y yo heredamos de mi mamá la tez bronceada, el espeso cabello oscuro y los rasgos colombianos. Según Lily, eso nos convertía en las personas más atractivas del pueblo, y cuando consideré a Ray con sus entradas, su camiseta grasienta y su piel roja y manchada, y lo comparé con Ash, me sentí inclinada a estar de acuerdo.

Llené el resto de las tazas y me di la vuelta. Solo había dado un paso cuando la mano de Ray aterrizó con fuerza en mi trasero. Gary, el gerente y propietario, insistía en el mismo viejo uniforme de mesera que fue norma en el local durante veinte años. No tenía ningún interés en modernizar el vestido corto abotonado. Afirmaba que le gustaba el estilo retro y se resistía a todos los intentos para comprarles a las empleadas unos leggins o pantalones cortos para llevar debajo. Era como si el movimiento #MeToo nunca hubiera llegado a la trastienda del Chickadee Diner.

Me detuve, agarré la cafetera con la mano y respiré hondo. Era una técnica que aprendí a emplear cuando me sentía peligrosamente a punto de estallar. No era una persona mansa ni mucho menos, pero tampoco una persona impulsiva. Tenía demasiado que perder tirando una cafetera caliente sobre la cabeza de un imbécil. Yo sería la castigada por eso, no Ray. Lo sabía sin lugar a dudas. Aprendí a no armar drama.

—Ahí tienes tu propina, cariño, y hay muchas más de donde vino, solo tienes que venir a verme —dijo Ray con suficiencia detrás de mí. Sus amigos se rieron.

Mi mirada encontró a Lily sentada al otro lado de la cafetería. Tenía la cabeza metida en el catálogo de cursos, intentando averiguar cuál era el horario ideal para mí.

Di un paso adelante. Me alejaría de todo esto. Di otro paso. Empezaría la universidad y obtendría un título que me aseguraría no tener que

servir mesas cuando fuera mayor. Mi ira disminuyó y mis pasos se hicieron más fáciles. Iba a cambiar mi vida. Ya estaba en camino.

En la otra esquina, había una mesa de estudiantes de HHU. Todas chicas. Por sus ropas y accesorios, supe que eran del tipo acomodado que era natural en los chicos de la zona de Hade Harbor. Me sentí demasiado consciente de mi uniforme mal ajustado y de mis tenis raspados. En realidad, mis tenis no solo estaban raspados, sino que estaban muy desgastados y tenían más de un agujero en la suela. Tenía una lista de cosas que quería comprar con una pequeña parte de mis ahorros de verano, y unos tenis nuevos para llevar a HHU eran lo primero de la lista.

No quería ser la chica de la ropa usada ni la que siempre tenía las mangas cinco centímetros demasiado cortas. Siempre fui la chica de la ropa de segunda mano. Pasé toda mi infancia intentando encajar con los niños ricos de Hade Harbor, niños cuyos papás tenían garantizada la seguridad económica. La única garantía en mi vida era que llegaría el día del alquiler, tanto si mi familia tenía dinero para pagarlo como si no.

Serví la mesa de las estudiantes de la HHU, cohibida todo el tiempo. Siempre tenía la sensación de que había un letrero neón parpadeante sobre mi cabeza que gritaba mi saldo bancario. Como si todo el mundo pudiera darse cuenta, con un rápido vistazo, de que yo no era como ellos. Probablemente lo hacían.

Al fin y al cabo, como aprendí en casa de los Anderson hacía tantos años, el dinero era el gran divisor que separaba el mundo en ricos y pobres.

Solo había estado en un lado, y un día, estaba decidida a cambiar eso. Así que trabajé. Trabajé como un perro y planeaba hacer lo mismo durante la universidad. Puede que no tuviera mucho, pero todo lo que tenía me lo había ganado. Había una especie de humilde dignidad en ese conocimiento.

—Oye, llamó tu hermano —me dijo Lily cuando volví en su dirección. Dejé el celular en su mesa porque oficialmente no puedo llevarlo en el trabajo.

Tomé el celular y le dije a Gary que me tomaría cinco minutos de descanso. Salí e inmediatamente marqué el número de Asher contestó al segundo timbrazo.

—Hola, Evie. ¿Cómo te va?

Era increíble oír la voz de mi hermano. Solo hacía una semana que se había ido y ya lo extrañaba tanto que a veces me costaba respirar. Asher fue aceptado en dos escuelas con una beca de hockey. Una universidad en Denver, y HHU. Aunque se inclinó por la HHU, la universidad de Denver le hizo una oferta de beca aún mejor. Teniendo en cuenta las dificultades económicas de mi familia, aceptó la oferta, aunque eso lo alejara de sus amigos.

Pero hacerle saber a Ash lo mucho que lo extrañaba cuando era él quien estaba lejos de casa no era una opción. Me forcé a sonreír, viendo al estacionamiento soleado detrás de la cafetería.

—Todo está genial, ¿y tú? Cuéntame todo sobre Denver.

Ahora que era mayor, podía ayudar a mi mamá a limpiar casas durante el verano. En cualquier otra casa que no fuera Cliff Point. Hacía tiempo que me impuse la norma de no ayudar en casa de los Anderson, pero Cliff Point ocupaba gran parte de su horario, y hoy, cuando volvía cojeando a casa después del turno de mañana, vi a mi mamá tomando analgésicos mientras se ponía el uniforme. Era el uniforme blanco que llevaba en Cliff Point. A Colette Anderson le encantaba todo lo blanco.

Últimamente, mi mamá tenía problemas con las exigencias de su trabajo. Por desgracia, ni Asher ni yo estábamos en condiciones de ayudarla a jubilarse. Mi mamá se estaba haciendo demasiado mayor para un trabajo tan exigente físicamente, pero no bajaba el ritmo. Con dos hijos a punto de empezar la universidad, trabajaba más horas que nunca. Quería ayudarnos, y lo hacía de la única manera que sabía: con la sangre, el sudor y las lágrimas de una mujer que había sacrificado tanto y lo hacía con una sonrisa amable.

En ese momento, mi mamá seguía dependiendo en gran medida de los ingresos de su trabajo de limpieza. Siempre estaba a un cheque de

perder nuestra pequeña casa en la parte mala de la ciudad. Hoy no podía dejarla ir a trabajar sola, no cuando su dolor de ciática ya era tan fuerte. Tomaba muchas más pastillas de las recomendadas por el médico, y eso antes de que empezara su turno.

La primera vez que se desmayó en el trabajo fue casi un año antes. En el hospital le advirtieron de su tensión y la mandaron de vuelta. No tenía seguro. Yo tampoco. La universidad de Denver consiguió arreglar algo para Asher, ya que era un activo estrella para ellos. Mi mamá ganaba por encima del umbral que daría seguro a los aún menos afortunados que no tenían ni cincuenta dólares al mes. Eso nos ponía en la poca envidiable situación de no tener derecho a ayuda pero seguir siendo jodidamente pobres.

Las mujeres Martino solo tenían que confiar en la suerte de no resultar heridas ni necesitar atención médica. A mi mamá eso no le iba a funcionar hasta cierto punto. Así que, aquí estaba yo limpiando la casa del mejor amigo de mi hermano. Mi némesis.

Una hora más tarde, me encontraba subiendo las largas y tortuosas escaleras de Cliff Point que conducían a la habitación de Beckett.

El chico de la casa del acantilado. El que odiaba a su familia y lloraba al pensar en su mamá. El que vi hacía tantos años.

No tenía ni idea de lo que habría pasado entre Beckett y yo si él no se hubiera hecho mejor amigo de mi hermano. Beckett y Asher tenían talento para el hockey y se hicieron grandes amigos en Hade Harbor High. Eran miembros del grupo más exclusivo de jugadores de hockey de HHU, apodados los Dioses del Hielo, y dominaban la escuela.

Eran los chicos que todos los demás querían ser y con los que todas las chicas querían salir, pero los Dioses del Hielo eran un grupo cerrado. Cayden West, Marcus Bailey, Beckett Anderson, y mi hermano. Eso era todo. Se suponía que todos irían juntos a la HHU y gobernarían a los Hellions, el equipo de hockey universitario ganador del campeonato, pero la partida de Asher echó por tierra ese plan.

Aun así, tenía que agradecer a la relación de mi hermano con Beckett el haber podido disfrutar ilesa de la preparatoria. Aunque el hijo del

Ahora ella es mi compañera de clase...
...mi compañera de cuarto y mi pupila.

multimillonario local, extremadamente rico y con muchos privilegios, podría haber soñado con acosarme en la preparatoria, dado que me odiaba desde el día en que nos conocimos, no fue capaz.

Eso no significaba que no se fijara en mí, y yo sí que me fijaba en él. Era imposible *no* fijarse en él. Se hizo más alto y más ancho a medida que nos hacíamos mayores. Su torpeza se desvaneció, y era, sin duda, el chico más guapo de HHH. Para mí, al menos. El más sexy y el más malo. Beckett y yo nunca coincidiríamos. Descubrí que evitarlo era la mejor estrategia, algo que no era fácil teniendo en cuenta que era el mejor amigo de mi hermano y que organizó todas las mejores fiestas de la preparatoria. Por suerte, la preparatoria por fin había terminado y en la universidad podía apartarme de su maldito camino de verdad.

Odiaba limpiar la habitación de Beckett.

En primer lugar, olía a él. Los adolescentes deben oler fatal, y Beckett era un deportista. La habitación de mi hermano en casa olía a calcetines deportivos sudados la mitad del tiempo, así que ¿por qué demonios la habitación de Beckett nunca olía mal? ¿Era magia de ricos?

Me moví por el oscuro espacio amueblado. Para ser la persona más privilegiada que conocía, era muy ordenado. No había ropa fuera del cesto ni pañuelos sospechosos en la papelera. Solo de pensarlo me retorcí.

Por otra parte, tipos como Beckett probablemente no se masturbaban solos por la noche en pañuelos de papel. Tenía un club de fans que se arrodillaban por él, aunque nunca tuvo novia. Públicamente, al menos. El apellido Anderson era muy conocido, y si salía con alguien, sería una pareja muy escudriñada. Me pregunté si eso lo desanimó, teniendo en cuenta que nunca se le relacionó con ninguna chica en particular. Sin embargo, estaba segura de que eso no le impidió acostarse con quien quisiera. Beckett podía elegir entre admiradoras y conejitas.

Ese pensamiento me llenó de repulsión ardiente. A mí, en cambio, ni siquiera me habían besado nunca, gracias al carácter controlador de mi hermano. Asher solo tenía que ver a un chico, y se mantendría alejado de mí por el resto de nuestras vidas. Nadie quería estar en el lado equivocado de los Dioses del Hielo.

Las cosas empezaron a cambiar un poco en el último año, cuando el miembro más nuevo del grupo se obsesionó con Lily, pero el año escolar terminó demasiado rápido para que pudiera salir con alguien, y ahora todos nos dirigíamos a la universidad en HHU.

Todos excepto Ash.

El único aspecto positivo de ir a la universidad sin mi hermano era la mayor libertad que me daría. Por primera vez en mi vida, tendría libertad para beber, salir de fiesta y tener tantas citas como quisiera. Era adulta y no tenía chaperón. Debería sentirme más feliz de lo que me sentía, pero extrañarlo anulaba mi entusiasmo.

Estaba vaciando la basura bajo el escritorio de Beckett cuando vi la carta. El encabezado llamó mi atención, era el escudo de la universidad.

Lentamente alcancé el papel arrugado, luchando conmigo misma todo el tiempo. No debía mirar. No tenía derecho a invadir su intimidad.

Aun así, la carta acabó en mis manos antes de que me diera cuenta. *Uy*.

La desarrugué y se me hizo un nudo en la garganta al leerlo.

Estimado señor Anderson:

Me gustaría expresar mi agradecimiento personal por la generosa donación realizada al centro deportivo de la HHU. En reconocimiento a la enormidad de la donación, nos gustaría dedicar uno de los palcos privados a la familia Anderson y reservarlo para uso exclusivo de su papá. Lo llamaremos el palco Anderson, y estoy seguro de que disfrutará viéndolo marcar muchos goles desde ahí.

En cuanto a los requisitos académicos de la carrera que eligió, le pido que no se preocupe, y le transmití las mismas garantías al orientador que se ocupa de su caso. Su ingreso en HHU no está amenazado, y comprendemos que el último año puede ser una época dura para cualquiera.

Estamos deseando darle la bienvenida a HHU en otoño, y me aseguraré de pasar por los entrenamientos para conocer al equipo cuando empecemos el curso académico.

¡Vamos Hellions!

John Eastwood

Decano de Hade Harbor University

Me tragué el nudo caliente de celos que se me alojó en la garganta. Por eso la gente no debía fisgonear. Casi siempre te arrepentías. Mientras yo iba a duras penas a la universidad con una mezcla de becas, préstamos y trabajo a tiempo parcial, el papá de Beckett compró la entrada de su hijo. Con todos los privilegios del mundo, Beckett ni siquiera se molestó en hacerlo lo suficientemente bien en la preparatoria como para entrar en la universidad por su cuenta. Nunca lo había despreciado tanto como en ese momento.

Puse la carta en el borde del escritorio para poder seguir echándole un vistazo, como moviendo un diente adolorido. Un recordatorio de las diferencias entre él y yo. Yo trabajaba duro para conseguirlo todo en mi vida. Él no conocía el significado de trabajar duro por nada.

La habitación estaba dolorosamente limpia. A Beckett no le gustaba que hubiera gente en su espacio, pero su madrastra insistía en que se limpiara la habitación a pesar de todo. Quité el polvo de las superficies, rozando algunas pilas de cuadernos y un estuche de lápices maltratado. El borde del plumero se enganchó en la esquina metálica y el estuche cayó al suelo con un fuerte estruendo.

Ugh. ¿Quién tenía todavía un estuche de metal? Me recordó a la primaria. Me agaché para tomarlo. Se abrió en la caída y, al agarrarlo, el contenido se cayó.

Déjalo.

Los instintos que siempre me servían siseaban dentro de mi cabeza. Me invadió una punzada de preocupación, pero eso era ridículo. Se me cayó y estaba aquí para limpiar. Tenía que recogerlo y ponerlo todo en su sitio.

Recogí el contenido disperso y me tomé un momento para estudiarlo.

Blísteres de pastillas. Azules, moradas y rojas. Tantas, tantas pastillas. Me detuve, mi corazón de repente golpeó con fuerza. ¿Por qué Beckett tenía tantas pastillas?

El último objeto, oculto bajo los blísteres y un fino frasco naranja lleno de más pastillas, era un pequeño paquete de polvo blanco. Vi estupefacta los medicamentos que tenía en la mano. ¿Qué demonios hacía Beckett Anderson con tantas pastillas como para abrir su propia farmacia? Reconocí algunos de los nombres de las pastillas de principios de año, cuando una amiga de mi mamá le dio unos analgésicos que le sobraron para el dolor de espalda. Eran potentes opiáceos. ¿Beckett tomaba analgésicos? Sabía que fumaba marihuana en las fiestas y que siempre parecía bastante retraído, pero yo lo atribuía a su horrible personalidad, no a nada químico.

Solo sobre el hielo parecía despertar y cobrar vida. Sobre el hielo, era rápido, seguro de sí mismo y muy duro. Sonreía y reía. *Vivía*. En cualquier otro lugar, solo estaba ahí. ¿Estaba en algo? Esto tenía problemas escritos por todas partes. No quería saberlo. No era mi problema y, desde luego, Beckett no querría mi consejo ni mi preocupación. Cerré la lata con firmeza, deseando poder borrar este conocimiento no deseado de mi cerebro.

—¿Qué estás haciendo?

Una voz grave me cortó la respiración. *Mierda*. Me sentí culpable por haber sido atrapada fisgoneando. No podía dejar que Beckett supiera que vi las pastillas. El instinto me gritaba que sería muy, muy mala idea decírselo. En lugar de eso, me di la vuelta lentamente y me metí el estuche en el bolsillo trasero antes de agitar el plumero hacia la carta que había sobre el escritorio.

—Limpieza, ¿qué más?

Beckett había salido del baño y cerró la puerta tras de él. Las habitaciones de esta casa estaban tan insonorizadas que ni siquiera supe que estaba ahí. Estaba apoyado en la puerta del baño, sin más ropa que una toalla. Mi cerebro se detuvo por un momento mientras observaba su pecho, con gotas de agua esparcidas como diamantes sobre una imagen perfecta. Sus tatuajes oscuros se extendían por el hombro y el brazo, lo

que lo hacía aún más sexy. ¿Cómo podía alguien tan malvado distraer tanto la vista? Otra cosa injusta sobre Beckett Anderson. Las personas terribles no deberían venir en paquetes tan bonitos. Era publicidad engañosa.

Mientras yo lo estudiaba, él me devolvía la mirada, empezando por mi cabeza y recorriendo todo mi cuerpo antes de apartarse de la puerta y caminar hacia mí.

Luché contra el impulso de retroceder cuando se acercó tanto que su pecho rozó el mío. El estuche de lápices chocó contra el escritorio detrás de mí y me tensé.

—¿No escuchaste hablar del espacio personal? —murmuré, ahora atrapada entre el escritorio y su cuerpo duro y caliente.

Era muy alto, el más alto de todos los Hellions, y dobló el cuello en un ángulo rígido para mirarme fijamente a los ojos. Hacía meses que no estaba a solas con el defensa. No solía cruzarme mucho con el mejor amigo de mi hermano. No estaba segura de si se esforzaba por evitarme o si simplemente sucedía de forma natural, como si fuéramos dos imanes diseñados para repelerse.

Sus ojos eran hoy de una rica plata fundida.

—Podría decirte lo mismo, Cenicienta.

—Mi trabajo es invadir tu espacio personal y limpiarlo. Además, no me llames así —le espeté.

—¿Qué? ¿No te gusta Cenicienta? ¿No es eso lo que eres?

Antes de que pudiera girar la cabeza, me agarró un mechón de cabello y lo enroscó en su dedo. No me dolió del todo, pero tenía algo vagamente amenazador. Como si quisiera hundir su mano en mi coleta y sujetarme. Se me cortó la respiración al pensarlo.

—Excepto que ella tenía que limpiar como una sirvienta a su propia familia, y tú no eres mi familia —señalé.

Asintió lentamente. Una gota de agua se deslizó por su sien, cayendo en cascada por el plano de su afilado pómulo.

—Soy muy consciente, créeme. —Su tono era críptico.

No pude leerlo. Sus ojos se clavaron sobre mi hombro, en la carta. Era obvio que la estaba leyendo, ya que la bola de basura desechada anteriormente estaba ahora alisada y sentada sobre su escritorio.

Beckett dijo:

—¿Y yo que pensaba que solo estabas limpiando? Fisgoneándome, ¿verdad, Tiny? Espero no tener que denunciarle tu mala conducta como empleada al ama de llaves. La señora Linton ya te odia. Supongo que a tu mamá también le sentará mal.

Era muy consciente de eso. También era un recordatorio del primer día que nos conocimos, ya que el ama de llaves no me gustó desde aquel día. *Igual que Beckett*. Me ericé, odiando cómo ese imbécil podía amenazar despreocupadamente el sustento de mi mamá como si nada. No era nada para él, después de todo. La cantidad de dinero que mi mamá ganaba limpiando su casa era menos de lo que Beckett se gastaba en batidos de proteínas orgánicas en una semana. Como siempre, su privilegio de niño rico mimado me ponía los pelos de punta.

—¿Te avergüenza que alguien sepa que sacaste notas horribles y que tuviste que comprar tu entrada a la universidad con el dinero de tu papi? —Caí fácilmente en la misma dinámica que siempre teníamos.

—¿Y tú eres la mejor estudiante? —Beckett respondió con desprecio.

Me sonrojé. Lily era la chica más lista de nuestro grupo, pero yo podía mantenerme a flote. Trabajar tanto me quitaba mucho tiempo para estudiar, pero me las arreglaba.

—Claro, comparémonos. Yo entré en la universidad por mis propios medios, a pesar de no tener ni un tutor, ni un libro de texto actualizado, ni un curso de preparación para el SAT. Yo también me avergonzaría si tuviera todo eso y aun así reprobara. Supongo que es bueno que seas decente en el hockey, muchos blancos normales viven perfectamente siendo deportistas tontos.

Beckett estaba furioso. Se quitó la máscara entre que le señalé sus privilegios y lo llamé atleta tonto. Un destello de reivindicación me recorrió, justo antes de que diera un paso adelante de nuevo y me

apretara con fuerza. El respaldo del pupitre me mordía el trasero y mi frente se pegó al suyo. Su cuerpo era sólido como una maldita roca. No cedía ni un milímetro. Casi nunca dejaba de actuar como un imbécil aburrido y rico. Nunca vi esta faceta suya en público, solo en los pasillos de esta casa, normalmente cuando se olvidaba de que había personal.

—Ten cuidado, Cenicienta. Pareces celosa, y eso no se ve bien. La verdad es que mi dinero me llevará más lejos en esta vida de lo que te llevará a ti tu hermoso orgullo. Nunca me arrodillaré ante nadie, nunca tendré que hacerlo... mientras tú ya estás de rodillas, fregando el suelo de mi cuarto de baño.

La ira y el dolor llenaron mi visión. Mi mano voló hacia su cara antes de que pudiera detenerla. Nunca aterrizó. Me agarró la muñeca antes de que pudiera hacer contacto y la mantuvo en el aire, a centímetros de su piel.

—Limpiar los retretes de alguien con las manos y las rodillas sería un trabajo más honrado del que tú nunca serás capaz de hacer. Prefiero hacer eso como trabajo por el resto de mi vida que ser como tú.

—¿Y qué es eso?

No lo digas.

—Un imbécil arrogante que solo se preocupa de sí mismo y de intentar impresionar a su papi. ¿Papi Anderson nunca te prestó atención al final? Puede que seas jodidamente rico, pero no tienes un centavo en todos los aspectos que importan.

Los ojos grises de Beckett eran hipnotizantes y se oscurecieron por momentos. Su ira nos envolvió a los dos. Era tan densa que amenazaba con ahogarme. Hoy no había nada pasivo o ausente en sus emociones.

—Mira qué valiente eres, Tiny. ¿No olvidaste algo? Tu hermano ya no está aquí para protegerte, así que deberías tener cuidado con lo que dices.

Resoplé.

—¿Por qué? ¿Qué vas a hacer? Aunque él no esté aquí ahora, sigue siendo tu mejor amigo. No vas a hacer nada que lo moleste. Algún día

volverá a casa. Eres pura palabrería, Anderson, y ambos lo sabemos. Puede que se te ponga dura por hacerme la vida difícil, pero tienes completamente prohibido llevar a cabo tus insignificantes planes... impotentes.

Un músculo se crispó en la mandíbula de Beckett. Siempre era así entre nosotros. Antagónicos. El aire se llenaba de tensión sin diluir, como un globo hinchado a punto de estallar.

Entonces hizo algo que no olvidaré el resto de mi vida. Jaló mi mano hacia su cara, luego me lamió una larga y caliente franja de la palma de la mano, desde el pulso hasta la punta del dedo medio, antes de morderme el extremo. Jadeé y aparté la mano. El lugar donde su lengua fuerte y caliente tocó mi piel inocente parecía palpitar.

Las mejillas me ardían. Mis ojos estaban clavados en los de Beckett. Me sentía mareada. Todo era demasiado. El olor de su jabón limpio y el almizcle que era Beckett, mejor que una fragancia de diseñador. Lo cerca que estaba y cómo solo podía verlo a él. Abrumó mis sentidos y expulsó la razón de mi cabeza. Mi cuerpo era un traidor. Tenía los pezones duros, duros en el sujetador. Mi piel se sentía tensa, como si fuera demasiado pequeña.

Nadie me había tocado así. Mi hermano no lo permitía. Especialmente Beckett. Habíamos sido enemigos desde el día en que nos conocimos, incluso antes de que fuera amigo de mi hermano. Con los años, nuestro antagonismo solo creció. ¿Esta era una nueva táctica para torturarme? ¿Atormentar mi mente virgen con sus declaraciones escandalosas? Tenía que serlo, porque de una cosa estaba segura... yo estaba fuera del alcance de Beckett Anderson, si valoraba su vida y su relación con mi hermano.

—No me tientes, Eve. Asher se fue. Algunos podrían llamarte juego limpio. Así que, a menos que quieras convertirte en un objetivo, sé una maldita buena chica y compórtate.

Tuve que mojarme los labios dos veces antes de poder hablar. Malditas sean mis hormonas por haberse vuelto locas por este tipo.

—¿Ser una buena chica? Vete a la mierda, Anderson. Nunca haré nada de lo que me digas. —Era una vieja creencia, mantenida durante mucho tiempo, y solo decirlo en voz alta me reconfortaba.

Beckett parpadeó y pensé que lo había dejado perplejo por un momento.

Entonces, una sombría sonrisa torció sus labios. No era agradable. Era francamente aterradora. Dejó escapar un largo suspiro y, en el segundo siguiente, la rigidez de su cuerpo se desvaneció y se convirtió en una flexible pared de músculos que se fundían con mi cuerpo.

—¿Ah, sí? Ya lo veremos —murmuró.

Jadeé cuando tomó mis caderas con sus enormes manos y se apretó contra mí. Mis manos cayeron sobre sus brazos, acercándolo o alejándolo, no tenía ni idea.

Se inclinó hacia mí, pasó su nariz por mi cabello y terminó en mi sien. Su aliento caliente me hizo cosquillas en la oreja y me puso la piel de gallina.

—¿Eve? —murmuró, su voz profunda y pecaminosa como el infierno, desprovista de su habitual burla.

—¿Hmm?

Me acarició la oreja con los labios, sus dientes rozaron el lóbulo, y me estremecí.

—Lárgate de mi habitación.

Eso hice.

Me separé de él y corrí hacia la puerta, recordando cuando ya estaba en el pasillo que aún llevaba el maldito estuche en el bolsillo trasero. Lo saqué y me alejé de la puerta. ¿Lo vio sobresalir de mis jeans?

—¿Eve?

Di un salto al oír la voz de mi mamá y me giré culpable, agarrando el estuche.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Sacudí la cabeza. Los ojos de mi mamá se posaron en el estuche y me lo quitó de las manos antes de que pudiera poner en marcha mi cerebro. Lo abrió y se quedó boquiabierta al ver dentro.

—Mamá, no te metas con eso. Lo pondré en su sitio y nunca sabrá que no estaba.

Mi mamá se quedó viendo el contenido durante un largo rato y luego cerró la tapa con cuidado. Sacudió la cabeza.

—No, *mija*, esto no es para que te preocupes. Yo me encargo y lo vuelvo a guardar.

Había una expresión en su cara que me puso nerviosa. Era la que ponía cuando nos obligaba a Asher y a mí a hacer algo que no queríamos, por nuestro propio bien. *Comer verduras, lavarnos los dientes, hacer la tarea.* Era esa mirada.

—La señora Linton necesita ayuda para organizar la despensa. ¿Por qué no vas a verla? Te dará una buena propina. Ya casi termino —dijo mi mamá enérgicamente y me empujó por el pasillo hacia las escaleras.

Asentí, dejando que las preocupaciones sobre Beckett y lo que estaba pasando con él se me escaparan de la cabeza. No era mi amigo, sino más bien mi enemigo. ¿Por qué iba a perder el tiempo preocupándome por él? Tenía que preocuparme por mí misma. Si un multimillonario como Beckett no podía cuidar de sí mismo, entonces el resto de nosotros estábamos realmente jodidos.

Me giré hacia las escaleras y decidí dejar que mi mamá devolviera el estuche a su sitio. Ella sabría cómo manejarlo. No era mi problema.

6

Beckett

—Vamos, Beck. Ven al agua. La mamá de Aquiles bañó a su hijo en el río Estigia para hacerlo invencible.

En el sueño, siempre veía esa tarde a través de una lente turbia. El vestido blanco de mi mamá, con el dobladillo empapado mientras se adentraba en el estanque, con sus dedos pálidos flotando entre la maleza. La sensación de las piedras contra mis pies descalzos.

Me desperté sobresaltado, empapado en sudor frío. Aún podía oler los aromas húmedos de Miller's Pond en primavera: nueva vida floreciendo por todas partes y un acechante trasfondo de decadencia.

La muerte, mientras todo lo demás cobraba vida.

Me incorporé, me quité la camiseta sin mangas por encima de la cabeza y la tiré al cesto de la ropa sucia. Mi habitación estaba callada. Demasiado callada.

Odiaba el silencio. Me recordaba que el sueño era el único lugar donde podía ver su rostro. Mi mamá, que amaba la mitología griega y me llamaba su Aquiles. Mi mamá, que intentó durante tanto tiempo aferrarse a la vida, pero perdió la batalla demasiado pronto.

Esta noche, había algo más en el espacio callado, algo diferente. Un tenue perfume a jabón de lavandería fuerte, de marca genérica, y a piel femenina limpia. No era un olor caro, ni siquiera uno que se usara a propósito. Era simple, sencillo. Para mí, era un aroma exótico y seductor.

Eve. Era un aroma que nunca podría embotellarse y que contenía un indicio de algo indescriptible. *Ella.* Los perfumes caros me revolvían el

estómago. El aroma natural de Eve Martino no. No sabía qué pensar de eso.

Me obligué a salir de la cama, me pasé las manos por la cara y me vestí. No podría volver a dormirme después del sueño. Era imposible. Busqué mi alijo y me tomé unas pastillas. Se convirtió en mi rutina. Pasaba de las benzodiacepinas y la oxicodina a la cocaína cuando necesitaba un estimulante antes del entrenamiento. La mierda era mucho más fácil con una calma química. Si además le añadía marihuana, la vida era una fiesta para uno, una fiesta que solo conocíamos mi distribuidor y yo.

Al cabo de unos minutos, el calor inundó mis fríos músculos, descongelando la caverna helada de mi pecho donde debería latir un corazón.

Mi estado preferido era estar cómodamente adormecido, y cada vez lo estaba más. Solo necesitaba estar atento y lúcido para jugar hockey. Todo lo demás podía hacerlo aturdido.

Bajé las escaleras y suspiré al oír una carcajada falsa. Colette celebraba su club de lectura mensual. Las miembros de su codiciado círculo íntimo estaban aterrorizadas de la cabecilla, pero seguían acudiendo a sus reuniones como masoquistas. No tenía tiempo para mi madrastra ni para su pandilla de aduladoras. Sabía exactamente quién era Colette Anderson, y sus amigas no eran diferentes. No soportaba estar cerca de ellas.

Atravesé el vestíbulo superior, sin tener más remedio que pasar por la puerta de nuestro salón más pequeño.

—¡Beck! ¡Estás en casa! —La voz de Colette era alta y llena de malicia.

Sabía que la odiaba a ella y a sus compinches y, por eso, siempre estaba dispuesta a sacarme a relucir cada vez que podía. Una de las normas de mi papá era no faltarle al respeto abiertamente, y no me opuse a eso. Siempre me amenazaba con impedirme entrar en los Hellions de la HHU escribiéndole al decano, y yo no quería joder con eso.

El hockey era lo único que me importaba ya.

Ahora ella es mi compañera de clase...
...mi compañera de cuarto y mi pupila.

—¡Oh! ¿Es Beckett? Estoy encantada de conocerte en persona, jovencito. Te vi jugar hace unos meses, y debo decir que me impresionó que alguien de tu edad estuviera tan... desarrollado... como jugador.

Colette le sonrió con indulgencia a su amiga cougar borracha. Las mujeres que me observaban tenían edades comprendidas entre los treinta y tantos de Colette y los cincuenta y tantos de mi papá.

Cuando cumplí diecisiete años y mi corpulencia se equiparó a mi espectacular estatura, puse fin a cualquier idea que pudiera haber tenido Colette de prostituirme para el deleite de sus zorras amigas. Aun así, incluso ahora me veían desesperadas por interactuar con un hombre que no fueran sus aburridos esposos o el personal al que le pagaban para que les hiciera cumplidos.

Se me erizó la piel al sentir sus miradas vulgares. Peor que eso, era como si sus lascivas intenciones hubieran infectado todas las demás partes de mi vida.

Por culpa de ellas, empecé a quitarle hierro a mi vida con pastillas, y el deseo sexual desapareció básicamente. Un efecto secundario inesperado pero no inoportuno. Teniendo en cuenta que mi papá me jodía constantemente para que mantuviera limpia mi reputación, por no hablar de mi madrastra y sus retorcidas inclinaciones, era mejor así.

Yo no tenía citas, simplemente no me interesaban. Las mujeres no estaban en mi radar en absoluto, gracias a mi hábito de tomar píldoras que mantenían mi cuerpo obediente. No me fijaba en las chicas en mis clases o en las fiestas. No me excitaba. Una vaga sesión de pajas era lo máximo que necesitaba últimamente para satisfacer cualquier impulso biológico de sexo.

—Puede que se te ponga dura por hacerme la vida difícil, pero tienes completamente prohibido llevar a cabo tus insignificantes planes... impotentes.

Las palabras anteriores de Eve pasaron por mi cabeza. No tenía ni idea de cuánta razón tenía, excepto que realmente no me importaba hacerle la vida imposible. Últimamente, nada me importaba.

—Voy a salir —le dije a Colette.

Hizo ademán de ver el reloj, como si tuviera algo que decir al respecto.

—¿En serio? Se está haciendo tarde.

—No estaba preguntando. —Me di la vuelta y me dirigí hacia la puerta.

—Wow, Colette, está muy enojado, ¿verdad? Aunque, no me importaría sentir esa ira de cerca y en persona.

Una carcajada resonó detrás de mí y se me revolvió el estómago. Si mi polla hubiera tenido alguna idea de ponerse dura, ese tipo de comentario la habría matado. Prefería morir antes que meterle la polla a una mujer como mi madrastra, con sus palabras cuidadosamente calculadas y su belleza quirúrgicamente perfecta. Era mitad silicona y relleno, mitad bruja astuta, y me arrancaría la polla a mordidas antes de acercarla a alguien de su calaña.

Deseé tomar otra pastilla, pero tenía que tener cuidado. Demasiadas, y me cansaría mientras conducía. El cansancio, o una reacción demasiado apagada, significaba un final en llamas en la carrera callejera altamente ilegal en la que estaba a punto de participar.

Me metí en uno de mis autos -un Mustang negro, uno de mis favoritos para las carreras de aceleración-, y me tomé otra pastilla a pesar de todo.

Cuando te tocaba irte, te tocaba. El pensamiento no me preocupaba mucho estos días.

El lugar de las carreras cambiaba cada noche. Esta noche, era cerca del puerto que estaba a la derecha de la parte mala de la ciudad. La casa Martino no estaba lejos del comienzo de la pista. No es que yo fuera ahí a menudo. Hacía que Asher se quedara en mi casa la mayoría de las veces, donde no había distracciones, como hermanas gemelas paseándose en pantalones cortos y calcetines hasta la rodilla.

El grupo habitual estaba reunido, sentado encima de los autos, esperando a que apareciera más gente.

—Beckett, cuánto tiempo —dijo Sammy. Era un habitual de la escena, hacía apuestas en las carreras y organizaba la mayoría de ellas.

Salí del auto y me acerqué. Mi mente estaba borrosa. Me relajé por primera vez desde el sueño.

—¿Tienes lugar para mí? —pregunté, vagamente consciente de la ligereza de mi tono.

Sammy frunció los labios y lo pensó un segundo antes de asentir.

—Sí, si puedes estar listo para salir enseguida.

—Estoy listo.

Cuando volví a mi auto, la bruma que iba llegando lentamente como la niebla del mar, adormeciendo mis pensamientos, era espesa. Me senté en el asiento del conductor y floté. En este lugar, no importaba que uno de mis mejores amigos se mudara al otro lado del país, potencialmente para siempre. No importaba que la alineación de los Dioses del Hielo se hubiera roto. No importaba que Eve Martino leyera esa maldita carta del decano de HHU y asumiera lo peor de mí. *Atleta tonto*. No importaba que mi papá me odiara a muerte o que a las amigas de mi madrastra quisieran follarme y algunas ya lo habían hecho (no por elección mía). Todo lo que dolía ya no importaba.

Era libre, al menos por un tiempo.

Empezó la carrera, puse el auto en marcha y arranqué. Las carreras bajo los efectos de la droga me producían un subidón especial. Una especie de apatía temeraria que atraía a mi mente rota. Mis reflejos estaban embotados, mis reacciones comprometidas. Podría morir aquí mismo, esta noche.

—La mamá de Aquiles bañó a su hijo en el río Estigia para hacerlo invencible. Quiero que seas invencible... no como yo.

La voz fantasmal de mi mamá recorrió mis sentidos, haciéndome sentir culpable. Ella se aferró tanto a la vida, mientras yo la odiaba y desafiaba a la muerte para que me llevara. Estaría tan decepcionada de mí.

Me lancé por la carretera desierta, girando en el último momento para evitar chocar contra un muro. Mi oponente me pisaba los talones, reaccionaba más rápido, pero también era más cuidadoso. Su miedo a morir lo hacía ir despacio, pero yo no tenía ese impedimento. Desafiaba al universo a corregir por fin el error que cometió hacía tantos años. El día que murió mi mamá, algo dentro de mí también murió. Habría sido mejor morir con ella. Ninguno de los dos habría vuelto a estar solo.

El destino estaba esperando para alcanzarme, y era justo que le diera tantas oportunidades como pudiera.

Corrimos por el tramo final de la tranquila carretera. Sammy esperaba en la línea de meta. Me pregunté por quién apostó esta vez. Justo cuando me adelanté, mi rueda tocó con una mancha de aceite en la carretera. No era raro en esta parte de mierda de la ciudad. La rueda giró un segundo, luchando por agarrarse, pero pisé el acelerador con más fuerza. No iba a perder, no esta noche. El auto se recuperó en el último segundo, saltando hacia adelante y cruzando la línea de meta en primer lugar con solo milisegundos de sobra.

El olor a aceite quemado llenaba el aire, me detuve detrás de Sammy y tomé el celular. Era el tono de llamada de mi papá y tenía que contestar.

—¿Dónde estás? —La voz de Soren contenía una calma peligrosa.

—Afuera. ¿Por qué?

—Ven a casa. Ahora. —Colgó.

Me quedé viendo el teléfono, con la inquietud rompiendo mi subidón ganador. Los analgésicos me impidieron preocuparme demasiado por una posible discusión con mi papá, pero incluso así, había un gusano de preocupación que hurgaba en mi mente confusa. Conocía ese tono de voz, nunca significaba nada bueno.

En lugar de recoger mis ganancias de Sammy, puse el Mustang en marcha y me dirigí a casa.

Mi papá me esperaba en su oficina. El club de lectura había terminado y Colette no aparecía por ninguna parte. Me quedé quieto en cuanto Soren apareció. Estaba sentado detrás de su escritorio, y mi palo de hockey yacía frente a él, sobre la madera oscura. *¿Pero qué demonios...?*

Reprimí mi expresión, no podía dejar que supiera que me había afectado.

Entré deambulando y me puse al borde de su escritorio.

—¿Qué pasa?

Mi papá se reclinó en su silla, acariciando con una mano la hoja del palo. Era un palo hecho a medida, especialmente diseñado para adaptarse a mi estilo de juego. El patrón de la pala y los ajustes del lie habían mejorado mi juego, y tardé meses en fabricarlo. Si a algo le tenía cariño en esta casa, era a ese palo, y Soren jodidamente lo sabía.

—¿Qué significa el hockey para ti?

Me mordí la lengua. Sabía que no debía darle más munición a mi papá. Por supuesto, entre nosotros no se decía que el hockey lo era todo para mí. Era mi razón de vivir. Sin él, no tenía nada. No era nada. *Estás roto, Beck. Más allá de la salvación.*

—Porque tenía la impresión de que te gustaba y querías jugar para los HHU Hellions... pero ahora, no estoy tan seguro.

—¿Por qué no? —me forcé a decir.

—Porque, si algo te importara en tu desperdicio de vida, no lo pondrías en peligro así. —Mi papá buscó algo en un cajón y lo dejó caer sobre el escritorio con un ruido sordo.

Todo mi mundo se desvaneció.

Mi estuche metálico de la secundaria, derramando todos mis secretos.

Soren metió la mano en el interior, buscando entre los blísteres de analgésicos, y tomó la bolsita de coca. Rara vez la consumía, pero no creía que eso me hiciera ganar puntos.

—¿Y bien? ¿No tienes nada que decir?

Sentí la lengua espesa. El placer y la relajación de antes desaparecían rápidamente a medida que se imponía la realidad.

Sacudí la cabeza. Mi papá ya habría decidido cómo iría esta conversación. Nada de lo que dijera lo cambiaría.

—Okey, bien, ¿qué hay de eso?

Soren se levantó y tomó el palo del escritorio. Lo agarró con ambas manos y lo levantó en un rápido arco por encima de su cabeza, para luego estrellarlo contra el borde. El sonido de la hoja al golpear la dura mesa resonó en toda la habitación.

—No voy a tener un drogadicto por hijo. Soy el maldito Soren Anderson. ¿Sabes cuántos chicos matarían por estar en tu lugar? ¿El hijo único de un multimillonario?

Volvió a bajar el palo y el chasquido me puso enfermo. Ya era mayor, pero seguía siendo fuerte. También fue un atleta en su juventud y sabía que era más que capaz de romper el palo.

Lo bajó por tercera vez y se astilló en su mano. Mi corazón se rompió con él. Tiró los restos a un lado y se calmó, alisándose el cabello y arreglándose las muñecas, luego se sentó y me clavó una mirada.

—Cambiarás todas tus clases por otras enfocadas a los negocios, y te permitiré hacer una prueba para los Hellions.

—No —mi negativa saltó a mis labios.

En la preparatoria, solo me interesaron las clases de educación física y las cosas que elevaran mi nivel de juego. Mi papá me obligó a asistir a clases de economía y empresariales, asignaturas que no me interesaban en absoluto. Durante la semana de los finales, apenas me molesté en escribir mi nombre en los exámenes. Los reprobé todos estrepitosamente. Pensé que quizá mi papá se daría cuenta de que no quería la vida que imaginó para mí, o que no estaba a la altura. ¿Por qué iba a querer dejarle la empresa a un idiota que no era capaz de aprobar los exámenes de empresariales de la preparatoria?

Pero a Soren no le importaba. Al fin y al cabo, solo se trataba de *su* legado y *su* reputación. La carta que Eve encontró era la prueba de que no había ningún lugar fuera del alcance de mi papá. Movió hilos para que entrara en la HHU, y ahora buscaba la forma de dictar las materias que estudiaría.

—Sí. —Soren me vio fijamente—. O entregaré tu pequeño hobby a la policía y dejaré que ellos se encarguen.

Resoplé.

—Claro, como si dejaras que tu único hijo cayera por drogas... eso sería una pesadilla de relaciones públicas.

—Mi equipo puede encargarse. Dudo que un solo artículo llegue a la prensa. No me pongas a prueba, Beckett. Si me avergüenzas hasta el punto de que decida cortar lazos, te enterraré. Serás el desastre de hijo que no pude salvar. Sería menos vergonzoso para mí de lo que eres ahora.

—¿Qué clase de sentencia recibe un delincuente primerizo? La policía no es una amenaza, y ambos sabemos que no puedes cortarme. Estás fanfarroneando. —Crucé los brazos sobre el pecho y vi fijamente a mi papá.

A mi papá le molestaba mucho que su control sobre mí no fuera absoluto. Mi abuelo me dejó cientos de millones en un fondo fiduciario, y yo ya tenía acceso a él. No necesitaba el dinero de mi papá, y eso le molestaba. Con dinero controlaba a todos los demás en su vida. Me permití pensar que quizá esta vez fui más listo que él y estábamos en un callejón sin salida.

Entonces Soren sonrió satisfecho.

—¿Y si se lo cuento al entrenador de los Hellions? Y a los reclutadores de la NHL. Un historial de drogas no funciona en las grandes ligas, ¿verdad?

Una mano rodeó mi corazón y lo aplastó con fuerza. *Mierda*.

—Los opiáceos solo permanecen en tu sistema durante horas. Ni siquiera un test los mostraría. Nunca los he tomado antes de jugar.

—¿Lo investigaste? Qué concienzudo eres. No importa. Algo que tienes que entender en esta vida, Beckett, es que una buena reputación no tiene precio. Una vez perdida, no puedes recuperarla. En cuanto la semilla esté plantada en la mente del entrenador, no confiará en ti.

Tenía razón. *Mierda*. Sentía como si estuviera viendo mi vida derrumbarse alrededor de mis oídos, y no había nada que pudiera hacer más que esperar y ver dónde caían las piezas.

Me observó durante un largo rato y supe que no estaba ocultando bien mis emociones. Nunca fui bueno en eso. Sentía demasiado. Mis emociones eran desordenadas y candentes. Reprimirlas solo era posible cuando tomaba suficientes pastillas, y nunca sin ellas.

—Veo que nos entendemos. A partir de ahora, actuarás como yo quiero, o este pequeño alijo irá a Eric Williams. Dudo que el nuevo entrenador de los Hellions de HHU te quiera en el equipo, independientemente de tu talento. Estás roto, Beckett, y una vez que todos lo vean, no querrán tener nada que ver contigo.

Sus palabras no eran nuevas. Me pregunté si Colette metió ese adjetivo en la cabeza de mi papá, o viceversa.

Sentía una opresión en el pecho y me dolía el corazón. Necesitaba tomar algo para aliviarme, pero por la expresión de mi papá supe que eso no era una opción.

—Este sucio y débil hábito tuyo necesita ser pateado ayer. Serás sometido a pruebas de drogas diariamente hasta que pueda confiar en ti para vivir en el campus de HHU.

Tragué saliva. No tenía forma de luchar contra él. Se me erizó la piel en un sudor frío ante la idea de que me cortaran el grifo. Podía intentar evitar las pruebas, pero sabía que mi papá iba en serio. Estaría encima de mí para asegurarse de que estuviera limpio y, si no lo estaba, probablemente se alegraría de que me expulsaran del equipo de hockey.

—Parece que vas a dejar de fumar, hijo. Buena suerte. No pienses en volver a salir esta noche ni en los próximos días. Necesito tiempo para preparar las pruebas y no quiero que andes por ahí. —Soren hizo un gesto con la mano hacia la puerta, despidiéndome.

Me quedé ahí un momento más, bloqueado por la incredulidad. Hacía una hora, todo estaba bien, y ahora mi vida estaba jodida. ¿Cómo pasó?

—¿Qué? —preguntó Soren cuando no salí de su estudio—. ¿Tienes algo que decir?

Me aclaré la garganta.

—Solo una pregunta... ¿Cómo te enteraste?

Soren me estudió.

—¿Por qué?

Mis manos se cerraron en puños furiosos, toda mi rabia por cómo todo se volvía al revés se estrechó en una punta dura, una flecha amartillada y lista para volar hacia el culpable.

—Solo curiosidad.

Mi papá se encogió de hombros, claramente indiferente a mi furia.

—La de la limpieza lo encontró.

Eve.

Ahora ella es mi compañera de clase...

...mi compañera de cuarto y mi pupila.





7

Eve

No hay nada como tener que ir a una farmacia de veinticuatro horas a medianoche para rematar un día largo y duro. Los medicamentos para la presión de mi mamá estaban listos y me olvidé de pasar por ellos antes, así que la culpa era mía. Hacía casi una semana que me topé con Beckett en su habitación. Por suerte, parecía que no me denunció con la señora Linton ni hizo que despidieran a mi mamá, gracias a Dios. Ella necesitaba el trabajo.

Esperé en la cola a la farmacéutica. ¿Cómo había tanta gente aquí a medianoche?

Me desplacé por mi teléfono. Me pesaban los ojos, cansados por el largo día y las luces fluorescentes excesivamente brillantes. La tienda parecía creer que con luces demasiado brillantes y dos guardias de seguridad sería seguro abrir de madrugada. Por la expresión de algunas de las personas que rondaban por los pasillos, no funcionaba. Había algunos hombres y mujeres con aspecto cansado, probablemente de camino a casa tras su turno de trabajo. Una mamá primeriza tenía un bebé dormido en un portabebés contra el pecho, con los ojos oscuros cerrados mientras hacía cola.

Al otro lado de la tienda, cuatro jóvenes merodeaban, llamando la atención de los dos guardias de seguridad. Parecían problemáticos, tenía que admitirlo. Estaban jugando, tirándose cajas de antigripales y jarabe para la tos.

Hice contacto visual con uno. Estaba delgadísimo y pálido como un fantasma. No parecía alguien que saliera mucho durante el día. Me

dedicó una amplia sonrisa a la que le faltaban varios dientes. Me di la vuelta y volví a ver el celular. No quería llamar la atención de nadie. Ojalá hubiera pensado un poco más en mi atuendo antes de venir aquí. Llevaba una camiseta holgada, pantalones cortos y chanclas. No me molesté en ponerme sujetador. Después de un día de sufrimiento en una jaula de encaje, necesitaba quitármelo. Ahora se me notaba muchísimo. Crucé los brazos sobre el pecho, un poco más segura ante la sensación, y avancé con la línea.

—¿En qué puedo ayudarte? —me preguntó la farmacéutica cuando llegué al mostrador.

—Vengo a recoger una receta. —Di el nombre de mi mamá y esperé.

La señora volvió al cabo de un momento con una bolsa abultada.

—Aquí tienes. —Hizo el recuento de los medicamentos—. Son 534 dólares.

—Espera, ¿qué? Suele costar 329 dólares —señalé, sudando de repente.

—Sí, los inhibidores de la ECA subieron, y también los betabloqueantes.

Me tragué una protesta. *Mierda*. ¿$534? Ese era todo el dinero de propina que gané esta semana. Aun así, no podía hacer nada al respecto. Necesitaba esos medicamentos. Entregué el dinero. *Adiós, tenis nuevos.*

Tomé la bolsa de la señora y me di la vuelta, justo cuando la puerta del local se abrió de golpe.

—¡Eve!

Beckett estaba en la puerta, mirándome tan fijamente que la gente que me rodeaba en la cola se movía y murmuraba. Parecía que había venido a matarme.

Se abalanzó sobre mí. Con sus largas piernas enfundadas en jeans oscuros y su chaqueta de cuero negra encima, atraía las miradas. Se veía muy sexy y todo el mundo lo sabía. Quizá no era solo su ropa lo que llamaba la atención, sino también su constitución y su cara. Era de suponer que uno de los chicos ricos más privilegiados y mimados de la

ciudad fuera también uno de los más guapos. *El* más sexy. En cualquier caso, ya había superado la idea de que el malvado mejor amigo de mi hermano que me ignoraba era sexy. *Casi* lo había superado.

—Tengo que hablar contigo —gritó Beckett, deteniéndose frente a mí.

Todos en la cola nos veían. Éramos mejor entretenimiento que ver cómo avanzaba la cola.

Mis mejillas se encendieron. Odiaba llamar así la atención. Lo empujé.

—Ahora no, es tarde.

—Sí, ahora. —Me bloqueó el paso y me llevó hacia la parte trasera de la tienda, usando su pecho como amortiguador. Maldito defensor, acostumbrado a empujar literalmente a la gente para salirse con la suya.

—¿Cuál es tu maldito problema? —pregunté y lo empujé hacia atrás, pero sin llegar a ninguna parte. Me acorraló en un rincón junto a los productos para bebés y una puerta en la que decía "Solo personal" libre de miradas curiosas.

—¿De verdad no lo sabes? Piensa en tu semana, tal vez se te ocurra —Beckett dijo.

Estaba muy, muy enojado, me di cuenta tarde. Nunca lo vi tan enojado. Normalmente era distante, muy por encima de los demás. Alejado. Esta noche estaba furioso. Me recordó al día en que nos conocimos y a esos ojos ardientes que me clavaron en el sitio cuando me preguntó mi nombre. Me recorrió un escalofrío.

—¿Porque leí tu pequeña carta de nepotismo? ¿A quién le importa? ¿De verdad crees que alguien en HHU pensará que estás ahí por méritos propios? Eres un Anderson. La gente simplemente asume que eliges lo que quieres en la vida y papi lo paga, de todos modos.

Mis palabras rebotaron en la furia de Beckett, dejándolo intacto.

—Inténtalo de nuevo.

¿Intentarlo de nuevo? Sin más, el maldito estuche de lápices con las drogas dentro inundó mi mente. Mis ojos saltaron culpablemente hacia los suyos.

Asintió con la cabeza.

—Y ahí está.

No sabía qué decir. Mi boca se abría y se cerraba sin decir palabra. ¿Mi mamá le contó a Beckett lo de las drogas? ¿O a Soren?

—¿Tienes idea de lo que hiciste? Meterte donde no te llaman y chismorrear como una zorrita. Me costaste...

—No es culpa mía que te drogaras —me defendí.

Estaba de pie cerca de mí, tan cerca que podía ver las notas verdes de sus ojos grises.

—No, pero es culpa tuya que mi papá lo sepa. Es culpa tuya que amenace mi carrera de hockey y me obligue a hacer sus clases de mierda.

—¡No, no es culpa mía!

—Entonces, ¿tú no se lo dijiste a mi papá? ¿Fue tu mamá, entonces? —Beckett aprovechó mis palabras.

El miedo me invadió. Parecía mucho más peligroso que la ira de Beckett se dirigiera a mi mamá que a mí.

—No. No dije eso.

—Así que *fuiste* tú... di la verdad, Cenicienta, porque lo averiguaré de todos modos. —Su voz era grave y amenazadora.

Me apretó contra un congelador que había detrás de mí. Era tan grande y corpulento que su presencia me abrumó. ¿Por qué se lo dijo mi mamá a Soren? Beckett era peligroso. Tenía demasiado poder. Podía hacer que la despidieran. Entonces nunca podríamos pagar sus medicinas.

—Fui yo. —Mi mentira era solo un susurro, pero él la oyó.

Me enjauló contra el congelador con una mano a cada lado. Levanté la vista y me atrapó con su mirada oscura y furiosa.

—¿Sabes lo que eso significa, Evie?

No me gustaba nada que me llamara por el apodo que usaba mi hermano.

—¿Que tendrás que seguir las órdenes de tu papá durante un tiempo, hasta que se calme? —sugerí, tan frívolamente como pude.

Beckett negó lentamente con la cabeza.

—Significa que estás jodidamente muerta, eso es lo que significa. Estás acabada. He querido aplastarte desde el día en que nos conocimos y, gracias a tu hermano, no lo hice. Ahora, él no está aquí, y tú... te mereces cada segundo del infierno que te voy a hacer pasar —murmuró.

Su voz grave era íntima de alguna manera, acariciando mis nervios, incluso cuando el miedo me llenaba.

Me tragué las palabras de protesta que tenía en la garganta.

—No seas dramático, Beckett. No puedes hacerme nada, esté Asher aquí o no. Todo se calmará.

No llegué a oír su respuesta.

El sonido de los gritos atravesó el aire desde la entrada de la tienda. Alguien estaba armando escándalo en la caja. Ambos miramos hacia ahí al mismo tiempo. Mi atención se centró en los cuatro tipos que estaban merodeando, justo a tiempo para ver cómo uno de ellos saltaba la barrera que separaba el almacén de la farmacia. Sonó una alarma.

—Mierda —murmuró Beckett, evaluando la situación rápidamente y dando un paso atrás. Me agarró el brazo con fuerza—. Tenemos que salir de aquí.

Pero no hubo tiempo. La alarma siguió sonando, y otro de los tipos, el que me sonrió, sacó una pistola de la cintura y agarró a un anciano que arrastraba los pies cerca de él.

—¡Apaga la maldita alarma en este momento, o este tipo será el primero en morir!

Los guardias de seguridad dejaron de moverse, a punto de sacar sus pistolas de las fundas. A un movimiento de cabeza del pistolero, sus compinches se dirigieron a los guardias y les quitaron las armas.

—Apaga la alarma, ahora —repitió el pistolero.

—Eve —murmuró Beckett—. Tenemos que salir de aquí. No hay forma de que esto termine bien.

Estábamos detrás de todos los demás, fuera de la vista en su mayor parte de los hombres armados. Lentamente, Beckett jaló mi brazo y nos pusimos en cuclillas.

—¿Qué debemos hacer? —susurré, presa del pánico. Era aterrador ver armas en la vida real, sobre todo apuntando a la sien de alguien, como en las películas.

Detrás de nosotros, la puerta que decía "Solo para el personal" se abrió. Alguien entraba.

El tipo que entraba llevaba un chaleco de empleado y auriculares en los oídos. Estaba viendo su teléfono sin saber a lo que se enfrentaba.

Beckett estaba sobre él antes de que pudiera hacer ruido. Lo agarró del brazo y se introdujo en la puerta abierta. Le tapó la boca con la mano, le quitó los auriculares y le susurró al oído. El empleado abrió los ojos y asintió.

Beckett y el empleado retrocedieron por la puerta hasta la sección exclusiva para empleados. Los seguí y me detuve en el umbral. Beckett me vio y, por un momento, pensé que dejaría que la puerta se cerrara, encerrándome en la tienda con los pistoleros. Sin duda sería una venganza por lo de las drogas. Nuestros ojos se encontraron y se sostuvieron. Vi su indecisión.

Se detuvo un momento y luego estiró un brazo para agarrar la puerta justo antes de que se cerrara, abriéndola lo suficiente para que yo pudiera pasar a gatas.

La puerta se cerró casi sin hacer ruido detrás de mí y nos desplomamos sobre nuestros traseros al otro lado, mirándonos fijamente.

—Tengo que llamar a la policía. Con la alarma activada, todas las puertas exteriores están cerradas, así que nadie puede salir. —La

etiqueta con el nombre del empleado decía Eli. Estaba sudoroso y pálido.

—Okey, hazlo, Eli. Nosotros nos esconderemos. Llama a la policía y esperaremos en algún lugar de aquí —dijo Beckett y se giró para mirar hacia al pasillo. Había varias puertas en el pasillo.

En ese momento, la manivela sobre mi cabeza se sacudió.

—Mierda, están buscando a otros miembros del personal. ¡Escóndanse! —Eli susurró con dureza y se levantó, corriendo por el pasillo.

Me quedé paralizada de miedo durante un largo momento, y entonces la mano de Beckett rodeó la mía.

—¡Vamos!

Me levantó de un tirón y echamos a correr. Si los pistoleros querían entrar aquí, solo tenían que quitarle a alguien una tarjeta-llave del personal y abrir la puerta. No les tomaría mucho.

Corrimos por el pasillo y nos metimos al azar en una habitación. Era un vestidor, con casilleros alrededor y otra sala que se ramificaba con retretes y una hilera de duchas. La sala tenía una curvatura extraña y no me di cuenta hasta que la había recorrido entera de que había otra zona. Había un baño para discapacitados escondido en un lado, invisible desde la entrada principal.

—¡Aquí dentro! —siseé.

Nos dirigimos hacia él. En el último momento, Beckett tomó un cartel amarillo que estaba sobre un lavabo roto y lo puso en el picaporte de la puerta del baño para discapacitados.

Fuera de servicio.

Entramos en el cuarto de baño y cerramos la puerta, girando la cerradura con un sonoro chasquido. Había una ventana en lo alto, pero era muy pequeña. Era imposible que Beckett pudiera meter los hombros por ella. Yo tenía una pequeña posibilidad, pero eso no parecía importar, porque tenía una especie de cierre de seguridad que impedía abrirla demasiado.

El cuarto de baño estaba en silencio, ni siquiera un goteo lo interrumpía. Solo nuestra respiración entrecortada llenaba el espacio. Estaba limpio y olía a jabón de flores. Estaba claro que no se usaba mucho. Ambos nos quedamos inmóviles, escuchando un sonido lejano. Alguien gritaba y resonaban pasos. Los pistoleros buscaban a otras personas en la zona del personal.

El miedo me atenazó el corazón y me costó respirar. Estaba aterrorizada. Nunca había tenido tanto miedo. Se oyó un fuerte chirrido.

—Contrólate, Martino. Cállate —murmuró Beckett.

El sonido era yo. Ni siquiera me había dado cuenta.

Me alejé de la puerta, con la cabeza ligera y las rodillas débiles.

—Nos van a encontrar. —Jadeé y cerré los ojos, apoyándome en la pared. Lo sabía sin ninguna duda. Era el momento. Iban a irrumpir aquí y sacarnos a punta de pistola.

—Orina en tus pantalones en silencio. Si haces que nos encuentren, te usaré como escudo humano —me espetó Beckett.

Cierto. Todavía estaba furioso conmigo. Me odiaba más que nunca. La razón por la que me siguió hasta aquí seguía siendo válida. No éramos amigos, solo aliados accidentales para que no nos mataran.

—No esperaba menos de ti. —Mi voz se alzó involuntariamente, demasiado alta.

Afuera, se oyó el ruido de los cubículos al abrirse. Habían llegado al cuarto de baño. El miedo hizo que todo lo demás se desvaneciera.

Mi incontrolable respiración sonó con fuerza en mis oídos, era casi un resuello. Estaba haciendo demasiado ruido, pero no podía evitarlo. No podía controlarlo. Me sentía tan mareada que podría desmayarme.

—Cierra la maldita boca o te amordazo —me advirtió Beckett, arrancándome una carcajada aguda.

Estaba en espiral, sin nada a lo que agarrarme.

—Bien, no digas que no te lo advertí.

Abrí la boca para responder, justo cuando una enorme palma me tapó los labios, sellando mis palabras. Mi espalda se pegó a la pared y el enorme y duro cuerpo de Beckett me presionó contra las baldosas. Estaba completamente atrapada. No podía mover ni un músculo. Tampoco podía hacer ningún ruido.

Sus caderas me inmovilizaron y su pecho se pegó al mío. Lo fulminé con la mirada en la oscuridad. Él me devolvió la mirada.

—Te dije que cerraras la puta boca, y no lo hiciste, así que ahora lo haremos a mi manera. —Los labios del bastardo se inclinaron hacia arriba en una sonrisa sombría—. Mira qué hermosa eres cuando te callas por una vez.

Protesté acaloradamente y me empujé hacia él. Hubiera sido como empujar una pared. Solo luché unos segundos antes de que me abandonaran las fuerzas. Apenas podía respirar; el pánico me atenazaba el pecho y se negaba a soltarme. Extrañamente, la sensación de estar rodeada por sus fuertes brazos y la fuerza de su agarre parecieron aliviar algo en mi mente agitada.

Un poco del aire que tanto necesitaba se filtró en mi sistema, y las vueltas se ralentizaron y luego se detuvieron.

Respiré hondo varias veces y dejé que mi frente se apoyara en el pecho de Beckett. Mierda, estaba duro como una maldita roca. Olía bien, como siempre. Podía distinguir ese aroma que era exclusivamente suyo, el que llenaba su habitación y hacía que fuera tan molesto limpiar ahí adentro. Apreté más la cara contra su chaqueta e inspiré, calmándome cada vez más.

—Nadie va a lastimarte aquí, Eve. Tenemos una cuenta que saldar, y no hay escapatoria. —La voz de Beckett era un suave murmullo, solo para mis oídos.

Levanté la cabeza al oír sus palabras. Seguía sin poder hablar y era muy frustrante tener que escuchar a Beckett sin poder replicar.

—Si te quieren a ti, tendrán que pasar por mí. Soy el primero en la fila para joder contigo.

Sus palabras eran absolutamente desquiciadas y, sin embargo, de alguna manera, calmaron mi miedo. No estaba sola. Beckett estaba aquí, y aunque me odiara, seguía sin estar sola.

Afuera, el sonido de pasos se acercaba, más cerca que nunca. Levanté la vista y apoyé la barbilla en el esternón de Beckett. Él estaba viendo hacia la puerta, con la mandíbula cincelada tensa como el infierno. En silencio, nos movió de modo que él quedara de espaldas a la puerta y yo oculta tras él. Torció el cuello para seguir escuchando mientras esperábamos a ver si nos descubrían.

Los segundos pasaron, convirtiéndose en minutos. Se hizo el silencio.

El tipo se había ido. Tenía que haberlo hecho.

Estábamos a salvo, por ahora.

Beckett giró la cabeza para mirarme. Aún me tapaba la boca con la mano. Su cuerpo seguía rígido contra el mío, pero había otra nota de tensión entre nosotros.

Él estaba duro.

Fue un shock darme cuenta. Tenía poca o ninguna experiencia con chicos, gracias a mi sobreprotector hermano, pero hasta yo sabía que había una larga y sólida cresta presionándome el vientre que no estaba ahí cuando me agarró por primera vez.

¿Le excitaba el peligro? Una vez leí en clase de Historia que los hombres tenían erecciones cuando la adrenalina corría por sus venas en situaciones de supervivencia. Era un fenómeno bien conocido durante las batallas. ¿Era eso lo que le estaba pasando a Beckett en este momento? ¿O era... yo?

La sangre me subió a las mejillas heladas y me alegré de que estuviera oscuro y él no pudiera ver cómo me ruborizaba. Lancé un gemido de protesta contra su mano. Estaba tranquila, ya no necesitaba que me envolviera como a un bebé. Se tomó su tiempo para retirar los dedos de mis labios.

—Se fue. No hace falta que me manosees más. —Aparté mi cara de la suya. No podía soportar más su oscura ira. Esa mirada ardiente. No

importaba lo que estuviera pasando aquí, Beckett seguía odiándome a muerte.

Finalmente se apartó y soltó un largo suspiro, pasándose una mano por su cabello corto y oscuro. Era un hábito nervioso suyo, lo había notado antes. No es que me fijara en esas cosas del mejor amigo de mi hermano. No, para nada. Respiré hondo varias veces, alejándome tropezando de su abrumadora presencia.

—¿Qué hacemos? —Vi hacia la ventana—. ¿Debería intentar salir de ahí?

—¿Crees que voy a dejar que te largues de aquí y que nos maten a los demás? Y yo que pensaba que el egoísta era yo —murmuró Beckett.

—No, genio. Yo podría salir e ir a buscar ayuda.

Beckett se burló.

—Como si confiara en que te importara lo suficiente como para molestarte.

Nos miramos un momento antes de que Beckett sacudiera la cabeza con decisión.

—Como sea, romper el cristal puede ser ruidoso, y no hay garantía de que no tengan a alguien afuera en un auto vigilando a los rezagados. Estás atrapada aquí esperando a la policía, como el resto de nosotros. Sonó una alarma, y ese tipo Eli está llamando a la policía.

Tenía razón, aunque preferiría morir antes que admitirlo. Haría mucho ruido, y la idea de que alguien me atrapara afuera, estando sola, me daba más miedo que esperar aquí a oscuras con Beckett.

Lo estudié a la tenue luz de la calle que entraba por la ventana. Irrumpió aquí, furioso, dispuesto a hacérmelo pagar. Me dijo que acabaría conmigo, que estaba acabada y que haría de mi vida un infierno, luego me calmó cuando me estaba volviendo loca. Puso su cuerpo delante del mío cuando un loco armado nos buscaba.

No sabía qué pensar de él. Era tan confuso como siempre.

Me sorprendió mirándolo y enarcó una ceja.

—¿Qué?

Me aclaré la garganta.

—Nada. Solo que si querías que pagara por contárselo a tu papá, podías haberme dejado sola para que me las arreglara como pudiera. —No tenía ni idea de por qué estaba señalando esto, solo que su comportamiento frío y caliente me confundía cada vez.

—¿Crees que dejar que te asalte o te dispare algún pandillero en busca de drogas es una venganza adecuada? —Su voz era seca. Burlona—. La única persona que puede arruinarte soy yo.

Me quedé mirándolo, horrorizada e intrigada al mismo tiempo. ¿Qué demonios iba a hacer? Dio un paso atrás, desapareciendo todo signo de amabilidad.

—Ahora, mantente alejada de mí. Va a ser una larga noche.

8

Beckett

Mierda. Mierda. Mierda.

Esta noche no estaba saliendo como la planeé en absoluto. Después de casi una semana encerrado por mi papá y obligado a dejar de fumar en Cliff Point, él se había ido de viaje de trabajo y yo me escapé. Me dirigía a casa de los Martino para desquitarme con Eve cuando la vi entrar en la farmacia. ¿Por qué demonios me molesté en parar? Ahora estaba atrapado aquí, con la chica que odiaba. Ah, y el tipo al que le compraba drogas estaba asaltando el maldito lugar.

Su nombre era Jax, y era un pedazo de basura. Parecía que también era una basura peligrosa. No sabía lo peligroso que era. No tenía ni idea de cuáles eran los planes de esos tipos. No eran las herramientas más afiladas del cobertizo, y por su aspecto, estaban drogados.

Eve se acurrucó en un rincón, secándose los ojos. Llevaba media hora llorando.

Yo estaba sentado cerca de la puerta, escuchando todo lo que podía en busca de señales de qué demonios estaba pasando.

Eve olfateó. Parecía dolorosamente pequeña en el suelo, empequeñecida por su gran nube de espesos rizos negros. La imagen perfecta de la vulnerabilidad. Yo no estaría ni la mitad de preocupado por estar atrapado en este espectáculo de mierda si ella no estuviera aquí también.

—¿Puedes parar un maldito segundo? —le espeté.

Me vio fijamente. Mis ojos se adaptaron a la oscuridad y podía distinguirla bien. Tenía las mejillas llenas de lágrimas y unas pestañas puntiagudas rodeaban sus ojos. Siempre tuvo los ojos de cierva de los dibujos animados y, por lo visto, llorar no hacía más que acentuarlos.

—Siento que me importe que nos puedan matar aquí —contestó siseando.

Todavía estaba nervioso. Unos días no eran suficientes para que mi cuerpo superara el infierno de dejar mi hábito de tomar pastillas tan bruscamente. Un par de benzos[4] me aliviarían de toda esta situación. No podía relajarme y la ansiedad me estaba afectando. Evité sentir casi nada durante casi un año, y esta semana fue una abrupta vuelta a la realidad.

Mi cuerpo estaba caliente y frío por turnos, mi piel era punzante de conciencia. El síndrome de abstinencia me estaba afectando mucho. Cuando empecé a tomar pastillas para aliviarme, me propuse no abusar de ellas. Ahora, estaba bastante claro que desarrollé una dependencia. En lugar de dejar de tomarlas suavemente, estaba dejando de tomarlas, y la razón estaba acurrucada frente a mí, llorando lastimosamente.

Me pongo de pie y camino de un lado a otro, con la esperanza de que la actividad alivie la sensación de nerviosismo que siento en las venas. Era como si la sangre me bullera. No solo eso, sino que la maldita erección que apareció cuando inmovilicé a Eve se negaba a remitir.

Teniendo en cuenta la poca frecuencia con la que mi cuerpo sentía atracción sexual -gracias a una embriagadora mezcla de auto desprecio, actitudes jodidas hacia el sexo femenino y opiáceos-, rara vez se me ponía dura en momentos inoportunos. Era un maestro sobre mi polla, pero esta noche parecía que se me estaba escapando el control. Dado que estaba atrapado aquí con una chica que odiaba, mientras hombres armados podían entrar en cualquier momento, inconveniente era un puto eufemismo. Añade el hecho de que Eve Martino estaba fuera de los límites, la manzana madura y jugosa que nunca podría comer, y la sangre que llenaba mi polla era inaceptable, pero eso no impidió que mi polla se levantara y presionara incómodamente contra mis jeans.

[4] Benzodiacepinas.

Hacía meses que no tenía una erección así. ¿Un año? Tal vez más. ¿Era porque ya no tenía sustancias en la sangre? ¿O era ella? Esperaba que fuera la primera razón, pero era inútil negarlo. Eve era hermosa, la chica más hermosa de la ciudad. Todo el mundo lo sabía. Su sensualidad sin tapujos y su total inocencia ante el hecho de que dejaba erecciones a su paso formaban parte de su atractivo.

Por supuesto, ella siempre estuvo fuera de mis límites, lo que significaba que nunca me permití ver demasiado tiempo o demasiado a menudo. Ahora, sin embargo, no podía apartar la mirada. Mi cuerpo estaba volviendo lentamente a la vida, y ahora era el momento más inapropiado para que volviera mi deseo sexual.

—¿Qué pasa? —preguntó Eve, poniéndose de pie.

Mi frustración llenó la habitación.

—Nada.

—Dime —exigió—. ¿Sabes algo más que yo?

—¿Así o más paranoica? Déjalo —le ordené, y la ignoré mientras permanecía cerca de mí.

—No estoy paranoica, solo no confío en ti. ¿Qué pasa? —Extendió la mano y me tocó el brazo.

Mi polla palpitó. La frialdad que me quedaba se evaporó. La agarré por los hombros y la apoyé contra la pared. Estaba tan duro, y mi cuerpo tan jodidamente miserable, que quería mecerme sobre ella ahí mismo para sentir algún tipo de alivio, conseguí aguantar las ganas sin quebrarme, pero mi resistencia pendía de un hilo.

—No me toques, Cenicienta. No me gusta que me toquen.

—¿Por qué no? —preguntó Eve, con los ojos desconcertados.

—No es asunto tuyo. Solo no me toques a menos que quieras seguir con eso. —Esas palabras me sorprendieron tanto como a Eve. Hacía mucho tiempo que no deseaba nada remotamente sexual con otra persona. ¿Por qué tenía que ser ella con la que estaba atrapado ahora?

Su respiración se entrecortó, e incluso ese pequeño sonido hizo brotar más precum de mi polla. Era una tortura.

—¿Qué significa eso? —preguntó con un tono ronco que me excitó aún más.

Apoyé la cara en su sien y el olor de su piel me llenó la cabeza. *Ese aroma.* Una nueva adicción.

—Significa que es culpa tuya que yo esté aquí, y es culpa tuya que mi puto cuerpo esté al revés —gruñí y arrastré mis labios sobre su piel. Incluso ese pequeño contacto hizo que chispas de electricidad recorrieran mis nervios.

—No le hice nada a tu cuerpo —protestó acaloradamente, siempre dispuesta a discutir.

—¿Quieres pruebas, cariño? Aquí tienes la prueba —murmuré, tomándole la mano y apretándola contra mi polla. Estaba furioso con ella, preocupado por los hombres de afuera y más excitado que nunca, y todo era culpa de Eve.

Se quedó paralizada, con la boca abierta por la sorpresa. Mantuve su mano ahí, apretada contra la cresta de mi miembro, y flexioné las caderas, sacudiéndome contra su pequeña mano. Era una sensación increíble.

—Eso es lo que hiciste. ¿Lo entiendes ahora? —Dejé que mis caderas se empujaran un par de veces más en su toque forzado, y luego dejé caer mi mano.

—¿Eso… duele?

Su curiosa pregunta me tomó desprevenido. Parpadeé y me olvidé momentáneamente de las exigencias de mi cuerpo, ahogado por la abstinencia.

Su mano seguía apoyada en mi erección. Tragué un grueso nudo de lujuria.

—Sí, eso jodidamente duele. —La verdadera pregunta era: ¿por qué no me repugnaba su contacto, como el de todas las mujeres que me

habían tocado ahí? Me analicé a mí mismo en busca de signos de ese asco familiar, pero estaba ausente.

Estaba estudiando el bulto de mis jeans como si contuviera las respuestas del universo.

—Nunca supe que podía doler.

—¿Sabes mucho sobre las pollas de los hombres?

Se sacudió como si la quemaran y soltó la mano. Extrañé el contacto inmediatamente.

—No, y sabes que no lo sé.

Era bien sabido en Hade Harbor High que la chica más guapa de la preparatoria estaba fuera de los límites. Demonios, yo estuve con su hermano muchas de las veces que amenazó a cualquier chico interesado.

—Cierto, lo sé. Apuesto a que nunca te han besado, ¿verdad, Cenicienta? Imagínate ir a la universidad y que nunca te besen. —Mi voz era burlona, pero mi necesidad de tocarla me impulsaba, y todo lo demás había huido de mi cabeza.

—Imbécil —me espetó y se apartó, con la mano en el vientre.

No sabía por qué lo hacía. Tal vez pensaba de verdad que podíamos morir, o la curiosidad por tocar a alguien que no me erizaba la piel era demasiado fuerte.

Apenas dio dos pasos antes de que la agarrara de la muñeca y la jalara hacia atrás. Mis labios se posaron en los suyos con brusquedad, y mi lengua se deslizó en su boca antes de que pudiera abofetearme, algo que estaba seguro que iba a ocurrir en cualquier momento.

Se quedó quieta y su cuerpo tembló ligeramente. Su sorpresa la había congelado hasta el punto de dejarme explorar su boca con la lengua y morderle el labio inferior. Sabía dulce, a canela. Mi hambre se encendió aún más. Odiaba a esta chica, pero ahora también la deseaba.

Siempre la has deseado. Ignoré esa voz interior. No importaba. Eve Martino estaba fuera de mis límites y nunca me permití siquiera fantasear con ella. Sin embargo, ahora, con hombres armados afuera, y la

furiosa abstinencia en mi sangre desesperándome y embotando mi lógica, no me importaba.

Sabía que solo tenía unos segundos para disfrutar del contacto antes de que ella volviera en sí. Lo que no esperaba era que me devolviera el beso.

Me acarició con su lengua y me tomó la cara con las manos. El contacto me resultó extraño. Como acababa de decirle, no me gustaba que me tocaran. Desde esa maldita fiesta de cumpleaños hawaiana en la que mi mundo se puso de cabeza. Nadie se atrevía a acercarse demasiado, y yo no se los habría permitido, luego empezaron las pastillas y olvidé lo que era desear a alguien. Olvidé lo que se sentía al tener la sangre bombeando en la polla y las pelotas, pidiendo a gritos ser vaciadas.

Me eché hacia atrás y mis labios perdieron el contacto con los de Eve. La vi fijamente, sintiendo que me había sorprendido tanto como yo a ella. Su tacto desapareció de mis mejillas y pude volver a respirar. Extrañamente, sentía frío en la piel donde estuvieron sus dedos. Extrañé su calor. Era la primera vez que recordaba que deseaba que alguien me tocara, y fue estremecedor.

Así se sentía el verdadero deseo. Esto era. En ese momento supe que esa sensación quedaría asociada para siempre al sabor de la canela y a Eve Martino.

Dudó, mirándome con esos malditos ojos enormes.

—¿Y si morimos? —preguntó en un susurro asustado—. No quiero pensar en eso... quiero sentirme viva mientras lo esté.

Nos dimos cuenta de que lo que ocurría al otro lado de la puerta era extremadamente real y absolutamente aterrador. Puede que nunca saliéramos de este edificio. Había muchas posibilidades de que estas fueran nuestras últimas horas.

Mi silencio le dio una pausa.

—Siento haberte tocado...

—No importa —la corté.

—Pero me odias —recordó, como si eso hiciera que devolverme el beso fuera aún más ofensivo.

Me acerqué más.

—No importa.

Me acerqué a ella, inclinó la cabeza hacia atrás y respondió a mi furioso beso con uno propio. Nuestras lenguas se enredaron húmedamente y ella gimió. Me tragué el sonido, guardando para mí aquel suspiro de rendición. Saqueé su boca con mi lengua, deseando que fuera mi polla la que se introdujera entre sus labios carnosos.

Ella apretó su cuerpecito contra mis brazos. Todavía me ardían las mejillas de añoranza por la cálida sensación que su contacto encendió en mi interior. Agarré su mano y la volví a poner en mi mejilla, sin romper el beso. Ella acercó la otra a la primera y me sentí jodidamente bien al ser tocado por ella, donde nadie me había acariciado antes. Hacía tanto tiempo que ni siquiera pensaba en que me tocaran que la atrevida caricia de su mano fue una revelación, olvidé que mi cuerpo podía sentirse tan bien sin ayuda farmacéutica.

La adicción a las drogas se apoderó de mí, embotando todas mis demás necesidades y deseos. Con el tiempo, dejé de querer las cosas normales que desea un adolescente en la preparatoria, y solo buscaba mi próxima dosis.

"¿Eres un adicto, Beckett?" La dura pregunta de mi papá pasó por mi mente. Me pareció ridículo cuando me lo preguntó, pero ahora ya no estaba tan seguro. ¿Alguien que no fuera un adicto ignoraría lo jodidamente bien que se sentía esto?

Moví las caderas contra su vientre, con la polla rozándome enloquecedoramente contra la hebilla del cinturón. Me dolía, pero no lo suficiente como para parar.

Rompí el beso de mi vida para recorrer con mis labios su mandíbula hasta la oreja. Necesitaba saborear más su piel. Ella se balanceó contra mí, respondiendo a mis embestidas con su cuerpo, incitándome a seguir.

Esto era una locura. Ambos lo sabíamos, y sin embargo, ninguno de los dos lo detuvo.

Le mordí la oreja y soltó un fuerte jadeo. Deslicé mi mano sobre su boca para silenciarla. Todavía tenía que callarse. Me lamió las yemas de los dedos y se metió uno en la boca. Me aparté, excitado más allá de lo imaginable, viendo a Eve como si no la conociera de nada. Estaba la gemela malcriada, molesta como el demonio, con su moral alta que me hacía sentir como una basura por ser rico; y ahora había otra Eve que añadir a la lista.

La Eve sexualmente curiosa.

Esta era una asesina.

Me pasó la lengua por las puntas de los dedos y yo solté una maldición, tomé su mano y la volví a poner sobre mi adolorida polla.

—Me estás destruyendo, Cenicienta. ¿No puedes sentir cuánto duele?

Todos los demás dolores de mi cuerpo por el síndrome de abstinencia se desvanecieron y se concentraron en mi polla. Solo podía pensar en bajarme la cremallera de los jeans y liberarme. La mano de Eve permaneció sobre mi erección, incluso después de que la soltara. Respiraba con dificultad y tenía los pezones fruncidos alrededor de la camiseta. Se asomaban a través de la fina tela como capullos de rosa.

—Dime que llevas sujetador —exigí con fuerza, con los ojos clavados en la visión de las puntas oscilantes.

Negó lentamente con la cabeza. Gemí y levanté las manos para acariciarle las tetas a través de la tela. Eran grandes y pesadas. Siempre tuvo unas tetas hermosas. Era imposible no fijarme, tanto si estaba fuera de los límites como si no. Eran más que un puñado, se derramaban sobre mis manos cuando las tomé y le acaricié sus pezones. Eran naturales e inexploradas por el bisturí de un cirujano o por otro hombre. No podía dejar de acariciarlas.

—¿Alguien te tocó así antes? —le pregunté bruscamente, sabiendo la respuesta pero queriendo oírla de nuevo. Su inocencia era un afrodisíaco como ningún otro. Mientras mi cuerpo estaba usado y gastado, involuntariamente experimentado y hastiado, el de Eve era fresco y nuevo. Limpio como yo nunca lo estaría. Leí suficiente mierda de autoayuda para saber que era una visión muy poco saludable de mi

propio cuerpo, pero eso no impedía que las voces de mi cabeza me lo susurraran.

—Sabes que no —dijo, arqueándose ante mis caricias. Su mano acariciaba mi polla, presionando la cabeza y mareándome—. Nunca hice nada, con nadie.

—Hasta esta noche —la corregí. Deslicé las manos bajo el dobladillo de su camiseta y avancé por su vientre. La pesada curva de sus pechos era lo mejor que había sentido nunca—. Hasta mí. Mierda, eres perfecta. ¿Tienes idea de lo perfecta que eres?

Se apoyó contra la pared, se agarró la parte inferior de la camiseta y se la quitó por encima de la cabeza con un movimiento fluido. Me quedé mirando fijamente.

—Creía que me odiabas —me recordó en un susurro inseguro.

—Sí, y tú también me odias, ¿verdad? Mimado, niño rico Beckett. Privilegiado, deportista arrogante... ¿no es así? —murmuré, moviendo mis pulgares por sus pezones oscuros.

Gimió con fuerza cuando tiré de ellos, y tuve que besarla para ahogar el sonido.

—Cierra la boca, Tiny, a menos que quieras que te atrapen así —le recordé.

Tragó saliva, con los ojos nublados y las pupilas dilatadas. Con tan poca luz, estaba seguro de que nunca vi algo tan hermoso como Eve Martino sin la guardia alta.

—*Tú* cierra la boca, Anderson —murmuró, con su rabia encendida a pesar de cómo se retorcía contra mí.

—Oh, Evie, voy a disfrutar arruinándote... cada momento —susurré contra su cuello, moviéndome hacia abajo. Necesitaba saborear sus pezones. Quería sentir esa piel de guijarros. Lo ansiaba.

—Puedes intentarlo —jadeó, posando sus manos en mi cabello.

Bajé la cara hasta su pecho y me metí un pezón en la boca, rozando la punta con los dientes. Ella gritó.

Deslicé la mano entre sus piernas y le pellizqué el coño.

—Shh, o te ato mi puto cinturón alrededor de la boca —me aparté para decir.

Me jaló del cabello con saña.

—Otra vez, puedes intentarlo —jadeó.

Tocarle el coño, incluso a través de la ropa, era adictivo. Dejé mi mano ahí, jugando con el dobladillo de sus pantalones cortos. Sentía calor a través de la tela y necesitaba saber si estaba mojada.

De repente, era lo único en lo que podía pensar. No podía recordar la última vez que tuve sexo. Lo bloqueé todo, pero mejor que bloquearlo era reemplazarlo con alguien nuevo.

Alguien que yo elegí. La única persona que quería.

Afuera, en el pasillo, en el infierno en que se convirtió la fachada de la tienda, alguien gritó. El hielo me recorrió la espina dorsal, y entonces la determinación se apoderó de mí.

Le froté entre las piernas y le bajé los pantalones cortos. Su piel era suave como el satén. Ahora que había decidido que quería follármela, me moría de ganas de estar dentro de ella. La tensión entre nosotros se había acumulado durante años, y ahora tenía una salida.

—¡Beckett!

Hice una pausa ante su exclamación de sorpresa.

—¿Qué pasa, Cenicienta? ¿Quieres morir virgen? —la pregunta apenas salió de mis labios cuando su mano golpeó mi mejilla. Solté una risita oscura—. ¿Eso es todo lo que tienes? Esfuérzate, cariño.

—No me voy a morir aquí —dijo, levantando la barbilla y acercándose a mí, como si estuviera preparándose para luchar.

Mi mano seguía en la parte interior de su muslo desnudo, mientras sus bragas y pantalones cortos se acumulaban alrededor de sus pies. Deslicé los dedos entre sus piernas y le toqué el coño con rudeza, pasando los dedos de un lado a otro por su húmeda abertura hasta que ella separó las piernas lo suficiente para darme acceso a su entrada.

Hundí dos dedos en su interior, enganchándolos hacia adelante para frotar su punto G y mantenerla en su sitio. Ella se estremeció ante mis caricias.

—Tal vez lo hagas, tal vez no. No sabía que eras adivina.

—Cállate, estúpido degenerado —me espetó, moviendo las caderas en sutiles círculos que parecía no saber que estaba haciendo, follándose a sí misma con mis dedos.

—¿Quieres ser la única virgen en HHU?

—Deja. De. Hablar —gritó.

—Oblígame —gruñí contra sus labios.

Vi la lucha en sus ojos entre su cautela y su impulso. Su lógica y su miedo. Luchaban por el dominio de su mirada mientras yo la follaba con los dedos. Vi el momento en que ganaron el impulso y la curiosidad. Eve estaba esperando para averiguar qué demonios hacían los demás cuando se colaban en las fiestas y salían en la preparatoria. Yo lo sabía. Me aprovechó de eso. Ahora que la había tocado, no podía parar. Iba a follarme a alguien a quien yo elegí follarme por una vez en mi maldita vida, y era esta chica.

La chica cuyo toque curaba, no hería.

Ella se inclinó y cerró la brecha que nos separaba, besándome con fuerza. No tardé en bajarme los pantalones y los bóxers, y luego me los quité de una patada. Se agarró a mis brazos cuando la levanté y senté su trasero en el borde del lavabo. Debía de estar frío, pero no se quejó.

Abrió las piernas y me coloqué entre ellas. Mi polla se deslizó contra su coño. Estaba tan mojado y tentador que apenas tuve que inclinar las caderas para presionarla. Era tan natural como respirar.

Jadeó cuando la penetré y me empujé contra el velo de piel que llevó toda su vida.

Pensé que eso era un mito cuando se llegaba a los dieciocho años, pero no, Eve seguía teniéndolo.

Era nueva por dentro. Intacta. Perfecta.

—Muérdeme el hombro si te duele —le dije, con mi polla chocando contra su barrera.

—Puedo soportarlo —dijo en una suave exhalación y me vio—. Hazlo.

Mierda, eso fue sexy. Su valor inquebrantable era caliente como el infierno.

Me empujé hacia adelante.

Eve gruñó pero no me mordió. Sus dedos se clavaron en mis brazos, sin duda dejándome pequeños moretones. Bien. Quería que se notaran. Quería el recordatorio de que si sobrevivíamos a esta noche, esto sucedió.

Empujé más adentro y ella se retorció a mi alrededor.

—No va a funcionar —jadeó—. Es demasiado largo, o algo así. Demasiado grande. —Se echó hacia atrás y me fulminó con la mirada—. ¿Por qué tiene que ser tan grande? ¿No puedes ser normal en nada?

Una carcajada inesperada me dejó al oír eso.

—Me lo tomaré como un cumplido, cariño, pero no te preocupes, no es demasiado grande. Encajará. Yo haré que encaje. Déjate estirar por mí. —Bajé una mano entre nosotros y froté su clítoris.

—¿Tienes mucha experiencia estirando partes femeninas con esta cosa?

Mi risa se apagó.

—Ni siquiera recuerdo la última vez que hice esto, y esa es la verdad.

Ella me miró e intenté resistirme a su mirada oscura, pero era como un imán que me atraía.

—Digamos que no eres la única que está experimentando algo nuevo en este momento.

Nuestras miradas se sostuvieron, y podría haberme perdido el resto de mi vida en sus ojos. No cuestionó mi admisión. No dijo nada. Arqueó las caderas y exhaló suavemente. Mi dedo le rodeó el duro capullo de la parte superior de su coño. Su coño me apretó como antes, pero ahora mi polla estaba más adentro, hasta la empuñadura.

—Eso es, cariño. Llévame a casa —murmuré y me retiré con un movimiento lento, antes de volver a deslizarme dentro.

Ella gimió y le tapé la boca.

—En silencio, ¿recuerdas?

Se sentía increíble deslizarse dentro de su coño virgen. Estar dentro de ella era como volver a nacer.

Me la follé sin parar, esperando a que se corriera con fuerza entre mis brazos por el ritmo implacable de mi polla y el movimiento de mis dedos en su clítoris. ¿Podía una virgen correrse la primera vez? ¿Era demasiado doloroso correrse? Mi pregunta fue respondida cuando gimió con fuerza contra mi mano y todo su cuerpo se apretó, casi empujando mi polla hacia fuera. Me agarró con tanta fuerza que la mirada salvaje de sus ojos me puso al borde del abismo. Seguía palpitando a mi alrededor cuando yo también me corrí.

Me empujé profundamente, incapaz de resistir la sensación de su calor húmedo a mi alrededor. Bombeé mi carga dentro de ella, con chorro tras otro de esperma saliendo de mí y llenándola, hasta que la humedad se aplastó alrededor de mi cuerpo, que seguía empujando con pequeños movimientos, provocando su placer. Apoyé mi frente en la suya y, cuando dejó de gemir, retiré los dedos de su boca. Ella me vio sin pestañear y luego se apartó.

Entró la razón.

Santa mierda. Acababa de follarme a la hermana de Asher, la chica que me había jodido. Ahora que la euforia había pasado y mi polla estaba por fin agotada, después de horas de estar dolorosamente dura, la realidad amenazó con precipitarse. La saqué suavemente y retrocedí, subiéndome los bóxers y los pantalones. Eve se agachó y recogió sus pantalones cortos y bragas, poniéndoselos rápidamente. Se los subió y yo solo podía pensar en la línea de semen que goteaba por la cara interna de su muslo. No usamos protección. Era la peor pesadilla de mi papá. A lo mejor quedaba embarazada, como Soren siempre temió, y yo acababa con una esposa del lado equivocado de la vía. No odiaba la idea, sería exactamente lo que mi papá se merecía.

Me apoyé en la pared y respiré hondo para tranquilizarme. Por primera vez desde que empezó mi pesadilla, me sentía en paz. Eve se metió las manos en los pantalones cortos y también respiró hondo.

Debería decirle algo. Las primeras veces daban miedo. El miedo era mi único recuerdo. La parte que mi mente no podía soltar.

Puede que odiara a Eve por contarle a mi papá lo de las drogas, y puede que quisiera que pagara por joderme la vida, pero mi furia se había calmado. La haría pagar por su pequeño acto de soplona, pero después del sexo sorprendentemente espectacular que acabábamos de tener, tenía un montón de ideas sobre cómo podía aplicar mi castigo sobre ella.

Eve estaba inquieta, viendo a su alrededor en busca de algo en lo que concentrarse. Alargó la mano y me tocó el antebrazo, pasando un dedo por la tinta negra.

—¿A qué viene esto? —miró el tatuaje de un escudo antiguo. Fue mi primer tatuaje.

—¿Qué te hace pensar que es por algo? —me pregunté.

Se encogió de hombros. Estaba desesperada por pensar en otra cosa que no fuera su miedo.

—Es por Aquiles, que fue bañado en el río Estigia por su mamá, para hacerlo invencible.

—Excepto por su talón, ¿verdad? —Eve preguntó.

Asentí con la cabeza.

—Mi mamá siempre quiso que fuera invencible, no como ella. —Y cómo fracasé en eso. El desastre con Colette y la adicción a las pastillas no eran más que pruebas de mi debilidad. Eve sabía todo sobre mi mamá, y cómo el cáncer se la llevó muy joven. Mi mamá fue tan fuerte, luchando hasta el final. Yo no me parecía en nada a ella. Me derrumbé solo. El dolor que rodeaba los pensamientos sobre mi mamá y la rabia que me invadía cuando pensaba en el espectáculo de mierda en que se convirtió mi vida sin ella tensaban el ambiente. Eve sintió el cambio, a juzgar por su frente arrugada.

Antes de que pudiera romper la nueva tensión que nos envolvía, sonó un fuerte estruendo más allá de la habitación, y Eve soltó un grito agudo antes de taparse la boca con la mano. Me vio fijamente, con el terror reflejado en cada línea de su cuerpo.

—¿Qué fue eso? —movió la mano para susurrar.

—Nada. Probablemente estén tirando mierda —mentí.

Fue un disparo. Era inconfundible. Si escalaron a dispararle a alguien, entonces la mierda se estaba volviendo demasiado real. Me lo podía imaginar. Empezar esta estupidez en un punto álgido, donde te sientes a prueba de balas, y bajar para darte cuenta de que le acababas de disparar a alguien, y la policía estaba en camino. Eso provocaba acciones desesperadas, y no había nada más peligroso que la desesperación.

—Sonó como un disparo —susurró Eve, sin dejarse engañar por mis mentiras. Por supuesto que no. Eve era una chica muy lista. Inteligente sin esfuerzo. No solo era lista en los libros, sino también en la calle. Tenía que serlo, creciendo donde creció.

—No importa. Aquí estamos a salvo —entoné—. Siéntate —le dije y me aparté, acercándome a la puerta para poder oír lo que ocurría afuera. Me deslicé por la pared y me senté.

Eve se arrastró junto a la pared, más cerca de mí.

—No quiero sentarme ahí sola —murmuró.

Entonces me di cuenta que estaba temblando. Llevaba pantalones cortos y chanclas. Aunque en Maine hacía calor durante el día en verano, por la noche la temperatura bajaba bastante.

Como no respondí, se acercó hasta que su brazo apretó el mío.

—Tienes frío. ¿Qué demonios llevabas puesto para salir de casa? —le pregunté, tomando mi chaqueta de cuero desechada y entregándosela.

—No te pedí la chaqueta. —Su tono era ácido. Siempre tan sensible a las críticas—. Como sea, no tengo frío.

—Estás temblando —señalé.

—Tengo miedo. —La admisión pareció salir involuntariamente, dada la forma en que se tensó justo después. Ella suspiró—. Tengo miedo, y no quiero estar sola ahí. No soy buena con eso.

—¿En qué, estar sola?

—Sí, estar sola. He estado con otra persona toda mi vida. Odio estar sola.

Asher. No podía ni imaginarme ser gemelo y tener siempre a alguien cerca.

—Bueno, qué suerte. Es peor ser bueno estando solo —murmuré, apoyando la cabeza en la baldosa detrás de nosotros—. Soy un puto experto.

Se hizo el silencio ante esa confesión. ¿Por qué dije eso? No era una persona a la que quisiera contarle mis inseguridades.

—Aunque nunca estás solo... siempre estás con los otros Dioses del Hielo: en la escuela, en los entrenamientos, los fines de semana.

—Cuando crezcas, Cenicienta, te darás cuenta. Puedes estar sola en cualquier sitio, incluso rodeada de gente.

Se quedó callada un momento y luego asintió.

—Tienes razón. No lo entiendo. ¿Es por eso que estabas tomando esas pastillas?

—No vamos a hablar de eso —le digo, con la ira inundándome al instante al recordar su traición.

—Solo me lo preguntaba. No puedo imaginar ser tú y tomar algo así...

—¿Por qué no? ¿Por qué es tan difícil de imaginar?

—Porque lo tienes todo. Vives una vida encantada... ¿cómo podrías querer escapar de ella así?

Solté una carcajada hueca.

—¿Encantada? No me conoces, Eve. No tienes ni idea del tipo de vida que llevo.

—Tal vez no los detalles, pero sé que tienes tres comidas al día, y nunca tienes que preocuparte de dónde vendrán. Sé que tienes un techo, calefacción en invierno y aire acondicionado en verano, y que nunca tienes que preocuparte de que te lo corten o de que te desahucien. Sé que tienes un auto, varios autos, y que nunca tienes que tomar el autobús o caminar a altas horas de la noche, y sentirte inseguro, o que te sigan a casa.

—¿Te siguieron a casa? —pregunté, con más rabia inundando mi sistema ante la idea.

Hizo caso omiso de mis palabras.

—Sé que nunca te hiciste daño y no pudiste ir al hospital por no tener seguro. Sé que estuviste en el extranjero y has visto lugares increíbles... Yo ni siquiera tengo pasaporte. ¿Debería seguir adelante?

Sus palabras me robaron la refutación. Sí, cuando ella lo decía así, yo era todo un imbécil rico y privilegiado. Eso ya lo sabía de mí mismo. Era solo otra cosa que detestar.

Finalmente, me vinieron las palabras, y las dije sin pensar en lo crudas y personales que eran.

—Y tú no tienes ni idea de lo que es no tener una familia que se preocupe por ti, ni una sola persona en el mundo a la que le importe si vives o mueres.

Tenía que ser la situación la que lo hizo. Parecía una noche de confesiones. Eve no era la única que estaba asustada. Yo también tenía miedo. Por mucho que me gustara bordear la muerte, tentarla para que me reclamara, se sentía diferente sabiendo que era mi elección y estaba en mis manos. Ver fijamente a un pistolero drogadicto era otra cosa.

—Estoy segura de que tu papá te quiere —dijo Eve con rotundidad.

—Yo no apostaría por eso. Quizá lo hizo una vez, cuando mi mamá vivía, pero desde el día en que murió, me odia. Ahora solo soy un mentiroso para él, un descarriado, un delincuente... un adicto.

Eve estaba callada. No podía verle la cara y me alegré. Era extrañamente fácil ser honesto, aquí en la íntima oscuridad.

—Lo siento —dijo finalmente, sin molestarse en calmarme o argumentar que estaba equivocado.

—Bueno, solo una de esas cosas es por ti. —Suspiré.

—Beckett —empezó Eve, girándose para que su cara estuviera justo ahí, junto a mi hombro.

—No lo hagas. No quiero tu lástima ni tu consuelo. Sé lo que soy.

Estás roto, Beck. Más allá de la salvación. Nadie te querrá nunca. Las palabras de Colette se marcaron en mi corazón.

Afuera, sonó otra explosión. *Maldito infierno.* ¿Estaban matando gente? ¿Disparándole a la policía? No tenía ni idea. Eve saltó, acercándose a mí, y yo levanté el brazo por puro instinto. Ella se escondió a mi lado como un conejo asustado, y yo bajé el brazo para rodearla. Su aliento caliente me golpeó el cuello, enviando ondas de conciencia a través de mi cuerpo.

—Bueno, tú piensas que eres una persona horrible... mientras yo he estado ahorrando dinero para comprarme unos tenis, en vez de ayudar más a mi mamá. Me sentí tan enojada justo antes de verte cuando pagué su medicamento porque el aumento del precio acabó con mis ahorros de este mes. Todos somos idiotas, de hecho —murmuró Eve.

Casi me arranca una carcajada con su tono seco.

—Querer comprarte unos tenis nuevos no te convierte en idiota.

Eve se encogió de hombros contra mí.

—Tal vez no todo el mundo lo es todo el tiempo, pero todo el mundo lo es a veces. —Suspiró—. Soy una idiota, por dentro, donde nadie puede ver —explicó, todavía apoyada en mi pecho.

Ella mintió antes; *tenía* frío. Decidí no apartarla todavía.

—¿Por ejemplo? —la incité. Sinceramente, no me importaba mucho cómo Eve se torturaba con enigmas morales –ella no tenía ni puta idea de lo que era ser realmente idiota-, pero me parecía mejor hablar que sentarme en silencio, esperando el sonido de los disparos.

—Por ejemplo... tengo celos de otras personas, todo el tiempo. Las porristas, la gente con casas más bonitas, la gente con dos papás, la gente cuyo trabajo de mamá no es limpiar para los demás. ¿Qué tan horrible es eso? He querido pertenecer aquí toda mi vida, pero de alguna manera, no puedo ver que suceda. Siempre seré *otra*.

—Es medio horrible. Hacemos una buena pareja. La chica celosa y el chico solitario. No te preocupes, Cenicienta. Todo el mundo está celoso de alguien.

—Tú no. Si yo fuera tú, nunca volvería a sentir celos de nadie —dijo Eve, levantando la cabeza para mirarme, con la mano apoyada en mi muslo.

Dudaba que tuviera idea de lo cerca que estaba de volver a tocarme la polla. Era inocente de una forma que hizo que me dolieran las pelotas una vez más. *Quería follármela otra vez. Quería tenerla en mi cama y follármela todas las noches.*

El deseo surgió de la nada y lo aparté de mi mente.

—Solo piensas eso porque no me conoces.

Puso los ojos en blanco.

—Te conozco desde que teníamos trece años.

—No, no lo haces. No realmente. Nadie me conoce realmente. —*Nadie realmente quiere.*

Eve abrió la boca, sin duda para discutir conmigo, ya que ese era su método preferido de comunicación, pero no llegué a oír lo que dijo.

El picaporte de la puerta del cuarto de baño traqueteó enloquecido.

Un grito sonó afuera.

—¡Creo que hay alguien aquí!

9

Eve

Solo tardaron unos segundos en abrir la puerta. Resultó que había una cerradura a prueba de fallos en el baño de minusválidos por si alguien necesitaba ayuda y no podía llegar a la puerta. En un momento estaba sentada junto a Beckett, manteniendo la conversación más real de mi vida, y al siguiente me encontraba frente a dos tipos armados.

—Vaya, vaya, mira quién se esconde aquí —dijo uno de ellos—. Vamos, se unirán al resto.

El más pequeño me hizo un gesto con el arma.

—Tal vez ella pueda quedarse atrás un rato.

Beckett se puso delante de mí, interponiendo su ancho pecho entre los hombres y yo.

—Olvídalo.

—Oh, ¿el tipo duro va a luchar por su novia? Qué tierno —se rió uno de ellos y amartilló su pistola, apuntando luego directamente al pecho de Beckett.

—No soy su novia y puedo hablar por mí misma —forcé. No quería que Beckett recibiera un disparo en el pecho por intentar protegerme. Probablemente ya le había causado suficiente daño, y no es que no se lo mereciera. Estaba emocionalmente desorientada y no tenía ni idea de cómo manejarlo.

—¿Eso es cierto, nena? Ella tiene boca —comentó el primer hombre, riendo.

Su amiguito me apuntó con su pistola.

—Puedo pensar en algo para poner en ella.

—Oye, imbécil, apúntame a mí, no a ella. —Beckett se inclinó para bloquearme de la línea de fuego del hombrecito. Para mi horror, ahora él tenía ambas armas apuntándole.

Un fuerte grito resonó en el pasillo.

—Tenemos que irnos. Tráelos —dijo el Tipo Malo Uno.

Caminamos delante de ellos hacia el resto de la tienda. La puerta para empleados estaba abierta. Llegamos a la tienda principal y observé la carnicería. Todos los productos fueron arrancados de las estanterías y la gente estaba apiñada en el suelo, cerca de la caja registradora.

Uno de los guardias de seguridad yacía en medio de la habitación, sangrando. La sangre contra el suelo de baldosas blancas era repugnante. Había tanta, y él no se movía.

—Vaya, vaya. ¿A quién tenemos aquí? Llegamos tarde a la fiesta. —Era el flacucho al que le faltaban los dientes, que venía hacia nosotros. Me sonrió de nuevo y luego vio a Beckett. Un fuerte silbido salió de él.

—Wow, señor Anderson, estamos en estimada compañía esta noche, ¿no es así?

¿Señor Anderson? Él sabía quién era Beckett. No tenía ni idea de si eso era bueno o malo.

—Jax. ¿Qué está pasando aquí, hombre? Esto no se ve bien. —El tono de Beckett era rígido.

Jax se encogió de hombros.

—A veces las cosas se tuercen.

—¿La policía?

—No quieren entrar, creen que mataríamos a los rehenes. —Jax se rió de eso y sacudió su arma hacia el grupo acurrucado en el suelo, provocando una oleada de jadeos—. Boom. —Su atención se desvió hacia mí—. ¿Quién es tu amiga?

—Ella no es nadie importante. Puede sentarse con los demás —dijo Beckett rotundamente.

—Oh, ¿puede? —Jax se burló de Beckett—. ¿Qué tal si yo decido dónde se sienta? —Se giró hacia mí—. Creo que en mi regazo estaría bien.

Di un paso atrás y me topé con uno de los hombres que estaban detrás de nosotros. La mano de Beckett se apretó contra mi brazo. Estaba muy tenso, con una vena latiéndole en el cuello. Sus ojos oscuros estaban clavados en Jax, y si las miradas mataran, el pistolero estaría muerto desde hacía tiempo.

—No empeores las cosas. Ya tienes suficientes problemas. Deja a la chica en paz y apacigua todo este asunto.

—Es demasiado tarde para eso, Beckett. Me estaban buscando. Violé la libertad condicional o alguna mierda. No tengo nada que perder, hijo de puta. Bien podría caer con fuerza.

Se acercó a mí para tocarme la mejilla. Me estremecí esperando su contacto, pero nunca llegó. La mano de Beckett me soltó y agarró el brazo de Jax, deteniéndolo en el aire.

—No lo hagas. No la toques. Lo digo en serio.

Jax rió, incrédulo.

—¿Acaso el niño rico residente de Hade Harbor se confundió y pensó que a alguien le importa una mierda su opinión aquí? Puede que hayas pagado más de lo que pedía por tu cómodo hábito de píldora de clase alta, pero eso no significa una mierda ahora. Si quiero tocar a tu puta aquí, lo haré, y no puedes detenerme.

Beckett se quedó quieto durante un largo momento, considerando esa afirmación. Yo estaba tan asustada que sudaba. ¿Qué iban a hacerme? Nadie podía detenerlos. Tenían armas. Antes de que pudiera asustarme del todo, Beckett se puso en movimiento. Se abalanzó sobre Jax y le dio un fuerte cabezazo. Sonó un fuerte crujido mientras la nariz de Jax escupía sangre por su cara. Beckett le quitó el arma de la mano de una patada y se lanzó contra el otro lacayo que estaba desarmado, derribándolo sin esfuerzo.

Retrocedí, observando fascinada cómo el defensa hacía lo que mejor sabía hacer. Aplastaba a sus oponentes, literalmente.

Entonces unas manos se engancharon alrededor de mis brazos, y una sensación de frío se registró en mi sien.

—¡Oye, niño rico!

Beckett hizo una pausa y vio hacia atrás, antes de quedarse completamente quieto. No necesité comprobarlo para saberlo. Uno de los tipos que nos encontró en el baño me había puesto una pistola en la cabeza.

Era una sensación extraña, enfrentarse a la muerte.

Me arrepentía de muchas cosas. Me arrepentía de preocuparme tanto por el futuro y el dinero. Me arrepentía de haberme preocupado tanto por lo que pensaban los demás y de haber intentado estar a la altura de los que vivían en un mundo diferente al mío. Me arrepentía de haber dejado que mi hermano me protegiera hasta el punto de no haber besado nunca hasta esta noche.

No me arrepentía de lo que pasó en el baño con el imbécil que ahora miraba a los hombres a su alrededor, prometiéndoles un asesinato sangriento con sus ojos oscuros. Si hubiera sido una pelea justa, siempre habría apostado por Beckett. Era un jugador de hockey feroz y un gran defensa. Podría haber derrotado a los cuatro, estaba seguro.

Pero esto estaba lejos de ser justo. Él intentó protegerme. Sentí que el corazón se me salía del pecho al saberlo. Fue tan inesperado que no sabía cómo reaccionar.

Jax se apretaba la nariz y ahora se reía.

—Estúpido hijo de puta. —Vio fijamente a uno de sus amigos—. Dame el cuchillo.

—¿Qué? ¡No! —Empecé a avanzar, pero la pistola en mi sien me detuvo.

—No te metas, Cenicienta —me advirtió Beckett, con los ojos puestos en Jax mientras se acercaba.

Jax miró a Beckett con interés.

—¿Quieres pelear conmigo, niño rico?

—Claro. Guarda las armas y me enfrentaré a ti, y luego a él... me enfrentaré a todos ustedes. —De alguna manera, Beckett seguía sonando tan arrogante como siempre.

Jax fingió considerarlo un momento y luego se rió.

—No, no hay trato.

Él se abalanzó sobre mí y Beckett se agachó. Grité y me cubrí la cara, pero nada conectó. El cuerpo de Beckett me bloqueó, me empujó hacia atrás, y el tipo que estaba detrás de mí maldijo con el arma baja. No podía ver qué demonios estaba pasando.

—¡Policía! Que nadie se mueva —gritó una voz fuerte, y el sonido de cristales rompiéndose llenó el aire.

Todo sucedió a la vez. Por fin había llegado la policía. Los rehenes gritaban y lloraban, los pistoleros huían y Beckett seguía de pie frente a mí. Jalé su brazo.

—Se fue, el tipo que me apuntó con el arma se fue. —Lo rodeé, dándome cuenta de repente de que podía estar herido—. ¿Te alcanzó con el cuchillo?

Le acaricié el estómago y le vi el pecho. No veía nada. Le vi a la cara y me quedé helada.

Beckett miraba fijamente a la policía que entraba en tropel en el edificio, con los ojos aturdidos. Le caía sangre de la barbilla. Por el lado izquierdo de su cara había un corte largo y dentado. Solté un grito, no pude evitarlo.

—¡Dios! ¡Necesitamos ayuda aquí! ¡Lo cortaron! —le grité a la policía—. ¡Necesitamos ayuda médica!

Me giré hacia Beckett, que seguía aturdido.

—¿Puedes oírme… Beckett… puedes mirarme?

Lentamente sus ojos se giraron, clavándose en los míos. La visión de tanta sangre en su cara era traumatizante, y sabía que la vería en mis

pesadillas. Él se balanceó contra mí. El corte era malo y feo, y la sangre oscura manaba de él, corriendo cada vez más rápido.

—¿Beckett?

Sus ojos buscaron los míos y, por un momento, volvimos a ser solo él y yo.

La chica celosa y el chico solitario.

Entonces unas manos me jalaron hacia atrás.

—Señorita, aléjese para que podamos atenderlo, por favor.

Los paramédicos se interpusieron entre nosotros y se llevaron a Beckett. Me pusieron una manta alrededor de los hombros y una paramédico chasqueó los dedos delante de mi cara.

—Señorita, ¿puede oírme? Hola?

La vi fijamente, volviendo lentamente a la realidad.

—Estoy bien. No estoy herida.

—Tienes mucha sangre encima.

Vi hacia abajo y se me apretó el corazón. La sangre de Beckett estaba por todas mis manos y brazos.

—No es mía. Nada de esto es mío —dije entumecida.

—Bueno, la revisaremos en la ambulancia.

—No - en serio estoy bien. Debería ir con el otro chico, el que se cortó. ¿Puedo ir con él al hospital?

—Esa ambulancia ya se habrá ido. Venga, vamos. Tiene que sentarse. Puede que entre en shock. Venga conmigo. Ya pasó. Todo terminó.

Mi mamá se negó a dejarme salir de casa durante una semana.

Al día siguiente del atraco, tuve que escaparme en cuanto ella se fue a trabajar para ir a buscar una pastilla de Plan B. La noche anterior, en el calor del momento, se me habían ido los pensamientos de protección por la ventana.

Cuando mi mamá me recogió de la policía, lloró, me abrazó y casi se enferma de preocupación. Estaba acostada en la cama, físicamente bien. Mi mente era otra historia. Lily me visitaba todos los días y mi hermano se propuso llamarme hasta cinco veces al día. Era demasiado. Me sentía asfixiada.

Lo que realmente quería era salir de casa e ir a ver a Beckett. No tenía ni idea de cómo estaba. Le pregunté a Asher y su respuesta fue escueta. Tenía miedo de pedirle a Asher su número, por si sospechaba lo que pasé entre nosotros. Asher veía dentro de mi cabeza de esa manera tan especial que solo un gemelo podía. No podía arriesgarme.

—Bien. Tiene a los mejores médicos del estado trabajando en él. Preocúpate por ti, Evie.

—Pero estoy bien. No paro de decírselo a mamá, pero no me oye.

—Está preocupada, entiende. Yo también lo estoy. Si tuviera dinero de sobra, volaría a casa para verte a ti y a Beckett.

—No lo hagas por mí —me obligué a decir. Me encantaría ver a mi gemelo, pero no quería que usara dinero que aún no tenía para venir a verme. Además, las cosas que Beckett y yo hicimos en la oscuridad, cuando ambos estábamos asustados y teníamos la guardia baja, pesaban mucho en mi mente. Estaba segura de que Asher se daría cuenta en cuanto me viera. Todos esos años de sobreprotección y, en cuanto mi hermano me dio la espalda, me abalancé sobre su mejor amigo. ¿Qué pensaría Asher de mí?

Tal vez estaba siendo mala conmigo misma, pero no podía evitarlo. Era mi movimiento favorito.

—Estoy bien. Solo llama a Beckett. El campamento de entrenamiento es importante, y luego empieza la escuela. —Sabía que Asher no necesitaba el recordatorio de todas sus obligaciones, pero sospechaba que disiparía sus pensamientos de volar a través del país.

Mi hermano estaba en un campamento de hockey de élite en Colorado y de ahí pasaría directamente a la universidad de Denver que lo había cazado.

Asher suspiró y supe que lo había convencido.

—Una llamada no me parece suficiente —dijo.

Me senté en la cama, con la mente a mil por hora.

—¿Qué tal si voy a ver a Beckett? Le diré que no puedes venir, pero que piensas en él, luego le llamas todos los días para ver cómo está. Incluso si no contesta, llámalo todos los días. —*Está tan solo.* No dije la última parte. No era mi secreto para compartir. Las cosas que pasaron entre Beckett y yo en la oscuridad tenían que quedarse ahí.

—Okey, suena bien. Estaré en casa durante las vacaciones de invierno de todos modos.

—No puedo esperar.



El hospital de Hade Harbor era uno de los mejores del estado. Me dirigí a la recepción al entrar y pregunté por la habitación de Beckett Anderson.

La empleada detrás del mostrador tecleó en su ordenador durante un minuto antes de negarme con la cabeza.

—Me temo que no tengo ninguna información sobre un paciente con ese nombre.

—¿No? Seguro que está aquí.

—No puedo ayudarte, querida. Llámalo tú misma y compruébalo. —Con eso, la recepcionista se centró en la persona detrás de mí, haciendo evidente que terminó de responder a mis preguntas.

Pero no tengo su número. Mi protesta se alejó, sin ser expresada.

Me aparté y eché un vistazo al amplio y blanco piso inferior. ¿Beckett no estaba aquí? ¿O su ubicación era confidencial, dado su alto perfil?

Mientras consideraba las opciones, una rubia conocida salió del ascensor.

Colette Anderson. Podría haberla reconocido solo por su característico vestido blanco y sus tacones de infarto. Cruzó el vestíbulo, se puso unos lentes de sol oscuros y tenía un aspecto imposiblemente glamuroso y

aterrador. Le tenía miedo a Colette, teniendo en cuenta que era la jefa de mi mamá y, además, era muy espinosa. Aun así, ella sabría dónde estaba Beckett.

Me encontré acercándome a ella antes de perder los nervios.

—¿Señora Anderson?

Colette hizo una pausa y me vio.

—¿Sí?

—Um… Yo estaba aquí para visitar Beckett…

—¿No te conozco? —interrumpió Colette—. ¿No trabajas para mí?

—Mi mamá, Melly Martino, lo hace.

—Ah, sí, Martino. Tú eres la hija —dijo Colette.

No podía verle los ojos tras sus lentes oscuros, pero estaba segura de que acababa de examinarme de arriba abajo.

Asentí, retorciendo el dobladillo de mi blusa entre mis dedos para darles algo que hacer.

—Sí, así es.

—¿En qué puedo ayudarte? —preguntó enérgicamente mientras daba un paso hacia la puerta, dejando claro que más me valía darme prisa y preguntar lo que quería, porque la de la limpieza no merecía mucho tiempo.

—Estoy aquí tratando de encontrar a Beckett. Quería visitarlo y comprobar si estaba bien. Fuimos compañeros de clase en Hade Harbor High —añadí cuando Colette guardó silencio.

Me estudió un momento más.

—Beckett no está aquí.

Oh. ¿Qué?

—Su papá hizo que lo trasladaran a Nueva York para trabajar en su lesión. Ahí están los mejores cirujanos plásticos.

—¿Está bien?

—Tanto como puede estarlo un joven que tendrá cicatrices permanentes. Yo no me preocuparía por él. Su familia lo está cuidando.

¿Cicatrices permanentes? Por mi culpa.

—¿Puede darme su número? —Al menos debería llamarlo y hablar con él. Era lo menos que podía hacer.

Colette ladeó la cabeza y se dio un golpecito en el labio.

—Escucha, señorita Martino, voy a ser franca. Que la de la limpieza se involucre no da buenas vibras. A Soren no le gusta que la gente actúe fuera de su papel, y no le gustará que la hija de Melly se involucre con su hijo. No solo eso, sino que hay mucha atención alrededor de esto, gracias al ángulo de las drogas y la relación preexistente de mi hijo con los perpetradores. Es un desastre. Mejor mantenerse al margen.

Me costó asimilar lo que dijo. Beckett conocía a Jax y solía comprarle drogas. ¿Salió ese hecho en la investigación? Eso no podía ser nada bueno para Beckett ni para su carrera en el hockey. La ansiedad se apoderó de mí.

—Aún así, quiero darle las gracias. Él... se lastimó por mi culpa.

Quizá Colette se dio cuenta de que estaba desesperada por mi tono insistente, porque suspiró y metió la mano en el bolso. Arrancó una hoja de su agenda y, sacando un bolígrafo Montblanc, escribió un número.

—Bien, te advierto que no es agradable tratar con él. No te sorprendas si su pizca de buen carácter y heroísmo se agotaron esa noche, y ahora es solo su habitual malhumorado.

Me entregó el papel. El alivio me inundó cuando lo soltó Por fin tenía una forma de ponerme en contacto con él. Me parecía demasiado malo no hablar después de lo que compartimos.

Colette vio su reloj e hizo una mueca, recordándome que era una mujer ocupada. Me dedicó una sonrisa tensa y desdeñosa.

—No te preocupes por Beck. Está bien. Solo quiere centrarse en el futuro y olvidarse de esa noche. Créeme, lo dijo muchas veces. Solo quiere dejarlo todo atrás. Ahora, cuídate, señorita Martino.

Sin más, Colette me dejó ahí de pie, agarrada al papelito como si fuera un salvavidas.

10

Beckett

Me quedé viendo por la ventana el sol abrasador y el cielo veraniego de Maine. Seguía encerrado en casa, en la cama del hospital. Marcus y Cayden, compañeros de los Dioses de Hielo, venían a visitarme casi todos los días, y Asher fue diligente a la hora de ponerse en contacto conmigo por teléfono, pero estaba a tres mil kilómetros de distancia.

Una visitante en particular brilló por su ausencia. Hice todo lo posible por alejar de mi cabeza los pensamientos sobre ella. Ya tenía suficientes problemas con los que lidiar.

Todo era un desastre. Jax se las arregló para escapar durante el caos de la irrupción de la policía. Sus amigos fueron capturados. La policía estaba investigando a Jax y a sus socios conocidos. Como resultado, el hecho de que le compré drogas salió a la luz. Yo estaba sobre hielo muy delgado en este momento. Solo el nombre de mi papá había suprimido la escandalosa noticia.

Bebí un trago de agua e hice una mueca de dolor en un lado de la cara. El maldito corte se estaba curando lentamente, reconstruido con las mejores técnicas del famoso cirujano que mi papá trajo de Nueva York. Sin embargo, dejaría una cicatriz. Una variación en el tono de mi piel, una línea, cierto brillo con la luz adecuada. No había nada que pudiera hacerse al respecto, salvo más cirugías dolorosas e infructuosas. Y opté por no hacerlo. Era lo que había.

Lo peor de todo era que mi papá impidió que los médicos me dieran ningún tipo de analgésico. Aparentemente, era porque estaba venciendo una adicción, pero en realidad era un castigo. Soren probablemente

disfrutaba con la idea de que me sometiera a una agonizante recuperación sin una pizca de ayuda para controlar las molestias.

Ahora sí que era el niño roto, como Colette me dijo una y otra vez. Mi exterior bien podría reflejar el interior. ¿Por qué no iba a mostrarse?

Un silencioso golpe en la puerta me sacudió de mi ensoñación.

—¿Hola? ¿Estás decente? —El entrenador Eric asomó la cabeza por la puerta.

—Sí, entrenador.

—Bueno, es un buen cambio. —El nuevo entrenador de los Hade Harbor Hellions, un galardonado equipo universitario de hockey, me sonrió. También fue mi entrenador durante toda la preparatoria.

Entró y puso una bolsa sobre la mesa.

—Uvas y bebidas deportivas —dijo señalando la bolsa.

Lo vi desempacar la bolsa.

—Gracias por venir a visitarme.

—Por supuesto. Después de todos los años que hemos entrenado juntos, no podía no preocuparme por mi mejor defensa. —El entrenador Eric acercó un taburete y se sentó a mi lado.

Había algo en su mirada que me provocó ansiedad.

—Aunque, no puedo decir que sea una visita puramente social —dijo.

Mierda.

—Hablé con tu papá, Beckett. Ahora, quiero escucharlo de ti. ¿Es verdad?

Era mi peor pesadilla, hecha realidad. Él lo sabía. Iba a echarme del equipo incluso antes de que entrara en él. Nunca sería un Hellion HHU.

Tragué saliva, las palabras se me atascaron en la garganta.

Eric captó mi expresión. Siempre sabía leer a sus jugadores. Me conocía mejor que mi papá.

—No tienes problemas, hijo. Estoy preocupado por ti.

—Hace semanas que no tomo nada —le dije sinceramente.

Los hombros de Eric se hundieron un poco, decepcionado por la confirmación de mi consumo de drogas. Era una mirada a la que estaba acostumbrado. Decepcionaba a todos a los que les importaba.

—Sabes que no puedes estar en los Hellions ni siquiera con un indicio de consumo de drogas. Tu papá me dijo que te hará análisis semanales. Está dispuesto a compartir esos resultados conmigo. Es la única manera de que pueda seguir adelante y ponerte en el equipo. Necesito saber que te mantienes limpio.

—Sí, señor. —¿Qué más podía decir?

Eric me vio fijamente durante un largo momento, midiendo al chico que conocía desde que era joven. Me pregunté qué veía ahí. Si había algo bueno, solo él lo veía. Extendió la mano y me apretó suavemente el hombro.

—Aguanta, Beckett. Todo esto mejorará con el tiempo.

Se levantó y me dedicó una sonrisa triste.

—Te veré en HHU. Prepárate para que te pateen el trasero. No vamos a perder este año.

—Sí, entrenador.

Me dejó solo con la certeza de que mis sueños pendían de un hilo.

Todo esto era culpa suya.

Eve.

No solo le contó mis secretos a mi puto papá, sino que por su culpa yo estaba en la farmacia y por protegerla me hice un corte en la cara. Su puta culpa, y ni siquiera se molestó en venir a visitarme. Incluso después de lo que pasó entre nosotros. Me dejó aquí para que me pudriera. Era sorprendentemente despiadado de su parte.

Entonces realmente me odiaba, como siempre me dijo. Al menos era sincera. No fingía que le importaba, a diferencia de otros en mi vida. Podía unirse a la lista de personas a las que claramente no les importaba si yo vivía o moría, junto con el resto de mi familia.

Mi corazón se endureció en mi adolorido pecho.

Cada interacción que tenía con Eve Martino me dejaba una cicatriz. Desde el momento en que nos conocimos, vio partes de mí que nunca acepté compartir, pero había terminado con ella. ¿Quería ignorarme? Eso estaba bien. Mejor que bien.

Eve Martino ya no existía para mí.

Los zumbidos me despertaron de un sueño agitado. No tenía otra cosa que hacer que intentar dormir para que se me pasara el dolor, pero la verdad es que no funcionó. Estaba inquieto, furioso y aburrido. Quería largarme de aquí. Mi papá me tenía bien atado, y con todo lo que estaba pasando con el entrenador Eric, no podía permitirme el lujo de cagarla o parecer que estaba causando problemas en este momento.

El nombre de Asher parpadeó en mi celular. Contesté, relajándome contra la cama.

—¿Sigues ocupando una habitación de hospital? —La voz de Asher era familiar y casi tan reconfortante como lo sería una inyección de morfina.

Casi. No es que extrañara mi pequeño hábito. En absoluto.

—Sí, bueno, ¿qué puedo decir? Las enfermeras me adoran aquí. Me bañan con esponja cuatro veces al día.

Asher se rió. Mi mejor amigo no tenía ni idea de lo diferente que yo era de él. Pensaba que éramos iguales. Guapos, populares y grandes jugadores de hockey. Pensaba que las chicas se me tiraban encima, y tenía razón, siempre lo hicieron, pero no sabía que yo las rechazaba sin tocarlas.

Hasta su propia hermana. Ese era un dato que me haría permanecer mucho más tiempo en el hospital si Asher llegaba a enterarse.

—Seguro que sí. ¿Cómo te sientes?

—Como la mierda, pero al menos lo aparento. —Suspiré—. Estoy bien. Solo en camino para un verano aburrido y luego la universidad.

Ahora ella es mi compañera de clase...
...mi compañera de cuarto y mi pupila.

Aunque, fue realmente un movimiento idiota de tu parte abandonarnos por Denver.

—Sí, lo sé. Créeme, apesta estar aquí solo. Si quiero volver a HHU, ni siquiera sé cómo lo haría.

—Si quieres volver, puedo hacerlo realidad —dije con total seguridad.

Yo podría haber puesto en peligro mi propia carrera en el hockey, pero Asher era un gran jugador, y el entrenador Eric siempre le daría la bienvenida a casa, a los Hellions. Sentí un fugaz momento de celos. Lo había jodido todo. Mi reputación a los ojos del entrenador, una de las pocas personas a las que realmente respetaba, mi carrera en el hockey, potencialmente, y mi cara. Ahora, cada vez que alguien me preguntara por la cicatriz, me recordaría esa noche.

—Es bueno saberlo. Oye, ya que te tengo, ¿puedo pedirte un favor?

—Si sabes que estoy acostado en una cama de hospital, ¿verdad? —bromeé.

Asher no estaba al tanto de lo que pasó con Eve la noche del intento de robo. No tenía ni idea de que yo fui a ver a su hermana. Mantuve a Eve al margen todo lo posible cuando hablé con la policía. Asher no tenía ni idea de que mi relación con su hermana había cambiado tanto de la noche a la mañana, así que me sorprendió oírlo decir su nombre.

—Espera, ¿qué? —pregunté, volviendo a la conversación.

—Dije que ya que no estoy ahí, ¿puedes vigilar a Evie en HHU?

Se me hizo un nudo en el estómago.

—¿Qué quieres decir con vigilarla?

—Ya sabes, cuidarla. Asegúrate de que ningún hijo de puta se mete con ella o le falta al respeto. No quiero que le rompan el corazón en los primeros meses de universidad, porque no tiene ni idea del tipo de chico del que debería mantenerse alejada.

Asher no sabía que yo era exactamente el tipo de hombre del que Eve debería alejarse y me estaba poniendo en su cola.

—Tiene dieciocho años, pronto cumplirá diecinueve. ¿No es hora de dejarla cometer sus propios errores? —No quería tener nada que ver con Eve. No quería ver su cara ni oír su nombre.

Asher suspiró.

—Sí, pero ese es el problema. Cometerá demasiados y saldrá herida. No sabe cómo comportarse con los chicos. Es mi culpa. Solo… no dejes que nadie se aproveche de ella, ¿okey?

Sabía que Asher no renunciaría a esto hasta que yo aceptara. Me importaba una mierda quién se aprovechara de la zorra de su hermana; por mí podían pasársela por el equipo de fútbol. *Sí, claro.* Empujé hacia abajo los celos calientes y posesivos que me brotaban en el pecho con solo pensarlo.

Me sacaría a esta chica de la cabeza aunque fuera lo último que hiciera.

Sin embargo, lo que Asher no sabía no le haría daño.

—Claro, por supuesto, lo haré. La cuidaré —mentí.

Eve Martino estaba muerta para mí, y yo no podía cuidar a un muerto, pero Asher estaba a miles de kilómetros.

Qué pena. Esta vez, ella estaba por su cuenta.

Ahora ella es mi compañera de clase...

...mi compañera de cuarto y mi pupila.

11

Eve

Eve: *Hola. Soy yo. Eve, eso es. Colette me dio tu número. No pude verte antes de que te sacaran del hospital. Lo siento. Quería ir.*

Eve: *Sé que probablemente estás enojado conmigo. Lo siento. Quería agradecerte lo que hiciste esa noche. Me protegiste, y ahora estás herido. Lo siento mucho. Nunca quise que te hicieran daño por mi culpa.*

Eve: *Okey, lo entiendo. Me merezco el tratamiento de silencio, pero sigo estando agradecida y espero que te mejores rápido. La universidad empieza en unas semanas y es un nuevo comienzo para todos. Espero que estés bien y curándote.*

Eve: *Sé que hablas con Asher todos los días, así que sé que tu teléfono funciona. Al menos podrías darme una sola respuesta para hacerme saber que recibes estos mensajes... Estoy preocupada por ti.*

Beckett: *¿Eve?*

Eve: *¡Por fin! ¿Sí?*

Beckett: *Como está claro que eres jodidamente tonta interpretando mensajes, o la falta de ellos, te lo aclaro. No confundas caridad con sentimientos. No quiero volver a hablar contigo. Déjame en paz. Si me ves en el pasillo, camina hacia el otro lado. ¿Entendido?*

Eve: *Entendido. En fin, me alegro de que estés bien y lo siento.*

Eve: *¿Beckett?*

Eve: *Okey. Realmente lo entiendo esta vez.*

12

Eve

Estaba aquí.

El primer día de universidad.

Por fin lo logré. Después de un verano interminable de turnos dobles, y ayudar a mi mamá, y el comienzo intensamente aterrador de las vacaciones, llegué a HHU. Sobreviví a todo.

Una de las partes más difíciles de sobrevivir fue la forma en que el maldito Beckett Anderson ocupó la mitad de mi espacio mental durante todo el verano. No podía dejar de pensar en él. No ayudaba que leyera mis mensajes y me ignorara durante semanas. ¿Había algo más molesto que alguien que no contesta? Me hacía sentir como si mi vida estuviera paralizada y no pudiera seguir adelante hasta que él reconociera mi preocupación y mi agradecimiento. Al final, lo hizo, de la forma más cruel posible. Dado que el momento íntimo que compartimos se repitió en mis sueños casi todas las noches desde que ocurrió, la confirmación de que era la única que atesoraba ese momento fue un cubo de agua helada sobre mi cabeza. *Caridad*. Él lo llamó caridad. Sexo de piedad para la virgen. Quemó mi orgullo hasta las cenizas.

A él no le importaba. Me odiaba, incluso más que antes. No quería volver a hablarme. No tenía ni idea de por qué pensé por un segundo que algo podría haber cambiado permanentemente entre nosotros. Él seguía siendo él y yo seguía siendo yo. Aceite y agua.

Después de su mensaje, resolví sacarlo de mi mente, y ni siquiera mencioné nada de la visita fallida o los mensajes a Ash o Lily. Hice todo lo posible por apartarlo de mis pensamientos y en cierto modo lo

conseguí. La gente decía que nunca se olvidaba la primera vez; pero esperaba que no fuera cierto en mi caso. El tiempo lo diría. Me puse un implante anticonceptivo, para no tener que volver a recurrir a la anticoncepción de emergencia, y seguí con mi vida.

Concentrarme en mi entusiasmo por empezar la universidad me ayudó. Incluso llevaba puestos mis tenis nuevos.

Había un soplo en el aire, el comienzo del otoño, mientras subía los escalones de piedra hacia mi dormitorio, con la emoción zumbando en mis venas. Claro, mi edificio estaba justo al final del campus, en tierra de nadie, cerca del campo de fútbol y de la pista de patinaje, pero era gratis y ya me encantaba.

El entrenador Eric me dejó -junto con mi maleta y dos cajitas con mis pertenencias-, delante de la residencia y continuó para dejar a Lily. Su edificio estaba en el bullicioso corazón de la parte residencial del campus, y yo planeaba visitarla ahí a menudo.

La puerta de la residencia estaba abierta y los estudiantes entraban y salían. Entré en busca de mi habitación. Claro que estaba un poco destartalado y deteriorado, pero eso formaba parte de la experiencia universitaria, ¿no? Estaba decidida a que no me molestara.

Mi habitación estaba al final del primer piso. Dejé la caja en el suelo y toqué antes de asomar la cabeza.

—¿Hola?

La habitación era diminuta, apenas cabían dos camas individuales con espacio para caminar entre ellas. Una chica estaba acostada boca abajo en una de las camas. Levantó la vista cuando entré.

—Hola. Soy Eve. Creo que soy tu compañera de cuarto. —La saludé con la mano. Mierda, ¿cuándo fue la última vez que hice una nueva amiga? Olvidé lo aterrador que podía ser.

La chica se incorporó y me devolvió el saludo.

—Isabelle. Encantada de conocerte. Creí que te llamarías Shelley.

Dejé caer mi caja sobre la cama sin reclamar.

—¿Shelley?

Isabelle señaló un trozo de papel que había en el escritorio vacío junto a mi cama.

—En la hoja de asignación de habitaciones pone Shelley.

Tomé la hoja y la revisé. Ella tenía razón, en la hoja decía Shelley.

Isabelle agitó su papel; su nombre estaba claramente estampado en él.

—Yo también tengo una.

—Pero la tuya es correcta —suspiré. Genial, siempre tenía que haber algo—. Me pregunto con quién hablo de esto. —Me mordí el labio, de repente era una bola de ansiedad.

—Hay un tipo de admisiones vagando por ahí en alguna parte. Tal vez empieza con él. Si no, supongo que tendrás que ir a la oficina de alojamiento. —Isabelle puso cara de simpatía—. Puede que hoy haya mucho trabajo.

—Sí, probablemente. Como sea, estoy segura de que lo solucionaré. Tal vez deberíamos intercambiar números, por si acaso...

—Claro. —Isabelle me sonrió—. ¡Vuelve aquí y hazme saber lo que pasa!

Un hilo de esperanza se abrió paso entre la ansiedad de mi pecho.

Mira, todo va a estar bien. Vas a hacer amigas, y tendrás un lugar donde quedarte. Todo va a estar bien.

Dos horas más tarde, mi positivismo decaía.

—No lo entiendo, aquí tengo la confirmación de mi lugar de alojamiento subvencionado aquí mismo. —Volví a pasar el papel que había impreso.

El funcionario de alojamientos se limitó a levantar un hombro.

—Pero no está en mi sistema, cariño.

—¿Pero qué se supone que debo hacer? —El pánico sonó en mi tono e intenté reprimirlo, pero fue difícil.

Lisa, me decía su etiqueta, sacudió la cabeza y se encogió de hombros con impotencia.

—Parece que hubo un cambio hace unos meses. Hubo una actualización del sistema y quizá algo falló. O puede que el traslado de tu hermano provocara un fallo en el sistema, si tienen el mismo apellido —murmuró, tecleando en voz alta.

—¿Quieres decir que todavía hay sitio para un Martino en la residencia de los Hellions? —La esperanza se despertó en mí, aunque la idea de vivir en la residencia de hockey era desalentadora.

—Ajá.

—Entonces mi habitación fue cancelada por error, pero la de mi hermano sigue ahí.

—Sí, eso parece.

—Entonces... las intercambiamos y puedo recuperar mi habitación, ya que fue un error y nunca cancelé nada, ¿verdad? —Sonreí esperanzada hacia Lisa.

Su cara se arrugó con simpatía.

—Oh, cariño.

—¿Qué?

—Tenemos una larga lista de estudiantes a la espera de conseguir alojamiento. Cuando se canceló tu lugar, se aceptó a otro estudiante. Ahora es su lugar.

—Entonces, mi lugar... —No fui capaz de pronunciar el resto de la frase. Era demasiado horrible.

—Se fue —Lisa terminó por mí.

La habitación daba vueltas. No podía permitirme estar aquí sin el alojamiento subvencionado. Era imposible.

Lisa se inclinó hacia adelante.

—Solo entre tú y yo, yo ocuparía la plaza de Martino en la residencia de hockey por ahora. No es culpa tuya, y tú eres una Martino. Podría surgir algo en las próximas semanas si alguien se da de baja o se traslada.

—¿Pero puedo vivir en la residencia de los Hellions? —susurré, igualando la furtividad de Lisa—. No soy un jugador de hockey.

—Técnicamente no, pero es tu apellido y es lo único que hay para ti. No agites el barco y trata de hacerlo hasta que se abra un lugar en tu dormitorio original. ¿Conoces a los jugadores con los que compartía tu hermano? Un tal Marcus Bailey, Cayden West y....

—Beckett Anderson. Lo sé —terminé por ella.

Mierda.

Volví a la habitación que se suponía que era mía, para poner al día a mi casi compañera de cuarto.

Hablamos un rato, y estaba convenientemente horrorizada por lo que pasó.

—Entonces, ¿puedes quedarte en el dormitorio de los Hellions?

—Hasta que me echen, supongo.

Isabelle se mordió una uña.

—Quizá surja algo muy pronto. La gente se da de baja todo el tiempo.

—No sé por qué la gente piensa que eso es alentador —bromeé sin ganas.

—Tienes razón, es deprimente. Hablemos de cosas que puedas controlar. —Isabelle tamborileó con los dedos sobre su escritorio y buscó un tema neutral—. ¿Tomarás alguna extraescolar?

—No sé... tengo que trabajar media jornada. En la preparatoria siempre me presentaba a las pruebas para entrar en el equipo de porristas, pero nunca lo conseguía —confieso.

—Entonces, ¿vas a probar aquí? —preguntó Isabelle.

—Sí, quiero decir, podría hacerlo. Necesito tener algunas extracurriculares, y me encanta bailar.

—¿Se te da bien patinar sobre hielo? —se preguntó Isabelle.

Ya le había contado lo de Asher y su cambio de escuela de última hora.

—Bastante decente, ¿por qué?

—Si no entras en el equipo de porristas, podrías ir al equipo de Ice Girls. HHU tiene uno. —Isabelle levantó una ceja—. Se requiere el mismo espíritu escolar, solo que en patines.

—Es una buena idea —me reí. Nunca había pensado en convertirme en Ice Girl en lugar de porrista. No todos los equipos las tenían. Salían a intervalos para barrer el hielo y animar al público.

—¿Y tú?

—Estoy estudiando periodismo. Voy a hacer todo lo posible por entrar en el Harbor Herald, en cuanto pueda —dice Isabelle.

—Estaré atenta a tu columna.

Un golpe nos interrumpió e Isabelle puso los ojos en blanco.

—Solo dame unos tres años para trabajar mi camino hasta conseguir realmente una historia en el periódico. No te levantes, es solo mi primo. —Arrastrando los pies hacia la puerta, la abrió dramáticamente—. ¿Qué pasa?

—¿Así saludas a tu primo? —una voz grave retumbó en la habitación.

Me giré para ver quién era el recién llegado. En la puerta había un tipo alto, con el cabello rubio y un hoyuelo en la mejilla que lo hacía parecer salido de un catálogo de yates elegantes. Parecía rico y despreocupado.

—Oh, lo siento, no sabía que tenías compañía. —Me dirigió una sonrisa de un millón de vatios y me tendió la mano—. Soy Warner. Mucho gusto.

—Mucho gusto. —Le estreché la mano, que era enorme, y me sentí incómoda con mi enorme camisa de cuadros y mis jeans rotos, el cabello

largo recogido en un moño y colocado en lo alto de mi cabeza como un pompón.

Me resultaba vagamente familiar y tardé un momento en darme cuenta.

—Eres Warner James, ¿verdad? El jugador de fútbol. —Me sonrojé por el entusiasmo en mi tono.

Sonrió, claramente disfrutando de ser reconocido.

—El mismo. Siempre es genial conocer aficionados al fútbol. —Su mano aún sostenía la mía.

—No es aficionada al fútbol, solo quiere ser porrista —se burló Isabelle, poniendo los ojos en blanco al ver a su primo tomado de mi mano.

—¿Ah, sí? Bueno, ciertamente tienes el look —dijo Warner.

Le dediqué una rápida sonrisa y quité mi mano. Estar aquí de pie sosteniéndola me resultaba muy incómodo.

—Ya te dije suficientes veces que no coquetees con mis amigas, Warner, como para que eso se te haya metido en la cabeza —espetó Isabelle y fulminó a su primo con la mirada.

¿Ya soy su amiga? Un sentimiento cálido se encendió en mi pecho hueco, esculpido por el terrible día que había tenido.

—No coqueteo con nadie, a menos que a ella le guste, y entonces sí —respondió Warner con suavidad.

Me sonrojé, sin saber qué decir.

Un golpe en la puerta me evitó tener que contestar.

Lily asomó la cabeza en la abarrotada habitación.

—¡Oops! No interrumpo, ¿verdad? —Me vio y en cuestión de segundos pudo leer mi expresión—. ¿No íbamos tarde a esa cosa?

Necesitaba aire para respirar, y la enorme y corpulenta presencia de Warner me estaba haciendo sudar. Un efecto secundario de haber tenido poca o ninguna interacción con el sexo opuesto, a excepción de mi

hermano y sus amigos, era que no tenía experiencia. No tenía experiencia cuando me hacían un cumplido o me coqueteaban. No era capaz de hacerlo. En lugar de eso, se me calentaba la cara y tartamudeaba hasta que podía salir corriendo y pensar en eso.

Asentí con entusiasmo.

—Sí, sí, lo hacíamos. —Tomé una de mis cajas y sonreí con fuerza a Warner e Isabelle—. ¿Puedo tomar el resto más tarde?

—Claro, lo que necesites. —Isabelle parecía muy agradable. Habría sido una compañera de cuarto genial.

Metí los pies en mis tenis y salí por la puerta.

—¿No son las primeras rondas de pruebas para porristas esta semana? —preguntó Warner, parándome en seco—. Deberías ir. Hablaré bien de ti.

—¿En serio? Eso sería increíble.

Warner se limitó a asentir.

—Claro, porrista. Espero verte pronto.

13

Eve

—Entonces, déjame entender esto. Cuando Asher renunció a su plaza, ¿cancelaron tu habitación y no la suya? —Lily resumió mi incoherente explicación de mi crisis de alojamiento.

—Sí. Gracias a Dios que no me cancelaron la beca —murmuré, cabizbaja ante la idea de tener que ver a Beckett hoy. Esperaba evitarlo todo el año.

—No creo que las becas pasen por la misma oficina. Probablemente la administración envió a la oficina de alojamiento el aviso de que había que cancelar el alojamiento de Martino y alguien confundió tu dormitorio con el de Asher —comentó Lily. No parecía muy preocupada por el hecho de que yo tuviera que vivir con jugadores de hockey malolientes hasta que todo se solucionara y encontrara un nuevo lugar.

—Bueno, por muy bueno que sea eso para ellos, ¡no cambia el hecho de que yo tenga que quedarme en la residencia de los Hellions! Va a ser horrible... ¿y si alguien me ve o se queja o algo?

—En primer lugar, ningún jugador de hockey se va a quejar de que una chica sexy viva en la residencia. En segundo lugar, no será horrible porque estaré ahí todo el tiempo visitando a Cayden. Nos veremos mucho. Mi compañera de cuarto, Aisha, es un poco callada y muy estudiosa. No creo que pueda llevar mucho a Cade por ahí. —Suspiró con nostalgia.

Sabía que extrañaba pasar más tiempo con su novio. Aunque empezó como hermano adoptivo de Lily, su relación cambió rápidamente. Después de que Cayden se hiciera un enorme tatuaje con el nombre de

Lily en el brazo en el último año, los papás de ella decidieron que debía mudarse. Se mudó a la casa de la piscina de Beckett, y Lily extrañaba tenerlo junto a su habitación.

Caminamos por uno de los cuidados senderos que rodeaban el campus. Todo el exuberante espacio estaba lleno de ellos, cruzándose sobre el césped bien cuidado y alrededor de los árboles. La HHU era una escuela hermosa y, a pesar de mi desastre de alojamiento, me emocioné al ver a mi alrededor mientras paseábamos. Este sería mi hogar durante los próximos cuatro años. No lo podía creer.

—Está por aquí, creo —murmuró Lily, consultando el diminuto mapa del campus que nos repartieron.

A diferencia de mi anterior residencia, la de los Hellions estaba justo en medio del campus. Además, a diferencia de mi anterior residencia, ésta era lujosa. Tenía sentido, teniendo en cuenta la cantidad de dinero que ingresaban en la escuela los antiguos alumnos y patrocinadores de la NHL, especialmente para el equipo de hockey. Aun así, Lily y yo no pudimos evitar detenernos a contemplar el hermoso edificio. Se construyó con el mismo estilo que los demás edificios históricos del campus, pero era evidente que era nuevo y estaba en muy buen estado.

Tenía cuatro plantas, y sabía a ciencia cierta que había un jacuzzi en la azotea y una piscina en el sótano, ambos justificados como útiles para la recuperación muscular. *Claro.* A la HHU le gustaba tener felices a sus jugadores de hockey.

—Entremos. El apartamento de los Dioses de Hielo es el número siete —dijo Lily, ya pisando la entrada y adentrándose en el vestíbulo lujosamente decorado.

Las enormes puertas delanteras estaban abiertas para ayudar a la gente que corría de un lado a otro, vaciando sus autos. El día de la mudanza era uno de los pocos días en que se permitía la entrada de autos en el campus. Después, había que tener un pase especial para entrar con uno. La mayoría de los estudiantes dejaban los suyos en el estacionamiento afuera del recinto escolar o en casa. Los jugadores de los Hellions estaban estacionados junto a la acera, vaciando sus autos. Los papás se agolpaban alrededor, ayudando, abrazando a sus enormes

y fornidos hijos y dándoles un beso de despedida. Era una escena muy tierna. Subí con Lily mientras buscaba el apartamento adecuado. La residencia de los Hellions estaba dividida en apartamentos de dos dormitorios, un cuarto de baño, una cocina y un salón.

—Aquí estamos, número siete —murmuró y llamó a la puerta.

Al cabo de un momento, se abrió. Unos brazos la envolvieron y la llevaron adentro. Al menos Cayden estaba en casa.

Los seguí adentro, mientras Cayden besaba a su novia hasta dejarla sin sentido y la subía a la encimera de la cocina de concepto abierto, inclinándose sobre ella y profundizando el beso.

—Mmm, no es por ser aguafiestas, pero siento que tengo que señalar que estoy aquí —les recordé.

Lily apartó a su novio y asintió, con las mejillas pálidas enrojecidas por la vergüenza.

—Lo siento —dijo y saltó de la encimera.

Cayden parecía menos dispuesto a ser interrumpido.

—Solo saludaba a mi novia —sonrió—. Hace siglos que no nos vemos.

—Te vi anoche —le dijo ella riendo.

—Exactamente. Hace demasiado tiempo —murmuró por lo bajo y volvió a estrecharla entre sus brazos.

—¿No hay nadie más aquí, para que pueda dejar de sentirme como la mayor tercera rueda del mundo? —pregunté después de un momento.

—Te tengo, Martino —se oyó una voz grave, y Marcus Bailey apareció en la puerta de una de las habitaciones que salían del salón. Cruzó los brazos sobre el pecho y me sonrió con satisfacción—. Hola, hermosa. Te ves genial.

—Hola, Marcus. —Dejé mi mochila en el sofá.

—¿Cómo está Ash?

—Bien. Los extraña.

—Sí, claro que lo hace. Somos jodidamente los mejores —dijo Marcus con otra sonrisa y se tiró en el sofá a mi lado—. ¿Tienes algo de comer en esa bolsa?

—Acabamos de desayunar —le dijo Cayden.

—Sí, hace como una hora —refunfuñó Marcus. Vio la caja que traje conmigo—. ¿Qué pasa con las cosas?

Allá vamos.

—Es una historia divertida, de hecho. Parece que voy a tener que quedarme aquí un rato.

A Marcus se le subieron las cejas a la frente cuando le conté mi dilema de alojamiento.

Silbó cuando terminé.

—Entonces, ¿me estás diciendo que puedo quedarme en este dormitorio enfermo, y tengo una compañera de cuarto sexy? La universidad es jodidamente genial.

—Ella no es tu compañera de cuarto—dijo Cayden desde el otro lado del apartamento—. Yo soy tu compañero de cuarto, ¿recuerdas? Y puedes mantener tus sucias manos lejos de mí.

Marcus suspiró, pero asintió.

—Tiene razón. Es Anderson quien tendrá el placer de compartir contigo.

—¿Se suponía que mi hermano compartiría con Beckett? —Las cosas no podrían estar peor. ¿Me dejará siquiera quedarme en la habitación? El corazón me latía con fuerza y las palmas de las manos me sudaban ante la idea de volver a ver a Beckett después de todo un verano de tensión.

—Seguro. Ahora, ¿deberíamos pensar en comprar algo de comida aquí? Estos armarios vacíos se burlan de mí. Tengo que tener el refrigerador lleno —le dijo Marcus a Cayden mientras yo me quedaba congelada en mi crisis existencial.

Contrólate, Eve. No tienes a dónde ir. No es como si quisieras vivir con Beckett o incluso volver a verlo. Solo sigue adelante.

Cierto. No era mi culpa, y era mi única opción en este momento. Beckett podía odiarme a muerte, pero yo no iba a poner en peligro todo mi futuro universitario para tenerlo feliz. Tendría que seguir adelante, igual que yo.

Me dirigí hacia la otra habitación. El comedor era enorme y llegaba hasta la cocina. Se notaba que se habían gastado dinero en este dormitorio. Para empezar, había dos cuartos de baño, uno con ducha y otro con bañera. Del salón se abría otra habitación que servía de almacén, con estanterías colgadas en la pared para guardar el material deportivo, luego, los dos dormitorios. Me detuve ante el de Beckett. Había una etiqueta en la puerta.

Martino/Anderson.

Respiré hondo y abrí la puerta.

La habitación era el doble de grande que en la que estuve antes con Isabelle, la compañera de cuarto que se suponía que tenía.

Un enorme ventanal en el centro dividía el espacio en dos. Había camas individuales de generosas dimensiones en paredes opuestas y mucho espacio para guardar cosas. El suelo de madera oscura estaba reluciente y sin arañazos, las paredes eran de un suave color marfil, e incluso había apliques colocados a intervalos regulares y lámparas de lectura sobre los escritorios. Cada lado tenía una cómoda, un armario, un escritorio, una silla, una mesita de noche y una cama. Era muy superior al dormitorio anterior. Inmediatamente me molestó que los jugadores de hockey recibieran un trato tan preferente, y al mismo tiempo me entusiasmó vivir ahí. Era totalmente injusto, pero también estaba agradecida de que fuera tan bonito. Básicamente, era una hipócrita total.

Tomé mis cosas y vi entre los dos lugares. ¿Cuál querría Beckett? No tenía ni idea. Me sorprendí a mí misma dudando. ¿Qué demonios? Se portó fatal conmigo cuando intenté acercarme a él. No era como si yo lo hubiera obligado a tomar drogas o a comprarle a ese tipo dudoso. Eso

fue lo que desencadenó toda esa cadena de acontecimientos, nada más. Ni siquiera se lo dije a su papá, aunque Beckett no lo sabía, y no le pedí que se pusiera en peligro por mi culpa. No esperaba eso de él, y desde luego nunca se lo exigí.

Había terminado de sentirme mal por él. *Terminado*.

Me decidí por el lado izquierdo de la habitación, porque tenía mejores vistas desde el ventanal del centro. Desde mi cama, si miraba, podía ver las copas de los árboles que bordeaban el camino a la biblioteca. Era hermoso, y lo quería, así que lo tomé. Toda mi vida, mi habitación dio al patio de nuestros vecinos. Eran unos acaparadores que llenaban todos los espacios de su casa y dejaban que su preciada basura se desbordara por el patio trasero. Sillas rotas y muebles viejos, bolsas de basura llenas de ropa que olía a moho cuando llovía. Los juguetes de los niños estaban llenos de marcas, sucios y sacados directamente de películas de terror. Esa fue mi vista durante los últimos diez años, desde que esa familia se mudó junto a nosotros. Quería ver unos malditos árboles por una vez.

Sonó un golpe en la puerta. Lily se plantó en el umbral.

—¡Wow, esto es increíble!

—Sí, es bonito, ¿verdad? —Me senté en la orilla de la cama.

—Muy hermoso. Mi habitación no es ni de lejos tan bonita como esta, pero por suerte, puedo venir aquí y pasar el rato todo el tiempo con mis dos personas favoritas. —Lily me sonrió—. Vamos a la ciudad a comprar comida. Podemos recoger el resto de tus cosas por el camino.

—¿Segura? Sería estupendo.

Ella trajo una caja de cosas conmigo, pero la otra caja, y mi única maleta, eran demasiado pesadas para cargarlas.

—Claro, no te preocupes. Volveremos en un rato, y entonces podremos desempacar.

—¿Y tu habitación? ¿No tienes que deshacer las maletas también?

—Ya está hecho.

—Seguro que sí. ¿Puedo ser tan organizada como tú cuando sea mayor, por favor?

Lily puso los ojos en blanco.

—Muy graciosa. Te ayudaré más tarde. Te veo luego.

Desapareció de la habitación y yo volví a acostarme en la cama. Una especie de felicidad esperanzadora me llenó el pecho. Quizá todo iba a salir bien.

El picaporte volvió a girar y no me molesté en incorporarme para hablar.

—¿Qué olvidaste? —le pregunté a Lily.

Pero no fue la suave voz de Lily la que me respondió. Ni mucho menos.

—¿Qué demonios estás haciendo en mi habitación, Cenicienta?

14

Beckett

Parpadeé al ver la figura tendida en la cama de mi habitación. Tenía que estar alucinando, porque era imposible que Eve Martino estuviera tirada en mi cama. Sus jeans rotos le abrazaban las piernas y la camisa de cuadros de gran tamaño se le cayó del hombro. Se incorporó, con el cabello oscuro despeinado, y me vio con sus enormes ojos de ciervo.

¿Qué demonios?

Era tan desconcertante que volví a asomar la cabeza por la puerta y comprobé los nombres que había.

Martino/Anderson.

No. Era el lugar correcto. Entré en la habitación y dejé las pesadas maletas. Eve estaba de pie, moviéndose nerviosa de un pie a otro.

—Dije, ¿qué demonios estás haciendo en mi habitación? —Luché por mantener la calma, pero estaba perdiéndola rápidamente. Pasé el verano más duro de mi vida, y ver a Eve era un detonante como ningún otro. Nadie podía hacerme perder la calma así... bueno, excepto quizá mi papá.

—Me quedo aquí —dijo en voz baja.

—A la mierda que lo haces —argumenté.

—Mi habitación fue cancelada por accidente, y la de Asher no, así que aquí es donde ellos me pusieron.

—¿Ellos? ¿Quiénes son ellos? ¿Esperas que crea que la oficina de alojamiento puso a una chica en el dormitorio de los Hellions a propósito?

Me di la vuelta y salí de la habitación.

Eve me pisaba los talones.

—¿A dónde vas?

—A la oficina. Estoy seguro de que podemos arreglar esto.

—Pero ya no quedan alojamientos subvencionados —protestó.

—No es mi problema. Solo sé que no te vas a quedar aquí. —Llegué a la puerta del pasillo y la abrí de un tirón.

Eve se lanzó hacia adelante en el último momento, un movimiento que la hizo chocar contra mi pecho. Sus manos ardían donde me presionaban, recordándome esa noche. Esa noche me recordó su silencio, y la forma en que me dejó sangrar por ella, sin siquiera pensarlo dos veces.

—No —la agarré por las muñecas y la aparté de mí—. Jodidamente no me toques.

—¡No era mi intención! No quería hacerlo —replicó. Sus ojos oscuros estaban llenos de asombro y preocupación.

Bien. Déjala sudar algo por una vez. Se lo merece.

—Entonces asegúrate de no hacerlo. —Dejé caer sus muñecas como si su piel estuviera sucia—. ¿Qué?

—Por favor, no vayas ahí a armar un escándalo. No tengo otro sitio a donde ir.

Solté una carcajada amarga e incliné la cabeza hacia un lado, considerándola detenidamente.

—¿En serio me pides que sienta lástima por ti en este momento? ¿Me estás pidiendo que tenga compasión de ti?

Me sostuvo la mirada como una campeona. Era totalmente desvergonzada.

—Realmente eres increíble, Evie. Te subestimé todos estos años. Eres un diablillo con piel de cordero. Una serpiente en un traje de persona.

—¿De qué estás hablando? Tú eres el imbécil aquí —afirmó rotundamente y cruzó los brazos sobre el pecho.

Casi se me para el corazón de la indignación.

—¿Qué demonios me acabas de decir?

Ella sacudió la cabeza, altiva como una reina.

—Dije que tú eres el imbécil. Ni siquiera puedes ser civilizado después de lo que pasó esa noche. No te hice nada...

La aparté de la puerta y salí. Un segundo más escuchando sus crueles e increíbles palabras y la estrangularía e iría feliz a la cárcel por eso.

—¡Beckett! Espera un segundo y escúchame —decía mientras corría detrás de mí por el pasillo.

Doblé bruscamente la esquina y choqué con alguien. Eve caminó hacia mi espalda.

—¡Hey! Amontonamiento de tráfico en el segundo piso —bromeó una voz familiar.

Otro jugador de hockey se puso a nuestro lado. Tardé un segundo en ubicarlo. Tyler, uno de los jugadores estrella de otra escuela. Fue amigo de Lily y, más tarde, se hizo íntimo de Cayden. Empezó a ir a fiestas en Cliff Point al final del último año.

Me sonrió.

—¡Hola, hombre! ¿Cómo estás?

—Bien —me las arreglé para decir. No quería ser un idiota con Tyler, pero apenas podía apartar mis pensamientos asesinos de Eve, que estaba a mi lado.

Él la vio y su sonrisa se hizo más amplia.

—Eve, ¿verdad? Me alegro de verte. Me alegro de estar por fin en el mismo equipo que ustedes.

Ahora ella es mi compañera de clase...
...mi compañera de cuarto y mi pupila.

—Me pondré al día contigo más tarde, tengo que ir a ocuparme de algo —le dije a Tyler, dando un paso a su alrededor.

—Sí, tiene que ir a la oficina de alojamiento para que me echen de aquí. —La voz de Eve era amarga.

—¿Qué? —preguntó Tyler.

Me dirigí hacia lo alto de la escalera, intentando ahogar a Eve pero sin conseguirlo del todo.

—Básicamente, cancelaron mi alojamiento en lugar del de mi hermano cuando se trasladó, y no tengo a dónde ir, salvo aquí. Beckett no quiere compartir habitación conmigo, así que se quejará y hará que me echen. El mundo gira a su alrededor, después de todo.

—Mierda, ¿hablas en serio? Eso es una mierda. Yo tengo una habitación doble, pero mi compañero de cuarto cambió de opinión en el último minuto y se fue a Portland. Puedes quedarte conmigo si quieres.

Me encontré a mí mismo deteniéndome a mitad de camino y dando media vuelta.

Eve miraba a Tyler como si fuera su caballero blanco.

—Dios, ¿hablas en serio? Pero no podría aceptar. Ni siquiera me conoces.

—No es la gran cosa. En realidad estaba un poco desanimado por no tener un compañero de cuarto. Me gusta bromear, y tú eres la mejor amiga de Lil.

Tyler le sonrió a Eve con facilidad, y sentí como si una mano me hubiera rodeado el corazón. ¿Ella creía que podía saltar a los brazos de otra persona y resolver todos sus problemas? ¿Un héroe a la espera de que Beckett la dejara en paz? No lo creo.

Caminé hacia ellos.

—No te metas en el drama de Martino, hombre, créeme, te arrepentirás. Sé que yo lo hago —le espeté a Tyler.

Podía sentir los ojos de Eve clavados en mí. Estaba al otro lado de la cicatriz, y me alegré en vano. Era jodidamente fea y un recordatorio constante de esa noche.

—Está bien. Quiero ayudar —dijo Tyler.

Tuve el impulso repentino e irracional de darle un puñetazo.

Ladeó una ceja hacia Eve.

—¿Qué dices, compañera? ¿Deberíamos mudar tus cosas? ¿Salir del camino del grandote? —Sacudió la cabeza hacia mí con buen humor, felizmente inconsciente de lo mucho que me estaba haciendo enojar.

—No hay nada que me gustaría más —dijo Eve.

Había un tono de satisfacción y alivio en su voz que no pude soportar. Estaba feliz de escapar de mí. Feliz de haberme superado. Ahora que lo pensaba, dudaba que quisiera compartir una habitación conmigo. Estaba atrapada ahí conmigo. Si no podía evitarla por completo, cosa que no podría hacer si vivía en el apartamento de al lado, la siguiente mejor opción era hacerla sentir desgraciada. La idea me llenó de una inesperada expectación. A la mierda con ignorarla y dejarla libre por todo lo que me hizo. En vez de eso, haría lo contrario y la vería sufrir.

—La habitación de Martino está en el apartamento siete. No puede cambiarse así como así —le dije rotundamente a Tyler.

Él ladeó la cabeza, interrogante.

—Pero pensé que no querías que se quedara ahí.

Mi paciencia se quebró.

—Escucha, hombre, lo digo de la forma más amable posible, viendo que vamos a ser compañeros de equipo y todo eso, pero ese es mi problema, y te sugiero que te metas en tus asuntos.

Tyler se rió entre dientes mientras Eve me miraba con desprecio.

Evité su mirada ardiente, me giré hacia mi apartamento y dejé a Tyler de pie en el pasillo.

Eve estaba justo detrás de mí.

—¿Qué demonios, Beckett? ¿No me quieres aquí y luego sí? Decídete.

Abrí la puerta del apartamento y ella irrumpió detrás de mí. Dio dos pasos antes de chocar contra mi pecho. Cerré la puerta de una patada y la acerqué lentamente.

Su mirada se posó en mi rostro, observándome con detenimiento por primera vez en todo el verano. Sentí el momento en que su mirada se posó en mi cicatriz. Sus ojos se abrieron de par en par y se le levantó el pecho. Me vio fijamente y yo la dejé.

—Sí, así es, Evie. De eso me estuve recuperando este verano, sin un solo analgésico... mientras tú seguías con tu vida.

—Lo siento —susurró.

—No quiero oírlo. Es demasiado tarde para eso.

Me sostuvo la mirada. Tenía el pulso agitado en el cuello. Aún recordaba cómo se sintió esa delicada columna bajo mis labios cuando se corrió. *Mierda*. Mi polla se erizó en mis pantalones cortos. Desde que dejé las pastillas y las eliminé de mi organismo, mi polla estaba recuperando todo el tiempo que perdió. Como seguía sin gustarme que me tocaran, no tenía muchas opciones para lidiar con el tsunami de lujuria que se acumuló durante los años de negación (porque mis interacciones forzadas con Colette y sus horribles amigas obviamente no eran gratificantes de ninguna manera). Ignorar tu cuerpo o ahogar sus necesidades en sustancias químicas era peligroso y lo estaba descubriendo por las malas. Literalmente.

Además, estaba el inconveniente de que mi polla no quería a nadie más que a la mujer que tenía delante. Incluso después de su traición, mi cuerpo todavía dolía por ella.

La enjaulé contra la puerta mientras su olor se abría paso en mi cabeza. Olía como la recordaba. Un veneno dulce y adictivo.

Sus ojos parpadearon hacia la cicatriz y se apartaron.

—No, no desvíes la mirada. Deberías verla... verla fijamente... a menos que sea demasiado fea para que la enfrentes.

—No es fea —protestó, con un brillo en los ojos que le dificultaba la respiración—. Solo parece que fue muy dolorosa.

—Esa no fue la parte más dolorosa de mi verano, Cenicienta. Créeme. Jodidamente no llores —le advertí. No podía soportar ver sus lágrimas de cocodrilo.

Ella parpadeó de alguna manera y negó con la cabeza.

—No podemos vivir juntos, Beckett. No podemos estar juntos, no es bueno para ninguno de los dos.

—Tal vez no sea bueno para ti, pero a mí no me molestará. Verás, no me importas, Eve. Yo no te importo, y ahora… no me importas. Eres una mosca para aplastar, una araña para atrapar, una pequeña hormiga rastrera. Estás por debajo de mi atención.

Mordí cada palabra, y las lágrimas de Eve desaparecieron, al igual que la simpatía de su expresión. Me alegro. Prefería su ira a su compasión. La ira brillaba en sus gloriosos ojos y sus mejillas se calentaban con ella. La tristeza y la compasión eran frías, tan heladas como el agua de un estanque en primavera, cerrándose sobre tu cabeza y arrastrándote hacia abajo. La ira era caliente, un fuego que calentaba hasta los huesos más yermos.

—No voy a vivir aquí contigo. Voy a aceptar la oferta de Tyler y no puedes impedírmelo —murmuró en voz baja.

Una mueca torció mis labios.

—Cada cosa que acabas de decir está equivocada. Subestímame bajo tu propio riesgo, Eve. Te lo advierto ahora, no luches contra mí en esto... tú serás la que sufra.

Resopló y cruzó los brazos sobre su amplio pecho. Odiaba notar cómo sus turgentes tetas se apretaban contra sus brazos. Aún recordaba la textura áspera y perfecta de sus pezones en mi lengua.

—No eres el rey del campus, Beckett. Puede que el dinero de papi te haya traído aquí, pero ahora solo eres un estudiante, como el resto de nosotros. No tienes poder sobre mí.

Me invadió una necesidad oscura y violenta de demostrarle que estaba equivocada, y la estaba levantando antes de que pudiera cuestionar mi cordura. No necesitaba cuestionarla; cuando estaba cerca de Eve, estaba jodido. Me doblé por la cintura y la levanté con facilidad. Protestó ruidosamente cuando me la colgué del hombro y dejé su parte superior colgando a mi espalda.

—¡Oye! Imbécil, no soy un saco de papas que arrastrar. —Se retorció locamente contra mí.

—Cierra la puta boca —gruñí y le di una nalgada punzante en su tentador trasero, situado justo al lado de mi cabeza. Llevaba jeans, así que tuve que poner un poco de músculo detrás para que lo sintiera.

Chilló, tan indignada que no pudo hablar durante un segundo. Tal vez esa era la clave, mantenerla balbuceando de rabia para que no pudiera hablar.

Me dirigí a nuestra habitación y vi a mi alrededor en busca de una correa de sujeción. Llevaba un par de cinturones en la maleta. *Perfecto*. Las cabeceras de las camas tenían peldaños de madera. A veces los astros se alinean justo en el momento adecuado.

La tiré a la cama y le agarré una de las muñecas. Ella se resistió, por supuesto, pero no era rival. Le enrollé el cinturón alrededor de la muñeca y lo até lo bastante fuerte para que no pudiera soltarse. Se quedó con la boca abierta y me vio horrorizada.

—Perdiste la puta cabeza, Anderson. No puedes atarme aquí, no lo permitiré —gritó.

Me arañó la cara con la otra mano. Luché por agarrarla, pero se contuvo, claramente asustada de tocar mi cicatriz. Su debilidad fue mi ventaja, y conseguí sujetar su otra mano. Los dos jadeábamos cuando me senté, dejando a Eve atada a la cabecera de la cama por ambas manos.

—Eres un psicópata. Te volviste loco —me acusó, mirándome con los ojos desorbitados.

Me levanté y me eché el cabello hacia atrás. Mi polla estaba jodidamente dura y, si miraba hacia abajo, vería cómo se levantaba en

mis pantalones cortos. Me daba igual. No tenía nada que ocultarle a Eve. Ella vería lo peor de mí, y solo eso. No iba a ahorrarle nada.

Como si mis pensamientos hubieran hecho que sucediera, sus ojos oscuros se deslizaron hacia abajo y su mirada se clavó en mi erección. Ignorándola, fui a mi maleta y busqué en ella. Encontré una corbata elegante traída para las cenas de patrocinio a las que el equipo pudiera tener que asistir, y me giré hacia ella.

—¿Te excita atarme, pervertido? —me incitó mientras me acercaba.

Me limité a encogerme de hombros.

—¿Y qué si así es? —Dejé que mis ojos recorrieran su cuerpo, sublimemente acostado debajo de mí. Su camisa de cuadros se abrió en nuestro forcejeo y sus pezones asomaban como pequeños brotes duros a través de la fina camiseta que llevaba debajo. No pude evitar estirar la mano para pellizcar ligeramente uno de ellos.

—Aparte, parece que no soy el único.

Su labio se curvó hacia arriba.

—¿Te dañaron accidentalmente el cerebro mientras estabas en Nueva York? Estás trastornado.

¿Nueva York?

—Trastornado, vengativo... lo que sea.

—No puedes retenerme aquí. Gritaré —amenazó.

Asentí con la cabeza.

—No esperaba menos. Hablaremos más tarde, cuando te hayas calmado.

Agarré la corbata y se la puse alrededor de la cabeza antes de que consiguiera gritar.

—Te queda muy bien, Evie —dije cuando me senté y contemplé cómo la había amordazado con mi corbata de seda roja.

Sus ojos ardían de ira, y yo disfrutaba del fuego. Como en los viejos tiempos. Me incliné hacia ella y avivé el fuego.

—Casi tan bien como te veías con la boca llena de mis dedos. Tómatelo con calma. Te veré en un rato.

Con un silbido diseñado para enojar aún más a Eve, y un brío en mi paso que estuvo ausente todo el verano, me dirigí hacia la puerta.



Le di unas horas. Lily vino con Cayden y Marcus a dejar la maleta de Eve y otra caja. Se las quité y le dije que me aseguraría de que las recibiera. Mentí y le dije que había ido a ver el campus. Lily se fue y yo esperé a que Marcus y Cayden fueran a organizar sus cosas antes de abrir la puerta y entrar.

Estaba justo donde la dejé, y su expresión apenas había cambiado. Quizá ahora estaba más enojada que antes. Tenía un vaso de agua para ella.

—¿Tienes sed? —pregunté.

Me fulminó con la mirada y no se molestó en asentir ni en mover la cabeza.

—Tomaré eso como un no.

Mientras le daba tiempo para que se calmara, salí a correr y dejé que mi mente rumiara la idea de que Eve viviera conmigo.

Me senté en la orilla de la cama a su lado.

—Entonces, esto es lo que vamos a hacer.

Arrugó sus cejas oscuras y giró la cabeza, como si se negara a escuchar. La agarré de la barbilla y la atraje hacia mí.

—No seas grosera, Cenicienta. Escucha cuando hablo, si quieres salir de esta cama pronto.

Murmuró algo bajo la mordaza, y sabía que era muy poco halagador. No es que me importara. Nadie podría odiarme más de lo que yo me odiaba a mí mismo.

—No me gustas. No te soporto, de hecho. Tú también me odias, así que estoy seguro de que puedes apreciar el sentimiento. Es mutuo, el

odio entre nosotros... eso es bueno. Nos pone en la misma página, pero este es el asunto. Tu hermano me pidió que te cuidara.

Sus ojos se abrieron de par en par. Estaba claramente sorprendida de que Asher intentara protegerla, incluso a miles de kilómetros de distancia.

—Sí, vigilarte, asegurarme de que no se aprovechen de ti, asegurarme de que no cometas ningún error del que no puedas recuperarte. No me iba a molestar, pero ahora que estás aquí, debo decir que ignorarte todo el año por lo que hiciste habría sido un castigo demasiado fácil. Ahora lo veo, ignorarte solo era permitir que te salieras con la tuya al tratarme como basura y dejar que me pudriera.

Sus cejas se fruncieron en señal de confusión. Lo ignoré.

—Y como no me apetece que te juntes con otros jugadores de hockey, te quedarás aquí, donde puedo vigilarte. Porque ahora lo veo, Eve. El mejor castigo para ti es que yo esté justo ahí, arruinando tu diversión, todos los días. ¿Crees que puedes ir de fiesta y ser porrista y tener novio, ya que Asher no está aquí?

Le acaricié el cabello, y ella se apartó de golpe, con su furia disparada hacia mí.

—Te equivocas. No puedes hacer nada de eso, porque estoy aquí. Seré tu juez, jurado y verdugo... el alcalde de la prisión de tus peores pesadillas. Mi control y disciplina harán que tu hermano parezca un santo.

Murmuró contra la mordaza, sin duda maldiciendo mi nombre.

—¿Necesitas orinar? —le pregunté.

Protestó indignada y negó con la cabeza, avergonzada de que se lo preguntara.

—Está bien. No digas que no pregunté —le murmuré y me levanté, dirigiéndome a la puerta—. Tómate tu tiempo y piensa en lo que te dije —le dije, justo antes de apagar la luz y cerrar la puerta.

15

Eve

Ese maldito imbécil. Iba a asesinarlo cuando estuviera libre. ASESINARLO. Toda la compasión que sentí por Beckett, o la culpa por contribuir a que le hicieran daño, se evaporó mientras reflexionaba durante una hora, con el sol cayendo por la ventana. El olor a comida en la cocina me hizo rugir el estómago. Oí hablar a Beckett, Marcus y Cayden.

Todavía no volvía. *Imbécil.* Maldecirlo me hizo sentir ligeramente mejor, pero en realidad, no había nada que pudiera hacer hasta que me desatara. Una vez que lo hiciera, iba a matarlo.

Cerré los ojos. Tenía que estar lista para atacar en cuanto me desatara. Tenía que ahorrar fuerzas. Tenía que prepararme. Respiré profunda y tranquilamente y esperé.

Por desgracia, las respiraciones profundas y tranquilizadoras se parecían mucho a mi método habitual para conciliar el sueño. Cuando me desperté de un tirón, parpadeé incrédula ante la pálida luz del sol que entraba por la ventana. *¿Dormí toda la noche?*

Giré la cabeza hacia la cama del otro lado de la habitación. Beckett seguía durmiendo. La urgente necesidad de orinar exigía atención.

Grité detrás de la mordaza. No se movió. Él dormía sin camiseta, solo en bóxers, y durante la noche bajó las mantas a patadas. Podía ver gran parte de su cuerpo a la débil luz de la mañana. Demasiado.

Grité tan fuerte como pude y pateé las piernas contra el colchón.

Beckett se movió, estirándose, aunque seguía con los ojos cerrados. De repente sonó una alarma a su lado, y su brazo se estiró y la apagó con un movimiento practicado. Los jugadores de hockey madrugaban para entrenar. Lo sabía por el horario de la preparatoria de mi hermano.

Beckett se incorporó, se frotó los ojos y estiró los brazos por encima de la cabeza, un movimiento que hizo que sus firmes abdominales se movieran tentadoramente, pero me daba igual lo sexy que se viera por la mañana; era un psicópata.

Se levantó y se estiró de un lado a otro, ignorando por completo la erección matutina que hacía fuerza en la tela de sus bóxers. El hombre podría necesitar ropa interior especialmente diseñada con más espacio en la parte delantera, porque Beckett estaba perfectamente proporcionado por todas partes. No era de extrañar que fuera tan arrogante. Con razón me llenó por dentro tan completamente. *Nop. No vayas ahí.*

—Buenos días, Tiny. ¿Dormiste bien? —Su voz matutina era un rumor profundo y áspero.

Lo fulminé con la mirada. Caminó hacia mí y tomó el vaso de agua de la mesita.

—Cuando vine a desatarte anoche, ya estabas dormida. Un poco cansada, ¿no?

Diablos, sí, estaba cansada. Trabajé como un perro todo el verano. Esperé a que me quitara la mordaza. Finalmente lo hizo, sus grandes dedos eran sorprendentemente suaves.

Mordí sus dedos que se iban, pero consiguió apartarlos justo a tiempo.

—Toma. —Me acercó el vaso a los labios.

Tomé unos largos tragos de agua y luego retuve otro sorbo detrás de los labios.

Dejó el vaso y me vio fijamente.

—¿Pensaste en lo que te dije ayer? Necesito que estemos de acuerdo en cómo van a ser las cosas en el futuro. No tengo tiempo de atarte todas

las noches para asegurarme de que no te escapes a la habitación de Tyler.

Le escupí el agua a la cara en un largo chorro y le di justo en el ojo.

Maldijo, apartando la cabeza y limpiándose el agua.

—¡Vete a la mierda, Beckett! Estás oficialmente loco, y se lo voy a decir al entrenador, a tu papá, a tus amigos, a todo el que pueda.

—No, no creo que lo hagas. —Su voz era mucho más segura de lo que me gustaba. Se secó los ojos y se giró hacia mí—. Tu mamá... Melly, ¿no? Su medicamento es caro. ¿Cómo se lo va a permitir si pierde su puesto de limpiadora?

El corazón me dio un vuelco.

—No la amenazarías.

—¿No lo haría? —El tono de Beckett era vago y desinteresado, como si amenazar el sustento de una mujer enferma fuera algo cotidiano y no debiera haber resentimientos por eso.

—No eres un monstruo, Beckett. Puedes pensar que lo eres... pero no tienes que serlo.

Me vio fijamente durante un largo instante, con una leve expresión de sorpresa en el rostro, antes de que su máscara indiferente volviera a su sitio.

—Ya te lo dije antes, Evie. Sé lo que soy. No intentes salvarme. Es una pérdida de tiempo. Solo sigue mis reglas, sé una jodida buena chica para mí por una vez en tu vida, y tu mamá no sabrá que algo va mal. No tengo ningún problema con ella, después de todo. Es contigo con quien tengo un problema.

Reflexioné sobre sus exasperantes palabras. Quería matarlo, luchar, desobedecerlo y gritarle, pero tenía razón. Podía meterse con el trabajo de mi mamá. Él tenía todo el poder entre nosotros, y yo no tenía ninguno, a causa del dinero. Al final, todo se reducía a eso.

—¿Qué reglas? —exclamé tras considerar mis inexistentes opciones.

—Oh, nada demasiado extenuante. Nada de fiestas, nada de chicos, nada de beber, nada de citas, nada de sexo... obviamente, nada de contestarme o hacerme enojar. De hecho, finge que no estás aquí cuando estoy en casa. Ah, y vuelve a casa a las diez de la noche.

—¿Me estás tomando el pelo?

—En absoluto, y por mucho que lo odies, lo harás, porque no tienes elección. —Tuvo la osadía de sonreírme. Extendió la mano y me agarró la barbilla—. ¿Entendido?

Me balanceó la cabeza arriba y abajo en una parodia de asentimiento.

—Oh, y obviamente, nada de decirle a nadie, incluyendo a tu hermano o a Lily, sobre las reglas o nuestro entendimiento aquí. Esto es entre tú y yo, y nadie más puede involucrarse.

Me mordí el labio, con la mente acelerada. Saldría de aquí en cuanto hubiera sitio en el otro dormitorio. Podría soportar que Beckett estuviera en un viaje de poder durante unas semanas, ¿no? No le tenía miedo. Después de lo que pasó entre nosotros, vi demasiado bajo su fachada de niño rico hastiado, el alma solitaria que había debajo, como para temerle de verdad. Lo máximo que podía hacer era enojarme, y eso no era nada nuevo.

—Bien. Desátame —espeté, decidida. Necesitaba un lugar donde vivir y estaba bastante segura de que Beckett era pura palabrería, pero no del todo. La incertidumbre que me quedaba me obligó a obedecer.

Beckett replicó.

—No hemos terminado hasta que estés de acuerdo.

—Acepto sus reglas, Majestad —le espeté.

Sonrió para sí y me desató los brazos. Por suerte, me los ató bajos, en un ángulo natural, así que la sangre fluía bien, pero las ganas de orinar se apoderaban de todo lo demás en mi cerebro.

Me desató y se apartó. Al darse la vuelta, se ajustó la erección en los bóxers, provocándome una oleada de calor líquido.

—¿Todavía te excita atar a las chicas? —Le lancé.

Se encogió de hombros.

—Solo a ti, Cenicienta. ¿Quieres echarme una mano con eso? —Agarró el grueso bulto de su polla en la tela—. ¿O callarte y largarte de aquí?

Puse los ojos en blanco y evité su mirada mientras me dirigía al baño.

Puede que hayas ganado este asalto, Anderson, pero encontraré la forma de igualar el marcador. Siempre lo hago.

Todavía me sentía dispersa cuando me encontré con Lily de camino al departamento de atletismo esa misma mañana. Llevaba un enorme trozo de papel pegado al cuello que decía "Eve por la victoria".

—Dame eso. —Se lo quité, avergonzada, y lo doblé en un cuadrito mientras caminábamos.

Lily se rió y el sonido relajó mi creciente tensión. Presentarme a las pruebas de porrista y ser rechazada era algo tan rutinario para mí que no debería estar nerviosa a estas alturas.

—No deberías haber venido. Esto es una total pérdida de tiempo. Si no pude hacerlo en el equipo en HHH, ¿por qué lo haría aquí? Hay mucha más competencia.

Nos acercábamos al edificio donde eran las pruebas, y los nervios me estaban clavando sus garras.

—Pero eres increíble, y lo sabes. Entonces Selena tenía algo contra ti. Probablemente solo estaba celosa —señaló Lily.

—¿Celosa de qué?

—De lo hermosa que eres. De lo divertida, de lo talentosa... de dormir en la misma casa que Asher todas las noches... la lista continúa.

—Eww, pero probablemente tengas razón. Selena amaba a sus Dioses de Hielo.

—Lástima que no le correspondieran —bromeó Lily, inesperadamente salvaje. Era glorioso verlo.

Mencionar a los Dioses del Hielo hizo que mi mente volviera en espiral a mi situación de vida. Beckett estaba en un viaje de poder. Parecía odiarme más que nunca, pero supongo que debería habérmelo esperado, dados sus mensajes de texto durante el verano. Aun así, me dolió, cuando no tenía derecho a hacerlo. Beckett era un imbécil; siempre lo he sabido. Sin embargo, esa noche en la farmacia, pensé que tal vez las cosas habían cambiado. Claramente, estaba equivocada.

Me obligué a pensar en las próximas pruebas para porristas.

Lily estaba presente en cada uno de mis intentos fallidos de entrar en el equipo de porristas, así que al menos teníamos la tradición de nuestra parte. Era todo lo que tenía de mi lado.

Nos dirigimos al interior del edificio y al espacioso gimnasio donde estaban las pruebas. Había una mesa con los colores del equipo de fútbol, rojo y negro. Varias porristas estaban sentadas detrás, hablando e ignorando a las aspirantes reunidas frente a ellas. Lily fue a esperar en las gradas mientras las porristas repartían los números que debían llevar las aspirantes.

—Wow, ¿todavía aspirando a porrista, eh, Eve?

Me tragué un suspiro interno. Era mi culpa. La convocamos invocando su nombre afuera. Me giré hacia Selena y le dediqué una sonrisa agradable e insulsa.

—Wow, Selena, me alegro de verte. ¿Cómo te está tratando HHU hasta ahora?

—Bien, bueno, ya tuve diez citas, así que algo debo estar haciendo bien. —Selena soltó una carcajada, su risa tintineante era como una motosierra para mis oídos.

—Wow, diez citas en dos días ya, alguien está trabajando duro.

Selena entrecerró los ojos, buscando el insulto.

—Sí, bueno, si lo tienes, alardea de eso. No es que tú lo sepas. Te juro que no sé cómo aguantabas a tu hermano. Era tan sobreprotector. Debe de ser por tu... situación familiar —añadió, pareciendo darse cuenta de

repente de que era grosera. Nunca le molestó antes, así que esto era un progreso.

—¿Qué situación es esa? —pregunté inocentemente.

—Ya sabes... porque tu papá no está por aquí —terminó Selena y se encogió de hombros—. Da igual. Tengo que entrar en calor. Buena suerte, Martino, la necesitarás.

Se dio la vuelta, ignorándome. Aún estaba decidiendo si acercarme por detrás y jalarle las extensiones. Lo sabía todo sobre mi situación familiar; no necesitaba que me lo recordara. Sí, nuestro papá se largó cuando éramos muy pequeños, dejando que mi mamá nos criara sola. Criar gemelos no era barato, y mi mamá trabajaba duro para ganarse cada centavo. Las púas de Selena me clavaron pequeñas garras de dolor en todos mis lugares inseguros.

Sonó un silbato junto a los jueces y se dieron instrucciones.

Era el momento de la prueba. Esta vez -decidí impulsivamente-, que sería la última. Si no lo conseguía de nuevo, buscaría otra actividad extraescolar, ya había terminado con las porristas.

Me situé en mi espacio y empecé a repasar la rutina, memorizando los pasos con facilidad.

La mejor manera de vengarse de alguien es demostrarle que se equivoca. Mi mamá me lo decía todo el tiempo, y tenía razón.

El grupo se dividió y observé a Selena mientras hacía la prueba. Era buena, lo reconozco, aunque sus nervios eran evidentes.

Un par de futbolistas más se unieron a los jueces cuando me acerqué a mi grupo para hacer la prueba. Uno me saludó. El primo de Isabelle. ¿Cómo se llamaba? Warner. Ese era.

Le sonreí e intenté no dejarme llevar por los nervios. Tenía menos que perder que Selena. Yo no era un legado de porrista, no tenía nada que demostrar ni una reputación que mantener.

Empezó la prueba y me entregué de lleno. Aparte de los nervios, fue divertido bailar y cantar en equipo. Sabía que Lily me estaba viendo, animándome, y eso me dio confianza para ir por todo.

Después, Warner silbó con fuerza y vino a hablar conmigo cuando dimos paso al siguiente grupo.

—Eso estuvo muy bien. Seguro que ganas.

—¿En serio? Eso sería increíble.

Warner se balanceó sobre sus talones, con las manos en los bolsillos, dedicándome la mayor sonrisa que jamás vi en nadie.

—¡Estuviste increíble! —Lily se acercó por detrás y me abrazó por la cintura.

—¡Gracias! Estoy recibiendo tantos cumplidos hoy que no sé qué hacer conmigo misma.

—Tengo una idea —dijo Warner—. Ven a la fiesta de Omega Psi Zeta este fin de semana. Va a ser la mejor fiesta de toda la semana.

—Oh, ¿eres un Omega Psi Zeta?

—Claro que sí. Omega Psi Zeta de por vida. En serio, es un gran grupo de chicos, y sabemos cómo hacer una maldita fiesta. Trae a tu amiga. —Señaló con la cabeza a Lily, que no parecía entusiasmada. Era una lástima, ya que me prometió durante el verano que probaría al menos una fiesta de fraternidad, ya que era un rito de iniciación para los estudiantes universitarios.

—De hecho ella me prometió ir a una fiesta de fraternidad, así que puede que te veamos ahí después de todo.

—Oh, ¿te acordaste? —Lily bromeó.

Nos dirigimos a las gradas. Si nos quedábamos, oiríamos quién pasaba el primer corte.

—Pensé que había esquivado esa bala —continuó.

—Vamos, será divertido. Es prácticamente un crimen no ir a una fiesta de fraternidad al menos una vez.

Lily suspiró.

—Supongo que tienes razón. Si quieres ir, ahí estaré.

Selena subió las gradas y se sentó detrás de nosotras.

—¿Están hablando de la fiesta de Omega Psi Zeta? ¿Están seguras de que están invitadas?

—Sí, ese tipo nos acaba de invitar —le dije dulcemente y señalé con la cabeza a Warner, que estaba de pie hablando con sus compañeros de fútbol.

Selena enarcó una ceja.

—¿Ah, sí? No sabía que eras amiga de Warner James.

—No lo soy.

Se encogió de hombros.

—Lo que sea.

Se hizo el silencio. Lily y yo intercambiamos miradas. Podía sentir los ojos de Selena en mi nuca mientras esperábamos.

Finalmente, una de las porristas de la mesa se levantó.

—Excelentes pruebas, chicas. Si digo su número, puedes volver para la segunda fase. Las demás, por favor, ¡vuelvan a intentarlo el año que viene!

Me pregunté si cuando entrabas en el equipo te daban la cantidad de ánimo necesaria o si tenías que traer el tuyo propio, porque estaba bastante segura de que nunca había sonado tan entusiasmada con nada.

Dijeron los números. El de Selena estaba entre ellos, y también el mío.

—¡Sí! —exclamó Lily, saltando después—. Sabía que ibas a entrar.

—Es la segunda etapa, Bug —dijo Selena—. Pensé que eras el inteligente. Eso no significa que esté dentro.

—Y no significa que no lo esté —le espetó Lily a Selena y entrelazó su brazo con el mío—. Vamos a celebrarlo. Yo invito la comida.

16

Eve

Esa tarde era el primer partido previo de los Hellions de la temporada. Volví al campus después de cubrir a alguien en la cafetería. Aunque el verano terminó, mi puesto en el Chickadee seguía siendo muy necesario.

Llegué a la pista unos minutos antes del pitido inicial. Esa noche, el público se había volcado con el partido inaugural de la temporada de hockey. Los seguidores de los Hellions estaban entusiasmados por animar a su equipo campeón en casa.

Lily saludó con la mano desde uno de los mejores asientos del estadio. Ser la hija del entrenador significaba que tenía asientos en primera fila.

Bajé hacia ella y me deslicé en mi asiento. Hice todo el trayecto a toda prisa y tenía calor como el infierno. Me quité la chaqueta, la metí debajo del asiento y me alisé la camiseta. Era la camiseta de la preparatoria de Asher, la número dieciocho, y tenía mi apellido en la espalda, Martino.

—¡Casi te lo pierdes! —Lily tenía los ojos enormes y la cara sonrojada. Estaba emocionada por ver jugar a su novio y ver las tácticas de su papá en acción.

Lo entendí. Ella estaba muy involucrada en el mundo del hockey, y yo también, hasta cierto punto. Antes, los sueños de mi hermano dependían del rendimiento de los Hellions, así que a mí también me importaba. Sus sueños siempre fueron mis sueños, después de todo.

Los jugadores daban vueltas sobre el hielo. Marcus calentaba cerca de las porterías, disfrutando demasiado de sus movimientos de empuje, al

igual que la mayoría de las mujeres del público. Cayden tenía la cabeza agachada y estaba concentrado. Lily estaba sentada sobre sus manos, su camiseta era la misma que la de él, West, con el número diez. Una gran figura de negro pasó disparada y el nombre me saltó a la vista.

Anderson, número cuatro.

El corpulento defensa se movía con tanta seguridad que los demás jugadores se aseguraban de apartarse de su camino. Mi mirada lo siguió, atraída como siempre, por el único Dios de Hielo que me volvía loca. Anoche fue como un sueño febril. Beckett y yo podríamos matarnos de verdad antes de que pudiera mudarme.

—¡Qué casualidad! Esto empieza a parecerse al destino —me atronó una voz fuerte, fácil de oír, incluso por encima de la multitud.

Parpadeé al ver la figura alta que estaba a mi lado. Mi cerebro tardó un momento en asignar un nombre a la nueva cara familiar.

—¿Warner? —El primo de Isabelle, el jugador de fútbol.

Avanzó por la fila y se sentó a mi lado. Un amigo le siguió y nos saludó a Lily y a mí.

—Hola, soy Justin —dijo, acercándose a Warner para darme la mano—. ¿Y tú eres?

—Mi nueva novia —bromeó Warner mientras me rodeaba la espalda con un brazo.

Me puse rígida y él bajó la mirada y se rió al ver mi expresión.

—Lo siento, me estoy adelantando, ¿no?

—Okey. Se ve igual de sexy como la última vez que lo vi —me susurró Lily al oído.

Le di un codazo para que se callara y me aparté para que Warner captara la indirecta y moviera el brazo. Antes de que pudiera hacerlo, sonó un fuerte golpe justo delante de nosotros, tan fuerte y repentino que me sobresalté. El disco había golpeado las tablas justo enfrente, y el impacto fue tan violento que dejó una marca en el tabique de seguridad de plástico.

Un jugador se acercó patinando al cristal y nos vio fijamente. Golpeó la marca con una mano enguantada y se alejó patinando en el último segundo para salir disparado de nuevo alrededor de la pista.

—¿Quién demonios era? Alguien busca sangre esta noche —se rió Warner.

—Beckett —me murmuró Lily y puso los ojos en blanco.

El número cuatro era conocido por ser violento en el hielo.

—¿Anderson? Escuché que solo entró en el equipo porque su papá financió todo el departamento de atletismo —dijo Justin inclinándose hacia adelante.

—Pero es un jugador muy bueno. ¿Lo has visto? Nadie lo supera —dice Warner entusiasmado y luego me mira—. Entonces, Eve, ¿estás emocionada por la segunda ronda de pruebas? Apuesto a que tu novio no está seguro de que te conviertas en porrista.

—No tengo novio —lo corregí automáticamente y enarqué una ceja cuando esbozó una sonrisa más amplia—. Podrías haberme preguntado si lo tenía.

—¿Dónde está la diversión en eso? —Warner se rió—. Como sea, sobre el equipo. Me encantaría asegurarme de llevarte a los partidos que juguemos este año, y apuesto a que te verías asesina en sus nuevos uniformes.

El inesperado y no del todo deseado cumplido desvió mi atención del juego. ¿Estaba coqueteando conmigo? Me pareció un poco pretencioso y asqueroso. Tenía demasiadas cosas en la cabeza con Beckett y aquel desastre como para pensar en coquetear con un cualquiera.

—Disculpa, ¿qué?

Warner sonrió satisfecho de haber captado mi atención. Antes de que pudiera responder, se oyó otro fuerte golpe en las tablas de enfrente. Beckett había estrellado a un miembro del equipo contrario contra la superficie inflexible y la sangre salpicó el plástico, a escasos metros de nuestras caras.

—¡Wow! ¡Número cuatro, de eso estoy hablando! —Warner gritó.

El público aplaudió.

Beckett miraba en nuestra dirección, pero no pude distinguir sus ojos bajo la jaula.

Las conversaciones sobre las porristas quedaron olvidadas mientras nos enfrascábamos en el partido.



Resultó que yo no era la única que extrañaba a Asher. Los Hellions ganaron, pero no fue la victoria fácil que todos esperaban. Los nuevos compañeros no se compenetraban bien, y los Dioses del Hielo estaban fuera de juego. La ausencia de Asher se sintió sobre toda la pista.

Aun así, los Hellions habían ganado, y después de que ganaran, se fueron de fiesta.

Fuimos a la residencia de los Hellions, *mi residencia*, donde la música ya estaba alta y la mitad de la gente de adentro ya estaba borracha. No estaba nada segura del número de personas que abarrotaban el edificio. La zona principal de la fiesta parecía estar teniendo lugar en el apartamento uno, que pertenecía a los miembros más veteranos del equipo, algunos de los cuales ya habían sido reclutados por la NHL.

Adentro, el apartamento estaba lleno hasta el tope.

—Vamos a tomar algo —grité al oído de Lily.

Nos dirigimos a la cocina.

—¿Eve?

Me giré al oír mi nombre.

—¡Isabelle! —Abracé a mi nueva amiga.

—¿Así que éste es el dormitorio en el que te alojas? —Señaló con la cabeza a algunos de los mayores que descansaban en la cocina y movió las cejas—. La decoración es buena, tengo que decir.

—Está bien, pero yo estoy en otro apartamento. —Sonreí ante su entusiasmo.

—¿Sabes? —Isabelle se levantó de un salto, emocionada como si acabara de recordar algo—. Escuché que el chico más rico de HHU vive aquí. Él y sus amigos están todos en el equipo —habló entre sorbos de su bebida.

Escudriñé la mesa en busca de algo que pareciera lo bastante seguro para beber. Yo era un peso ligero, teniendo en cuenta que no tuve mucha práctica bebiendo en la preparatoria. Al final opté por una cerveza. Lily destapó una y me la dio, antes de chocar su botella contra la mía.

—¡Salud!

—Salud. —Tomé un largo trago.

—Dios, ¿es uno de ellos? No sé por qué quieres ser porrista, Eve. Los jugadores de hockey son mucho más sexys —dijo Isabelle y luego me agarró la mano—. Vienen hacia aquí. Actúa con calma.

Su siseo me hizo reír cuando Cayden nos alcanzó primero. Incluso yo podía admitir que el delantero de los Hellions se veía sexy con sus pantalones sueltos de tiro bajo y su camiseta ajustada, del mismo verde que los ojos de su novia.

Isabelle hizo un ruido como si se estuviera muriendo. Cayden rodeó los hombros de Lily por detrás y la atrajo hacia él.

Al ver que nadie reconocía al atractivo jugador de hockey que se inclinaba sobre Lily, Isabelle se aclaró la garganta y clavó la mirada en Cayden.

—¿Qué? —preguntó Lily y le tocó el hombro—. ¿Tengo algo ahí?

Su tono despistado me hizo reír, e Isabelle se unió a la carcajada. Cayden agarró suavemente la barbilla de Lily y giró la cara de ella hacia la suya.

—No, Pecas, tienes algo justo aquí. —Se inclinó y tocó sus labios con los de ella—. Déjame tomarlo. —Luego volvió a presionar y capturó su boca en un beso más profundo.

Ella tenía el cuerpo aprisionado contra el de él, el cuello retorcido, la cara aprisionada, y la forma en que Cayden la besaba no era apropiada para el público. Me aparté, arrastrando a Isabelle conmigo.

—Vamos a darles un poco de privacidad. Han pasado dos horas desde que se vieron, así que, ya sabes... —me interrumpí ante su expresión.

—¿Me estás diciendo que tu amiga es la hija del entrenador Williams? ¿La que está saliendo con Cayden West?

—Eso parece, ¿verdad?

Isabelle vio hacia atrás y luego se apartó rápidamente y se abanicó la cara.

—Me siento tan soltera en este momento.

Le di un largo trago a la cerveza.

—Únete al club.



Después de un par de horas y unas cuantas cervezas más, Isabelle y yo nos dirigimos a la azotea, siguiendo a Lily y a Cayden. En la azotea del dormitorio de los Hellions había asientos para todo tipo de clima, un jacuzzi y cuerdas de luces.

Por suerte, no había nadie en el jacuzzi. En su lugar, un grupo estaba sentado en los cómodos sofás acolchados que rodeaban una hoguera. Marcus deambulaba por ahí, sosteniendo una especie de ruleta.

—Roomie, qué bien que por fin te unas a nosotros. —Me sonrió y me rodeó los hombros con un brazo—. Estoy tratando de organizar un juego para salvarnos del aburrimiento terminal.

—¿No estás cansado después del partido?

Marcus hizo una mueca de dolor.

—Tyler, ¿es más cansado chupar o patear traseros? No me decido.

Tyler se levantó de su asiento al borde de la hoguera y se acercó a nosotros. Lily y Cayden se habían acomodado e Isabelle permanecía a mi lado. La presenté con los jugadores que nos rodeaban.

—Mucho gusto. Buen partido —dijo Isabelle.

—No lo fue, pero eres muy amable por decirlo, hermosa —dijo Marcus, dedicándole una sonrisa interesada. Marcus Bailey era un coqueto incorregible—. Vas a jugar con nosotros, ¿verdad?

—Depende del juego —comentó Isabelle.

—Es demasiado lista para ti, Bailey, mejor déjalo ahí. —Tyler le dio un codazo a Marcus y esbozó una sonrisa fácil. Se giró hacia mí—. ¿Vas a jugar, Eve?

—A Eve le encantan los juegos, es una experta en jugar con la gente —dijo una voz grave detrás de mí.

No necesitaba verlo para saber de quién se trataba. Beckett estaba acostado en un rincón oscuro, manteniéndose en su hábitat natural.

Se rió entre dientes.

—Aunque jugar a los besos en la preparatoria puede que sea lo más cerca que ha estado de conseguir algo de acción, así que estoy seguro de que estará encantada.

Imbécil.

Tyler se rió del comentario malintencionado de Beckett.

—Estoy seguro de que eso no es cierto.

Me encogí de hombros.

—Te sorprenderías. —No iba a mentir sobre mi falta de experiencia... y desde luego no iba a confesar lo que pasó con Beckett. ¿Qué sentido tenía?

Marcus aplaudió para llamar la atención.

—Okey, cállate, Beckett, voy a poner esto en marcha. —Agitó la cosa giratoria que tenía en la mano. Parecía salido de un juego de Twister—. Ahora que estás aquí, Eve, tenemos un número par... ¿Te apuntas a jugar a Adivina quién?

Gruñí mientras los que estaban sentados alrededor del fuego lanzaban vítores. *¿En serio?* No había jugado a Adivina quién desde noveno curso, pero Marcus no parecía que fuera a dejarse disuadir. Estaba borracho y decidido. ¿Quién era yo para detenerlo?

—Bien, lo que sea. —Me reí cuando bombeó el aire.

—¡Sí! Okey, estoy organizando. Beckett, tú juegas. —Lanzó el mando al rincón oscuro donde acechaba mi autoproclamado alcaide.

—Paso —dijo Beckett rotundamente.

—No hay posibilidad, los números no funcionan si no lo haces.

—Quizá juegue si prometes conseguirle un espejo que besar —le murmuré a Marcus, que se partió de risa.

—Si estás tan desesperada por tener la oportunidad de besarme, Eve, hay otras formas de pedirlo —dijo Beckett.

—Oh, arde. Un punto para la Casa Anderson. El partido está empatado —Marcus hizo el comentario.

Me crucé de brazos, necesitando mantenerlos ocupados para no tomar una de las jarras de cerveza que había sobre la mesa y tirársela por la cabeza al arrogante multimillonario.

—No —murmuró Tyler y volvió a tocarme el brazo. Me sonrió dulcemente—. Él no necesita jugar. Podemos simplemente salir de aquí e ir a tomar un café o algo. Sinceramente, beber después de los partidos me aniquila.

Dudé. ¿Quería irme de aquí con Tyler? Lily estaba muy unida a él, trabajaron juntos en la clínica veterinaria de la ciudad durante años, pero yo no lo conocía realmente. Parecía simpático y sin duda era guapo, pero seguía sin estar segura. Me faltaba algo. Una chispa. *¿Una chispa como la que tienen Beckett y tú?* Me obligué a bajar esa vocecita insidiosa. Beckett y yo no teníamos chispas. Teníamos toda una hoguera y una investigación por incendio provocado. Lo que había entre Beckett y yo me parecía peligroso y, sin embargo, no quería ser la primera en parpadear.

—Claro —acepté, despacio, buscando una excusa para quedarme.

—En otra ocasión. —Una gran mano se posó en el hombro de Tyler, y Beckett se asomó detrás de él—. Eve no puede dejar a su amiga aquí con Marcus, sola. No sería muy amable por su parte.

Señaló con la cabeza a Isabelle, a quien Marcus había arrinconado contra la barra exterior y encendido todo el haz de su encanto. Ella estaba nerviosa y sonrojada. *Mierda.* Tenía que intervenir. Si quería dar un paseo por el lado salvaje con Marcus, era más que bienvenida, pero me gustaría que primero supiera lo playboy que era antes de tomar esa decisión.

—Parece una niña grande; seguro que sabe cuidarse sola. Además —señaló Tyler—, Lily está aquí.

Un músculo se tensó en la mandíbula de Beckett mientras miraba fijamente a Tyler.

—¿Por qué se iría Eve? Vive aquí —le recordó.

Tyler se encogió de hombros.

—Y volverá aquí después de un paseo. No eres su papá, la última vez que lo comprobé.

La mano de Beckett se cerró en un puño, la única señal de que se estaba enojando. Me hizo recordar cuando tenía trece años y lo vi enfrentarse a su madrastra y recibir una bofetada por eso.

—Está bien. No quiero dejar a Isabelle de todos modos, y hay un partido que jugar, después de todo. —Traté de aligerar el ambiente. Honestamente, no me importaba si Beckett estaba molesto, simplemente no estaba convencida de ir a ninguna parte con Tyler. Quería pasar el rato con Lily e Isabelle, no ir a entablar una charla incómoda con un chico nuevo en la cafetería. Quizá cuando me acostumbrara a la universidad, salir con alguien me resultaría más fácil. En este momento, me parecía mucho esfuerzo.

Pensé que me haría más ilusión, pero quizá Beckett y sus promesas desquiciadas de controlarme a mí y a todo lo que hiciera me afectaron. Tenía los ojos clavados en mí y sentí cómo se me calentaba la piel bajo su mirada. Me hizo ser tan consciente de mí misma y de mi cuerpo. Podía contar cada respiración y cada latido; podía sentir cómo me punzaban los nervios y cómo me rozaban los jeans. Sentía el sujetador demasiado apretado, como si me oprimiera el pecho. Solo Beckett tenía ese poder, y era enloquecedor.

Marcus se ocupó de preparar el juego.

—Beckett, ¿dentro o fuera? —lo llamó.

—Me apunto. Vuélvete loco —le respondió a su amigo, sin apartar los ojos de los míos.

Tyler se aclaró la garganta a nuestro lado, captando la tensión.

—¿Te traigo otra copa, Eve?

—Claro. —Le tendí mi botella vacía.

Tyler la tomó y, lanzándole una mirada a Beckett, se alejó.

—Ten cuidado, Cenicienta, primera noche, primera fiesta, y te estás acercando peligrosamente a violar los términos de tu libertad condicional.

—Vete a la mierda, Anderson —le murmuré.

Se acercó más, ignorando el hecho de que estábamos en público. El calor me invadió cuando me pasó el cabello por el hombro, haciéndome sentir pequeña, cuando no lo era. Simplemente él era muy grande. Me quedé viendo un punto por encima de su hombro, negándome a mantener el contacto visual, sabiendo que le molestaría. Su mano se hundió en mi cabello y lo jaló bruscamente, haciendo que levantara la cara y mis ojos chocaran con los suyos.

—No olvides las reglas que te di... nada de citas, nada de besos o tontear con algún nuevo fuckboy que no sepa que estás fuera de los límites.

—Estás más loco de lo que pensaba si crees que voy a ser célibe en mi primer año de universidad. Después de todo, la última acción que tuve es algo que preferiría olvidar. Necesito reemplazarla —le murmuré a Beckett. Mi insulto dio en el blanco, y él me fulminó con la mirada—. Como sea, ¿qué vas a hacer al respecto? ¿Seguirme a todas partes para imponerme tus pequeños mandamientos? ¿Ponerme un cinturón de castidad?

Se rió entre dientes.

—Para alguien que profesa querer mucho a su familia y preocuparse por mami querida, olvidas las cosas con facilidad, ¿verdad?

Se metió la mano en los jeans y sacó el teléfono.

La preocupación me invadió.

—¿Qué estás haciendo?

—Le envío un mensaje a la señora Linton para que saque a tu mamá del horario por una semana. Vamos a ver cómo se siente ese pequeño sabor de la falta de trabajo.

Le agarré la mano que sostenía el teléfono.

—No lo hagas.

Sus ojos grises oscuros se encontraron con los míos y enarcó una ceja.

—¿Por qué no?

—Por favor, no.

Sacudió la cabeza.

—Hmm, *por favor* no es una muy buena razón para no hacerlo. Convénceme, Cenicienta.

—¿Cómo?

—Sé creativa.

Me mordí el labio e intenté pensar qué demonios podía hacer.

—Te lustraré los patines —ofrecí al cabo de un momento.

Beckett me observó un segundo, y entonces una risa renuente salió de su pecho. Sonaba oxidada, como si fuera algo que no hubiera hecho en mucho tiempo.

—¿Cuántos años tenemos, doce?

—Bueno, ¿qué más quieres? Te prepararé la cena.

—No besarás a nadie más que a mí en este juego —anunció despreocupadamente, como si eso fuera algo totalmente normal.

—¿Qué?

—Te asegurarás de no besar a nadie que no esté permitido en este juego. A nadie nuevo. Como nosotros ya nos besamos, está bien, pero nadie más. Eso es romper las reglas.

—¿Las reglas que te sacas de tu sádico trasero? —le grité—. Me voy a ir.

—No, no lo harás. Todo el mundo se dará cuenta si lo haces, así que sonríe, sigue el juego y no montes una escena.

—¿Y cómo se supone que voy a amañar el juego? —le pregunté.

Se encogió de hombros.

—Ni puta idea, pero creo en ti, Tiny. Buena suerte.

Entonces, sin más, se fue.

Marcus hizo que todos escribieran sus nombres en papelitos. Yo escribí el mío y me ofrecí a recoger los de todos. Tomé un casco de hockey que había sobre la barra y fui recogiéndolos. Cuando tomé el de Beckett, no me encontré con su mirada divertida. Si lo hubiera hecho, habría intentado romperle la cabeza con el casco. En lugar de eso, arrugué el borde de su papel.

Empezó el partido y me acomodé junto a Isabelle y Lily para mirar. Marcus colocó la ruleta en el centro de la mesita que había dentro del cuadrado de tumbonas. Hizo girar la ruleta para iniciar el juego, y cayó sobre una chica que no conocía. Marcus le ató la venda a los ojos y luego guió su mano hacia el casco para que eligiera un nombre. Marcus abrió el papelito y vio alrededor de la mesa, señalando a Tyler.

Tyler parecía sorprendido, pero le siguió el juego. Se levantó en silencio y se puso delante de la chica con los ojos vendados. Lentamente, la besó. Ella podía tocarle el cabello y la ropa, todo lo que quisiera. Gritó su nombre correctamente y ganó el punto.

Abrí otra cerveza y volví a hundirme en los cojines. Este juego era ciertamente más inocente cuando lo jugábamos en noveno curso. Ahora, las parejas estaban realmente atrapadas en él, varias olvidando por

completo que estaban jugando y simplemente besándose. Me di la vuelta, sintiéndome como una voyeur al mirar.

Antes de darme cuenta, Lily me dio un codazo en el costado.

—Te toca —susurró.

No había prestado atención, y fue un shock desagradable ver que la ruleta apuntaba directamente en mi dirección. Podía sentir los ojos de Beckett clavados en mí, recordándome su orden.

Me levanté y vi a mi alrededor. Marcus me tendió el casco.

—Elige un nombre, Evie. —Me ató la venda alrededor de la cabeza.

Introduje la mano en el casco, buscando el borde arrugado del papelito de Beckett.

Tras un largo y angustioso momento, pensé que lo había encontrado. Lo saqué y se lo di a Marcus. Se hizo el silencio. Podía imaginarme lo que estaba pasando.

El aire frío me rozó la cara mientras esperaba. ¿Dónde demonios estaba Beckett?

Se oyeron murmullos que se extendieron por la mesa, luego, risitas y carcajadas.

De repente, me quitaron la venda de los ojos. Me giré hacia Marcus, que me dedicó una sonrisa apenada.

—Parece que te salvaste, Martino.

—¿En serio? ¿A quién elegí? —pregunté. ¿Me equivoqué de persona?

Busqué a Beckett en su rincón oscuro. Mis ojos chocaron con los suyos. Estaba bebiendo una cerveza y parecía completamente despreocupado.

Me senté junto a Lily. Le estaba lanzando una mirada molesta a Beckett.

—¿Qué pasó?

Sentí que todos los presentes me veían boquiabiertos y cuchicheaban sobre mí. Me ardían las mejillas.

—Nada, solo Beckett siendo un idiota. ¿Qué más hay de nuevo? No te preocupes por eso —dijo Lily desdeñosamente.

Cayden intervino.

—Está de mal humor, Eve. En serio, no dejes que te moleste.

Le di un codazo a Isabelle.

—Okey, alguien tiene que decirme qué pasó.

Se mordió el labio, parecía indecisa.

—Nada, de hecho. Se negó a levantarse cuando lo llamaron.

—¿Se negó?

—Sí, pasó... e ignoró a Marcus y las reglas.

Genial. Así que Beckett me rechazó delante de todos. En realidad, ni siquiera rechazó que me le insinuara, pero rechazó besarme, aunque fuera por un juego. Esa fue una gran mirada. Sentía los ojos fijos en mí, midiéndome, preguntándose qué era lo que el popular defensa de los Hellions encontraba tan deficiente como para no darme ni siquiera un rápido beso en los labios por el bien del juego.

Mis mejillas se encendieron. Todos mis pensamientos más autocríticos rondaban por mi cabeza, haciéndose eco de las palabras que siempre me habían perseguido. *No es lo bastante buena, no es como nosotros, le falta algo.*

Isabelle me agarró la mano.

—Olvídate de él. Parece que a Tyler le encantaría elegirte —dijo y me dedicó una sonrisa tranquilizadora.

Cierto, Tyler. Era un chico dulce, y sí, estaba bastante segura de que me besaría si tuviera la oportunidad en el juego, y sin embargo, ni siquiera ese pensamiento podía consolarme. El imbécil de Beckett se había apoderado de mi cerebro, y no podía sacarlo.

17

Beckett

Antes de que Eve acabara con mi vida tal y como la conocía, lo mejor después de un partido duro era fumar hierba y desconectar, con el cuerpo agotado y la mente por fin en calma. Hoy en día, como no podía disfrutar de otros placeres, lo mejor era una cerveza y el jacuzzi.

Bueno, eso es lo que pensaba de todos modos, hasta esta noche. Ahora, sabía que lo mejor, mucho más que cualquier cosa, era vengarme mezquinamente de la chica que odiaba. Verla retorcerse y sonrojarse mientras la gente cuchicheaba y se reía de ella era realmente catártico.

Decirle que no a Eve fue fácil, luego entonces, ella era un blanco fácil. El único contacto que tuvo en su cuerpo era el mío. Un hecho que me había mantenido duro y despierto demasiadas noches durante el verano. Era fácil porque también le importaba demasiado lo que la gente dijera de ella. Le preocupaba si llevaba las cosas correctas, si decía las cosas correctas, siempre intentando encajar. *Pertenecer*. Aún no sabía que la mayoría de la gente no valía la pena. La mayoría de la gente debería estar por debajo de su atención. Sin embargo, la forma en que se preocupaba tanto por todo significaba que era un blanco fácil.

Ella estuvo furiosa, enojada y avergonzada, durante el resto del juego. Mi nombre ya había salido, así que no tuve que prestar atención a las mierdas. Sin embargo, el de Eve no, así que escuché con un oído, hasta que el hijo de puta de Tyler tuvo su oportunidad. Sacó el nombre de una chica cualquiera, y me relajé. Eve era mía para joderla. Más valía que nadie se interpusiera.

Ahora ella es mi compañera de clase...

...mi compañera de cuarto y mi pupila.

Hoy fue el primer día en meses en el que he sentido una sonrisa en la cara. Me reí, aquí y allá, he jugado hockey con la cabeza despejada y concentrada, y sentí algo más que un asco apático por mi vida. Algo burbujeaba en mis venas y animaba mis pasos.

Decidir ignorar a Eve y fingir que no existía fue un error. Fue pasivo y demasiado indulgente. Por fin le estaba dando a Eve el castigo que se había merecido todo el verano, y me sentía bien. Me sentía mejor que bien. Me sentía excitado por meterme con ella, por humillarla. No pararía hasta que me pidiera perdón, de rodillas, con la cara manchada de lágrimas. Entonces, y solo entonces, la rabia furiosa en mi pecho finalmente moriría. *Tal vez*. Eso esperaba. Era mi única esperanza.

El juego se fue apagando a medida que las parejas se marchaban juntas. Cayden encendió el jacuzzi. Estaba obsesionado con la recuperación muscular y siempre se remojaba y se ponía hielo después de los partidos. Cuando solo quedaron en la azotea los Dioses del Hielo, Lily, Eve e Isabelle, llegó el momento de remojarse.

—¿Vienen al jacuzzi? —le preguntó Lily a sus amigas.

—¡Claro! —Isabelle se entusiasmó de inmediato.

Eve vaciló.

—Puede que me vaya a la cama.

—¿Tienes prisa por volver a *nuestra* habitación, Cenicienta? —la incité.

No sabía exactamente por qué la quería en el jacuzzi, pero disfruté con el fuego que me dirigían sus ojos. Enfrentarme a ella en era mi nuevo pasatiempo, uno en el que pretendía destacar, y la práctica hacía al maestro. Además, quería ver más de su inocente rubor. Podía insultarme y responder perfectamente a mis improperios, pero ambos sabíamos la verdad. En términos de hombres y experiencia, Eve era brillante y nueva. Sus mejillas rojas y virginales eran divertidas. Yo disfrutaba poniéndola nerviosa, y ella se ponía nerviosa con facilidad.

Tú también lo estabas esa noche. Empujando ese recordatorio muy adentro, incliné la cabeza hacia un lado y consideré a mi enemiga.

Sus amigas intentaban convencerla para que entrara.

—Déjenla en paz. Ya habrá bastante gente ahí dentro —le dije.

Los ojos de Eve saltaron hacia los míos, entrecerrándose. Odiaba que la dejaran fuera de las cosas y, sobre todo, odiaba hacerme feliz. Ahora que pensaba que yo no la quería en el jacuzzi, lo estaba pensando.

—No seas aguafiestas, Eve —dijo Marcus, quedándose en bañador.

Conociendo nuestro ritual de meternos en el jacuzzi después de los partidos, ya llevábamos puesto el bañador debajo de la ropa. Me pasé la camiseta por encima de la cabeza y me la quité de encima, sin dejar de ver a Eve. Ella me vio y luego se apartó.

—Bien, pero solo un ratito. —Se giró hacia Lily justo a tiempo para verla quitarse el top—. ¿Qué te vas a poner?

—Ropa interior. Es lo mismo que un bikini —señaló Lily.

Isabelle siguió el ejemplo de Lily y Eve obedeció de mala gana. Me metí en el remolino de agua, disfrutando inmediatamente de la forma en que relajaba mis tensos músculos. Marcus estaba a mi lado y, cuando Eve se enderezó y se quitó la ropa, gimió en voz baja.

—Asher me mataría en este momento si supiera los pensamientos que tengo sobre su hermana —murmuró—. Pero mierda, ella es sexy.

—No me di cuenta —comenté secamente, e intenté sin éxito apartar los ojos de su cuerpo ágil. Nunca llegué a verlo bien esa noche, en la penumbra que luchaba contra el pánico y el miedo. Sin embargo, nunca olvidaría cómo se sintió en mis manos, ni su dulce sabor a canela.

—Seguro, hombre. Hasta un ciego se daría cuenta. Ella es otra cosa —susurró Marcus, haciendo que me molestara su tono anhelante.

—Bueno, a menos que quieras morir, yo mantendría tus ojos lejos de ella. Está fuera de los límites, y todos lo sabemos. Asher no está jugando cuando se trata de ella.

Marcus se encogió de hombros.

—Quizá valga la pena morir por algunas cosas. —Me dirigió una mirada—. Como sea, estoy seguro de que puedo sobrevivir a la

tentación... no voy a dormir con ella. Tú, sin embargo… hombre, eres un desahuciado.

—No la veo de esa manera. —La mentira cayó fácilmente de mis labios.

Marcus se rió entre dientes.

—Mentiroso. Si no, la habrías besado durante el juego.

—¿Qué clase de jodida lógica es esa?

Se encogió de hombros.

—Puedo probarlo.

—Siéntete libre. —Enfrenté su desafío de frente, seguro de que no podría.

Eve se acercó al agua. Su piel dorada brillaba bajo las luces del jacuzzi, y su ropa interior le quedaba como una segunda piel, sin pretensiones, y tanto más sexy por eso. No llevaba encaje ni sujetador push-up. Llevaba algo deportivo, bragas cortas de algodón y un sujetador que parecía para hacer ejercicio. También era de algodón blanco. Perfectamente virginal y caliente como el infierno.

Las chicas se metieron en el jacuzzi y Cayden se subió a Lily al regazo y la rodeó por en medio con un brazo, ocultándola de nuestros ojos. No es que quisiéramos mirar. Ver a Lily durante demasiado tiempo era una buena forma de suicidarse, y podía decirlo con confianza, a pesar de que Cayden era uno de mis mejores amigos y vivía en mi casa de la piscina desde el final del último año.

Marcus se movió alrededor del jacuzzi para hacer sitio a Isabelle, dejando el único lugar libre frente a mí. Eve se hundió en el espacio. Llevaba el cabello oscuro recogido en un nudo en lo alto de la cabeza y se le escapaban mechones que flotaban alrededor de su cara y se le pegaban al cuello con el vapor. Mi polla saltó como si le hubieran dado una patada. Se endureció rápidamente y se recostó contra mi vientre. Gracias a Dios por las burbujas.

Estaba desarrollando un verdadero problema con tener erecciones en presencia de Eve, y no estaba seguro de qué hacer al respecto. Mi cuerpo

pos droga estaba dispuesto a recuperar el tiempo perdido, pero la única chica que me la ponía dura era la que odiaba. Un terapeuta se la pasaría en grande con mis problemas. Empezó la conversación y dejé que mi mente divagara. Mantener los ojos lejos de Eve era un trabajo a tiempo completo.

Una hora más tarde, ya era más que hora de salir del maldito jacuzzi. Lily y Cayden ya se habían ido, sin duda para bautizar su dormitorio. Isabelle también se había ido, dejando a Marcus con las pelotas azules y sin ningún sitio al que ir, hasta que su compañero de cuarto terminara de follarse a su novia en su habitación.

Marcus y Eve estaban hablando de Asher en Denver, y ella hizo todo lo posible por ignorarme por completo.

Durante una pausa en la conversación, Marcus me dedicó una sonrisa ladina.

—Entonces, Beckett, ¿por qué abandonaste el juego antes? ¿Le pasa algo a Eve?

Ella se quedó quieta.

Le lancé a Marcus una mirada mortal.

—Solo cambié de opinión sobre jugar.

Marcus negó con la cabeza.

—Quieres decir que te acobardaste. Demasiada mujer para ti, ¿eh?

—Cállate, Bailey.

Él se rió.

—Sabes que eso significa que el juego no ha terminado, ¿verdad? Eve era una participante, y todavía no tuvo su beso.

El presentimiento se coló por mi vientre, podía adivinar lo que Marcus iba a decir antes de que lo dijera.

Le sonrió a Eve.

—Así que, en aras de mantener la integridad del juego y seguir las reglas, tomaré el turno de Beckett y te besaré, Eve.

—Jodidamente no lo harás —le dije.

Los ojos de Eve saltaron hacia los míos. Vi el momento en que pasó de rechazar la ridícula y descabellada oferta de Marcus a decidirse a aceptarla.

—Okey, claro. Tenemos que seguir las reglas, ¿verdad, Beckett? —Ella asintió hacia mí y le explicó a Marcus—: A Beckett le encantan las reglas.

—¿Ah, sí? No lo sabía. —Marcus rió entre dientes y flotó más cerca de Eve.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto, Cenicienta? —le dije a Eve, con la voz baja y llena de intención. ¿Creía que estaba jugando con su castigo? Estaba a punto de descubrir que no. No haría que despidieran a su mamá, por supuesto. Si hacía eso, mi ventaja desaparecería. Por suerte, tenía muchas ideas para castigar a mi caprichosa compañerita de cuarto.

—Solo sigo las reglas, Beck. Como a ti te gusta —me espetó, sonriendo como si se hubiera apuntado un tanto.

Beck. El antiguo apodo de mi mamá, y el que odiaba cuando alguien más lo usaba. De alguna manera, no sonaba igual viniendo de Eve. Era diferente. Nuevo. No me importaba.

—¿Dónde está la venda, entonces? —interrumpí mientras Eve y Marcus se alejaban juntos.

Su virginal bralette de algodón blanco se volvió completamente translúcido en el agua, y sus oscuros pezones me guiñaron un ojo. Marcus también tenía que haberlo visto. Una oscura posesión me invadió, irracional e innegable. Extendí la mano y tomé un pañuelo de los Hellions que estaba al alcance del jacuzzi de hidromasaje y se lo lancé a Marcus.

—Las reglas son las reglas —entoné.

Ella puso los ojos en blanco y se mostró insolente. Me molestó y me excitó al mismo tiempo.

Sigue aumentando tu cuenta, Cenicienta. Voy a disfrutar haciéndote pagar.

Marcus le ató el pañuelo a la cabeza y me vio con una ceja enarcada. Moví la cabeza hacia las escaleras del jacuzzi. Quería que se fuera.

Esta vez, Marcus se limitó a sonreír. Ya lo dijo antes, yo era un mentiroso. Me fijé en Eve de todas las maneras. No podía evitarlo. Me fijaba en ella mientras dormía. Pero él no tenía ni idea de lo que ella hizo ni de todo lo que pasó entre nosotros. Volviendo a cuando teníamos trece años, y ella me vio cuando nadie más lo hizo. Hasta todas esas confesiones susurradas en la oscuridad que ella despreció cuando se alejó y me ignoró cuando yo estaba en el hospital.

Nadie se preocupa por ti, Beckett. Eve era una prueba más de que mi madrastra tuvo razón todos estos años.

—¿Marcus? —Eve preguntó suavemente, ahora tenía los ojos vendados y era muy tentadora.

Me acerqué. Marcus abandonó el jacuzzi sin discutir, dejándome concentrarme en mi pequeña adicción más reciente. ¿Sustituí mi dependencia de los analgésicos por pensamientos sobre esta chica? Tal vez, pero eso no era lo que me hacía estar jodido, lo que me jodió fue cómo quería que llorara y suplicara mi perdón. Cómo quería que se arrastrara por mí. Crecí con todos los lujos del mundo, materialmente hablando. Nunca hubo nada que no pudiera tener. Hasta Eve. Quería que se rindiera, quería que se disculpara y que lo dijera en serio.

Quieres que esa noche haya sido real.

No. Eso no me importaba, discutí con la voz de mi cabeza. Solo me importaba arruinar por fin a la chica que siempre vio demasiado en mí. Todo llega a quien espera, y yo llevaba años esperando para romper a mi pequeña Cenicienta.

Estaba esperando, vulnerable, hermosa y jodidamente confiada. Aquellos mechones de cabello que se le escapaban bajaban por su cuello húmedo y rozaban la parte superior de sus hombros. Sus labios estaban entreabiertos, listos para un beso. El beso de Marcus. Hasta ahora no había seguido mis reglas.

Una oscura furia me recorrió el pecho al pensar en ella besando a Marcus. La parte superior de sus impresionantes tetas salían del agua, brillantes y suaves, llamándome por mi nombre. Llevaba una hora empalmado y la falta de riego sanguíneo me estaba afectando al cerebro. Sabía sin lugar a dudas que necesitaba sentirlas de nuevo.

Me incliné hacia ella y la besé suavemente, como imaginé que haría Marcus. Ella se quedó quieta, sin responder. Algo primario y sin razón celebró que no respondiera a mi beso. Al cabo de un momento, se relajó, pensando claramente que había cumplido su parte del juego. Mi mano se cerró alrededor de su nuca y volví a inclinarme hacia ella, capturando sus labios de nuevo, esta vez en el beso de castigo que era todo nuestro. Exigí su rendición y ella me la dio. Apenas unos segundos después de besarla como es debido, ella respondió, correspondiendo a mi intensidad. Mi lengua se abrió paso en su boca y la acarició, y su respiración se entrecortó en su pecho apretado contra el mío. La besé sin piedad, sin parar, y ella me devolvió el beso.

La atraje entre mis brazos; el tacto de su piel mojada era adictivo. El agua nos unió, me senté en el banco sumergido y la arrastré hasta mi regazo. Ella se movió de buena gana, sus piernas se separaron sobre mis muslos para sentarse a horcajadas sobre mí, acomodando su coño justo sobre mi polla.

La presión era jodidamente increíble después de una hora de estar dura y deseosa. Ella se movió sobre la larga y rígida línea, sabiendo instintivamente lo que ambos necesitábamos. Levantó las manos hacia mis mejillas y me acarició la cara, como hizo esa noche. Era una ternura con la que no tenía experiencia ni derecho.

Nadie me veía como ella, y odiaba eso de ella. Quería estrangularla. Quería ahogarla. Quería que mi nombre fuera lo primero en lo que pensara por la mañana y lo último por la noche. Quería dominar sus pensamientos, como ella dominaba los míos.

Sujeté su cuerpo mojado y flexible en mi regazo, apoyando una mano en la parte baja de su espalda y la otra en su nuca, atrapándola, por si se le ocurría alejarse. Estábamos solos en la azotea, pero aunque no lo hubiéramos estado, ya no me importaba.

Mi lengua se metió entre sus labios, saqueando su boca, tomando todo lo que quería y dejándola sin aliento. Sabía igual que esa noche. Como algo peligrosamente adictivo.

Ella me mordió el labio, así que yo mordí el suyo. Se sacudió cuando lo hice, aunque la había mordido cien veces más suave de lo que ella me había mordido a mí. *Le gustó.* Volví a intentarlo, esta vez metiéndome su labio inferior en la boca y mordisqueándolo ligeramente. Su respiración se entrecortó y sus manos resbalaron sobre mi piel húmeda. Mis manos bajaron por su cuerpo y recorrieron su pecho, acariciando sus tetas. Se sobresaltó cuando le pasé los pulgares por los pezones rígidos una y otra vez.

La besé hasta que quedó flácida entre mis brazos. Tenía los labios hinchados y las mejillas sonrojadas. Solo cuando se inclinó hacia mí, desesperada por que no parara, me aparté.

Ella respiraba con dificultad; los dos lo hacíamos. Su peso contra mi polla seguía volviéndome loco, pero tenía que parar ya, antes de perder todo el control. Ya flaqueaba peligrosamente cuando se trataba de Eve. Se humedeció los labios, su pecho seguía subiendo y bajando, como si intentara recuperar el aliento. Entonces habló.

—¿Marcus?

Me quedé helado. *¿Marcus*?

Eve se levantó la venda, sus ojos se cruzaron con los míos y se abrieron sorprendidos.

—Espera, ¿dónde está Marcus? Creía que lo estaba besando —dijo confundida. Intentó zafarse de mí.

La sostuve ahí.

—Repítelo —grité. Cada vez que me encontraba con Eve, creía que había sentido todo lo que se podía sentir, pero cada vez ella me llevaba a nuevas profundidades. Ira, frustración, posesividad y lujuria. Todo se arremolinaba a nuestro alrededor cuando nos tocábamos. En este momento, era un huracán furioso.

—Creí que eras Marcus —repitió y me empujó el pecho, pero no hubo presión. Sus manos se deslizaban sobre mi piel húmeda y desnuda. Cada movimiento que hacía frotaba su coño caliente sobre mi erección, y era enloquecedor.

Se encontró con mi mirada ardiente y sonrió con satisfacción.

—¿Por qué? ¿Eso te molesta?

Ella sabía que era yo, me estaba jodiendo. ¿La muy descarada creía que podía jugar conmigo? Ignoré el alivio que me inundó al pensarlo.

—¿Te parece divertido romper mis reglas, Tiny? —La agarré por las caderas y la presioné sobre mi polla, empujándola hacia adelante y hacia atrás y hacia arriba y hacia abajo en el agua burbujeante.

Sus manos dejaron de intentar escapar de mí y se aferraron a mis hombros. Sabía que mi polla se deslizaba arriba y abajo por su clítoris; lo notaba por la forma en que sus ojos se entornaban con cada movimiento. Mi mano derecha rodeó su trasero y agarré con fuerza uno de sus globos. Ella jadeó. A Eve le gustaba un poco de dolor con su placer. Mis dedos se deslizaron por su hendidura desde atrás, acariciándola de arriba abajo, y luego rozaron el orificio fruncido de la parte posterior. Jadeó y se retorció sobre mí, acercándose.

—¿Cómo tengo que enseñarte a no presionarme? ¿Qué lección hará que las reglas se mantengan? —murmuré contra sus labios. Quería besarla más, pero también quería verla desmoronarse.

Me fulminó con la mirada, pero me dejó mecerla de nuevo. Estaba muy cerca y quería correrse.

Exploré su trasero con los dedos, presionando uno suavemente en su interior.

—¿Qué tal si te follo aquí, entonces? ¿Solo con la punta? ¿Sería una buena lección para que respetes mis reglas?

Se mordió el labio, con un calor palpitante en las mejillas. Me dolía la polla al ver lo excitada que estaba por mis caricias.

Gemí.

—¿Te gusta que te meta los dedos en el trasero, Evie? ¿Te gusta la idea de meter la cabeza de mi polla ahí y estirarte?

Sus manos mordían mis hombros, sus pupilas estaban dilatadas. La estaba perdiendo y no podía permitirlo. Saqué el dedo de su trasero y metí la mano entre sus piernas. Su coño estaba caliente, incluso bajo el agua. Le pellizqué el clítoris sin piedad, ahuyentando su orgasmo.

—O tal vez esto sea suficiente... no puedes correrte hasta que empieces a seguir las reglas, cariño. Esto me duele tanto como a ti. —Le dediqué una sonrisa de mierda.

Se burló, con la frustración y la vergüenza manchando sus mejillas.

—Como si pudieras detenerme, Beckett. Puedo acabar conmigo misma en cualquier momento.

—Bueno, estoy seguro de que tienes práctica en eso, pero *puedo* detenerte, Eve. Duermo en la misma habitación que tú. —Me incliné hacia ella y aspiré el aroma de su piel. A partir de este día, la canela y el jabón iban a excitarme y a recordarme este encuentro.

»Si te atrapo intentándolo, te ato y te pego en el trasero hasta que se te ponga rojo y luego te lo follo. No. Me. Pruebes.

Se quedó quieta un largo rato y de repente me empujó el pecho. Me sorprendió un poco mi amenaza. ¿Me gustaba la idea de azotar el trasero redondo y grueso de Eve? Tal vez. Últimamente estaba descubriendo todo tipo de cosas sobre mí mismo.

—Suéltame o gritaré hasta que venga gente corriendo. —Su voz era fuerte y exigente. No se sentía intimidada.

Bien. Quería que le quedara mucha lucha.

—Siéntete libre. No dañarás mi reputación, pero quizá quieras considerar la tuya. Hay una doble moral cuando se trata de bañarse desnudo en un jacuzzi con jugadores de hockey a los pocos días de empezar el curso, ¿verdad? Es totalmente injusto. Tu amiga Isabelle debería escribir un artículo de opinión al respecto para el *Herald*.

—Realmente te odio, Anderson, ¿lo sabías?

—El sentimiento es totalmente mutuo. —Me di la vuelta, tomé una cerveza y me acomodé para disfrutar de la vista de Eve saliendo del agua tan rápido como podía.

Eso era un trasero para los libros. Me lo imaginé con la huella de una mano roja marcada en él. La huella de *mi mano*. Eso sería un espectáculo para la vista.

Absolutamente perfecta, y no podía esperar a ponerle las manos encima. Ella se estaba acostumbrando cada vez más a mis caricias, y yo me estaba volviendo cada vez más adicto a tocarla.

Nunca pensé que agradecería el contacto de nadie. Empecé a pensar que ese elemento de mi vida terminó para mí. Canalizaba mi energía hacia el hockey para mitigar mis necesidades y me ocupaba del resto en la ducha.

Eve cambió ese futuro aburrido. Podía soportar su tacto. *Quería su tacto*.

Una primera vez para mí.

Parecía que encontré mi única y verdadera excepción.

18

Eve

Dormí de un tirón y soñé con manos fuertes que me sujetaban y se empujaban dentro de mí. En esos sueños, esa figura oscura e invisible me follaba sin piedad, sin mediar palabra, y me follaba hasta hacerme gritar. Me desperté sudando y despeinada, con la certeza de que acababa de excitarme en sueños, fantaseando con el imbécil que llevaba todo el verano intentando olvidar.

Ese imbécil ya se había ido cuando me desperté y me dirigí a clase. Una pequeña misericordia.

Todavía estaba horrorizada por lo que casi pasó entre nosotros la noche anterior en el jacuzzi. Por supuesto, supe inmediatamente que era él quien me besaba. Eran los mismos besos narcotizantes que me persiguieron todo el verano, y reconocía su tacto incluso en sueños.

Provocarlo me pareció una idea divertida, hasta que se volvió contra mí. Me estremecí al entrar en clase, el recuerdo de su erección en el jacuzzi me inundó de vergüenza. ¿Cómo podía odiarlo tanto y excitarme tanto con su contacto? Algo me pasaba. Pasar tanto tiempo sin tener sexo hizo que se me cruzaran los cables del cerebro y ahora estaba sufriendo un cortocircuito.

Mi primera clase de esta mañana era Introducción a la Economía. Me apetecía mucho. Los números siempre tuvieron sentido para mí y el dinero siempre fue mi obsesión, así que me venía como anillo al dedo. Bueno, encontrar una manera de ganar dinero era mi obsesión, y hoy, estaba dando un paso más cerca de ese objetivo.

Me senté adelante, como la estudiante ansiosa que era. Llegué muy temprano y solo había unos pocos alumnos más en clase. Saqué mi nuevo y reluciente bloc de notas y mi bolígrafo mientras esperaba a que se llenara la clase.

El profesor entró en la sala y se dirigió al frente. Bueno, me pareció que era el profesor. Era más guapo de lo que esperaba, a pesar de llevar unos jeans planchados y una chaqueta de tweed con coderas. Solo por el atuendo ya podía suponer que era el profesor. Jugaba con el atril, preparando los apuntes y revisando las diapositivas, luego echó un vistazo a la sala. Yo era una de los únicos alumnos hasta el momento. También era la única sentada muy cerca del frente.

Se acercó y me dedicó una sonrisa. Había algo vagamente familiar en él. Intenté localizarlo cuando habló.

—Siento que nos hemos visto antes. ¿Trabajas en la cafetería de Elm...? —Me puso la misma expresión, como si intentara ubicarme.

Su cara encajó en mi mente.

—¡Sí! El Chickadee Diner. Eres un cliente habitual, ¿verdad?

—¿Qué puedo decir? Ese lugar consigue el grasiento sabor a pescado de un auténtico tuna melt de Maine. —Sonrió de nuevo, y fue agradable.

Le devolví la sonrisa. Era de mala educación no hacerlo.

—El tuna melt es uno de sus grandes éxitos de ventas.

—Estoy seguro —dijo—. Bueno, supongo que nos veremos ahí algún día.

—Por supuesto, le diré al cocinero que haga el tuna melt extra grasiento —bromeé torpemente.

Por suerte, el profesor hizo una mueca y siguió el juego.

—Por favor, por favor, no. Por cierto, soy el profesor Jefferies. Matt Jefferies, y tú eres Eve, ¿verdad? Si recuerdo bien tu etiqueta.

Si era un poco raro que se acordara de mi etiqueta con mi nombre, lo descarté. Los profesores eran buenos con los nombres.

—Sí, Eve Martino. Encantada de conocerlo, Profesor Jefferies... oficialmente, quiero decir.

Se rió entre dientes.

—Sí, una presentación oficial. ¿Sabes? Si alguna vez necesitas un trabajo bien remunerado en el campus, estoy buscando un ayudante. Sé que no suele estar abierto a los de primer año, pero me gusta formar a la persona adecuada desde cero. Mi última asistente estuvo conmigo cuatro años, hasta que se graduó.

—¿Oh, de verdad? Gracias por informarme. Estaré atenta a la oferta de empleo.

Los alumnos se agolpaban en el pasillo central buscando asiento. El profesor Jefferies volvió a su atril y yo abrí mi nuevo cuaderno y me dispuse a trabajar.

Apenas llevábamos unos minutos de clase cuando el sonido de la puerta abriéndose para admitir a un estudiante que llegaba tarde interrumpió la clase del profesor Jefferies. Llegar tarde el primer día era mi pesadilla. Dirigí una expresión de simpatía hacia el rezagado, hasta que vi de quién se trataba.

Beckett se paseaba por el pasillo central como si tuviera todo el tiempo del mundo. Se veía bien, con una camiseta negra ajustada, jeans oscuros y una sudadera con capucha de los Hellions, sin cremallera.

¿Se veía bien? ¿Qué clase de primera reacción era esa? Dios, ¿qué me pasaba?

Me di la vuelta, pero no antes de que me viera. Una lenta sonrisa se dibujó en su rostro. Se dirigió hacia mí. Yo vi al frente, nerviosa y molesta de que fuera a sentarse cerca de mí. El banco crujió cuando él lo recorrió y se sentó justo detrás de mí, a pesar de que había muchos asientos libres.

—¿Tienes un bolígrafo para mí, Cenicienta? —se inclinó hacia adelante y susurró.

Se me erizó la piel al sentir su aliento caliente en mi mejilla, transportándome a la noche anterior. Era culpa suya que mi cuerpo se

estuviera volviendo loco. No podías llevar a alguien tan cerca del orgasmo y dejarlo colgado. No podía ser bueno para ti. Estaba muy nerviosa y su proximidad solo lo empeoraba.

—¿Evie? No me ignores o te lo pediré más alto.

—Toma —siseé y le arrojé un bolígrafo por encima del hombro. Lo tomó, por supuesto, porque tenía ese tipo de atletismo natural.

Tap. Tap. Tap.

A los cinco minutos de clase, Beckett me estaba dando golpecitos con el bolígrafo en la mesa, justo detrás de la oreja.

Tap. Tap. Tap.

Era tan molesto, pero sabía que no podía decir nada. Si le dejaba ver lo molesto que era, se aseguraría de seguir haciéndolo. Al parecer, ahora estábamos en primaria, así que se aplicaban las mismas reglas.

Cuando no respondí, estiró sus largas piernas detrás de mí y las colocó bajo las mías. Podía alcanzar mis piernas, incluso desde una fila atrás. Moví las piernas y él las siguió con las suyas. Su bota me dio un golpecito en la espinilla y volví a mover las piernas, perdiéndome lo que decía el profesor.

Tenía que hacer algo.

Fingí que se me caía el bolígrafo y me incliné. Hábilmente, tiré de uno de los cordones de Beckett y lo até a la pata del escritorio, luego me enderecé.

El profesor Jefferies continuó y Beckett intentó mover el pie para joderme de nuevo. Sentí temblar toda la fila de pupitres conectados cuando jaló la pierna y no se movió. Luché contra una sonrisa victoriosa mientras él se reía detrás de mí.

Jefferies formuló una pregunta.

—¿A quién le gustaría ofrecer voluntariamente sus libros o artículos fundamentales de Economía?

Evité los ojos del profesor, como todos los demás, pero alguien debió de levantar la mano, ya que el profesor Jefferies los llamó.

—Sí, ¿quieres compartir? —dijo, viendo a alguien cerca de mí.

—No estoy muy versado, al menos no aún, pero mi compañera de aquí, Eve, me estaba hablando de algunos fascinantes. —La voz profunda de Beckett me hizo sentarme de golpe, de repente en el asiento caliente.

El profesor Jefferies me vio y asintió.

—Okey, Eve, escuchémoslo.

Sentí que cien pares de ojos se centraban en mí. Las palmas de las manos me sudaron de ansiedad al instante y sentí vagas náuseas.

—Me gusta *Progreso y pobreza*, y *Das Kapital*, por supuesto, pero el más fundamental, en mi opinión, es *La riqueza de las naciones*, de Adam Smith. —No me tembló la voz, algo de lo que me sentí orgullosa. Después de todo, sabía la maldita respuesta. Realmente me interesaba la Economía, y no solo la estudiaba para hacer feliz a mi papá, como Beckett.

El profesor Jefferies asintió con aprobación.

—Excelentes sugerencias.

Me hundí en mi asiento y eché una mirada victoriosa por encima del hombro. Beckett estaba recostado en su asiento y parecía no importarle mi victoria de última hora.

Se limitó a asentirme.

—Chica lista —murmuró.

Algo caliente e insoportable me lamió, gracias al brillo de sus ojos gris oscuro. ¿Me gustaba esa nota de aprobación en su voz? ¿Quería que me diera una palmadita en la cabeza? Seguro que no. Si era así, Beckett no era la única persona loca que vivía en el apartamento siete.

Este tipo se estaba convirtiendo en un peligro para mi cordura. Me di la vuelta e intenté concentrarme en la clase. Volví a concentrarme cuando el profesor dividió la clase en parejas para realizar un proyecto conjunto.

—Filas impares, volteen a la persona detrás de ustedes. Será su compañero este año. Pase lo que pase, tienen que trabajar juntos. Esta no

Ahora ella es mi compañera de clase...
...mi compañera de cuarto y mi pupila.

es una clase fácil de sobresaliente, basta con ver el número de estudiantes que abandonan cada año. Trabajen juntos. Si uno de ustedes reprueba en clase, lo hacen los dos.

Vi con inquietud el número de mi fila de pupitres. Número uno. Número impar.

Me di la vuelta, esperando contra toda esperanza que hubiera alguien más que Beckett y yo sentado en este rincón. No hubo suerte. Éramos los únicos en un radio de metro y medio.

Beckett sonrió.

—Hola, compañera.

Esa tarde, tenía una pista sobre un trabajo. No solo una pista, sino un turno de prueba. Era en el club de Hade Harbor, The Dunes, donde mi hermano trabajó como socorrista el verano anterior. Él habló bien de mí. Sabía cuánto necesitaba trabajar para tener dinero con el que vivir. Esperaba que las propinas en The Dunes hicieran olvidar mi trabajo en la cafetería y pudiera dejarlo para trabajar por las noches y quedarme en el campus durante el día.

—Muy bien, llevas el menú del bar a los clientes y estás preparada para aconsejarles si te piden recomendaciones. Hay una lista en la cocina cada noche con recomendaciones actualizadas para acompañar los diferentes platos. Memorízala. —Cassie era jefa de meseras de la sección de bar del restaurante.

La lista de socios de The Dunes estaba repleta de los residentes más ricos e influyentes de la pequeña ciudad. Ni siquiera hacía falta que te gustara el golf para encontrarte ahí. Era el lugar donde codearse con otros poderosos de los negocios y la política, y Asher decía que las propinas podían ser una locura.

—Bien, memorizar la lista —repetí, alisándome el delantal negro. Llevaba una falda lápiz negra hasta la rodilla y una camisa blanca abotonada. Llevaba el cabello recogido en una coleta, medias negras y

zapatos planos. Parecía lo bastante profesional, solo tenía que mejorar mi trabajo de mesera.

—Te llevaré un rato para que veas el tipo de servicio que esperamos, luego te observaré por tu cuenta.

—Genial. —Pegué una sonrisa por encima de mis nervios y la seguí por el comedor caro y poco iluminado. Estaba probando en la zona del bar, donde la gente pedía sobre todo bebidas y aperitivos caros.

Nos detuvimos junto a una mesa de hombres trajeados y Cassie entró en acción. Era buena, suave y práctica. Yo revoloteaba inepta a su lado, como una pieza de repuesto.

—Y quería presentarles a Eve. Ella podría estar ayudando en el bar a partir de ahora si esta noche va bien. Eve, estos caballeros son clientes habituales. Verás a muchos de ellos si trabajas aquí.

—Hola, mucho gusto. —Sonreí a los hombres. Inmediatamente me invadieron las náuseas cuando cuatro pares de ojos me inspeccionaron a fondo, de la cabeza a los pies.

—Wow, Eve. Encajarás aquí de maravilla —dijo el hombre sentado más cerca de mí—. Pero tengo que preguntar, ¿por qué una mujer joven y hermosa como tú querría trabajar aquí con nosotros, hombres viejos y aburridos, cuando podrías estar de fiesta con chicos de tu edad?

No tenía ni idea de qué decir a eso. Por suerte, Cassie intervino.

—Eve acaba de empezar en HHU y necesita un trabajo a tiempo parcial. Le dije que nuestra sección del restaurante tiene las mejores propinas, así que seguro que pueden ayudarme a tentarla para que se quede —se rió Cassie y me dio un suave codazo—. Además, los chicos de su edad no son nada divertidos, ¿verdad, Eve?

Me reí torpemente. ¿Qué demonios era esto?

—No, supongo que no —añadí, ya que Cassie parecía estar esperando a que yo dijera algo.

—¿Así que eres una novata? Vaya, vaya, volver a tener dieciocho años —se rió uno de los hombres, y el resto se unió.

—Entonces, caballeros, ¿tuvieron tiempo de decidir lo que les gustaría?

Uno de los hombres vio con desdén la carta de vinos que sostenía Cassie.

—No hace falta, querida. Tomaremos una botella del Dom reserva para celebrar que Eve se ha unido a la familia.

—Genial, en este momento se lo traemos —sonrió Cassie.

—Que lo haga Eve, parece que puede manejarlo —dijo el hombre.

Seguí a Cassie hasta el otro lado de la barra.

—Eso no era lo que esperaba —solté nerviosa. Sentía que se me iba a erizar la piel por las miradas lascivas y las insinuaciones.

—No te preocupes, son inofensivos. Les gusta coquetear y sentirse hombres grandes durante una hora al día cuando están aquí, y luego se van a casa a que sus esposas los jodan. No te preocupes. Son pura palabrería.

—No lo sé. No creo que sea buena en esto —empecé.

—Eve, no conozco tu situación económica, pero si es la misma que la de tu hermano, necesitas este trabajo. ¿Crees que tu hermano no tiene amas de casa cougars que le piden que las engrase o las salve de la parte menos profunda de la piscina todos los veranos? Claro que las tiene, pero lo hace por el dinero. Esa botella que acaban de pedir cuesta setecientos dólares, y dan buenas propinas.

—¡¿Setecientos dólares?!

Cassie asintió.

—No seas cerrada de mente. Es una gran propina y les gustaste. —Me vio de arriba abajo—. Podrías hacerlo muy bien aquí. Inténtalo.

—Okey. Lo intentaré, pero si alguien se pone manos largas conmigo, recibirá un botellazo en la cabeza.

Cassie se rió.

—Ven, te ayudaré a preparar el Dom.

Iba por la mitad del turno cuando entraron. Cassie se apresuró hacia mí.

—Ven, deja eso. —Me quitó de las manos los cubiertos que estaba puliendo—. Tenemos que atender a los invitados VIP.

—¿Los otros tipos no eran VIP?

Ella resopló.

—Ni de lejos. Eran miembros normales a los que les gusta exhibir su dinero. La familia que acaba de llegar es una vaca lechera. Los Anderson también están muy implicados en la gestión del club. No aprueban la afiliación de nadie sin el visto bueno del señor Anderson.

¿Anderson? Debe referirse a Soren, el papá de Beckett.

Cassie empezó a cruzar el suelo, siseándome para que la siguiera. Salí tropezando a la zona principal del bar y nos acercamos a la mesa. Pude ver la nuca de Soren. Su esposa, Colette, estaba con él.

Cassie se acercó a la mesa y les sonrió.

—Buenas noches, señores Anderson. ¿Qué podemos ofrecerles esta noche?

Soren la vio, parecía un poco molesto de que lo molestaran mientras hablaba.

—Una botella de Rémy Martin, el Louis XIII, sin hielo. —Su mirada pasó de Cassie y se posó en mí. Una sacudida de reconocimiento lo recorrió.

No me lo esperaba.

—¿Señorita Martino? Esto es una sorpresa.

Ante las palabras de Soren, Colette torció su elegante cuello para mirarme fijamente.

—¿Martino?

Cassie me empujó hacia adelante.

—Sí, esta es Eve. Está probando para un puesto esta noche, para ver si encaja.

Mis mejillas se calentaron bajo el escrutinio de tres personas.

—Señorita Martino, su familia se mueve mucho, ¿no? —dijo Colette. La puya casual era como una lanza, clavándome en el sitio—. Difícilmente hay un trabajo en la ciudad en el que no me encuentre contigo.

—¿Se encuentran a menudo? —preguntó Soren, viendo entre nosotras.

—No tan a menudo —contesté. El corazón me latía con fuerza. Sentía que Colette me miraba fijamente y no sabía por qué—. La conocí en el hospital cuando intenté visitar a Beck.

—¿Te deja llamarlo Beck? —Colette intervino bruscamente. Su mirada evaluadora me estaba haciendo sudar.

Me encogí de hombros.

—Claro.

Se hizo el silencio, la pregunta de Colette acabó con la conversación.

—Bueno, buena suerte, señorita Martino —dijo Soren tras un momento incómodo.

Estaba tan nerviosa que hice una extraña media reverencia y retrocedí.

—Gracias, señor Anderson.

Ya había tenido más de mi cuota de drama con la familia Anderson y solo quería esconderme en algún armario. Estaban por todas partes. Necesitaba un descanso de ellos.

Me metí de lleno en mi turno y me encantó comprobar que las pocas mesas que atendí en solitario me dejaron propinas considerables. En total, me fui a casa con más de 100 dólares por un turno. Era mucho dinero para mí.

Seguía volando alto, contando mis propinas por tercera vez, cuando me llegó un mensaje de Isabelle.

—Fiesta el sábado por la noche, en la Casa Omega Psi Zeta en Greek Row. Tienes que venir.

Le devolví el mensaje.

—Trabajaré hasta las diez.

—Okey, abuela, no empieza antes la fiesta. Realmente voy a tener que enseñarte a salir de fiesta, ¿no? Eres estudiante de primer año en la universidad, y hay una fiesta griega a la que estamos invitadas, gracias a Warner. Mi primo puede ser un idiota, pero es bueno para algunas cosas.

—No lo sé.

—¡Vamos, invita también a tu amiga Lily! Es un rito de iniciación. A menos que no puedas esperar a llegar a la residencia de los Hellions y ver a todos esos chicos sexys.

Ugh. Isabelle tenía razón. Reducir la cantidad de tiempo que pasaba cerca de Beckett parecía una buena idea. Cada encuentro con él hacía que mi sangre hirviera a fuego lento, mi cuerpo sintiera curiosidad y mi mente se agrietara un poco más.

—Okey, a la mierda. Vamos.

—¡Sí! ¿Quieres arreglarte en mi dormitorio? Podemos ir juntas.

—Suena muy bien.

Una fiesta de fraternidad sonaba exactamente como el tipo de cosa que debería estar haciendo en la universidad. Eso era pertenecer, ¿no? Tal vez empezaría a encajar por fin.

¿Y las reglas de Beckett?

Tendría que superarlo. No podía hablar en serio. Solo estaba jugando conmigo. No iba a dejar que me controlara. De ninguna manera.

19

Eve

La noche siguiente, Lily estaba lavando papas en el fregadero de la cocina cuando llegué después de clase. Una cosa que me encantaba del apartamento siete era verla todo el tiempo. Lo que odiaba era mi compañero de cuarto y la forma en que me hacía sentir la piel dos tallas más pequeña. Cuando llegué a casa anoche del trabajo, me dormí temprano, mientras Beckett estaba en un entrenamiento hasta tarde, y luego se había ido esta mañana.

Tyler estaba sentado a la mesa, ayudando pelando zanahorias.

—Así que, ¿cómo estuvo The Dunes ayer?

—Exactamente como te imaginas. Gané cien pavos solo en propinas.

Tyler enarcó una ceja.

—¿En serio? Eso es genial. Me pregunto si necesitan a alguien más.

—No eres socorrista, ¿verdad? Han estado buscando a alguien desde que mi hermano se fue.

—Quiero decir, sé nadar, ¿pero calificaciones? No.

—Creo que en The Dunes, la calificación más importante es una cara bonita —señalé.

—Entonces... ¿apruebo? —Tyler me sonrió.

Antes del verano, esa sonrisa podría haber acelerado mi corazón. Ahora, me dejaba fría. Era un tipo simpático, pero empezaba a sospechar que ese tipo simpático no era mi gusto en hombres, por muy preocupante que fuera.

—Estoy bastante segura de que recibirías el doble de mis propinas —bromeé con desgana.

Se rió entre dientes. Me aparté de su mirada inquisitiva.

—Dime otra vez por qué no pedimos pizza —preguntó Marcus, acostado en el sofá navegando por su teléfono.

—Porque mi chica quiere cocinar —dijo Cayden. Estaba sentado en la cocina junto a Tyler, cortando las puntas de las judías verdes mientras Lily correteaba detrás de él. Vio fijamente a Marcus—. Así que te lo comerás.

—Ponme a trabajar, Chef. —Me detuve junto a Lily y busqué un trabajo que hacer—. Aunque escuché que solo la gente que ayudó, llega a comer, Marcus.

—Soy el friegaplatos. Yo me encargo después —dijo con una sonrisa pícara que me hizo dudar de él.

Corté los panes y metí las hamburguesas en el horno y luego puse la mesa. Conté cabezas en la sala. Cinco. Había dos manteles individuales más.

—¿No tenemos demasiados cubiertos?

—Beckett está en camino —dijo Cayden.

Algo raro se apretó en mis entrañas al oír su nombre.

—¿Estás ruborizada? —Marcus se incorporó, con la mirada fija en mi cara.

—No, claro que no.

—¡Lo estás! Asher realmente hizo un número en ti.... casi diecinueve y nunca te han besado... bueno, hasta hace poco.

—Espera... ¿quién besó a quién? —Lily preguntó.

—Beckett besó a Eve en el jacuzzi, para compensar por haber sido un maldito marica antes.

—¿Lo hizo? —Lily me vio fijamente—. No lo sabía. —Su expresión prometía que seguiríamos hablando de esto cuando estuviéramos solas.

—No fue nada... solo estábamos tonteando. —Volví la cara a todos, intentando ocultar mis mejillas encendidas.

Tyler resopló.

—Anderson no me parece de los que andan tonteando.

—Oh, no estaba tonteando. —Marcus me guiñó un ojo—. Ninguno de los dos lo hacía.

—Pervertido... ¿estabas viendo? —le pregunté.

—Solo me aseguré de que Beckett cumpliera. —Marcus ajustó sus caderas—. Me excita solo pensar en todas esas primeras veces.

Justo en ese momento, un palo de hockey voló por el aire desde la puerta y aterrizó sobre Marcus, doblándole de dolor.

—¡Oh, Jesús!

—No, solo yo —dijo Beckett, lanzándole una sonrisa a su amigo—. Pareces vivo, Bailey. —Acababa de entrar por la puerta y lanzó su palo con una precisión aterradora contra el sofá.

—Me diste en las pelotas —se quejó Marcus y se hizo un ovillo en el sofá.

Beckett se quitó la chaqueta y la colgó en uno de los ganchos de la puerta. Había una gran variedad de ropa de invierno, así como de hockey. Si alguna vez te confundías sobre qué deporte jugaban los estudiantes de esta residencia, no lo harías por mucho tiempo. Me recordó a Asher y a nuestro pasillo en casa, y sentí una punzada de tristeza. Lo extrañaba tanto..

Beckett entró y me vio de arriba abajo, fijándose en mi corta falda. No era escandalosa en absoluto. Llevaba unos leggins debajo, pero de repente me pareció indecente.

—Quítame este palo de mierda de encima —se quejó Marcus, tirando el palo al suelo—. Yo solo me meto con palos personalizados.

—Vete a la mierda —murmuró Beckett y entró en la habitación.

Ahora que lo estudiaba, el palo de hockey de Beckett era diferente del anterior. Aquel era distintivo, con colores púrpura y amarillo por los

lados. Este era estándar y estaba bastante arañado. ¿Qué le pasó al anterior?

—Eve —dijo Tyler detrás de mí y aparté mi mirada de la puerta.

—¿Hmm?

—Quería decirte que el espacio en mi habitación se llenó en el último minuto, que es para quien es el último cubierto.

—¿Ah, sí? ¿Quién es el nuevo jugador?

Cayden suspiró dramáticamente junto a Tyler.

—Un perdedor de mi antigua preparatoria. —Sonaba molesto por eso.

¿La antigua preparatoria de Cayden? Recordaba aquel lugar. Ahí había un jugador digno de mención, y lo conocí cuando Lily me llevó a indagar en el pasado de Cayden.

—Cade, me arden los oídos —retumbó una voz fuerte y profunda desde la puerta. El recién llegado acababa de entrar, con una sonrisa confiada en su atractivo rostro. Enseguida me resultó familiar. Era el otro jugador de hockey, el de la antigua escuela de Cayden. Sonrió a todos antes de fijarse en mí—. Me acuerdo de ti, hermosa.

—Igualmente. Eres Chase, ¿verdad?

—El único. —Chase se acercó, todo encanto fácil y ojos brillantes—. Eres la hermana de Asher Martino, ¿verdad? No lo sabía cuando tú y la pelirroja fueron a visitarme el año pasado. —Se balanceó sobre sus talones y nos vio.

Le tendí la mano a Chase.

—Encantada de conocerte, oficialmente, esta vez.

—Encantado de conocerte. Soy el nuevo ala derecha de los Hellions. Soy el sustituto de tu hermano.

—¿En serio? A juzgar por el último partido que jugaron los Hellions, haces mucha falta —bromeé, provocando algunos gemidos en la sala.

—Eve, sé buena... atrapa más moscas con miel y todo eso —se quejó Marcus.

—Jueguen mejor si quieres cumplidos.

—¡Ouch! Me alegra decir que aún no he jugado con el equipo, así que estoy exento de este asado —señaló Chase.

—Como si tú fueras a cambiar algo —murmuró Cayden y dirigió una expresión irritada a Chase.

—Será mejor que esperes que lo haga, porque los Hellions no van a ganar nada tal y como van —afirmó Chase rotundamente y me tendió la mano para que chocara los cinco.

Le di una palmada en la mano, relajándome con las bromas de los chicos. Si mi hermano estuviera aquí, todo sería perfecto. Bueno, casi perfecto. Cambiaría con gusto a uno de los chicos de la sala por Asher.

Como si mis pensamientos lo hubieran llamado, Beckett entró en la cocina y se sentó a mi lado en la barra del desayuno.

—Hoy tienes muchas opiniones sobre el equipo, Cenicienta. Me gustaría verte hacerlo mejor.

—Soy una buena patinadora, para que lo sepas —resoplé, con la piel erizada al notar la proximidad de Beckett. Su costado presionaba el mío y ese lado de mi cuerpo ardía.

—Hmm, lo sé.

—¿Sí? —Me sorprendió esa admisión.

Vi a Beckett. Miraba a Lily y a Cayden moverse por la cocina, pero tenía la sensación de que su atención estaba puesta en mí.

—Solo porque fueras la molesta alborotadora hermana de Asher no significa que no me fijara en ti, Tiny.

¿Era un insulto o un cumplido? No tenía ni idea.

—¡Okey! —Lily anunció—. ¡Creo que la cena está lista!

—Genial, me muero de hambre. Todos necesitamos carburar si vamos a ir a esa fiesta más tarde, la del edificio Madison.

—¿Una fiesta? —pregunté y tomé sitio en la mesa. Intenté no ser consciente de dónde estaba sentada Beckett. Era difícil. Se había grabado en mi conciencia y no podía sacarlo.

—Sí, una fiesta. Es jueves por la noche. Vamos todos, sin excepciones —continúa Marcus.

Me giré para ver a Lily. Ella sonrió y se encogió de hombros, dándome la razón a su manera. Si Lily iba, yo también. Beckett no podía impedírmelo delante de todos.

Parecía que Marcus tenía razón. Íbamos a una fiesta.



La fiesta era en la residencia de los jugadores de fútbol. Aunque el fútbol era importante en la HHU, no estaba en la misma liga que el hockey, así que la residencia de fútbol era notablemente menos bonita. Aun así, cuando llegamos, la fiesta ya era una locura.

El césped que rodeaba el edificio estaba lleno de vasos rojos y gente, algunos inconscientes, otros besándose, otros vomitando entre los arbustos.

—Encantador —murmuré al entrar.

—¿Verdad? Tiene un aire a los últimos días de Roma, ¿no? —respondió Lily en voz baja. Se giró hacia su novio—. Eve y yo vamos a explorar. Búscame luego.

Cayden entrecerró los ojos al verla, sin duda cuestionándose la conveniencia de perder de vista a su hermosa novia en una fiesta de futbolistas, pero Lily no esperó a que le diera permiso. Me tomó de la mano, le dio un beso en la mejilla y me jaló hacia la multitud.

Atravesamos la abarrotada zona común, donde se habían apartado sillas y mesas para crear una pista de baile repleta de gente. Nos escurrimos y acabamos en la cocina, donde la música era algo más tranquila.

—Entonces, ¿qué demonios está pasando entre tú y Beckett?

—¿Qué? —Evadí su pregunta contundente. Ojalá lo supiera. Realmente no tenía una respuesta para ella. Tomé un refresco, muerta de sed.

—No me vengas con eso. ¿Se besaron?

—Era parte del juego.

—Fue después del juego... cuando estaban solos.

—Al parecer Marcus seguía ahí, así que no estábamos solos en absoluto —señalé.

Lily soltó una carcajada y luego me clavó una mirada inquisitiva.

—¿Te gusta?

—¿Qué? ¡No! Es un idiota, siempre lo fue y siempre lo será. —Sabía que Lily no me iba a dejar escapar así como así. Tenía que darle algo real—. Es que es diferente, desde lo del robo. Hemos sido diferentes.

No podía contarle a Lily toda la verdad sobre lo que pasó en ese baño, no aquí, no así. Probablemente pensaría que fue un error, y aunque no lo diría, lo vería en sus ojos. Era la razón por la que no se lo dije en todo el verano. Ya sabía que iba a acabar en lágrimas, y la confirmación de que ella pensaba lo mismo me habría dolido.

—¿Lo viste mucho durante el verano? Nunca lo dijiste. —Lily apoyó una cadera contra la pared.

—No, se fue a Nueva York para recibir tratamiento... no estuvo aquí —le dije.

Enarcó una elegante ceja castaña.

—Entonces me pregunto a dónde iba mi novio durante las vacaciones... porque me dijo que era al hospital.

—Espera, ¿qué?

—Beckett estaba en el hospital aquí, en Hade Harbor. Marcus y Cade iban mucho a verlo. Pensé que lo sabías.

—No, creí que se había ido para un tratamiento especial —murmuré, con la mente acelerada.

—Bueno, eso tendría sentido, teniendo en cuenta que es un Anderson, pero su papá trajo aquí al cirujano plástico. Supongo que cuando eres multimillonario, el médico viene a ti.

—Cierto. —Pero Colette me dijo que Beckett se fue a Nueva York. Me mintió a la cara.

—¿Quieres tomar algo? —preguntó Lily, cambiando de tema.

—No, seguiré con el refresco.

Colette me mintió. Beckett nunca fue a Nueva York. ¿Le pidió a su madrastra que me dijera eso, o lo decidió ella misma?

La mentira de Colette me crispó los nervios. Realmente habló en serio cuando dijo que no quería que la de la limpieza fuera a visitar a su hijastro.

Aun así, pensé que quizá era lo mejor, teniendo en cuenta cómo respondió Beckett a mis mensajes. Escuchar esas palabras despectivas y crueles en persona me habría herido aún más de lo que lo hicieron sus mensajes.

Lily asentía.

—Yo también. ¿Por qué no bailamos, entonces?

—¿Bailar? Todo el mundo ahí fuera está borracho.

—¡No necesitamos estar borrachas para bailar! Vamos, sé que te encanta —Lily me tomó de la mano y me jaló para sacarme de la cocina y volver al abarrotado salón.

La música tenía un ritmo grave y sensual. De algún modo, Lily encontró un hueco entre los cuerpos que bailaban y se metió, creando un pequeño espacio para nosotras. Hacía calor y sudábamos, pero estaba oscuro. Nos balanceamos y nos movimos con la multitud.

—¡Relájate! —Lily me gritó al oído por encima de la música.

—¡Okey, lo estoy intentando! —Estaba tan tensa que me costó soltarme. Sinceramente no recordaba la última vez que lo hice. Cerré los ojos y dejé que mi cuerpo se balanceara al ritmo de la música. Al cabo de

unos minutos, la tensión desapareció de mis miembros. Bailar era lo mío, siempre me había gustado. Lily lo sabía.

Abrí los ojos y le sonreí. Ella me devolvió la sonrisa. No hay mejor subidón de dopamina como perderse en la música a todo volumen, bailando como si nadie te estuviera viendo.

La música cambió a algo más alegre, y todo el mundo aplaudió, con la multitud saltando arriba y abajo, llevándonos con ellos.

Me reí de la forma en que Lily y yo chocábamos la una contra la otra, sin poder evitarlo. Mi corazón latía con fuerza, el placer y la liberación corrían por mis venas, me sentía bien soltándome. Lily tenía razón, estaba muy tensa. El asunto de Colette me mordía el borde de la mente, como una muela adolorida que no podía dejar en paz, pero ahora no tenía tiempo para pensar en eso.

Cayden apareció casi al final de la canción y levantó a Lily por encima de la multitud, haciéndola gritar.

Ella se deslizó por su cuerpo cuando la música volvió a cambiar y él la acercó. Di un paso atrás, sintiéndome de repente como una tercera rueda. Unas manos rodearon mis caderas y di un salto.

—Hola, hermosa. No te había visto por aquí —me dijo al oído una voz desconocida.

Di un paso adelante para alejarme de esas manos demasiado amistosas.

—Sí, es mi primera vez.

—¿Ah, sí? ¿Bailamos un poco?

Abrí la boca para rechazar al desconocido, justo cuando otra voz me interrumpió.

—No puede. Ya me prometió esta a mí.

Beckett se interpuso entre el tipo cualquiera y yo, consiguiendo de alguna manera que él y su toque desaparecieran en cuestión de segundos. Supongo que cuando ves a alguien como Beckett acercándose, te quitas de en medio.

Me acercó y apoyó sus manos en mis caderas. Sus palmas eran tan grandes que me hacían sentir pequeña. Una sensación que solo tenía cerca de él. No era horrible.

—¿Otra vez rompiendo las reglas? Realmente apestas siendo buena, ¿verdad? —se inclinó para hablarme al oído.

Me hormigueó la piel por su aliento caliente.

—Solo sigo las reglas de la gente que tiene poder sobre mí.

—¿Como el jefe de tu mamá? —me recordó con una sonrisa burlona que me puso los pelos de punta.

—¿Querías que me quedara en el apartamento y no viniera a la fiesta, cuando todos iban a venir aquí?

Alguien chocó con fuerza contra mi espalda y caí sobre Beckett, apretándome contra su cuerpo. Él vio por encima de mi hombro al jugador de fútbol que pasaba antes de volver a mirarme.

—Quiero que entiendas que empujar mis límites tiene consecuencias, eso es lo que quiero.

—Cierto. Consecuencias de las reglas que soñaste para torturarme... ¿cómo cuáles? ¿Hacer que despidan a mi mamá para que te asfixie mientras duermes?

—Despedir a tu mamá no es el único castigo que tengo en la manga, Cenicienta. En el jacuzzi, te advertí que te azotaría y te follaría este perfecto melocotón de trasero si no seguías mis reglas.

Puse los ojos en blanco.

—Eres pura palabrería. No te tengo miedo, Beckett.

Nos movimos el uno contra el otro; no teníamos forma de evitarlo, dada la forma en que la multitud nos apretaba. Su cuerpo era fuerte y duro como el infierno contra el mío, y podía oler su aroma único, incluso por encima del desagradable olor a sudor de tanta gente borracha en un espacio reducido. Cada vez que alguien nos empujaba, mi cabeza se acurrucaba en su pecho y sus labios rozaban la parte superior de mi cabeza.

Puse las manos en su cintura para estabilizarme. *Maldita sea.* Era grueso hasta la médula. Sabía que sin camiseta era perfectamente proporcional a su estatura, con losas de músculo dispuestas en hermosos bloques a lo largo de su abdomen. Puede que hubiera pasado demasiado tiempo recordando esa imagen de fuerza masculina ideal.

—Casi suenas como si quisieras que te demuestre lo contrario, Tiny.

—¿Por qué iba a querer eso? —me burlé. Sentía las mejillas acaloradas y la piel tirante.

Me estaba viendo, estudiándome. Él veía todo de mí, cada una de mis partes. No había dónde esconderme del tipo al que le había contado mis secretos más profundos y oscuros.

Beckett no respondió durante un largo momento y luego se encogió de hombros.

—Vámonos de aquí. Te lo contaré en casa.

Me tragué el nudo de confusa excitación que tenía en la garganta.

—Oh, ¿en serio?

Beckett nunca fue a Nueva York. Colette me mintió. Tal vez era hora de averiguar la verdad por mí misma.

—Claro, vamos.

20

Beckett

Cuando llegamos a casa, nuestra habitación estaba en silencio. Resultaba acogedora cuando Eve encendió una lámpara de escritorio y cerró las cortinas. Yo me despojé de la chaqueta y las botas junto a la puerta, y ahora, encaramado en la orilla de la cama, la observaba.

Se movía nerviosa, ordenando su escritorio, se puso calcetines calientes, y se recogió el cabello.

—¿Tu cicatriz? —preguntó de repente.

Mi humor se agrió.

—¿Qué pasa con eso?

—¿Dónde te trataron? —Se sentó en su cama, a tres metros de distancia, imitando mi postura.

Le dediqué una sonrisa desagradable.

—Lo sabrías si te hubieras molestado en ir a visitarme. —*Mierda*. ¿Por qué dije eso? Lo último que quería era que Eve supiera cómo me destrozó el corazón al ignorarme a mí y mi recuperación.

Tragó saliva y sus manos se cerraron en pequeños puños sobre su regazo.

—Fui a verte.

Mi humor decayó aún más.

—Detente ahí, Cenicienta, antes de que me hagas enojar.

—Pero lo hice. Fui al hospital a verte... pero Colette me dijo que te habían llevado a Nueva York para un tratamiento.

¿Colette? La curiosidad me picó. Mentir sobre dónde estaba era algo que Colette haría, sin duda, pero esa no era la única forma en que Eve podría haberse puesto en contacto conmigo. Antes de sentirme aliviado de que Eve hubiera intentado ir a verme después de todo, recordé que podía haberme llamado.

La dura verdad era que, si hubiera querido verme, comprobar cómo estaba, habría encontrado la manera.

Me puse de pie, repentinamente inquieto.

—Esta es una conversación sin sentido. Nada de lo que digas mejorará nada de lo que hiciste, nada de lo que digas te ayudará a escapar de tu castigo.

Resopló y puso los ojos en blanco, provocando una sacudida de furiosa lujuria en mi polla. Mierda, qué ganas tenía de dejar huellas en su redondo trasero.

—Tú y tus castigos. Empiezo a pensar que eres pura palabrería, *Anderson* —me espetó en un tono diseñado para tocarme la fibra sensible.

Eve quería jugar, sería una grosería no complacerla. Se levantó y se cuadró conmigo, apretando su pecho contra el mío, como en la pista de baile. Era difícil pensar estando tan cerca, con la música sonando a nuestro alrededor. La habitación se desvaneció, la multitud perdió sentido... todo desapareció excepto ella.

—¿Ah, sí? —murmuré, agarrando sus caderas en un firme abrazo del que no podía escapar. Le rocé la sien con los labios—. Realmente me estás pidiendo que te demuestre lo contrario, ¿verdad? No tienes que ser una mocosa... solo pídemelo, Evie, y te pondré de rodillas.

Soltó una breve carcajada incrédula, pero había calor en sus ojos que desmentía su despreocupación. Puede que me odiara, que estuviera enojada conmigo, puede que ni siquiera le importara si vivía o moría, pero también sentía curiosidad. Había un calor entre nosotros que no era

nada ordinario. Electricidad que era rara... una vez en la vida, tal vez. Eve podía sentirlo. Ella lo deseaba.

—Haz lo que puedas —murmuró. Se humedeció los labios, con sus ojos grandes y las pupilas dilatadas.

Era gratificante ver que la afectaba tanto como ella a mí, y no podía negar que lo hacía. Las suyas seguían siendo las únicas caricias que soportaba, las únicas que ansiaba. ¿Por qué iba a negármelo?

No debería.

No lo haría.

—Como quieras —murmuré, antes de levantarla por las caderas como si no pesara casi nada y arrojarla sobre su cama.

Aterrizó con un grito ahogado.

—¿Qué demonios?

Hizo ademán de incorporarse, con esa mirada de chocolate llena de ira, pero yo ya estaba sobre ella.

Me senté a horcajadas sobre sus caderas y le tomé la blusa. Se había cambiado para la fiesta, se puso unos jeans bajos y una blusa con el estómago descubierto que me planteé seriamente obligarla a quitarse antes de salir de casa, pero no pude por la presencia de nuestros amigos.

Puse las manos en el dobladillo de la indecente blusa y la rasgué por la mitad. Eve se quedó boquiabierta.

—¡Imbécil! No puedo creer que hayas hecho eso.

—Créelo, y mientras vivas aquí conmigo, no saldrás con ninguna blusa que muestre tus malditas tetas.

Llevaba puesto uno de esos sujetadores de encaje transparente que no dejan nada a la imaginación. No podía apartar la vista de sus perfectas tetas envueltas en la provocativa prenda.

Ella negó con la cabeza.

—No fue así.

—Lo fue. Ya sabía qué tipo de sujetador llevabas antes de verlo... a tu puta blusa le faltaba una sección entera —murmuré, cerrando mi mano sobre su teta izquierda, empujada hacia arriba para que la tocara por el sujetador.

—No deberías haber estado viendo.

—Cenicienta, cuando se trata de ti, no puedo apartar la mirada... a partir de ahora. —Me acerqué al broche delantero del sujetador. Era una pieza de lencería perfecta. Le compraría más de estos. Bonito como un cuadro y fácil de quitar. *Ideal*. El broche se abrió y sus tetas saltaron como si estuvieran hartas de estar atadas y ansiaran liberarse. Sus pezones ya eran puntitos duros que suplicaban ser devorados.

—¿A partir de ahora? —repitió Eve. Su voz era más grave, teñida por el insoportable deseo que nos invadía. No se había movido para ocultarme los pechos, quería que los viera.

—A partir de ahora, asume que estoy viendo, Tiny. —Entonces me incliné y chupé su pezón en mi boca.

Se tensó y levantó las manos para jalarme del cabello. Le pasé la lengua por el pezón, lo rodeé y lo chupé hasta que arqueó la espalda.

—¿Se siente bien? —murmuré contra su piel.

Ella asintió, mordiéndose el labio, pero eso no era suficiente para mí. Solté su pecho con un suave chasquido, mi boca lo dejó brillante y bien chupado.

—Dime lo bien que se siente.

—¿Por qué? —preguntó, con un destello de fastidio en sus ojos brumosos.

Sonreí, disfrutando de su lucha hasta el alma. No hay nada como enfrentarme a mi pequeña Cenicienta, me sacaba todo lo demás de la cabeza. Los recuerdos venenosos y los pensamientos ansiosos desaparecían en cuanto ella me lanzaba un insulto bien colocado o se me acercaba, inclinando su afilada barbilla en un ángulo obstinado, como si tuviera ganas de pelea.

—Porque quiero oírte admitirlo. Dime lo bien que se siente estar tan mojada y desesperada por mi toque... por mí... el tipo al que odias más que a nadie.

Le acaricié el otro pezón que no había chupado. Ella consideró mis palabras, luchando claramente contra la reticencia, hasta que perdió.

Puso los ojos en blanco y resopló.

—Bien. Me siento bien cuando me tocas. Es increíble... y no quiero que pares. ¿Okey?

Reprimí una carcajada.

—No es muy poética, pero está bien, servirá.

Me abalancé sobre ella y me llevé el otro pezón a la boca, haciéndola gritar mientras recorría la punta contra mis dientes. Sus manos me jalaban del cabello, tratando de dirigirme. Disfruté de cada signo de su rendición. Su reticencia a caer en la lujuria por un tipo al que no soportaba era la mitad de la excitación. Me deseaba en contra de su buen juicio, y eso me convertía en un rey.

—Entonces, ¿no me vas a dejar tirada, como la otra noche? —desafió.

—Te propongo un trato, esta noche nos corremos los dos —le ofrecí. A la mierda con negarle un orgasmo. ¿Quién tenía ese tipo de control? Necesitaba correrme con alguna parte de su cuerpo alrededor de mi polla, y nada más sería suficiente.

Solté su teta y besé su vientre, moviéndome por la cama.

—¿Qué haces? —preguntó temblorosa, asimilando mi posición ante ella.

Le desabroché el botón de los jeans y le bajé la cremallera. Ella me vio con la respiración contenida. Sus bragas eran de su algodón habitual, aunque hoy eran de color melocotón.

—Levántate para mí —le dije con voz gruesa.

Por una vez, siguió mis órdenes sin rechistar.

Le bajé los gruesos jeans por los muslos y los tiré.

Ahora ella es mi compañera de clase...
...mi compañera de cuarto y mi pupila.

Entonces, puse mis manos sobre sus piernas y las separé, forzándola sin piedad a ensanchar su postura para que su coño quedara justo delante de mí, oculto solo por sus bragas.

—¿Terminaste la otra noche, tal vez en el baño?

—¿Disculpa? —dijo ella, entre ofendida y excitada.

—¿Te pregunté si te atreviste a tocar mi propiedad sin mi permiso?

—¿Tu propiedad?

—Mmm. —Froté un círculo contra la parte delantera de sus bragas—. Mientras vivas aquí conmigo, y mientras estés en deuda por joderme la vida, este coño es mío. En realidad... todo este cuerpo es mío.

—Sí, claro. Sigue soñando, Anderson... nunca seré tuya —respiró.

Deslicé un dedo por debajo del borde de sus bragas y lo pasé por la pegajosa humedad que cubría sus pliegues.

—Oh, Cenicienta, ¿no lo sabes? Ya lo eres... siempre lo has sido. Yo he sido tu primer todo.

Puse el dedo en sus labios y empujé dentro.

—Saborea cuánto me deseas. Cuánto me necesitas.

—No te necesito a ti ni a nadie —protestó Eve, y giró la cabeza para apartar mi dedo.

Silbé por lo bajo.

—Entonces, ¿solo me *deseas* a mí?

Soltó una carcajada frustrada.

—No te deseo... estás justo aquí. Quiero correrme, y tú estás justo aquí.

Sus palabras me enojaron, pero sabía que eran mentira. Sin embargo, le pellizqué el clítoris y jadeó.

—Y estás tan mojada que puedo sentirlo a través de tu ropa interior. Como no me quieres, supongo que tuviste un accidente... qué vergüenza.

Volví a deslizar mi mano bajo el elástico de sus bragas y la toqué. Se estremeció y le temblaron las rodillas, tenía el coño empapado y los pliegues flexibles bajo las yemas de mis dedos.

—Eres un cerdo —murmuró, mordiéndose el labio mientras yo deslizaba mis manos por el interior de sus muslos.

—Tal vez, pero eso no cambia el hecho de que me deseas. Basta de hablar, quítatelas —le ordené con firmeza, jalando sus bragas.

Vaciló durante un largo momento, luchando de nuevo consigo misma, debatiéndose entre la razón y la lujuria. Ganó la lujuria. Se bajó las bragas lentamente, de repente tímida. Una cosa era dejarme empujarla y arrancarle la ropa. Otra era desnudarse para mí, a mi orden. Se me puso tan dura que mi polla podría haber estampado círculos en mis jeans como una perforadora.

Me quedé mirando, y su coño se hizo visible. La noche que follamos apenas vi nada; fue precipitado y oscuro. Ahora, me la bebí. Sus muslos, firmes y musculosos, se alzaban hacia su redondeado trasero. Cuando se giró para tirar las bragas al suelo, la visión de ese culo redondo casi me paró el corazón.

Se dio la vuelta, con una mano sobre el coño.

—Mueve eso o pierde un dedo, dijiste que querías que te hiciera correrte. No te interpongas en mi camino.

Movió la mano lentamente, dejando al descubierto la oscura mata de rizos que cubría su montículo. No pude evitar inclinarme e inhalar el almizclado aroma que desprendía. Su coño goteaba. Acaricié sus suaves rizos, disfrutando de su textura y su suavidad, antes de separarle las rodillas.

—Mantenlas abiertas, Cenicienta.

Su coño era tan bonito como un puto cuadro. Le acaricié la abertura y luego le metí un dedo. Estaba jodidamente apretado, mi polla aún recordaba exactamente lo apretado que estaba.

Metí y saqué el dedo unas cuantas veces, disfrutando de su humedad hasta el nudillo, y luego lo saqué para buscar su clítoris. Ya estaba duro,

desesperado por ser tocado. Pasé los dedos húmedos por el duro capullo y ella me jaló el cabello y jadeó.

No le tomaría mucho correrse. Ya estaba al límite. Yo sabía cómo se sentía. Tocar su coño era como volver a casa, a un lugar en el que nunca había estado pero que instintivamente sabía que era mío.

Me incliné hacia ella y la lamí. No tenía suficiente acceso, así que coloqué una pierna sobre mi hombro y enterré mi cara entre sus muslos. Nunca lo había hecho, pero nunca se lo diría. Nadie lo sabía, pero era cierto. Este acto era un nivel de intimidad que nunca había alcanzado con nadie.

Mi última primera vez.

No estaba muy seguro de lo que hacía, pero perseguía cualquier movimiento que hiciera chirriar de placer a Eve. Un ruido francamente adorable que quería oír una y otra vez.

Introduje dos dedos en su interior, lamiendo su clítoris al mismo tiempo, y sin previo aviso, se corrió. La humedad inundó mi lengua y ella me agarró el cabello con tanta fuerza que arrancó una buena cantidad. Fue lo más excitante, todo su cuerpo se estremeció, sus muslos se cerraron en torno a mi cabeza y su cuerpo se convulsionó.

La lamí hasta que las pulsaciones de su coño se calmaron ligeramente y me faltó el aire. Ella tenía los ojos cerrados y al verlos se desinfló un poco la lujuria en mi pecho. ¿Estaba fingiendo que yo era otra persona?

—Intenta no asfixiarme cuando te corras —murmuré, solo por ser un idiota y atraer de nuevo su atención hacia mí. Quité su pierna de mi hombro y la dejé en sobre la cama.

Eve estaba sonrojada y relajada. Se puso rígida al oír mis palabras y cruzó las piernas, volviendo a taparse el coño desnudo con la mano.

—Como quieras, imbécil.

—Volvemos a eso, ¿no? ¿Qué tal un gracias? —Me enderecé y me limpié la parte inferior de la cara con la camiseta.

Eve observó el movimiento y se sonrojó.

—¿Quieres que te dé las gracias, como si me hubieras hecho un servicio? —preguntó en un tono mordaz que era mitad fastidio, mitad vergüenza.

—En realidad, no. —Me llevé la mano al cinturón y me lo desabroché, bajándome la cremallera y sacando mi polla rígida—. Preferiría que mostraras tu agradecimiento poniéndote de rodillas y abriéndote de par en par.

Se incorporó lentamente y se quedó mirándome la polla, vagamente ansiosa.

—¿Quieres que te la chupe?

—Viendo que es tu primera vez, no espero una buena mamada. Me conformaré con follarte la garganta hasta que me corra.

—¿Hablas en serio?

Apoyé una mano en la cabecera junto a ella.

—Claro que sí. Lo justo es justo, cariño.

Vio dudando mi polla tensa.

—No hay manera de que pueda meter eso en mi boca.

Extendí la mano y le agarré la barbilla, manteniéndole la cara cautiva.

—Deja que yo me ocupe de eso. De rodillas.

Sus ojos destellaron de ira ante mi orden, pero había suficientes restos de lujuria y curiosidad como para ponerla de rodillas. Podría haberle follado la boca mientras ella estaba sentada en la cama, supuse, pero no sería lo mismo. Nunca olvidaría la imagen de ella arrodillada delante de mí. Era glorioso. Mi pequeña Cenicienta, finalmente humillada y donde pertenecía.

Estaba viendo mi erección.

—Tócala, por Dios. ¿Crees que puedes hacer que me corra mirándome la polla? —Mi voz era áspera mientras el deseo se apoderaba de mí. Mi polla latía con su propio pulso, la humedad goteaba de la punta.

—Eres jodidamente el peor —murmuró y extendió la mano, rodeando mi polla. El contacto me sentó mejor que nada, ni siquiera que cualquier droga que hubiera tomado.

—Y sin embargo estás a punto de atragantarte con mi polla y tragarte mi semen. Abre bien la boca, cariño —le ordené, agarrándola por la mandíbula y guiándola hacia adelante.

Abrió y se metió la cabeza en la boca. La explosión de calor y el rizo de su lengua fueron casi suficientes para que me corriera ahí mismo.

—Buena chica. Tienes un talento natural para chupármela, Eve —la arrullé y recibí como recompensa una mirada furiosa.

Me abalancé sobre ella y la sorprendí introduciéndole unos centímetros más en la boca. Habló a mi alrededor y la vibración me hizo mover los dedos de los pies.

—Gime y murmura todo lo que quieras, ahógate y amordázame... eso no cambia lo mucho que te gusta estar de rodillas, chupándomela.

Me introduje más y sus manos se alzaron para apoyarse en mis muslos. Yo era grande y ella tenía la boca abierta, al igual que los ojos. Me apiadé de ella y me retiré un poco, y ella aspiró aire por la nariz, pero luego volví a penetrarla, más profundamente que antes. La mano que tenía en la mandíbula bajó hasta su cuello y disfruté de la sensación de los músculos de su garganta convulsionándose a mi alrededor. Le follé la boca.

Su boca se deslizaba sobre mí más fácilmente con cada embestida. Antes solo la estaba molestando, pero resultó ser cierto, Eve era jodidamente buena en esto. Me dejaba llegar hasta el fondo y nunca se quejaba. Pasó la lengua por la cabeza de mi polla y chupó la parte inferior, que estaba muy sensible. Siempre tenía que ser la mejor en todo lo que hacía, y esto no era diferente.

—Tienes un talento natural, cariño. Creo que por fin hemos encontrado tu vocación en la vida. Tal vez así es como te castigue por joderme la vida entera... encadenarte a la pared de mi habitación y follarte esta boquita caliente siempre que me apetezca... mantenerte a

dieta de mi semen hasta que hayas pagado tu deuda conmigo. Romperte, como tú me rompiste a mí.

Estaba a segundos de correrme, no había forma de contenerme. El sonido húmedo de mi polla entrando y saliendo de su boca flexible me estaba deshaciendo. Su olor y el sabor de su coño en mis labios eran demasiado. Agarré su garganta y la penetré todo lo que pude. Sentí el momento en que mi polla se deslizó por su garganta, presionando contra mi mano envuelta alrededor de la esbelta columna.

Se atragantó a mi alrededor, ahogándose mientras yo me corría con fuerza, bombeando chorro tras chorro de esperma caliente por su garganta. La sostuve en su sitio y la obligué a beber hasta la última gota. Ella no vaciló, realmente tenía talento. Me tragó hasta el fondo, dejando que solo la más pequeña perla de semen goteara por un lado de su boca. La vi luchar durante mi orgasmo, la visión de su cara bonita, con la boca llena de mi polla, era lo mejor que había visto nunca. Nunca lo olvidaría.

Me empujó hacia atrás en cuanto mi polla dejó de palpitar, y salí de entre sus labios húmedos.

—¡Imbécil! ¿Cuánto jodido semen fue eso? ¿Fue normal?

—Probablemente no. Fue un largo verano, lo ahorré todo para ti. —Solté una carcajada.

Me incliné y la tomé fácilmente por debajo de los brazos. Pesaba poco, a pesar de ser alta para ser una chica, y tenía curvas en todos los sitios adecuados.

No pude evitar inclinarme y besarla de nuevo.

—Tengo semen en la boca —susurró contra mis labios, como si eso pudiera repugnarme.

—Me gusta que sepas a mí —repliqué, apartándole un mechón de cabello detrás de la oreja. Lo sentía tan suave como siempre.

—¿Supongo que superaste lo de que te tocaran? —preguntó Eve, curiosa.

Negué con la cabeza.

—No, no lo hice, y nunca lo haré.

—Tocarte no parece ser un problema en este momento —observó un momento después.

—Hmm, no lo es, ¿verdad?



No supe por qué me vino el sueño esa noche. Me dormí saciado y relajado. Debería haber podido dormir bien.

Empezó como siempre. Estábamos en Miller's Pond. Hacía demasiado frío para estar ahí solo con abrigos finos, pero mi mamá no parecía darse cuenta. Tenía el grueso libro de mitología griega que tanto le gustaba sobre el regazo y un chal sobre los hombros. Hacía juego con la bufanda que se había atado sobre el cabello suelto.

Pensé que se veía hermosa. Siempre lo había pensado. Tenía diez años y no sabía que aquel día en Miller's Pond, cuando mi mamá me leyó la historia de Aquiles y su mamá, Tetis, sería el último que pasaría con ella.

—En la boda de Tetis con Peleo, a la que asistieron muchos dioses poderosos, apareció una que no estaba invitada. Eris, diosa del caos, conocida por causar conmoción. Lanzó una manzana de oro a la multitud, con la inscripción 'A la más bella'.

—¿Tetis atrapó la manzana? —le pregunté.

Ella negó con la cabeza.

—No. Paris lo hizo, pero esa es una historia para otro momento. Tetis y Peleo tuvieron a Aquiles, un niño destinado a ser más grande que su papá. Para protegerlo, la mamá de Aquiles lo bañó en el río Estigia para hacerlo invencible.

Respiró hondo y relajó sus frágiles hombros. Había adelgazado tanto que la ligera brisa que soplaba al otro lado del estanque podría haberla hecho volar.

—Ven, Aquiles. Vamos a bañarte en el río Estigia y hacerte invencible. —Me vio y me tomó la mano con fuerza, apretándola contra su mejilla consumida—. Tú serás mucho más fuerte que tu papá y que yo, Beck.

Tienes que ser más fuerte que yo. —Respiró hondo—. Necesitas ser imparable, Beck.

Se levantó y caminó hasta la orilla, su largo camisón cayó al agua. Ya nunca llevaba ropa normal, hacía poco que dejó de salir de su habitación o de su cama. Me sorprendió insistiendo en ir a algún sitio, los dos solos, esta mañana llamó a la escuela para reportarme enfermo. Mi papá no estaba en casa; últimamente nunca estaba. Estábamos solos ella, yo y un ejército de enfermeras privadas y personal de la casa.

—Necesitas ser invencible, no como yo... vive por mí, Beckett. Sé feliz por mí, mi hermoso niño.

La seguí, temblando en el agua fría.

Ella me vio y se rió. Era un sonido como de campanas de plata.

Fue el último día de mi infancia.

Un recuerdo perfecto.

21

Eve

Los sonidos me sacaron de mis sueños. Me desperté de repente, sentándome en la cama y viendo la habitación a oscuras. Se oyó un gruñido y un murmullo, seguidos del sonido de las sábanas agitándose. Salí de la cama vacilante y me acerqué de puntillas a Beckett.

Era un mar ondulante bajo las sábanas.

Me acerqué y le agarré del brazo.

—Beckett, despierta, solo estás soñando.

Se apartó de mí, presa de la pesadilla que lo atormentaba.

—¡Beck! —Lo llamé más fuerte y lo sacudí.

Se levantó de un salto, me miró fijamente sin verme, y lo siguiente que supe es que estaba de espaldas en su cama, con él inclinado sobre mí.

—¿Beckett? Solo estabas soñando —murmuré.

Su rostro tenía una expresión tensa y torturada. Aún parecía medio dormido, con un pie aquí y el otro en el país de los sueños.

Sus manos me apretaban los hombros, su maldito agarre era tan fuerte sin esfuerzo. Intenté zafarme de sus dedos castigadores, pero era inútil. Él no estaba en casa en este momento.

—Beckett, despierta —susurré. Había algo en despertar a alguien tan profundamente perdido en sus sueños que parecía que debía hacerse con delicadeza.

Una salpicadura de líquido caliente me golpeó la cara y parpadeé. *¿Qué demonios era eso? ¿Me estaba escupiendo?* Abrí la boca, a punto de partirle la cara, cuando una gota golpeó mi labio. Era salada.

Él estaba llorando.

Era la segunda vez que veía llorar a Beckett Anderson, y esta vez, solos en la oscuridad, encerrados en un sueño que claramente le destrozaba el corazón, el momento me conmovió. Beckett ya no era solo un extraño para mí, era una presencia más grande que la vida en mi vida. El primero.

Las palabras de nuestra primera noche juntos llenaron mi corazón y lo hicieron doler. *"Es peor ser bueno estando solo. Soy un puto experto"*. En este momento, su soledad era algo palpable.

Me moví instintivamente, algo dentro de mí respondió a la emoción sincera del tipo que me retorcía el corazón. Me acerqué a su cara y le limpié debajo de los ojos con los pulgares. Sus anchos hombros temblaron casi imperceptiblemente. La tristeza me rodeó la garganta con una mano gruesa y la aplastó, y mis propias lágrimas me punzaron los párpados. Su emoción era demasiado fuerte, no podía evitar sentirla. Podía saborear su miseria.

—Está bien —le murmuré, mientras mis dedos patinaban sobre la cicatriz. La piel estaba ligeramente levantada. La acaricié ligeramente, luego le pasé un brazo por los hombros y le acaricié la espalda.

Sin previo aviso, se puso encima de mí. Su cuerpo se acopló perfectamente al mío, sus piernas se deslizaron entre las mías y sus caderas se acunaron en las mías. Su cara descansó entre mi hombro y mi cabeza, en el pliegue de mi cuello. Soltó un largo suspiro, mientras yo seguía frotándole la espalda en lo que esperaba que fueran círculos reconfortantes.

—Todo está bien ahora. Estoy aquí, no estás solo. —dije las palabras que me vinieron en ese momento de ensueño—. No estás solo. —Esa frase parecía ser la correcta, porque su respiración acelerada se calmó cuando la dije.

Respiré lentamente, esperando que mi calma se apoderara de él. Al cabo de unos instantes, pareció que sí.

—Todo está bien —volví a murmurar y me permití mi propio momento de debilidad, y me abracé a sus anchos hombros, disfrutando de su peso, de la abrumadora sensación de estar atrapada bajo él. Fue extrañamente catártico. Por mucho que estuviera decidida a mantener mi corazón a salvo de la adicción de un tipo como Beckett, no estaba segura de estar consiguiéndolo. Estar acostada a oscuras con él en ese momento, mientras me mostraba esa parte de sí mismo que estaba segura de que solo yo había visto, era más difícil que nunca.

Al cabo de un rato, estaba segura de que se volvió a quedar dormido, así que intenté cambiarme a mi lado sin hacer ruido.

Su brazo me envolvió, aprisionándome al colchón para que no pudiera escapar.

—Solo un poco más, Cenicienta, solo un poco más.

Su murmullo fue tan sorprendente que me estremecí.

—¿Estás despierto? —pregunté y volví a poner mis manos en su espalda.

Su voz era un débil rumor.

—No, y tú tampoco. Todo esto es solo un sueño.

Y sin más, se quedó quieto, acostado en mis brazos en la oscuridad.

Le acaricié la espalda y me esforcé por no enamorarme del tipo que me odiaba y juró hacerme la vida imposible. No podía ser tan tonta, ¿cierto?

Cierto.

A la mañana siguiente, me apresuré a subir las escaleras del edificio de Negocios, tarde para Introducción a la Economía.

Beckett ya se había ido a entrenar cuando me desperté en su cama. *Me desperté en la cama de Beckett.* La idea me daba vueltas. De alguna manera

dormimos así el resto de la noche. Me desperté extendida y comodísima. Las sábanas olían a Beckett y a mi cuerpo le gustaba mucho ese olor. La idea de dormir juntos el resto de la noche hizo que se me encendieran las mejillas. De algún modo, me parecía aún más íntimo que lo que pasó justo antes.

La clase acababa de empezar cuando entré tan silenciosamente como pude. Como llegué tarde, no iba a ponerme adelante. Me coloqué en la última fila, saqué mi cuaderno de la mochila e intenté concentrarme. Desde tan atrás, podía ver a todo el mundo. Faltaba una inconfundible cabeza oscura.

Beckett no había venido.

Ese pensamiento me inquietó. ¿Estaba avergonzado? ¿En qué estaría pensando?

Seguí tomando notas y luché por concentrarme durante toda la clase. Al final, el profesor Jefferies levantó la vista.

—Eve Martino, ¿puedes verme después? —preguntó—. Pueden retirarse —dijo al resto de los alumnos.

Caminé hacia la parte delantera, sintiendo que la ansiedad me invadía.

—Hola, profesor, ¿quería verme?

Jefferies estaba ocupado apilando sus apuntes y guardando su portátil en la mochila.

—Sí, quería comprobar si estás bien con tu compañero de tarea.

Parpadeé, sorprendida por su preocupación. ¿Por qué iba a ofrecerme cambiar de pareja? Leyó mis silenciosas preguntas y suspiró, viendo por encima de mi hombro. Seguí su mirada y vi que el último alumno se iba. Estábamos solos.

—Mira, podría meterme en problemas por decir esto, pero sinceramente, el señor Anderson no es conocido por ser un estudiante aplicado, y sé que estás aquí con una beca y no puedes permitirte hacerlo mal.

Debería haberme sentido aliviada por la oferta del profesor. Era la oportunidad de deshacerme de Beckett como compañero. En lugar de eso, la curiosidad se puso al frente de mis preguntas.

—¿Cómo sabe eso de Beckett? Quiero decir, el año escolar acaba de empezar.

Jefferies se encogió de hombros.

—Conozco a su mamá, Colette. Me dijo que él lucha por mantenerse concentrado en la escuela.

—Su madrastra —lo corregí automáticamente—. Colette es su madrastra.

—Bueno, como sea, creo que ella lo sabría. ¿Quieres cambiar de pareja o no?

Colette otra vez. Se me revolvió algo en el estómago y negué con la cabeza.

—¿Estás segura? —preguntó Jefferies—. Estoy dispuesto a cambiarte.

—No, está bien. Beckett y yo podemos trabajar juntos. Está bien.

Jefferies me estudió durante un largo momento y luego se encogió de hombros como si se estuviera lavando las manos.

—Muy bien, pero espero de ti un buen trabajo. Tienes aptitudes para el tema. No quiero que te vengas abajo.

—No lo haré. —Consulté mi reloj mientras me alejaba—. Será mejor que me vaya. Tengo que ir a trabajar.

—Claro, que tengas un buen fin de semana —dijo Jefferies, ya absorto en recoger sus cosas, despidiéndome sin otra mirada.

Estaba segura de que, desde su punto de vista, intentó ayudar a la becada. Si ella no aceptaba esa ayuda, no era su problema. ¿Acababa de cometer un gran error?

No.

Después de anoche, no podía darme la vuelta e intercambiar parejas. Simplemente no podía hacerlo. Si eso me convertía en la mayor idiota

del mundo, no había nada que pudiera hacer al respecto. Solo esperaba no arrepentirme.

El día se alargó interminablemente mientras me apresuraba a hacer un turno en Chickadee y luego tomaba el autobús hasta The Dunes. Lo peor del club era el largo paseo desde la parada del autobús si no tenías auto. Mi hermano dejó la moto en casa, pero yo no tenía ni idea de conducirla ni tiempo para aprender. Tenía que tomar el autobús.

Ya me dolían los pies al empezar mi turno en The Dunes, y sabía que me dolerían diez veces más al terminar, y después de la caminata de vuelta a la parada del autobús. Lo peor de todo era que le prometí a Isabelle que iría con ella a la fiesta de la fraternidad Omega Psi Zeta. Solo de pensarlo me daban ganas de arrastrarme a casa y dormir durante una semana, pero una promesa era una promesa.

Iba por la mitad de mi turno cuando fui a levantar un pedido de una pareja sentada al fondo del bar.

Eran Soren y Colette Anderson. Otra vez.

Soren hablaba por teléfono y parecía ignorar a su esposa la mayor parte del tiempo. Le tomé el pedido y me fui corriendo. Ya había tenido bastante de los Anderson. Estaba agotada.

No llegué muy lejos cuando una mano huesuda se posó en mi brazo.

—Eve, ¿podríamos hablar? —Colette me siguió.

Me encogí de hombros, incapaz de negarme. Desde que descubrí que me mintió sobre Nueva York, me daba más miedo de lo normal.

Fuimos a un lugar tranquilo, y Colette me vio con una sonrisa.

—Escuché que Beckett y tú se hicieron íntimos en la escuela.

—¡No! Quiero decir, lo normal. Nada ha cambiado —protesté rápidamente. Sentía que se me encendían las mejillas y que lo de anoche estaba escrito en mi cara para que Colette lo viera.

Colette negó con la cabeza.

—Estoy segura de que eso no es cierto, querida. Si están en las mismas clases, es natural.

No tenía nada que decir, así que esperé a que continuara.

—La cosa es que Beckett tuvo algunos problemas durante el verano, aparte del incidente del robo. Tuvo algunos problemas de... adicción. —Colette pronunció la última frase con el máximo efecto dramático. Cuando no respondí a su actuación operística de aficionada, continuó—. Su papá está muy preocupado por él, tanto que está reestructurando su horario de trabajo este año para estar más cerca de casa.

Eso era inesperadamente considerado por parte del ocupado multimillonario. Colette, sin embargo, no parecía nada feliz.

—Eso podría ser bueno para él, y para todos ustedes —aventuré.

Colette sacudió la cabeza, irritada, alisando un mechón rebelde de su cabello rubio con sus uñas impecables.

—El trabajo de Soren es su prioridad, no debería distraerse de él porque Beckett se porte mal, y a su edad, nada menos.

Okey, parecía que alguien no quería a su esposo más cerca.

—¿Cómo puedo ayudar? —le pregunté a Colette. Necesitaba volver al trabajo, y esta conversación era rarísima.

—Bueno, si Beckett está bien y no vuelve a caer en su adicción, seguro que Soren podría relajarse. No tienes ni idea de lo que ya le costó toda esta debacle. Creo que si alguien cercano pudiera echarle un ojo, tranquilizaría a su papá y volvería al trabajo.

—¿Quién, yo? ¿Quiere que le informe sobre Beckett? —la pregunta salió bruscamente.

Colette entrecerró los ojos.

—Míralo como otro trabajo extra que añadir a tu lista. Tu familia siempre fue trabajadora de confianza, y no me refiero a informar, sino a asegurarte de que tu amigo no vuelva a tomar pastillas, para que su papá pueda relajarse y volver a su vida normal. ¿Es mucho pedir? Te pagaré por las molestias, por supuesto.

—No sé si me siento cómoda con eso —admití. ¿Qué demonios era esto? Lo que fuera, no quería formar parte de eso.

—Bueno, hazlo gratis entonces. Asegurarte de que tu amigo no recaiga es una bondad, Eve. Estoy segura de que puedo confiar en tu compasión.

Me sonrió, confiada en que seguiría sus edictos, y se dio la vuelta.

—Beckett nunca fue a Nueva York para recibir tratamiento. Él mismo me lo dijo. —La acusación salió disparada de mi boca antes de que pudiera detenerla.

Colette se quedó inmóvil un largo rato antes de mirarme.

—No, al final no fue. Soren trajo al médico. Aunque pensamos que iría, por eso te lo conté.

—Dijo que ya se había ido —insistí, aferrándome tenazmente a la forma en que ella tergiversó todo—. Cuando estuvo aquí todo el tiempo.

Dejó escapar un suspiro.

—Sinceramente, Beckett ya había dejado muy claro lo que sentía por ti y por todos los implicados en el incidente. Sabía que no quería verte, y solo los disgustaría a los dos si te lo decía a la cara. Te estaba ahorrando la vergüenza, Eve. De una mujer a otra.

—Oh, okey —murmuré, con las mejillas encendidas de nuevo. Había algo tan condescendiente en el tono de Colette, que me sentí más pequeña que nunca.

—Ahora, mejor vuelve al trabajo. Gracias por ayudar a su papá, Eve. Soren realmente lo apreciará.

Y sin más, se fue sin darme otra oportunidad de protestar.

22

Eve

Unas horas más tarde, Isabelle me ponía al día de los chismes del campus mientras nos arreglábamos para ir a mi primera fiesta griega.

—Ahora, pase lo que pase, tenemos que permanecer juntas, a menos que una de nosotras tenga suerte, en cuyo caso, la otra se queda hasta que se acabe y nos vamos juntas a casa. —Isabelle enlazó su brazo con el mío y estábamos subiendo los escalones de la Casa Omega Psi Zeta y sorteando a los borrachos sentados en ellos.

—Okey, ¿quién está siendo la abuela ahora?

—No es ser abuela —protestó—. ¿No lees el *Herald*? Anoche atacaron a otra chica.

—¿Qué? ¿En el campus?

—Sí, en el campus. Volvía tarde de la biblioteca y alguien la agarró y la arrastró hasta los arbustos. Estuvo a punto de ser violada y probablemente lo hubieran hecho si la furgoneta de seguridad del campus no hubiera pasado en ese momento.

—Es horrible, no tenía ni idea. —Parecía una locura que en un campus tan bonito y frondoso como el de la HHU pudiera haber un depredador que acechara a las estudiantes por la noche y las agrediera. Me estremecí, repentinamente fría en mi vestido de inspiración griega.

Entramos en la fiesta.

El interior de la casa de Omega Psi Zeta estaba repleto de gente. Siguiendo la temática griega, todo el mundo iba vestido de blanco. Para los chicos, "tema griego" parecía significar una sábana alrededor de las

Ahora ella es mi compañera de clase...
...mi compañera de cuarto y mi pupila.

caderas y aceite corporal en el pecho, sin olvidar las máscaras doradas que todos llevaban.

La mayoría de las chicas llevaban trajes más elaborados. Yo llevaba el cabello recogido en trenzas, un vestido blanco prestado de Isabelle que estaba a un paso de ser totalmente indecente. Después de la semana que pasé y del desconcertante encuentro con Colette Anderson, necesitaba soltarme... o eso me decía a mí misma.

Seguí a Isabelle por la casa hasta la cocina, donde se puso a preparar nuestras bebidas.

Tomé un largo trago del cóctel que me preparó y arrugué la nariz por el fuerte sabor.

—¿Qué es esto?

—No sé, yo lo creé... llamémoslo el Especial Isabelle.

—Delicioso y muy inflamable —me reí. Observé divertida cómo sacaba una tarjeta plastificada del bolso—. ¿Qué es eso?

—Cartón de bingo de experiencias de novata... clasificación X. —Me vio sugestivamente con las cejas.

—¿Un cartón de bingo? —Leí en voz alta algunas de las casillas. Reprobar un examen. Correr por el campo. Ser esposada a una cama.

—Ritos de iniciación para novatos. Alguien los repartía y me parecieron divertidos.

Mi mirada recorrió el papel.

—¡Montar la cara de un deportista! ¡Isabelle!

—Te dije que era una versión para adultos. Toma, te traje uno, además de algunos detalles para que te resulte más fácil tachar las cosas —se rió. Metió la mano en el bolso, tomó una bolsa de papel marrón y me la dio, junto con otro cartón y un bolígrafo—. Vine preparada para tachar una. —Señaló un cuadrado azul en el cartón.

Vi dentro de la bolsa y vi la curva plateada de lo que parecían unas esposas, la cerré rápidamente y la metí en mi mochila. Isabelle era mucho más salvaje de lo que creía.

—Esta noche, voy por "desmayarme en una fiesta de fraternidad" —leyó en voz alta—. Creo que la única forma de hacerlo es bebiendo.

Me reí.

—Sí, o caer por las escaleras, supongo, si todo lo demás falla.

—Preferiría hacerlo bebiendo. Dejemos lo de las escaleras como plan b.

—Buen plan.

Lily aún no había llegado. Sus papás la sorprendieron con una cena tardía para celebrar su primera semana en la universidad, así que Isabelle y yo llegamos primero a la fiesta.

En el salón retumbaba una música ensordecedora. Había tanta vibración que los vasos rojos de la mesa de la cocina se movían sin que los tocaran. Intenté concentrarme en las conversaciones a mi alrededor, pero estaba agotada. El trabajo en The Dunes era muy bien pagado, pero las noches en vela me mataban.

—Bueno, mira quién es. Dos veces en una semana. Suerte la mía —una voz cortante y horriblemente familiar habló por encima de la música.

Me giré para ver quién se nos había unido. Selena, y su amiga, Winter DeLaurie. La verdad es que Winter me caía bien. Su nombre era muy apropiado, ya que era fría como el hielo y tenía poca paciencia con cualquiera. Era una de las únicas estudiantes cuyo patrimonio rivalizaba con el de Beckett. También era una de las únicas chicas cuyas reacciones afiladas podían bajarle los humos a mi engreído gemelo. Winter y Asher nunca estaban de acuerdo, y siempre era divertido ver los fuegos artificiales.

Ella estaba deslumbrante esta noche, con el cabello dorado platinado recogido en una trenza corona con hojas de laurel doradas entrelazadas. Una máscara colgaba de sus dedos. Su vestido no eran simples sábanas, sino un hermoso modelo de gasa blanca que cubría perfectamente su cuerpo de porrista. Selena, la reina zorra que estaba a su lado, no era tan guapa, y su expresión de falsa amabilidad solo la hacía más fea.

—¿Qué te parece HHU? —me preguntó Winter, ignorando a Selena tan completamente que era como si no hubiera hablado.

—Está bien... es mucho para asimilar —murmuré en mi vaso.

Selena, aburrida de que la ignoraran, se acercó a la barra y se preparó un cóctel.

—Sí, lo sé. Es como, ¿cuál es el punto? —Winter reflexionó, viendo a los chicos que hablaban en la cocina, con el desdén pintado en sus delicadas facciones. Si hubiera un póster del nihilismo, Winter ganaría sin duda alguna.

Presenté a Isabelle con Winter y Selena y acepté un vaso de Selena. Los pasó a nuestro alrededor y sostuvo el suyo en el centro para brindar. No me fiaba lo bastante de Selena como para beberme lo que me preparó, pero como era lo mismo que el suyo, me pareció lo bastante seguro.

Bebí un trago de lo que me dio. Era muy fuerte y después tosí.

—Cariño, actúas como si nunca hubieras tomado un Long Island. —Selena puso los ojos en blanco.

—No lo había hecho.

—¿En serio? Relájate y vive un poco. Suéltate —me animó Selena, y se movió a mi alrededor para verter más en mi vaso. Golpeó el suyo con el mío.

Me quedé viendo el líquido ámbar. ¿Debería beber más? Quería dejar de pensar y evadirme de la realidad aunque solo fuera un par de horas. ¿Estaba tan mal?

Asentí y bebí profundamente. Selena aplaudió cuando me acabé el vaso de un trago. Sentía la cabeza confusa, pero agradablemente, como si todos mis problemas se esfumaran.

—¿Quieres otro? —me preguntó Selena, tratando de servirme más.

—No. Es suficiente. —Le aparté la mano.

—Hmm, peso ligero, ¿verdad? Me lo imagino.

La gente entraba en la cocina y me llegaban retazos de conversación, voces masculinas. Algún que otro tipo me agarraba de la cintura o intentaba hablar conmigo. Yo flotaba en una bruma de éter químico.

Mi teléfono no paraba de sonar. El ruido era molesto. Finalmente, contesté.

—¿Dónde estás? —Lily exigió.

—En la fiesta. ¿Estás aquí? —Me giré y entrecerré los ojos por la cocina, como si Lily pudiera estar a mi lado.

—No. Acabo de cambiarme. Estoy lista para salir. ¿Dónde estás?

—¡Estoy aquí, esperándote! —Casi grité en el teléfono.

—Okey, estaré ahí pronto.

—Me quedaré aquí hasta que llegues.

—¿Dónde estás exactamente? —fue lo último que oí antes de perder el control de mi celular y que cayera al suelo de la cocina.

Un fuerte silbido me desconcentró y rápidamente me olvidé de mi búsqueda.

—Vaya, vaya, pero si es mi nueva novia —bromeó una voz conocida.

Parpadeé al ver al recién llegado.

—Eres tú, el futbolista rubio, el primo de Isabelle —balbuceé.

Warner sonrió y me rodeó la espalda con un brazo.

—Seguro que sí. Ven, vamos a darte otro trago.

23

Beckett

La práctica fue brutal. La recuperación de la adicción me había colocado en una extraña situación en la que experimentaba cosas que solían ser normales como si fueran nuevas. Hicimos ejercicios de manejo del palo y de tiro, y luego nos agotamos con sprints. Chocamos hasta que me dolieron los costados, pero lo disfruté más de lo que debería. El dolor tenía algo de liberador, y lo acepté como todas mis tendencias autodestructivas.

Cada vez estaba más en forma y más fuerte. Sentía que mi cuerpo volvía a la vida, que mis músculos recuperaban toda su fuerza. Me estuve poniendo en desventaja, ahora podía verlo, y casi me costó todo lo que me importaba: Salir de la sombra de mi papá y entrar en la NHL. Por primera vez desde el verano y el giro radical que dio mi vida, no extrañaba poder tomarme una pastilla y ahogar el mundo durante unas horas.

Tenía una nueva adicción para llenar ese vacío y ella empezaba a colarse en todos los espacios de mi cabeza.

No quería volver a la habitación después del entrenamiento. Necesitaba un poco más de tiempo. Anoche fue otra de mis primeras veces. Dormir al lado de alguien. Después del sueño sobre mi mamá, y la terrible soledad y pérdida que sentí al despertar, la presencia tranquilizadora de Eve hizo algo dentro de mí. Llenó un agujero. Cubrió una grieta. Me pasó las manos por el cabello y me abrazó con fuerza, y yo dejé de ser el chico solitario solo por una noche. Solo era yo. Me desperté con ella acostada sobre mí, nuestras posiciones cambiaron durante la noche, su olor me envolvía, su suave piel contra la mía.

Fue la mañana más tranquila de mi vida.

No sabía qué demonios pensar de eso, así que la evité, como un marica.

A continuación, me dirigí al gimnasio. Me gustaba levantar pesas cuando no estaba en el entrenamiento. Me gustaba la soledad y la tranquilidad del gimnasio un fin de semana por la noche, cuando todo el mundo tenía cosas mejores que hacer con su tiempo libre.

Me dolían las costillas de la paliza que me dieron en el hielo. Estaba débil. El verano me dejó así. No, no solo el verano. Durante años, me entregué a la calma química y dejé que la debilidad se colara en mi cuerpo. Fui un cobarde; ahora lo veía. Me escondí, y ahora ese tiempo perdido podía costarme caro a la hora de jugar en serio. Necesitaba recuperar fuerzas, y solo podía hacerlo con sudor y esfuerzo.

Pensé recompensarme por mi duro trabajo yendo al centro a ver si había alguna carrera a la que pudiera apuntarme. Nunca pasé tanto tiempo sin sentir la emoción de las carreras en el pequeño montaje de Sammy.

—Nos volvemos a encontrar. —Cayden salía del vestidor al mismo tiempo que yo.

—Creo que el entrenador fue lo suficientemente duro con nosotros hoy como para satisfacerte incluso a ti —señalé. Nadie era tan duro como Cayden.

—Y sin embargo, tú también estás aquí —dijo—. Solo intentaba relajarme antes de la fiesta.

Salimos al aire fresco de la noche.

—¿Qué fiesta?

—Una fiesta para novatos en una de las fraternidades.

—Eso no suena para nada a tu estilo, hombre.

Cayden asintió con pesar.

—A donde va Pecas, yo también voy.

—Ya veo. Déjame adivinar: Eve convenció a Lily para ir a una fiesta de mala muerte y ahora tú también tienes que ir. ¿A qué fraternidad?

—Creo que era la casa Omega Psi Zeta. Voy para allá en un rato. Eve pasó la primera ronda de pruebas para porristas, así que están celebrando.

¿Es era cierto? ¿Eve creía que iba a dejarla entrar en el equipo de porristas y arriesgarme a que se consiguiera un novio imbécil? Era la peor pesadilla de Asher. No tenía ni idea de las cosas que los jugadores de fútbol decían de las porristas. Eso no le iba a pasar a Eve. No lo permitiría.

Tonta Cenicienta. Aún no es hora de ir al baile. Todos los pensamientos de ir a correr esta noche se desvanecieron sin dejar rastro.

Seguí a Cayden por las escaleras que salían del gimnasio.

—¿De verdad? Te acompaño. También podría ver una fiesta de fraternidad alguna vez, ¿no?

Me propuse como norma personal no frecuentar nunca Greek Row. No me interesaban nada las chicas de las hermandades ni las fiestas de fraternidad. A decir verdad, podría haber pasado fácilmente por toda mi experiencia universitaria sin tener que soportar una. No tenía ni idea de lo que pensaba Cayden de mi repentino entusiasmo por ir a la fiesta. Me levantó una ceja, diciendo mucho, sin decir nada.

Conduje hasta ahí y me estacioné fuera de la casa, el Maserati atrajo la atención de la horda que respiraba por la boca. Era uno de los cuatro autos que tenía en el campus. Tenía un pase especial para entrar con todos los vehículos que quisiera, a diferencia del resto del alumnado.

La casa estaba llena de tipos sudorosos gruñendo que estaban tan borrachos que no veían bien. Me abrí paso entre la multitud, sobrio y más grande que todos ellos. Vi a mi alrededor y no encontré ni rastro de Eve.

Ahora ella es mi compañera de clase...

...mi compañera de cuarto y mi pupila.

Cayden vio a Lily y se abrió paso entre la multitud para alcanzarla, esparciendo cuerpos borrachos a su paso. Se besaron durante un tiempo insoportable antes de salir a la superficie.

—¿Dónde está tu amiga? —grité hacia Lily por encima de la terrible música.

Lily se encogió de hombros.

—No la encuentro. Yo también acabo de llegar.

Exploré la planta baja e incluso di una vuelta. Una especie de furia oscura y retorcida burbujeó en mis entrañas. *¿Dónde demonios está?* Joder a Eve era mi nuevo pasatiempo, *era mía*, y más valía que nadie se interpusiera en mi camino.

Vi hacia las escaleras. Más le valía no estar en un dormitorio con alguien. Si lo estaba, uno de esos idiotas de fraternidad iba a morir esta noche.

Subí las escaleras de dos en dos y empecé a abrir puertas en el pasillo. Parejas en diferentes estados de desnudez se separaron a mi paso.

Abrí la puerta del último dormitorio y escudriñé el lugar, e inmediatamente reconocí la mochila de Eve puesta sobre la cama. Tenía al menos cinco años, un estilo que solía ser popular pero que hacía años no lo era.

Un futbolista de cabello color arena estaba sentado en la cama, viendo el celular con una cerveza en la mano. Lo reconocí del partido de la otra noche. Este hijo de puta iba a tener un mal día. El sonido de unas arcadas violentas provenía del baño contiguo.

—Oye, hombre, esta habitación está ocupada —dijo el imbécil, levantando por fin la vista de su teléfono. Sus ojos se iluminaron al reconocerme—. Eres Beckett Anderson, ¿verdad?

Entré en la habitación y cerré la puerta con un giro de muñeca.

—¿Y tú eres?

—Warner James. Juego fútbol aquí.

—¿Quién está en el baño, Warner? —pregunté con calma.

—Una chica, la compañera de cuarto de mi prima. Eve o algo así, pero no pierdas el tiempo, hermano, me la pido yo.

Me golpeé la barbilla con un dedo.

—Ah, sí. ¿Cómo me la pido en este caso?

Warner sonrió.

—Significa que si quieres un poco, tienes que esperar tu turno.

—Mi turno. ¿Y si no quiero esperar mi turno?

La sonrisa de Warner se deslizó una muesca.

—Qué pena.

Di un respingo y negué con la cabeza.

—No creo que sea una pena para mí... creo que es una pena para ti.

Warner estaba claramente tratando de entender a dónde demonios quería llegar.

—¿La conoces o algo así?

—Ambos. —Había suficiente amenaza en esa palabra para hacer retroceder a Warner.

—No pasó nada. No intenté nada. Está demasiado borracha. No es mi estilo.

Saboreando la sangre en el aire, le sonreí. Aplastar la nariz de algún hijo de puta bajo mi puño sonaba divertido en este momento.

—¿No lo es? Pero creía que tú tenías derecho.

Warner se encogió de hombros.

—Solo bromeaba. ¿Y a ti qué te importa? ¿Eres su novio? No sabía que el niño rico alto y poderoso del campus tuviera novia, y menos una como ella.

Le sonreí con satisfacción y me empujé de la puerta, llegando hasta él en dos largas zancadas. Warner estaba de pie, frente a frente conmigo.

—Profundiza en el comentario de 'menos una como ella' —murmuré, bajo y letal.

Warner guardó silencio.

—Vamos, señor Parlanchín. Explícate, si te atreves.

Un músculo se tensó en la mandíbula del atleta y volvió a encogerse de hombros, sin la confianza de antes.

—No sé, pobre, una chica becada, como mi prima. No quise decir nada malo con eso, son solo hechos.

No me paré a pensar, simplemente reaccioné. Mi puño chocó con la nariz de Warner con un crujido, y la sangre salpicó mi mano al golpearlo. Intentó apartarse, pero no fue lo bastante rápido. Estaba acostumbrado a golpear a la gente; la violencia formaba parte de mi naturaleza. Él no tenía ninguna posibilidad.

Usé su camiseta para sujetarlo mientras lo golpeaba. Cayó de rodillas y le di una patada en el costado. No sabía exactamente qué era lo que me había sacado de quicio. Llamarla pobre, traerla aquí cuando estaba demasiado borracha para mantenerse en pie, o tal vez solo porque se estaba interponiendo en mi camino. Como sea, mi ira era abrasadora.

Un fuerte estruendo y el sonido de cristales rompiéndose en el cuarto de baño rompieron la neblina roja que descendía sobre mí.

—Más te vale que ella respalde que no pasó nada, o te juro que van a estar limpiando tus fragmentos óseos del campo de fútbol durante años.

Warner resopló, pero era hueco. Estaba asustado. Bien, debería estarlo.

Le sonreí con mi sonrisa de idiota más depravada.

—Y no olvides que este multimillonario engreído puede hacer lo que le dé la jodida gana contigo y con toda tu familia.

Me incliné y Warner se puso rígido.

—Para mí, eres tan pobre como Eve. Todos en este campus lo son. No tienes suficiente dinero para salvarte de mí, y si le hiciste algo a ella...

Ahora ella es mi compañera de clase...

...mi compañera de cuarto y mi pupila.

nadie lo hará. —Lo empujé bruscamente hacia atrás, y cayó sobre la cama con un gruñido.

—Lárgate de aquí antes de que decida tirarte por la ventana —le espeté antes de dirigirme a la puerta cerrada del baño. Algo se me ocurrió por el camino. Un método para matar dos pájaros de un tiro—. E imbécil: esa chica de ahí adentro no va a convertirse en porrista. Jamás. ¿Entiendes? Ella no es carne para el equipo. Ella está fuera. Asegúrate de eso.

Estaba agachado, todavía agarrado por en medio. Su rostro ensangrentado reflejaba su confusión. *Dios, estaba mudo.* Di un paso hacia él y se sobresaltó.

—Lo entiendo. Está fuera.

—Ahora sal de mi puta vista —murmuré, intentando abrir la puerta del baño.

Estaba cerrada. Toqué con fuerza.

—Eve, abre la puerta.

El silencio respondió a mi orden.

—Eve, ábrela ahora, o romperé la maldita cosa.

Silencio de nuevo. La preocupación me llenó. ¿Y si se rompió algo y se lastimó, o se estaba ahogando con su propio vómito en ese mismo instante? Entonces habría muerto, igual que mi mamá, y yo volvería a estar solo. Siempre solo.

Sin pensarlo dos veces, di un paso atrás y pateé la puerta. La cerradura se astilló con facilidad y la puerta se abrió de golpe.

Eve estaba desplomada en el suelo junto al retrete. Tenía un vaso de agua roto agarrado con una mano. Había gotas rojas esparcidas por la baldosa y un par de huellas de manos ensangrentadas decoraban su ajustado vestido blanco. Su piel brillaba en la penumbra, una combinación dinamita con su vestido claro.

Ella estaba herida. Una furia como nunca conocía me inundó.

Primero tomé el vaso y desenredé sus dedos del fragmento. Tenía algunos cortes profundos.

Llegué tarde. Debería haber llegado antes. Mientras fui un maldito cobarde, posponiendo ir a casa a verla después de que me consolara la noche anterior, ella se emborrachó o tal vez incluso se drogó.

Cogí una toalla que parecía limpia y se la envolví en la mano.

—¿Asher? —murmuró Eve cuando toqué su mano.

Cuando no contesté, lo intentó de nuevo.

—¿Lil?

—Adivina otra vez, Cenicienta —murmuré, secándole la cara y echándole el cabello hacia atrás.

Sus párpados se agitaron y gimió suavemente.

—No, tú no.

Pasé por debajo de ella y la levanté en mis brazos. Era imposible que ella saliera caminando de aquí. Al abrazarla sentí una punzada en el pecho.

—Yo —confirmé, para su decepción. No me molestó demasiado. Estaba acostumbrado a decepcionar a la gente de mi vida.

Pasé por encima de los cristales rotos y volví al dormitorio. Warner, el jugador con ganas de morir, se había ido. Dejé a Eve un momento en la cama y tomé una manta para envolverla. Era toda curvas, apenas disimuladas por esa puta excusa de vestido. De ninguna manera iba a llevarla a través de una casa de chicos de fraternidad rebuznando así.

Una vez envuelta, la levanté de nuevo y me dirigí escaleras abajo. Afuera, la multitud seguía rodeando el Maserati.

—Muévanse —ladré y la bajé con cuidado al asiento del copiloto.

El apartamento siete estaba en silencio cuando llevé a Eve adentro. Me alegré de que el resto de los chicos estuvieran fuera, no quería que nadie más la viera así.

La dejé en el sofá y le quité los tenis. Tenis con ese vestido. Debería haberse visto ridículo, pero de alguna manera funcionaba en ella. Se dejó caer en el sofá en cuanto la solté.

—Dame la mano, Eve —le ordené, molesto por la forma en que se agitaba.

Me apartó los dedos cuando intenté sentarla. Me irritó el estado en que se encontraba. Estaba claro que no tenía la más mínima intención de seguir las reglas que le impuse. Después de todo, no me tenía miedo. Supuse que se debía a esa noche en la farmacia, o tal vez a cómo me veía siempre, a pesar de mis esfuerzos por esconderme. Ella me vio y no tenía miedo. No sabía cómo sentirme al respecto.

La inspeccioné en busca de otros cortes. Se veía jodidamente sexy, tirada indecentemente en el sofá.

Me agaché y observé su rostro, desde los pómulos altos hasta sus labios carnosos. Era tan hermosa y tan increíblemente frágil. Podría haber pasado cualquier cosa con ese hijo de puta jugador de fútbol y ella no habría podido evitarlo. El pensamiento me puso lívido y me provocó un cortocircuito cerebral. Se acercó demasiado a todas las cosas en las que nunca me permito pensar.

Tomé un botiquín del cuarto de baño, seguro de poder curarle la mano. Yo mismo me curaba pequeños cortes después de los partidos muchas veces.

Me arrodillé lentamente ante ella, guiándola de espaldas contra el sofá. Se acercó voluntariamente, se incorporó y se estremeció cuando le toqué la palma de la mano, y la apartó.

—Dame la mano —le ordené, tomándosela antes de que pudiera protestar.

Se mordió el labio y emitió un chillido de dolor cuando empecé a limpiarle los cortes de cristal de la palma de la mano.

—Sé suave —me advirtió.

Presioné la bola de algodón con desinfectante en los cortes.

—No es mi estilo.

Dejé a un lado el algodón ensangrentado y tomé la crema antiséptica. Se la froté. Ella siseó e intentó apartar la mano.

—Quédate quieta o te obligaré. —Mi voz era un gruñido profundo.

Resopló, pero no volvió a desafiarme.

—¿Cuál era el plan ahí esta noche?

—Tachar otro número del cartón del bingo. Se supone que es divertido. No lo entenderías —balbuceó.

¿Cartón de bingo? ¿De qué demonios estaba hablando?

—Sí, bueno, la resaca de mañana va a ser muy divertida.

Me vio con ojos sombríos.

—No voy a tener resaca. No se tiene resaca con tres copas.

—¿Tres copas hicieron esto? No lo creo.

No había manera. Claro, Eve no era una bebedora, pero era joven, con un hígado fuerte, y ya había vomitado. Debería sentirse mejor, pero en lugar de eso, se aferraba al sofá como si fuera un barco en mares turbulentos.

—¿Alguien más te preparó un trago? ¿El chico con el que estabas?

—No estuve con ningún tipo.

—El rubio.

—Solo me enseñó dónde vomitar. —De repente soltó una carcajada—. No te pongas celoso, Beck. Sigues siendo mi grano en el trasero número uno. ¿Odias cuando te llamo Beck?

Sacudí la cabeza antes de poder pensar mi respuesta.

—Pero odias ese apodo —señaló.

Volví a negar con la cabeza.

—No lo odio. Me encanta, solo que no me gusta que venga de la persona equivocada.

—¿Yo soy la persona adecuada? —preguntó, embriagada.

Ahora ella es mi compañera de clase...
...mi compañera de cuarto y mi pupila.

Sí.

—No me molesta que lo uses —me conformé con decir. Esta noche, mientras Eve estaba fuera de sí, sin filtro y cruda y hermosa como el infierno, no era el momento de decirle cómo meterme con ella se convirtió en la mejor parte de mi día.

Terminé de ponerle las vendas en los cortes y se las alisé. Cuando levanté la vista, me estaba viendo.

—No puedes engañarme —susurró.

Esperé a que continuara.

—Que me cuides, que me salves... no puedes engañarme. —Su voz era insegura.

—¿Me lo preguntas o me lo dices? —musité.

Me movió el dedo en la cara.

—Me odias. Desearías que no estuviera aquí. No querías volver a verme. Me culpas.

Estaba divagando. Sabía que mañana no se acordaría de mucho, así que aproveché la oportunidad para ser sincero, por una vez.

—No te odio, Eve —murmuré—. Ni siquiera puedo intentarlo.

No parecía oírme.

—Ponerme un parche no significa que seas un buen tipo...

—Nunca he pretendido serlo, Cenicienta. Sé lo que soy. Un tipo malo, hasta la médula. —*Roto*.

—Lo sé. Los chicos buenos no besan como tú.

Tenía un rizo de cabello cerca de la ceja. Se lo aparté.

—Tienes mucha experiencia besando a chicos buenos, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza.

—Solo he besado a chicos malos.

Aunque sabía a ciencia cierta que era virgen antes de mí, supuse que tampoco la habían besado nunca. Eso me pareció durante el atraco en la farmacia esa noche, pero tal vez había besado a algún que otro chico. La idea me hizo enojar irracionalmente.

—Dame sus nombres.

El gruñido posesivo apenas me había abandonado cuando ella se inclinó y encajó su boca contra la mía. Sus labios se movieron de una forma poco práctica. Su técnica era descuidada y carente de confianza. Su saliva aún sabía a vómito y, sin embargo, todo mi cuerpo respondió. Tomé el control del frenético beso, ralentizándolo, encajando nuestras bocas a la perfección y acariciando mi lengua sobre la suya.

Se agarró a mi camiseta y me jaló hacia ella. La apreté contra el sofá y mi boca se movió sobre la suya con determinación.

Mierda. Besar a Eve era siempre lo mejor de mi puta semana.

Se retorció contra mí. Mi pecho la cubría por la mitad y ella presionó sus tetas contra mí. Su mano agarró la mía y la jaló hacia abajo, entre sus piernas. Solo un breve trozo de encaje separaba su coño caliente de mi mano.

Todavía no, Cenicienta, todavía no, pero pronto. Quería que Eve fuera dolorosamente consciente cuando me suplicara que me la follara otra vez.

Con esfuerzo, aparté mi mano de su coño y la apreté contra su cabello. Ella gimió en mi boca mientras yo la agarraba del cabello y le echaba la cabeza hacia atrás para devorarla aún más a fondo. Moví mis caderas en el lado del sofá. Que Eve me alcanzara primero fue un placer por el que no sabía estaba desesperado hasta que ocurrió.

Pero... no era ella misma, y esto no podía ir más lejos. Me encantaba ver la rendición en sus ojos, cuando su lujuria ganaba a su sentido común y a su aversión hacia mí. Me encantaba verla suplicar, sabiendo que había perdido la batalla contra mí.

Con un gemido, separé mis labios de los suyos y me acerqué a su oreja, lamiendo el delicado caparazón hasta que se estremeció.

—¿A qué vino eso? —pregunté con la voz ronca.

—Eres el único hombre que me ha besado... y lo haces bien. Te dije que solo he besado a tipos malos.

Esas palabras me produjeron una patada de satisfacción posesiva. ¿El único hombre? *Diablos, sí.* Me gustaba esa idea. Me gustaba mucho.

—Estoy muy cansada. ¿Es normal estar tan cansada por tres copas?

No, pero es por un roofie.

—Duerme ahora, Evie. Te vas a sentir fatal por la mañana, y te lo mereces por romper mis reglas.

—Tú y tus reglas —murmuró, curvando los labios en una sonrisa antes de dormirse. Su rostro se relajó y sus ojos se cerraron.

Por primera vez podía verla todo lo que quería.

Limpié el material médico usado de la mesa y me lavé las manos en el baño.

Seguía durmiendo cuando volví junto a ella y la tomé en brazos. Hacía frío en el salón por la noche y ella estaba medio desnuda. La llevé a nuestra habitación y, mientras caminaba, se acurrucó en mi pecho, buscando consuelo. El movimiento hizo que mi corazón latiera de forma extraña, como si hubiera olvidado cómo hacerlo durante mucho tiempo y acabara de recordarlo.

Aparté las mantas para ponerla sobre las sábanas, la acosté en su cama y me detuve sobre ella un largo rato.

Ella estaba realmente aquí, toda mía, en la oscuridad conmigo. No podía dejarla dormir con esa ropa, ¿verdad? Estaba manchada de sangre y vómito. Me parecía mal dejarla con ella puesta. Su vestido brillaba en la penumbra y quería que desapareciera. Mis manos se dirigieron al dobladillo antes de que pudiera detenerme. Aún estaba empalmado por nuestro beso y la lujuria me nublaba el pensamiento.

Se lo subí hasta la cintura y vi sus bragas. De encaje rosa neón. Me quedé mirándolas un minuto entero. Esperaba algo más deportivo y

práctico, como sus bragas habituales. Eve estaba llena de sorpresas. Se movió, arqueando la espalda, tratando de ponerse cómoda.

El vestido le quedaba ceñido y quitárselo por la cabeza parecía imposible. Había unas tijeras en su mesita de noche. Me acordé de ellas por el minucioso fisgoneo que llevé a cabo cuando se mudó a mi casa y que inmediatamente me jodió la determinación de mantenerme alejado de ella. Tomé las pequeñas tijeras doradas. Este vestido no era decente para llevarlo en público. Al menos no para Eve. Sería la última vez que se lo pusiera.

Puse la cuchilla en el dobladillo y rasgué la tela elástica hacia arriba sin el menor remordimiento. Se abrió como la mantequilla y el blanco dejó paso a su celestial piel aceitunada. Se rasgó entre sus pechos y se abrió.

Hijo de puta.

No llevaba sujetador. ¿Sabía Asher que su hermana iba a fiestas de fraternidad sin sostén? Se sentía como si debiera ser ilegal o algo así.

Sus tetas sonrosadas me veían fijamente, perfectamente maduras y redondas. Sus pezones me guiñaron un ojo. Se puso de lado y se echó un brazo sobre el pecho, buscando consuelo en su sueño. Me dolía la polla. Una profunda sensación de arrastre surgió de mis pelotas. Era la necesidad de acercarme a esa mujer. Volví a levantarla entre mis brazos antes de que pudiera cuestionarme y la llevé a mi cama. Durmió ahí la noche anterior, así que ¿por qué no esta noche? Incluso podía engañarla y decirle que se metió ahí ella misma.

No lo pensé demasiado. Eve era mía y yo hacía lo que quería con mis cosas. No podía imaginármela con nadie más. No podía soportar ni siquiera intentarlo. Se sentía mal a un nivel muy profundo. Ella me pertenecía. *Era mía.*

Eve me llamaba mimado, rico y arrogante... y era verdad. Estaba acostumbrado a conseguir lo que quería, o a tomarlo. Eve estaba pasando a encabezar la lista de cosas que empezaba a pensar que necesitaba. Estaba tan empalmado, excitado hasta lo indecible al verla en

mi cama, que sabía que nunca podría dormir a escasos centímetros de ella sin correrme.

Jalé el vestido y lo cerré en un puño, desabrochándome el cinturón con la otra mano. Mi respiración se agitó en la silenciosa habitación y me acaricié la polla, dolorosamente dura. De pie frente a ella, completamente vestido, con la polla desnuda asomando furiosamente por la bragueta abierta y el grueso miembro apretado en mi mano, me permití contemplar el objeto de mi nueva obsesión.

Tenía el cabello esparcido por la almohada. Imaginé que ahora me inclinaba sobre ella, le agarraba el cabello con fuerza para que su cabeza quedara atrapada y forzaba mi polla entre sus labios carnosos y rosados. Se despertaría con la boca llena de mí. O enganchando esas bragas a un lado y empujándome dentro de ella. Sabía por experiencia que era muy apretada. La penetraría y la follaría despacio para que no se despertara ni le doliera, y luego me correría cuando estuviera enterrado hasta el fondo. Después, la sacaría y la dejaría llena de semen.

¿Ella tomaba la píldora? Mi papá aún podría tener su escandalosa boda forzada después de todo. El hijo del multimillonario y la hija de la de la limpieza. El príncipe y su cenicienta. El chico solitario y la chica celosa. La idea de que Eve pudiera quedarse embarazada de mi hijo no me asustó lo suficiente; de hecho, me calentó. Mi Tiny, hinchada y llena de mí, unida a mí irrevocablemente, mía...

Solo de pensarlo me corrí rápidamente. Mi polla palpitó en mi mano, y apreté la bola del vestido blanco arruinado sobre mi punta, evitando a duras penas que un chorro golpeara a mi Eve dormida, pero fallé un poco, y la crema blanca salpicó su piel bronceada, brillando como perlas. Hermosa.

La visión de mi semen en su cuerpo solo alargó mi orgasmo infinitamente. Mierda, quería hacerle cosas malas a esta mujer. Respirando agitadamente, esperé hasta que la última gota de semen me abandonara antes de limpiar el desastre con la prenda. No usé el vestido para limpiar a Eve. Usé los dedos para masajear mi semen en su piel. ¿Olerá a mí ahora?

Dejé el vestido en la papelera del baño, cubierto de sangre y semen, me lavé las manos y volví junto a mi tentadora durmiente. Me metí en la cama a su lado y, casi de inmediato, se dejó llevar por mi calor. Su cuerpo se ajustó al mío como si hubiéramos sido diseñados para encajar. Como en la carpintería china, las piezas intrincadas se convierten en un todo encajando a la perfección y formando una unión más fuerte que ninguna otra, Eve llenó mis brazos como si yo hubiera sido diseñado para sostenerla.

Acaricié su cabello hacia atrás y disfruté de la textura satinada de sus largos rizos. Después de toda una vida con las mejores sábanas que el dinero podía comprar, no podía negar que nada me parecía tan suave ni tan exclusivo como la piel de Eve Martino contra la mía.

Solo yo podía lastimar a esta mujer. Era mía para tenerla. Mía para conservarla. Mía para destruirla. No me importaba si ese deseo me volvía retorcido más allá de lo salvable o demasiado jodido para vivir. No importaba. Ella era mía, y había dejado de contenerme para que se diera cuenta. *Mía*.

Mañana se lo recordaría.

24

Eve

Me desplomé en el asiento de Cool Beans, haciendo una mueca de dolor mientras la máquina de café chirriaba a lo lejos. Llevaba la gorra calada y lentes de sol. A pesar de haberme disfrazado, la primera resaca de mi vida me encontró. Al menos ya no me daba la luz en los ojos.

Pensé que un paseo al aire libre me ayudaría con la resaca, pero no estaba haciendo nada. Si estaba buscando ritos de iniciación, tener una resaca que te hiciera pensar que realmente podrías morir era bastante normal.

Lo odiaba tanto. Nunca volvería a beber así. La noche anterior era un borrón. Me había despertado con un dolor de cabeza atroz, tirada en la cama de Beckett como si fuera mía. Lo peor era que él mismo seguía en la cama, con el brazo enredado en mi cintura y su erección matutina clavada en mi trasero. ¿Me metí ahí yo sola? ¿Qué pasó anoche? Me arrastré lentamente fuera de la cama para evitar despertarlo y que me contara lo mucho que me había avergonzado la noche anterior. Me guardaría ese pequeño capricho para más tarde, cuando volviera a casa.

Recordaba estar en la cocina, y a Winter y Selena llegando. Recordaba vagamente las manos de alguien en mis caderas y a un tipo llevándome al baño cuando me sentí mal.

Inspeccioné la palma de mi mano apoyada en la mesa y vi las tiritas pegadas cuidadosamente sobre mi piel. No recordaba haberme cortado ni haberme puesto una tirita. Todo lo que pasó después de vomitar estaba completamente en blanco.

La puerta de la cafetería se cerró de un golpe, haciéndome dar un respingo. Me estremecí ante el fuerte ruido, deseando poder quitarme la cabeza del cuello durante un par de horas hasta que dejara de martillearme tan implacablemente.

—¡Oye! ¿Qué pasó contigo anoche?

La voz de Isabelle me devolvió a la realidad y parpadeé con los ojos entornados.

—Oh, chica. ¿Tienes mucha resaca?

Asentí, con la cabeza golpeándome con cada movimiento.

Isabelle se sentó en la silla frente a mí.

—Necesitas beber mucha agua. Mucha.

—Voy a matarte a ti y a tu cartón de bingo. ¿Qué pasó anoche? No me acuerdo —confesé.

—A mi primo le dieron una buena paliza. Se está portando como un niño —anuncia Isabelle.

Me senté más erguida.

—¡Lo siento mucho! ¿Qué pasó?

—No lo sé con seguridad. Dice que estaba con una chica y su novio irrumpió y le dio una paliza. No sé si es verdad, no quiere decir quién era el tipo.

Brumosos flashes de la noche anterior bailaron frente a mis ojos. Warner subiendo las escaleras conmigo.

—*Conozco un lugar tranquilo, nadie te molestará.*

—Creo que me ayudó cuando me sentía mal. Me llevó arriba, tal vez. —Me apreté la cabeza como si eso pudiera hacer aflorar los recuerdos.

Isabelle bebió un trago de su café con leche, con los ojos muy abiertos.

—¿Luego qué?

Sacudí la cabeza.

—No me acuerdo.

—Mierda. Es horrible. Está siendo inusualmente reservado sobre todo el asunto, y Warner no es exactamente un tipo callado. Algo pasó, y está avergonzado o asustado.

—¿De quién tendría miedo tu primo? —Tomé otro trago de agua.

—¿En este campus? No tengo ni idea. Como sea, ¿al menos te divertiste? ¿Bailaste y te besaste con alguien?

Ante las burlonas palabras de Isabelle, un recuerdo se me metió en la cabeza. Una mano fuerte en mi cabello, echándome la cabeza hacia atrás, unos labios moviéndose sobre los míos. Una lengua empujando dentro de mi boca y la sensación de un cuerpo sólido apretándome contra el sofá. Me pasé una mano por los labios.

—Creo que besé a alguien —susurré.

Isabelle vio a su alrededor y se inclinó, igualando mi tono.

—¿Está aquí?

Me encogí de hombros.

—¡No lo sé! No me acuerdo.

—¿Entonces por qué estamos susurrando?

Me eché hacia atrás y me reí entre dientes, aunque el esfuerzo me dolía en la cabeza.

—Cierto. No sé.

—¿Fue Beckett?

Sus palabras se hundieron como piedras en mi vientre.

—¿Por qué dices eso?

—Porque él te sacó de la fiesta después de que te sintieras demasiado mal para caminar.

—¿Lo hizo? —Claro, acabé en la cama de Beckett, pero no tenía ni idea de cómo. Por lo que sabía, vuelto pude haber tambaleándome al dormitorio.

Isabelle asintió.

—Eso fue un poco sexy.

Me cubrí las mejillas encendidas con las manos heladas.

—No pudo haber sido Beckett. No le gusto así. —*¿Fue él?*

Isabelle consideró mis palabras.

—Debe haber sido alguien antes de que te sintieras mal, entonces. ¿Mi primo?

Solo de pensarlo me entró otra oleada de náuseas. Sacudí la cabeza.

—Definitivamente no.

—Hmm, es un misterio. Tendremos que mantener los oídos abiertos para cualquier chisme de la fiesta. Probablemente fue algún tipo de fraternidad al azar en un rincón oscuro al principio. Otro rito de iniciación, en el que yo también participé.

Isabelle se lanzó a una descripción detallada del chico con el que se enrolló mientras el beso medio recordado de la noche anterior se repetía en un bucle infinito en mi cabeza. ¿Qué demonios pasó?

Para rematar los peores días de la historia, más tarde me dirigía a la biblioteca cuando recibí un mensaje de texto de un número desconocido. Lo abrí y me paré en seco en la acera.

Número desconocido: *Hey No. 8, solo quería que supieras antes de la próxima prueba que estamos reduciendo el número de nuevas reclutas para el equipo, y debido a eso, no pasarás a la siguiente ronda. Que tengas un buen año, y por favor, ¡prueba de nuevo el año que viene!*

Me quedé viendo el mensaje un rato más y guardé el teléfono. Por supuesto. Estaba condenada a no entrar nunca en el equipo de porristas. No sabía por qué creía que podía cambiar eso. Ahogando el ardor en mi pecho por el rechazo, continué hacia la biblioteca.

Había una tormenta de emociones dentro de mí y, sinceramente, no sabía cómo estallaría exactamente. Podría gritar, podría llorar. Podría reír maníacamente durante unas horas. Podía hacer todas a la vez. El

rechazo de las porristas parecía confirmar todas las inseguridades que me acosaban constantemente. No pertenecía a este lugar. No podía permitírmelo. No era lo bastante buena. Era una tontería pensar que podía formar parte de todo esto como lo hacían otras personas. Mi cabeza se llenó de dudas y críticas. El agua siempre encuentra su nivel, y yo estaba encontrando el mío.

Seguí caminando hacia la biblioteca. La resaca hacía más difícil de lo normal apartar los pensamientos negativos de mi cabeza. Necesitaba que acabara el día. Si conseguía superarlo, todo iría mejor.

Estaba a medio camino de la biblioteca cuando vi una cabeza de cabello color arena que me resultaba familiar junto a un carrito de café. Me desvié hacia él. Me estaba preguntando cómo estaría el primo de Isabelle, y aún tenía lagunas de la noche anterior.

—¡Hey, Warner! —Toqué su brazo para llamar su atención.

Dio un respingo y el café caliente le salpicó la muñeca.

—¡Lo siento! Deja que te lo limpie. —Tomé unas servilletas y le limpié la manga.

—Está bien. Déjalo —dijo rápidamente, viendo a su alrededor—. Deja de tocarme —espetó.

Di un respingo y bajé mi mano.

—Lo siento. Solo quería saber cómo te sentías. ¿Isabelle dijo que te atacaron?

Él resopló.

—¿En serio? —Tenía la cara hecha un desastre. Tenía los ojos morados, el labio partido y muchos moretones.

—Sí, en serio. ¿Por qué no iba a preguntártelo en serio?

Volvió a ver a su alrededor, con una pizca de nerviosismo en su corpulento cuerpo.

—No importa. Tengo que irme.

—¡Espera! Quería preguntarte por lo de anoche —dije y lo seguí.

Caminaba a grandes zancadas por los senderos del campus y era un esfuerzo seguirle el ritmo.

—¿Qué pasa con eso?

Desesperadamente no quería que nada hubiera pasado entre nosotros, me di cuenta cuando me imaginé besando a Warner. Un escalofrío de asco me recorrió. No me gustó en absoluto. Seguía habiendo un solo hombre al que había deseado de verdad, y no tenía ni idea de lo que estaba pasando entre nosotros.

—Bueno, esto es un poco embarazoso, pero no puedo recordar nada. ¿Pasó algo entre nosotros? Recuerdo el baño... —Me golpeé contra su espalda.

Se detuvo tan bruscamente que no me di cuenta a tiempo.

Se dio la vuelta y me escrutó.

—¿De verdad me estás preguntando eso? ¿Quieres que me maten?

El pavor se formó en la boca de mi vientre.

—¿Qué significa eso?

Sacudió la cabeza y vio a su alrededor antes de acercarse.

—Mira, no te debo una mierda, pero le agradas a Isabelle, así que considera esta advertencia como un favor. Búscate otro novio. El que tienes está jodidamente loco.

—No tengo novio —dije lentamente.

Warner soltó una carcajada e hizo una mueca cuando el movimiento le tiró del labio partido.

—Bueno, seguro que alguien se cree tu novio. Él no tiene tus mejores intereses en el corazón, y tú deberías saberlo. Yo también querría que alguien le advirtiera a mi prima si captara el interés de alguien como él.

—No sé de qué me hablas —dije, alarmada y confundida.

Warner me estudió un momento y luego asintió.

—Oh, él es bueno. Se le da bien ocultarlo. ¿Recibiste algún mensaje sobre las porristas hoy?

El miedo que sentía en el estómago se transformó en un fuego furioso. Asentí con la cabeza.

—Sí, dale las gracias a tu no-novio por eso. Niño Rico Psicópata.

—¿Estás diciendo que Beckett Anderson pidió que me excluyeran del equipo?

Warner se rió entre dientes.

—¿Pidió? Seguro. Ten cuidado con él. No está bien de la cabeza. Me tengo que ir.

Se dio la vuelta y se alejó, caminando rápidamente con la cabeza agachada. Nervioso. ¿Qué demonios hizo Beckett? ¿Le pegó? Warner no lo dijo específicamente, pero parecía bastante obvio. Sin duda le echó la culpa de lo del equipo de porristas. Beckett siempre se burló de mí por lo de las porristas y mi incapacidad para pasar el corte.

Aún así, me impactó que se metiera en mi vida.

La decepción enfermiza que sentí momentos antes encontró su propósito, endureciéndose en ira. ¿Creía que podía controlarme? ¿Decirme lo que tenía que hacer? Estaba tan enojada que no pude respirar por un segundo. *Pase lo que pase, no voy a dejar que gane.* Había una cuenta pendiente entre Beckett y yo, y yo no iba a caer sin luchar.

Saqué el teléfono del bolsillo y llamé a Lily. Ella contestó al segundo timbrazo.

—Iba a llamarte. Tengo la mejor mesa de la biblioteca. Está cerca de ese radiador que funciona en la tercera planta y la máquina de café y el la máquina de snacks.

Incluso cuando la ira fundida como la lava hervía en mi pecho, mi mejor amiga aún podía hacerme sonreír. Nadie se entusiasmaba con la biblioteca como Lily, y yo la amaba por eso.

—Estaré ahí en un rato. Quería hablar con tu papá primero, si pudieras conseguirme una reunión.

—¿Mi papá?

—Sí. Necesito al entrenador Williams.

La única persona que podía distraerme de mi enojo con Beckett era mi mamá, y me alegré mucho de verla entrar en la cafetería mientras yo trabajaba más tarde. La resaca había remitido poco a poco, aunque solo una buena noche de sueño la arreglaría de verdad.

Comí unas papas fritas saladas y bebí refresco entre mesa y mesa, y poco a poco empecé a sentirme humana. Seguía molesta por lo del equipo de porristas y Beckett, pero conseguí hablar con el entrenador Eric y me sentía mucho mejor.

Cuando mi mamá entró en la cafetería, mi día dio un vuelco.

La abracé fuerte antes de que se metiera en un reservado.

—¡Bueno, eso fue agradable! ¿Por qué fue? —Me sonrió.

—No te vi en toda la semana —murmuré. Pasar de verla todos los días en casa a hablar solo por teléfono era duro, aunque viviéramos en la misma ciudad. Estaba tan ocupada intentando seguir el ritmo de las clases y de todo el trabajo que podía meter con calzador que apenas tenía tiempo para respirar, por no hablar de ir a casa a visitarla.

—Bueno, estás muy ocupada, y supongo que eso es bueno —se rió mi mamá. Pidió lo de siempre y sacó el celular del bolso, entrecerrando los ojos ante la pantalla. Necesitaba lentes de lectura, pero eso era solo otra cosa en la lista que ponía al final una y otra vez.

Frunció el ceño y pulsó sobre la pantalla.

—¿Cómo se responde a un comentario? —preguntó.

Siempre estaba pidiendo consejos técnicos. Asher era mucho mejor que yo en todo eso, pero incluso yo sabía algunas cosas.

Tomé su teléfono y le enseñé. Mi dedo se detuvo sobre el mensaje que acababa de copiar. Vi los números del grupo. Ninguno tenía nombre, solo números. Estaba bastante segura de que mi mamá solo tenía dos números guardados con nombre. Asher y yo.

Parpadeé ante uno de los números del grupo.

—¿Quién es el que está enviando mensajes?

—La señora Linton. Este es el chat del grupo de limpieza. La tecnología hoy en día, es tan difícil mantenerse al día. ¿Para qué quiero chatear en línea, si veo a la mayoría de ellas unas pocas veces a la semana? —Mi mamá se encogió de hombros elocuentemente y se zampó su comida.

Seguía viendo los mensajes. Uno de los números me llamó especialmente la atención.

Tenía cerebro para los números. Se me quedaban grabados patrones y secuencias. El número que estuve viendo durante la mitad del verano tenía una pequeña serie de números primos en el centro. Me llamó la atención.

El número de Beckett.

¿Por qué Beckett estaría en el chat de grupo para el personal de la casa en Cliff Point?

Saqué el celular para asegurarme de que mi mente no me estaba jugando una mala pasada. Al desplazarme hacia abajo, encontré el número que me envió el mensaje que me rompió el corazón hacía unos meses. Era el mismo. Parecía que Beckett estaba realmente en este chat de grupo. Me invadió una sensación de ansiedad.

—Mamá, ¿de quién es este número? —pregunté señalando el número en el chat.

Mi mamá echó un vistazo.

—Es el de la señora Anderson.

—¿Es el número de Colette?

Mi mamá asintió, completamente inconsciente de que hizo pedazos todo lo que yo creí durante meses.

—Dime, *mi vida*, ¿cómo van las clases? ¿Tienes ya alguna asignatura favorita?

Me centré en mi mamá y dejé de lado con gran esfuerzo la ansiedad por el número. Estaba claro que lo que pasó durante el verano era mucho más que eso, e iba a llegar al fondo del asunto.

25

Eve

Estuve pensando en lo que averigüé durante todo el camino de vuelta al campus.

¿Debería decírselo a Beckett? ¿Y si dañaba su relación con su madrastra? O peor, ¿y si no le importaba? No estaba segura de poder soportarlo.

Apoyé la cabeza en la ventanilla del autobús y dejé escapar un largo suspiro. Claro que cuando éramos pequeños no había cariño entre Beckett y su madrastra, pero él era un niño pequeño en duelo. Seguro que ahora se llevaban bien, pero Colette me mintió y se hizo pasar por Beckett para enviarme ese cruel mensaje... algo no encajaba con la idea de que solo fuera una madrastra preocupada. Algo más estaba pasando, y no tenía ni idea de qué.

Beckett nunca te ignoró. Nunca te dejó tirada.

Esas palabras me calentaron el pecho, y la rabia que sentí antes por lo del equipo de porristas disminuyó ligeramente. Seguía siendo un imbécil furioso, pero ¿existía la más mínima posibilidad de que él pensara que fui yo quien lo ignoró todo el verano? ¿Había alguna forma de que su molestia estuviera justificada? ¿Esperaba verme? Se me encogió el corazón al pensar en él herido y solo, esperando a que yo apareciera... solo para sentirse decepcionado.

Cuando llegué a casa, él estaba en la cocina preparándose un batido de proteínas. Cuando se puso de pie, pude ver la línea de su cicatriz. ¿Él creía que yo lo había abandonado?

—Buenas noches, Cenicienta. Me preguntaba cuándo ibas a aparecer... después de lo de anoche, no estaba seguro de que lo hicieras. —Me sonrió con satisfacción.

El calor me lamió las mejillas. Mierda, ¿por qué no podía recordar?

—¿Qué pasó anoche?

—Excepto por romper mis reglas -espectacularmente debo añadir-, estabas de malcriada... digamos que eres malcriada cuando estás borracha y no quieres aceptar un no por respuesta.

El calor de mis mejillas ardió más y luché por no dejar de verlo.

—¿Qué significa eso?

—Significa que te metiste en mi cama y me rogaste que te follara. Fue toda una exhibición.

—Mentiroso.

Se encogió de hombros, indiferente.

—Supongo que eso significa que tú y las fiestas de fraternidad no son compatibles. Otra razón para no preocuparte si no entras en el equipo de porristas.

En cuanto lo dijo, la tímida calidez de mi pecho hacia él se evaporó y mi ira volvió a encenderse.

—¿Estás tratando de consolarme ahora? ¿Después de lo que hiciste?

Crucé la habitación enojada hacia él, tomé el batido de proteínas y lo tiré por el fregadero. Vio cómo se escurría el líquido antes de girarse hacia mí, molesto e imperturbable.

—¿Y qué hice? —preguntó, negándose a ponerse a la altura de mi caótica energía.

—Hiciste que me expulsaran del equipo de porristas.

Asintió con la cabeza.

—Entonces, ¿lo sabes? Bien. No está bien tener secretos entre compañeros de cuarto.

Sus burlas me crisparon los nervios y tuvo el descaro de reírse ante mis ojos.

—Como sea, expulsar es una palabra fea. Solo les dejé claro a todos los violadores de citas del equipo que no ibas a ser carne para ellos.

—¿Violadores de citas?

—¿No recuerdas que te dieron un roofie anoche?

Se apoyó en la encimera. Me tragué mi protesta y repasé las cosas que recordaba. Había muchos huecos, lo admitía. Recordé haber tomado una copa con Warner, muy vagamente, y antes de eso, el potente cóctel de Selena. ¿Quizás solo me emborraché? Era posible.

—No. ¿Cómo sabes que era un roofie?

—No lo sé, solo lo supongo por tu forma de actuar y sabiendo lo poco que bebes —se encogió de hombros.

—¿Le diste una paliza al primo de Isabelle?

Volvió a encogerse de hombros.

—¿Y qué si lo hice? Para ser justos, no sabía que era el primo de tu amiga, pero eso no cambia el hecho de que se lo merecía. No vale la pena correr ese tipo de riesgos. ¿No escuchaste todos los chismes por el campus sobre los ataques?

—Entonces, ¿qué? ¿Se supone que debo pensar que te importo por algo más que para cumplir tu castigo? —dije enojada, pero era inútil. Mi corazón no estaba en eso.

Él me cuidó, y ambos lo sabíamos. Nunca me envió ese horrible mensaje ni me ignoró todo el verano. Tenía el pecho caliente y mi corazón latía deprisa. La bola de resentimiento que llevaba en el pecho hacia Beckett se deshacía rápidamente. En su lugar había un terrible y suave sentimiento hacia el chico que resultó que solo tenía en cuenta mis mejores intereses. Mi primer todo.

Luego volvió a hablar y lo estropeó.

—Hablando de mis reglas de las que tanto haces alarde, mira por ti misma las consecuencias. —Señaló con la cabeza hacia nuestra habitación.

¿Qué demonios hizo? Empujé la puerta para abrirla.

Todo estaba igual... excepto que había un enorme espacio de mi lado donde solía estar mi cama. Ya no estaba. Su lado estaba intacto.

—¿Qué demonios es esto? —pregunté desde la puerta.

—Tu castigo por romper mis reglas. —Habló justo detrás de mí.

Di un salto. Entré en la habitación y me acerqué a mi lado. Había algo diferente. Uno de los cajones de la cómoda estaba parcialmente abierto, lo abrí del todo y me quedé viéndolo. Toda mi ropa había desaparecido.

—Beckett... más vale que sea una broma de mal gusto o...

—¿O qué, Cenicienta? —me desafió, cruzando los brazos sobre su fornido pecho, sonriéndome.

Respiré hondo mentalmente e intenté mantener la calma. Quería volverme loca, así que darle la reacción que quería era hacerle el juego.

—¿Y con qué se supone que voy a dormir?

—No es mi problema. *Si* eres buena... puedes recuperar tu ropa, una prenda a la vez.

—¿Y realmente crees que es una propuesta viable? Yo… —Me corté, encogiéndome por tener que hacerme vulnerable ante él—. No puedo permitirme comprar cosas nuevas.

Beckett asintió, se dio un golpecito en el labio como si estuviera considerando mis palabras y luego se encogió de hombros con una gracia perfecta e indiferente.

—Será mejor que te portes bien, entonces.

Se dio la vuelta y se fue antes de que el libro que tomé para tirarle chocara contra el marco de la puerta.

Si no puedes vencerlos, únete a ellos. ¿Beckett creía que podía intimidarme con esta última maniobra de matón? Bueno, la broma era para él, porque cualquier sentimiento indulgente que se hubiera agitado en mi interior después de que él fuera mi violento caballero de brillante armadura fue pisoteado bajo la necesidad de ganar en nuestro pequeño juego de ojo por ojo. Un juego que llevaba media década gestándose.

Esto era la guerra, y yo tenía la idea perfecta de cómo ganar.

Beckett entró tarde en la habitación, cuando yo ya había comido, me había cambiado y estaba estudiando en mi escritorio. Entró y se sentó en la orilla de la cama, mirándome.

—¿Encontraste algo para dormir, Cenicienta?

—Mmm, sí, no te preocupes por mí. —Mantuve mi atención en mis libros.

Podía sentir su mirada sobre mí, recorriendo mi espalda.

—¿Qué demonios llevas puesto? —preguntó al cabo de un momento.

—Solo algo que encontré por ahí. —Era mentira, no lo encontré por ahí. Fui y se lo pedí prestado mientras Beckett estaba jugando videojuegos con Marcus, distraído en la sala de estar.

—Levántate —ordenó y cruzó la habitación en dos largas zancadas.

—Estoy ocupada. —Me negué a verlo, fijando la vista en mi trabajo—. Buenas noches.

—A la mierda con tus buenas noches —dijo en un gruñido bajo—. Levántate ahora, o te levantaré.

—Siempre tan mandón. —Suspiré y me puse de pie—. ¿Qué pasa?

Su mirada se deslizó por la camiseta que llevaba puesta. Llevaba una camiseta verde y negra de los Hellions y nada más. Los ojos de Beckett se entrecerraron al ver el número estampado en la tela. Tendría que haber visto bien tanto el número como el nombre -Owens, el apellido de Tyler-, sentado al otro lado de la habitación.

—¿Por qué llevas el número de Tyler?

—Porque no tengo nada más para dormir... deberías saberlo. —Le dediqué una sonrisa dulce.

Un músculo de su fuerte mandíbula tembló implacable, comunicando volúmenes de su molestia. Disfruté de cada sacudida.

—Quítatela.

—¿Qué? No.

—Quítatela. O la partiré en dos.

—No te atrevas, si lo haces, mañana le diré al entrenador Eric cómo se rompió. —Mi amenaza solo hizo que las venas salieran aún más en el cuello de Beckett. Amenazarlo para que retrocediera usando al entrenador fue una idea brillante. No podía creer que no se me hubiera ocurrido antes.

—Se va a quitar, Evie, tanto si lo haces tú como si lo hago yo. —La advertencia de Beckett era suave.

Crucé los brazos sobre el pecho, imitando su postura.

—Me gustaría ver...

No terminé la frase cuando sus enormes manos descendieron sobre mí, jalándome hacia él y agarrando la camiseta. Me resistí, aparté sus manos e intenté cruzar la habitación. Me dirigía a la sala de estar; ahí estaba a salvo con Marcus y Cayden todavía pasando el rato. Los oía hablar a través de la puerta.

Beckett me levantó por la cintura cuando intenté correr hacia la puerta y me hizo girar, cayendo los dos sobre su cama. Se me escapó el aliento de los pulmones. Me sujetó los brazos a los costados y yo me retorcí tratando de zafarme de su agarre.

—Te voy a quitar esto ahora, y si dejas de resistirte, consideraré la posibilidad de darte algo más que ponerte —dijo, sujetándome las muñecas con una mano y subiéndome la camiseta con la otra.

—Qué generoso de tu parte —bromeé, haciendo todo lo posible por subirme a la cama y ponerme en posición para la segunda parte de mi plan.

Ahora ella es mi compañera de clase...
...mi compañera de cuarto y mi pupila.

—Lo intento. —La voz de Beckett era divertida.

El pervertido que disfrutó atándome mi primera noche aquí también disfrutaba luchando conmigo en la cama. Eso no debería excitarme tanto, pero lo hacía. No podía negar que sentir su duro cuerpo apretado contra el mío, inmovilizándome, me estaba poniendo muy mojada.

El aire frío me punzó la piel cuando Beckett me quitó la camiseta por encima de la cabeza. Estaba desnuda debajo. No había querido dormir en sujetador y, además, Beckett lo había visto todo de todos modos. Se detuvo al verme. Estaba encima de mí, y yo estaba apoyada en los codos, observándolo mirándome. Un deseo oscuro recorrió su mirada y me hizo sentir sorprendentemente poderosa. Yo le afectaba. Este hombre intocable, rico, poderoso, una estrella del hockey, me deseaba. Este hombre que nunca había parecido desear a nadie... me deseaba a mí.

—¿Y bien? ¿Merezco otra cosa que ponerme? —Interrumpí su lectura.

Se echó hacia atrás lentamente y se giró hacia sus cajones, sacando otra camiseta.

—Levántalos —me ordenó.

Obedecí, levantando los brazos.

Me pasó las manos por las mangas y me bajó la camiseta por el cuerpo. El tacto era sedoso y fresco. Bajé los brazos, todavía sentada en medio de su cama. Extendió la mano y me rozó con un dedo el número que tenía grabado en el pecho.

—Esto te queda mucho mejor, Tiny.

—¿Ah, sí?

Me eché hacia atrás, esperando que Beckett se sentara. Como si estuviera hechizado, lo hizo y se apoyó en la cabecera, justo donde yo quería. La bolsa de trucos de Isabelle por fin me resultaba útil, estaría orgullosa de mí. Ya había atado una de las esposas a un peldaño de madera de la cabecera y escondido la otra debajo de la almohada. Ahora, me incliné hacia adelante, deslizando una mano bajo la almohada, y traté de mantener los ojos de Beckett en los míos.

—¿Qué hago con la de Tyler?

—Quémala. Yo lo haré por ti —murmuró Beckett.

Me humedecí los labios de una forma que me pareció terriblemente exagerada, pero los ojos de Beckett se movieron hacia ahí, distraídos.

—Quédate con la mía. Duerme con ella todas las malditas noches a partir de ahora. No es una petición.

—Pero no tengo cama para dormir —le recordé, agarrando la esposa abierta bajo la almohada, deslizándola lentamente hacia mí.

Él tenía la mano detrás de la cabeza, agarrada a la parte superior de la cabecera. Era una posición perfecta para encerrarlo, si conseguía subir la esposa por el peldaño y acercarla lo suficiente a su muñeca antes de que se diera cuenta.

—Seguro que podemos llegar a un acuerdo... después de todo, ya hemos dormido juntos en esta cama —dijo, con los ojos aún fijos en mis labios.

Su comentario me hizo reflexionar. ¿Se deshizo de mi cama para que pudiéramos dormir juntos como la noche anterior? No tenía ni idea de qué pensar al respecto, pero no podía dejar que me distrajera. El hijo de puta aún tenía toda mi ropa en alguna parte. Todavía no descubría que tiré la mitad de su ropa por la ventana.

—¿Quieres dormir a mi lado? —le pregunté en voz alta, deslizando la esposa por el peldaño lo más silenciosamente que pude. Si giraba la cabeza ahora, lo vería y se acabaría todo. Si no, existía la mínima posibilidad de que me saliera bien la jugarreta.

—A tu lado, *dentro*... algo como eso —dijo con una sonrisa arrogante.

¿Dentro? Esa sola palabra en su tono bajo y sucio me hizo mover los dedos de los pies. La idea de acostarme con Beckett, y de que él durmiera *dentro* de mí, noche tras noche, hizo algo en mi cerebro.

—O puedes suplicarme que te devuelva tu cama, y arrastrarte por mí sobre tus manos y rodillas... —continuó.

Fui capaz de apartar la lujuria que empañaba mis pensamientos. *Sí, claro.* Estaba jugando con él su propio juego, y estaba tan, tan cerca.

Estaba empalmado, su polla levantaba sus bóxers justo delante de mí. No pude evitar pasarle la mano por encima. Cuando se trataba de técnicas de distracción, lo más sensato era ceñirse a lo que había demostrado que funcionaba. Le pasé la palma por el bulto y tragó grueso. Envalentonada por la mirada ardiente de sus ojos, metí la mano en sus bóxers y lo jalé. Era tan largo que, incluso con los bóxers cubriendo la mitad de su longitud, aún quedaba mucho con lo que trabajar. Me incliné hacia adelante y acerqué mi boca a su polla. Estaba segura de que en ese momento podría estallar un volcán en la sala y él no se daría cuenta.

Le lamí la punta de la polla, donde se acumulaba un líquido pegajoso alrededor de la abertura de la cabeza.

—¿Lo estoy haciendo bien?

—Lo estás haciendo perfecto, Cenicienta —murmuró.

Le lamí un poco más y su polla saltó contra mi lengua mientras jugaba con ella. Parecía paralizado al verme acariciarle la polla con su camiseta puesta.

—Nunca te suplicaré nada —murmuré y me acerqué más. Tenía una mano en su polla y la otra preparada para ponerle la esposa.

—Pero tú podrías suplicarme —susurré, justo cuando cerré la esposa alrededor de su muñeca.

Me vio fijamente un momento antes de girar la cabeza para mirarse la muñeca.

—¿Qué te parece, Señor Sigue Mis Reglas? —Lo incité.

Beckett se tomó un segundo para evaluar la situación y luego se abalanzó sobre mí, agarrándome con la mano libre. Me aparté de él, cayendo a un lado y pateando su mano cuando se cerró alrededor de mi tobillo.

—No quieres jugar este juego, Evie —me advirtió Beckett.

Me carcajeé.

—Oh, sí que quiero. *Tú* no quieres jugar este juego porque yo gané —me reí.

Me agarró del tobillo y me arrastró hasta la cama. En un santiamén me quitó la mano del tobillo, la deslizó por mi muslo y me metió dos dedos carnosos.

Jadeé, la repentina invasión era escandalosa y me calentó muchísimo. Me quedé quieta mientras él introducía y sacaba sus dedos de mí, y mi cuerpo respondió inmediatamente. Estaba muy mojada, y los dos lo sabíamos.

Su pulgar encontró mi clítoris y lo rodeó, haciéndome saltar de la cama. Se sentía tan bien. Nada debería sentirse tan bien.

—Lo que vamos a hacer en este momento... es que vas a soltarme la mano y luego dejarme que te folle aquí mismo en esta cama hasta que grites.

—Mmm, no lo creo —jadeé y arqueé las caderas ante sus caricias. Todavía tenía la polla medio sacada y más dura que nunca. Estiré la mano y la rodeé con firmeza.

—Creo que puedes correrte como estamos, y no te quitaré la esposa. Es justo que duermas una noche así, considerando la cálida bienvenida que me diste en esta habitación.

—¿Todavía guardas rencor por eso? Fue hace días, Evie... supéralo.

—Lo dice el rey del rencor —jadeé. Podía correrme así, y muy rápido. Sus dedos me estaban volviendo loca y necesitaba correrme.

—Mmm, cuando lo dices así —murmuró, considerándolo—. Guarda rencor todo lo que quieras, pero no voy a hacer que te corras hasta que me desates.

Sus dedos se retiraron y me entraron ganas de llorar. Estaba tan cerca, y su contacto era tan perfecto, y ahora estaba colgando. La necesidad de correrme era casi dolorosa.

Le solté la polla y me volví a acostar en la cama, respirando hondo.

—No lo pensaste bien, Anderson —me reí temblorosamente. Me moví hacia el final de la cama, donde él no podía alcanzarme—. Soy más que capaz de acabar conmigo misma.

—No te atrevas, Eve —me advirtió, con la voz fundida, llena de fuego y azufre.

—Detenme, si puedes —me burlé de él y me puse de rodillas. Deslicé mi mano por su camiseta hasta mis piernas, y luego pasé mis dedos por mi muslo, y luego más allá, hasta mi coño. Estaba chorreando. Me subí la camiseta para que Beckett pudiera verme romper sus reglas, deslicé los dedos por mis pliegues húmedos y los introduje dentro de mí. Llevé la otra mano a mi clítoris. Era el método que había probado para correrme y en el que era experta desde hacía años, ya que nunca tuve acción real hasta que llegó Beckett.

Aun así, sabía que hacer esto delante de otra persona, especialmente Beckett, con sus hambrientos ojos grises clavados en mí, iba a ser algo totalmente distinto.

—Te haré pagar por esto, Cenicienta, lo sabes, ¿verdad? —preguntó, con voz grave y necesitada. Me miraba como si nada en el mundo pudiera hacerlo apartarse. Su mano libre bajó hasta su polla y se acarició mientras me miraba.

—Lo estoy deseando —dije, con un gemido. Arqueé las caderas y me penetré con los dedos con más fuerza. Estaba tan cerca, no podía contenerme. Sentirme observada solo hacía que cada pulso de placer fuera más agudo y más alto.

—Buena chica... córrete entonces, cariño, ya que te ves tan jodidamente bien tocándote —instruyó Beckett—. Córrete para mí.

Mi cuerpo se convulsionó y mis ojos se abrieron de golpe y se clavaron en los de Beckett.

—¡Voy a correrme! —gemí—. Beck, voy a correrme... —Me atraganté, y mi cerebro se desconectó de mi boca en ese momento. Balbuceé, hablé y no dije nada, gemí, pero solo su nombre salió intacto.

Él me observó todo el tiempo, absorto en la visión de cómo me corría, con los ojos embelesados y fascinados clavados en los míos.

—Hermosa, Eve. —Su voz estaba cargada de deseo, y su polla estaba furiosa y roja, babeando precum—. Ahora, ven aquí y termina lo que empezaste.

Me tomé mi tiempo para bajar de mi subidón y me reacomodé la camiseta. Me lamí los labios y calmé mi respiración, disfrutando de hacer esperar a mi matón.

—No, no creo que lo haga —dije finalmente con una sonrisa. Me metí bajo las sábanas y tomé la almohada que había tirado antes y me la puse bajo la cabeza.

»Apaga la luz, ¿quieres, Beckett? Buenas noches.

Ahora ella es mi compañera de clase...

...mi compañera de cuarto y mi pupila.

26

Beckett

Sacar la mano de la esposa no era una opción. Ella la apretó demasiado y mis muñecas eran grandes. Sin embargo, el peldaño de la cabecera no era muy fuerte, al menos no para mí. Por suerte, mi Evie tenía el sueño pesado. Se quedó dormida bastante rápido, cansada de follarse y correrse tan fuerte que sus hermosas mejillas se inundaron de rosa, sus ojos se pusieron vidriosos y se estremeció con descargas de éxtasis. Fue un espectáculo impresionante. Mi chica se tocó mientras llevaba mi camiseta. Iba a enmarcarla.

Ahora, sin embargo, era el momento de hacerle pagar a la descarada por sus juegos. Claro, yo podría haber empezado, pero también iba a ser el que lo terminara.

Arranqué el peldaño de la barandilla de la cama y esperé a ver si el ruido la despertaba. Siguió durmiendo. Liberé el peldaño de la esposa y tuve que dejarlo colgando de mi muñeca, porque no tenía ni idea de dónde puso las llaves. En lugar de perder el tiempo con eso, me bajé de la cama y la absorbí.

Mierda, se veía bien en mi jersey. Se veía correcto. Le quedaba bien, le sentaba bien, y no quería ver a ninguna otra mujer llevándolo. Era de Eve. Ella lo reclamó de alguna manera, en el momento en que se lo pasé por la cabeza.

Ahora, sin embargo, estorbaba. Bajé las mantas que se acumulaban en su cintura y subí el jersey. Estaba desnuda. Podría haberme quedado mirándola toda la noche, pero podía oler el dulce aroma de su coño en el aire y, sin duda, en sus dedos, ya que se acurrucó y durmió justo

después de correrse. Estaría encantado de limpiárselos con la boca, pero ahora teníamos una cuenta pendiente. Estaba dolorosamente empalmado desde hacía horas, desde que luchamos en la cama.

Me desnudé, deseando tocar su piel desnuda. Era tan cálida como ninguna otra cosa en mi vida. Podía estar ante un fuego crepitante y no me calentaría como el tacto de la piel de mi Cenicienta. El único contacto que podía soportar. El único tacto que quería.

Me metí en la cama, nos tapé con las sábanas y me incliné a su lado con cuidado de no despertarla. Bajé la mano hasta su coño. Aún estaba mojado y pegajoso por su orgasmo. Pasé los dedos de un lado a otro por la suciedad y me concentré en su clítoris. Respiró entrecortadamente y se movió, abriendo más las piernas mientras dormía.

Aproveché para meterle un dedo, y su coño me apretó con fuerza. Mierda, era tan perfecta como la recordaba. Bajé por la cama y enterré mi cara entre sus muslos abiertos, lamiendo una franja de su dulzura. Ella gimió y sus manos cayeron sobre mi cabello. Le lamí el clítoris mientras le metía y le sacaba un dedo, y ella arqueó las caderas hacia mi cara, presionando mi lengua todo lo que podía.

—¿Beckett? —preguntó, con la voz espesa por el sueño.

—¿Mmm? —Seguí trazando mi lengua contra ella, haciéndola jadear.

—¿Te liberaste?

—Claro que lo hice. Ahora toca vengarse —le dije y le mordisqueé el clítoris con los dientes, succionando todo el sensible manojo de nervios en mi boca y frotándolo con la lengua, una y otra vez, hasta que se estremeció debajo de mí.

—¿Vengarse? —Su voz era jadeante y necesitada. Ella quería esto. Me quería a mí, en toda mi oscura y jodida gloria. La única persona que vio cada parte fea de mí y me quería de todos modos.

Me incorporé y ella soltó un suave maullido de protesta, pero entonces yo ya estaba merodeando por su cuerpo suave y sexy, apoyando los brazos a ambos lados de su cintura y hundiendo las caderas en las suyas, con mi polla tocando su entrada. Sus piernas se

abrieron y ella inclinó las caderas, acercándome más. Su acogida incondicional me hizo sentir como un rey.

—Esto se llama "solo la punta" —murmuré y me empujé justo dentro de ella.

Ella gritó. Estaba tensa y su cuerpo luchaba por mantenerme fuera, a pesar de lo mojada que estaba. Los músculos de su coño eran fuertes, pero no más que mi voluntad de llenarla y descansar dentro de ella. Entré y salí de ella, estirándola mientras se retorcía.

—No te corras con "solo con la punta" —le advertí—. Esto es solo para mí.

Jadeó, empujándose contra la cama para empalarse más en mi polla. Me reí entre dientes y evadí su movimiento, bajando sus caderas para mantener solo la cabeza dentro de ella.

Le dije al oído.

—Esto es una venganza, Evie, ¿recuerdas? —La follé superficialmente con la cabeza de mi polla, resistiéndome a meterla hasta el fondo, como yo deseaba desesperadamente.

Ella respiraba con dificultad y se aferraba a mis hombros, clavándome las uñas en la piel.

—Pero yo quiero que tú... —se interrumpió.

Su renuente admisión alegró mi cruel corazón.

—¿Qué quieres que haga? —pregunté—. ¿Que te folle duro? ¿Que te ahogue? ¿Que te haga gritar? —Eran las peticiones estándar que siempre recibí. Nadie quería ternura de un tipo construido como yo.

Eve tragó saliva y pude ver su cuello moviéndose a la luz de la luna. Tenía un aspecto tan desgarradoramente delicado. Podría ocurrirle algo; era tan pequeña y frágil. Aquel pensamiento me provocó ansiedad.

—Solo te quiero a ti —susurró entonces y expulsó todos los demás pensamientos de mi cerebro.

Me incliné para estudiarla. No se burlaba de mí ni me provocaba. Su mirada dejó de ser juguetona. Estaba siendo sincera, apenas podía verla a los ojos.

Yo también te quiero. Eres la única persona a la que he querido.

Esas admisiones llegaron hasta mi alma oscura y sucia, y no pude arrancarlas. No podían soportar la luz. Un tipo como yo no tenía derecho a una mujer como Eve. Ella era demasiado amable y dulce. Demasiado jodidamente pura y limpia. Debía dejarla ir, antes de que la mancha de mi alma la infectara.

Luego se levantó y me besó. Me deslicé más dentro de ella y su apretado coño se aferró a mí. Me rodeó con los brazos y se aferró a mí como si nunca fuera a soltarme.

No pude resistirme, quería que me tocara. Quería su entrega, pero sobre todo, la quería a ella, también. La quería tanto que no podía pensar en otra cosa. El mundo podría desaparecer o arder a nuestro alrededor, y yo seguiría queriéndola.

Nada más importaba.

La penetré hasta el fondo, con mis caderas pegadas a las suyas. Me gimió al oído, flexionando las caderas contra las mías, apretando su coño contra mi polla.

—¿Esto es lo que quieres? —murmuré, sacando y volviendo a meter. Cada movimiento hacía que el placer me recorriera la espina dorsal. Iba a correrme con fuerza, en lo más profundo de esta mujer, y nada iba a detenerme.

Ella asintió, y sus labios patinaron sobre mi mejilla. Me dio un beso en el costado, junto a la oreja.

La cicatriz.

Me quedé inmóvil durante un largo momento, con emociones que no había procesado y que no podía manejar inundándome. Ella besó la larga línea que se cortó en mi cara esa noche. Con su cuerpo envuelto en el mío y mi polla hundida en su interior, su dulce beso fue como abrir una puerta a otro mundo, a un lugar nuevo y por descubrir. Un lugar

Ahora ella es mi compañera de clase...
...mi compañera de cuarto y mi pupila.

donde el pasado no importaba. Un lugar donde lo único que importaba era el futuro y esta mujer entre mis brazos.

No podía lidiar con nada de eso, no estaba preparado para eso. En lugar de eso, me concentré en penetrar a esta chica que había llegado a significar todo para mí. Ella gimió y me agarró, su respiración se aceleró rápidamente. Iba a correrse otra vez, y rápido, lo cual era bueno, porque yo no iba a durar mucho.

—Beck... no puedo detenerme... no puedo...

—No te detengas —le ordené con dureza, pendiendo de un hilo—. Córrete, cariño.

Y lo hizo. Explotó a mi alrededor, todo su cuerpo se tensó y se dobló. La penetré tres veces más antes de seguirla, llenándola de calor. Me corrí sin parar, palpitando dentro de ella, con chorro tras chorro de esperma salpicando las paredes de su apretado coño.

Marcándola como mía.

Reclamando mi posesión.

Me quedé apretado con fuerza. Mi polla solo se ablandó a medias cuando bajé del mejor orgasmo de mi vida, y me deslicé hacia un lado, jalándola conmigo, para quedarme dentro de ella. Enganchando una de sus piernas sobre mis caderas, hice de mi brazo su almohada y la acerqué a mí.

Ahí, en la honesta oscuridad, nos miramos el uno al otro. Perdí la cuenta de cuánto tiempo nos miramos fijamente, conectados de la forma más íntima. Eve me veía ahora, como siempre me veía, y me acogió dentro de ella. Acogió mi contacto contaminado.

Yo no sabía nada de amor, pero aquel momento, ahí en la oscuridad, me convencí de que tal vez podría aprender, si ella me enseñaba. Sentí que las palabras se agolpaban en mis labios, desesperadas por salir. Explicaciones inadecuadas, contundentes y débiles de sentimientos que eran demasiado grandes para contenerlos y que se precipitaban a través de mí, intentando liberarse. Entonces ella bostezó, y fue jodidamente adorable. El hechizo se rompió y las confesiones desesperadas se desvanecieron, por ahora.

—Duerme, Evie —le dije en voz baja.

Me vio fijamente.

—Debería ir a asearme —murmuró y bostezó ampliamente.

Sacudí la cabeza.

—No te molestes. No he terminado contigo. Va a ser una larga noche.



Fiel a mi palabra, fue una muy larga noche.

Tan larga, que esta mañana sentía las pelotas magulladas. Me pregunté si Eve estaría mejor. ¿Caminaba raro por ser follada toda la noche? Eso esperaba. Todos debían saber que era bien cuidada en casa, y estaba fuera del mercado. Cada vez que mi polla se recuperaba lo suficiente como para ponerse dura de nuevo, la despertaba empujándome dentro de ella. Se despertó a punto de correrse varias veces, y cada vez que lo hacía, sus orgasmos eran cada vez más fuertes. Me moría de ganas de ver de lo que era capaz follando con regularidad.

También la llené tanto de semen, y me negué a dejarlo salir, que esta mañana, cuando por fin la dejé levantarse, el desorden que se derramó empapó las sábanas y el colchón. Me importaba una mierda. No tenía sentido preocuparme. Solo empeoraría a medida que avanzara el semestre. Tampoco sabía si tomaba anticonceptivos. La idea de dejarla embarazada me excitaba jodidamente demasiado.

Ahora que habíamos cruzado la línea en la arena de la que nos habíamos estado conteniendo -dormir juntos y follar sin la amenaza de la muerte-, ya no había vuelta atrás.

Dormía dentro de Eve o no dormía.

No la vi en todo el día, pero la idea de volver a casa con ella ya me estaba poniendo la polla dura. De seguir así, tendría que reponer electrolitos todas las mañanas, y no solo después del entrenamiento de hockey.

Realmente tenía una nueva adicción, y a ésta no tenía intención de renunciar.

El partido de esta noche era contra un equipo de Portland. No iba a ser fácil, y no estábamos en una buena posición sin Asher.

El vestidor estaba en silencio mientras nos preparábamos. Probablemente no debería haber gastado la energía de una semana follándome a Eve a través de nuestro colchón la noche anterior, pero no podía arrepentirme. Lo haría siempre.

No ayudaba a la moral del equipo que la afición visitante se hubiera volcado con su equipo, y su apoyo desde las gradas era ensordecedor. No ayudaba para nada a mi estado de ánimo. El último clavo en el ataúd de mi positivismo fue el entrenador Williams asomando la cabeza por la puerta del vestidor.

—¡Beckett! —me dijo—. Solo quería avisarte de que tu papá está aquí.

Me quedé quieto, con todo el resto de mi buen humor evaporándose.

—Está en ese palco de los patrocinadores. —El entrenador Williams no se hacía ilusiones sobre lo que yo sentía por mi papá. Me vio alejarme de él en los años posteriores a la muerte de mi mamá.

—Gracias.

El entrenador exhaló un largo suspiro.

—No dejes que te afecte. Juega bien, como siempre lo haces.

—Bien. —Pero ya me estaba afectando. Odiaba que mi papá me viera jugar. Siempre me hacía críticas, disfrazadas de comentarios constructivos. Como si me importara lo que pensara. Ahí mismo decidí no ir a verlo después del partido. No podía obligarme a hacerlo.

En el estadio, la afición del equipo visitante nos abucheaban mientras patinábamos sobre el hielo. Esta noche se respiraba un aire de violencia que me ponía los pelos de punta. Saber que mi papá estaba viendo lo hacía aún peor.

—Un público duro —observó Chase, rodeando el hielo a mi lado.

—No me digas —murmuré y me concentré en calentar.

—El equipo de baile sobre hielo empieza esta noche, ¿no? —preguntó Chase, esforzándose por entablar una conversación que no me interesaba.

Una de las peores cosas del hockey universitario, a diferencia de la preparatoria, eran las Ice Girls. Al igual que las porristas de otros deportes, las Ice Girls animaban al público con bailes y vítores. Sin embargo, hay que reconocer que su trabajo era mucho más duro, ya que tenían que hacerlo todo sobre patines y limpiar el hielo durante los descansos.

—Aquí vienen. Veamos si pueden hacer que la sangre bombee para los Hellions aquí. —Chase sonrió satisfecho y pasó patinando a mi lado.

El equipo de baile sobre hielo entró en la pista con trajes del mismo color que nuestras camisetas. Los altavoces emitían pop barato y la música me resultó irritante de inmediato. Las chicas se colocaron en posición y esperaron a que empezara su rutina.

Fue entonces cuando la vi.

Eve.

Estaba de pie en la fila de atrás, a la izquierda, con unos leggins negros ajustados y un vestidito negro y verde encima, con el logotipo de los Hellions estampado en el pecho. Llevaba el cabello largo recogido en un moño. Me vio fijamente desde el otro lado del hielo y sonrió. Se movía con una gracia fluida, agachándose y moviendo con estilo su delicioso trasero. No podía apartar la mirada. Eve era una gran patinadora. Ella y su hermano pasaron horas en Miller's Pond en invierno, cuando estaba congelado y era libre para patinar.

La parte trasera de su traje llevaba el nombre de un jugador. Era tradición que las Ice Girls tuvieran un jugador particular al que "representar". Eve tenía a Marcus. Solo ver su nombre estampado en su espalda era como una bandera roja para un toro. Lo quería fuera de ella ahora. Resultó que tenía un desencadenante del que no tenía idea: ver a Eve con el número de camiseta de cualquiera menos el mío.

Me latía la sangre en los oídos. Parecía que todos los ojos del lugar estaban fijos en ella. No en el equipo de baile sobre hielo, sino en Eve en

Ahora ella es mi compañera de clase...
...mi compañera de cuarto y mi pupila.

concreto. Por supuesto que lo estaban. ¿A qué otro lugar podían mirar? Ella era así de buena.

La breve canción terminó y las bailarinas mantuvieron su pose final. Mis ojos se clavaron en Eve, que por fin se encontró con mi ardiente mirada.

Y sonrió.

La descarada me sonrió, como si me estuviera ganando un punto. ¿Cómo se le ocurrió este plan? ¿Le dio la idea ese futbolista idiota? La próxima vez que lo persiguiera, lo atropellaría con mi camioneta, me echaría de reversa y lo acabaría. Algunas personas eran demasiado tontas para vivir.

Patiné en su dirección. Sus ojos me desafiaban a que me acercara y le dijera algo, pero justo en ese momento, el equipo se colocó en sus posiciones de salida y sonó el timbre.

La atraparía más tarde. Me aseguraría de eso.

Ahora ella es mi compañera de clase...
...mi compañera de cuarto y mi pupila.

27

Eve

Los Hellions ganaron con contundencia, a pesar de que el equipo contrario opuso resistencia. Beckett estaba desbocado y nadie podía superarlo. El número de veces que fue a la caja de castigo fue impresionante, incluso para él. Siempre fue un jugador agresivo y tenía la constitución necesaria para causar graves daños.

Sabía que nunca olvidaría su expresión cuando me vio bailar. Al igual que el juego que jugamos la noche anterior, la emoción estaba bordeada de anticipación y un pequeño toque de miedo. No tenía ni idea de lo que haría a continuación, y me gustaba. Me gustaba mucho.

Casi me quedo sin voz al animar. Tenía que admitir que, a pesar de unirme a las Ice Girls para demostrarle a Beckett que no podía decirme lo que tenía que hacer, era divertido volver a la pista y participar en la acción. No sabía lo importante que era para mí estar en el mundo del hockey hasta que Asher se mudó y yo ya no tenía conexión directa con ese mundo.

También era un reto divertido bailar sobre el hielo. Hasta el momento, las chicas del equipo eran simpáticas y esperaba que, con el tiempo, pudiera sentirme parte del grupo. Sin embargo, no había una sensación instantánea de pertenencia repentina a la HHU como mi mente adolescente imaginó que habría una vez que finalmente me aceptaran. Tal vez algún día, pronto, eso llegaría. Le agradecí al entrenador Eric que me ayudara a unirme al equipo cuando inesperadamente se abrió una plaza. Aunque pasé casi todo el día aprendiendo algunas de las rutinas para el partido de esta noche, y mis músculos me gritaban.

Me cambié en los vestidores femeninos y me despedí del resto del equipo. Iban a celebrarlo en un bar del campus, pero yo estaba cansada y necesitaba irme a casa. Tenía que entregar mi primer trabajo para una clase por la mañana y necesitaba revisarlo una vez más antes de irme a la cama.

Abandoné las brillantes luces del centro deportivo y me dirigí por los oscuros pasillos que serpenteaban hacia los dormitorios de los Hellions. Tenía los auriculares inalámbricos puestos y tarareaba al ritmo de la música cuando uno de ellos empezó a sonar con el aviso de batería baja. *Maldita sea.* No me acordé de cargarlos. En lugar de quitármelos, seguí mi camino con ellos puestos, incluso después de que se agotaran.

Fue entonces cuando los oí.

Pasos.

Pasos justo detrás de mí.

Seguí avanzando, todo mi instinto me dijo que no me detuviera ni mirara atrás, pero la curiosidad era demasiado fuerte. Además, ¿y si estaba paranoica y preocupada sin motivo? Armada de valor, me di la vuelta y miré hacia atrás.

El camino estaba vacío. Me corría la adrenalina por la sangre. *Maldita sea.* Estaba saltando sobre las sombras. Dos chicas pasaron por otro camino, riendo a carcajadas, lo que me tranquilizó aún más.

Empecé a avanzar de nuevo, temblando un poco por el aire fresco. Me había duchado en el centro deportivo y ahora solo quería llegar a los dormitorios. Ahí siempre hacía calor y estaba seco. Pronto llegaría el otoño a Maine y las noches ya eran frías. Tenía que empezar a llevar bufanda y gorro.

Llevaba más o menos un minuto caminando cuando volví a oírlo. El golpeteo de una pisada justo después de la mía. Si no hubiera estado esperando escucharlo, nunca lo habría atrapado.

Di un paso, mi pie crujió en el camino de grava y, un momento después, otro pie hizo lo mismo. Vi por encima del hombro. No había nadie. Esta parte del campus tenía algunos árboles. Había muchos caminos entrecruzados y unos cien lugares donde esconderse.

¿Había alguien siguiéndome en las sombras? ¿Por qué? El último titular del *Herald* pasó por mi mente.

NUEVE CHICAS MENOS. ¿PODRÍAS SER TÚ LA SIGUIENTE?

Por mi mente pasaron pensamientos de pánico. No me paré a pensar si mi siguiente movimiento era una locura o una reacción exagerada. Simplemente actué. Eché a correr por los oscuros senderos que me llevarían al campus principal.

Corrí tan rápido como pude y no miré atrás. Seguí corriendo incluso cuando me crucé con un gran grupo de estudiantes que venían en dirección contraria. Tal y como estaba organizado el campus, tenía que pasar por otro pasillo oscuro y sinuoso antes de ver la residencia de los Hellions.

El skater apareció de la nada. En un momento estaba corriendo, y al siguiente, dando vueltas, intentando desesperadamente no caerme de bruces cuando el skater pasó corriendo, ocupando casi todo el pasillo.

Giré con impulso y apenas tuve tiempo de soltar un grito agudo antes de que unos fuertes brazos me rodearan por en medio. No me caí.

—Tienes que tener más cuidado con este cuerpo, Evie... No olvides a quién le pertenece, y debes saber que no me gusta que la gente raye mis cosas.

La cálida voz de Beckett en mi oído me hizo sentir un escalofrío de alivio. Estaba contra su pecho, sana y salva. Un pensamiento repentino me asaltó.

—¿Me estabas siguiendo? —Di un paso atrás y puse algo de espacio entre nosotros para poder pensar.

Sacudió la cabeza y se giró para ver el camino detrás de nosotros.

—No, ¿por qué piensas eso?

—En serio, ¿intentabas asustarme? Dímelo —exigí temblorosa—. ¿Fue por lo de las Ice Girls?

Beckett se burló.

—¿Crees que te seguiría a casa para asustarte por unirte a las Ice Girls a mis espaldas y llevar el número de Marcus? Tengo mucha más imaginación que eso.

Me sonrojé, momentáneamente distraída de mi miedo por el recuerdo de la expresión furiosa de Beckett cuando me vio bailar. Eso sí que fue satisfactorio.

—No sé de qué me estás hablando. Alguien se dio de baja del equipo, y yo me quedé con su uniforme y su jugador... ¿y qué?

Beckett soltó una breve carcajada y se acercó a mí, sacándome del camino y metiéndome entre los oscuros árboles que bordeaban el sendero. Sus manos permanecieron en mis caderas, guiándome hacia atrás hasta que un árbol me presionó, deteniendo todo movimiento.

—Te lo dije anoche... no llevarás el número de nadie más que el mío.

—Como si quisiera llevar tu número cuando hiciste que me echaran del equipo de porristas antes incluso de entrar en él.

—Te estaba haciendo un favor. Deberías agradecérmelo.

Resoplé.

—Será un frío día en el infierno cuando te agradezca algo.

—¿Por qué quieres ser porrista? No lo entiendo.

—¿Por qué no?

—Es indigno de ti.

Su respuesta me sorprendió.

—Ser porrista significa... pertenecer. Siempre he querido eso. Tú no lo entenderías porque nunca has sido un marginado. Ser porrista para mí significa finalmente encajar. Ser aceptada.

No pensaba decir algo tan sincero, pero así eran las cosas entre Beckett y yo. Nos mostrábamos partes brutalmente feas y honestas de nosotros mismos, y no tratábamos de disfrazarlas.

Se quedó callado durante un largo rato y empecé a sentirme cohibida. ¿Era la única que sentía que podía contarle cualquier cosa, por embarazosa o patética que fuera?

—Retiro mi respuesta. Porque los trajes son sexys y quiero follarme a jugadores de fútbol —bromeé cuando se quedó callado.

—Me gustó más la primera. Tú perteneces, Eve. —Soltó un largo suspiro retumbante, como si hubiera estado tenso y ahora, ante mi confesión, se hubiera relajado. Me colocó un mechón de cabello detrás de la oreja. Me vino a la mente la noche pasada y la sorprendente intimidad que hubo entre nosotros.

Beckett me miraba igual que entonces. Como si no hubiera otro lugar en el mundo en el que prefiriera estar que conmigo.

—¿Sí? —Mi voz era solo un murmullo.

Asintió con la cabeza.

—Tú me perteneces, y siempre me has pertenecido, incluso desde el principio. Desde el momento en que nos conocimos, agarrada a tu manga en el pasillo, acercándote a mí, ya sin miedo. En ese momento, y en todos los momentos desde entonces... me perteneces, Eve Martino.

Me relajé contra la áspera corteza de mi espalda, sintiendo un calor que no era vergüenza en absoluto. ¿Qué quería decir? Había una posesividad en su tono que me emocionó. No tenía ni idea de lo que estaba pasando entre Beckett y yo, pero sin duda era *algo*.

—¿Estás bien? ¿Te golpeaste demasiado fuerte la cabeza en el partido? —le reproché, buscando el terreno más seguro de nuestra dinámica habitual.

Ignoró mi pregunta.

—Cambia con alguien para conseguir mi número. Soy el jugador del que te ocupas, y solo yo.

—¡No puedo hacer eso!

—Entonces yo lo haré.

Negué con la cabeza.

—Y Beckett Anderson siempre consigue lo que quiere, ¿verdad?

—Me alegro de que empieces a entenderlo, Cenicienta —murmuró y me acarició la mejilla con el pulgar.

—¿Me prometes que no me seguiste?

Beckett me vio con el ceño fruncido.

—Claro que no lo hice. ¿Qué pasó?

—Alguien estaba detrás de mí, siguiéndome, no lo sé. Con todos estos ataques en el campus, me asusté. —Solté el aliento de golpe—. No es una broma graciosa, si fuiste tú.

—No fui yo. —Se frotó la nuca, un movimiento que había llegado a asociar con él, y los tatuajes de su brazo se movieron al flexionar sus músculos.

Varias chicas que pasaban junto a nosotros se detuvieron a verlo un segundo, antes de alejarse corriendo, susurrando. Por supuesto, Beckett Anderson llamaba la atención donde iba, sobre todo acechando en las sombras, presionando a alguna chica contra un árbol.

—Iré a echar un vistazo —dijo, viendo hacia atrás por el oscuro sendero que acababa de recorrer.

—No, no lo hagas. Llévame a casa —le supliqué. ¿Estaba siendo una paranoica? Era posible. Los ataques en el campus tenían a todas las mujeres en vilo. Aun así, habría jurado que había alguien detrás de mí.

—¿A casa? —repitió Beckett, y una sonrisa se dibujó en sus labios—. Okey, vamos a casa.

Me desperté tan acalorada que podría morir. La camiseta de Beckett estaba pegada a mi piel húmeda, enredada alrededor de mis pechos.

La razón de mi sobrecalentamiento me envolvía. Todo un metro ochenta de perfección defensiva. La piel de Beckett me abrasaba. ¿Estaba enfermo o siempre estaba tan caliente?

Dejé de moverme en cuanto vi nuestra posición y que seguía dormido. La luz se filtraba por las cortinas, pero eso no perturbó mi manta humana. Estábamos acurrucados, y no solo nos acurrucábamos, sino que mi trasero descansaba firmemente sobre la erección matutina de Beckett y su mano izquierda me acariciaba el pecho. Mi mano estaba metida entre mis malditas piernas. ¿Me estaba tocando mientras dormía?

Anoche, intenté decirle a Beckett que tenía que recuperar mi cama o ser un caballero y dormir en el sofá. Se limitó a sonreír y me arrastró a la cama con él. ¿Así era como íbamos a vivir ahora? ¿Dormir juntos en la misma camita? Era una locura. No estábamos saliendo, apenas me soportaba, *pero ahora sabes por qué.*

Cierto. Aún tenía que contarle lo de su madrastra y su manipulación. Tal vez no le importaría. Tal vez lo vería como otra forma en que yo jodía su relación con su familia. No tenía ni idea, y tenía miedo de averiguarlo.

Beckett se movió mientras dormía, flexionando las caderas de tal forma que me frotó cada centímetro de su dura longitud por la hendidura del trasero. Me apretó el seno con la mano y me rozó el pezón con el pulgar. Me estremecí. Maldito infierno, qué bien se sentía. Con la camiseta levantada, su tacto no se veía entorpecido por ninguna tela. Su piel estaba sobre la mía. Se sentía escandalosamente bien. Murmuraba en sueños, con la cara pegada a mi nuca, su aliento caliente cayendo en cascada por mi cuello y haciendo que cada pelo de mi cuerpo se erizara. Me estremecía cada uno de sus movimientos.

Volvió a arquear las caderas, emitiendo un gemido bajo en la garganta. Me imaginé tocándome así, acunada entre sus brazos, mientras su mano jugaba con mi pecho. Su olor, limpio, masculino y delicioso, me nublaba el juicio. Eso estaría mal, sin duda. Tenía que estarlo. Mis dedos se crisparon, estaban dentro de mis bragas, como pervertidos. Al menor movimiento, mi clítoris palpitaba. Por eso el sueño fue tan bueno. Mi cuerpo estaba reaccionando a la sensación del tacto de Beckett, a su olor masculino y a todas las feromonas que volaban por ahí. ¿No debería despertarlo?

Mis dedos se movieron de nuevo, frotando un círculo en mi clítoris, y el placer floreció por mi espina dorsal. Me sentía tan bien que necesitaba más. La mano de Beckett volvió a apretarme una teta, con el pulgar acariciando mi pezón, y me quedé quieta, aterrorizada de que se hubiera despertado. Cuando siguió durmiendo, mis dedos lo acariciaron. Eran pequeñas sacudidas, nada en realidad. Me toqué a mí misma, mojándome cada vez más, con un calor que me recorría. Me parecía ilícito excitarme en sus brazos mientras dormía.

Me froté el clítoris, sintiendo cómo subía, pero incapaz de moverme o hacer ruido. Me esforzaba al máximo, pero no podía evitar retorcerme un poco entre sus brazos.

La alarma sonó a nuestro lado y casi me hizo rodar del susto. Me dolía el coño por la necesidad de correrme. Estaba tan cerca.

—Que no te bloquee la alarma.

Grité ante el profundo estruendo de Beckett. Me alejé de él de un salto, o lo intenté, pero su brazo se aferró a mí, apretándome el pecho y reteniéndome el pezón como rehén.

—Termina lo que empezaste.

—Muy gracioso. Debías haber estado soñando antes. Yo no empecé nada.

—Oh, sí lo hiciste. Termina, Eve. No te irás de aquí hasta que lo hagas.

Su mano se posó en la mía mientras intentaba liberarla de mis malditas bragas. Me quedé helada, con el corazón latiéndome tan fuerte que no tenía ni idea de cómo no podía oírlo.

—Termina o lo haré yo. —Sus dedos presionaron los míos, devolviendo mi mano entre las piernas y manteniéndola ahí—. Termina.

—¿Estabas despierto?

—Por supuesto que estaba despierto. Estaba sosteniendo tu maldita teta, Eve. ¿Crees que podría dormir con eso?

Empujó mis dedos y me sacudí, la presión sobre mi clítoris era deliciosa. Sus dedos estaban a escasos centímetros de tocarme el coño.

Moví los dedos tentativamente, hundiéndolos en mis pliegues húmedos y encontrando mi clítoris hinchado. Lo rodeé y me temblaron las piernas. Estaba justo ahí.

—Me gusta ver cómo te excitas... mientras piensas en mí.

—¿Quién dijo que estaba pensando en ti? —protesté acaloradamente, pero un gemido descarado mató el calor de mi tono. ¿A quién quería engañar?

Me froté más deprisa, aumentando rápidamente. Su mano se movía entre mis pezones, tirando y rodando, haciendo que dolieran. Su polla me presionó la espalda y yo me arqueé hacia él, apretándole descaradamente el trasero. Su dureza me estaba excitando. No, no era solo la polla en mi espalda, era lo mucho que me deseaba. Saber que estaba así de duro por *mí* era una sensación embriagadora. No tenía ni idea de que pudiera afectar tanto a un hombre, y menos a Beckett.

—¿Vas a correrte, cariño? —Beckett murmuró contra mi sien, íntimo y bajo, enviando más calor a través de mí.

Asentí, perdiendo la cabeza en el placer que crecía en mi interior.

—¿Quieres correrte en tu mano, o quieres que te ruede de frente, me hunda dentro de ti y te folle?

Entonces sonó un golpe seco en la puerta y destrozó mi inminente orgasmo, arruinándolo por completo, gemí de frustración.

—¿Quién demonios es? —Beckett gruñó y se levantó de la cama.

Me tumbé en el colchón y enseguida extrañé su sólido calor a mi lado.

Abrió la puerta de un tirón, sin importarle su casi desnudez ni la enorme erección que le cubría los bóxers.

Marcus estaba en la puerta, con una expresión divertida en el rostro.

—Odio interrumpir, pero tienes invitados, así que yo me pondría decente lo antes posible —dijo Marcus, y sus ojos se desviaron hacia mí por encima del hombro de Beckett. Me había tapado con las mantas, de modo que solo se me veía la cabeza—. Eve, no necesitas ponerte decente, quédate como estás...

—No la mires —le ordenó Beckett, luego lo empujó hacia atrás y le cerró la puerta en las narices—. Mierda —murmuró, pasándose una mano por el cabello.

—¿Qué? ¿Quién es?

Me vio con expresión seriamente molesta.

—Es mi papá.



Me quedé atrás mientras Beckett se vestía. Me vio interrogante.

—¿Por qué no te cambias?

—Debería quedarme aquí —empecé.

—Me gustaría que lo vieras conmigo —interrumpió Beckett.

Me quedé boquiabierta, sin saber qué demonios pensar de su petición.

—Por favor, Cenicienta —continuó.

Asentí con la cabeza.

Me vestí a la velocidad del rayo y salí del dormitorio tras Beckett. Soren me intimidaba en los mejores momentos y esta mañana me sentía como si me hubieran atrapado in fraganti haciendo algo prohibido.

No era solo Soren Anderson. También era Colette. Me detuve en seco, insegura de lo que sentía al ver a la mujer que me mintió.

Cayden y Marcus estaban hablando con Soren y Colette, y se retiraron en cuanto apareció Beckett.

—Esperaba verte después del partido —acusó Soren inmediatamente.

Me quedé torpemente de pie junto a Beckett mientras se enfrentaba a su papá.

—Estaba ocupado, después del partido estoy ocupado, ya lo sabes.

—Sé que podrías haber hecho un esfuerzo para ir a verme —lo cortó Soren secamente.

Wow, esto era incómodo.

Colette vio entre Beckett y yo.

—¿Quizá Eve podría ofrecernos un café? —Su tono daba a entender que era una negligente en mis deberes de anfitriona por no haberlo hecho ya.

—Por supuesto. —Salté a la acción.

Beckett extendió la mano y me detuvo.

—Ella no es la criada aquí, Colette. No tiene que traerte nada.

—¡Está bien! Iba a hacerlo de todas formas —balbuceé, soltando mi brazo del agarre de Beckett.

Me dejó ir, pero no parecía feliz. Me apresuré hacia la cocina, agradecida por una excusa para escapar de la tensión del salón.

Mierda, no había visto a Beckett interactuar con su papá en años. Claro, fue terrible entonces, pero parecía que la relación entre ellos solo había empeorado. *Porque encontraste las drogas y se las diste a tu mamá.*

No.

Luché contra ese susurro interno. Beckett no podía seguir así. Estaba cayendo en una espiral de verdadera adicción y ahora estaba saliendo de ella. Eso tenía que valer su odio y la culpa que me echó a mí. Tenía que serlo.

Preparé café rápidamente y cargué una bandeja con leche y azúcar y tazas vacías. No tenía ni idea de cómo tomaban el café Soren y Colette. Llevé la pesada bandeja al salón y la coloqué en la mesa de centro. Soren y Beckett parecían estar en una especie de concurso de miradas.

Me dispuse a servir el café y no pude evitar escuchar la tensa conversación.

—Estás jugando bien. Este verano te sentó muy bien.

Beckett se rió con maldad.

—Claro, sudar y sangrar y lastimarme todo el verano fue realmente curativo. Gracias, papá.

Soren se encogió de hombros.

—Tú te metiste en ese lío. Ahora, estás fuera. Diría que estoy orgulloso de ti, si no pensara que odiarías oírlo.

Beckett se quedó viendo a su papá largo rato, con un músculo saltándole en la mandíbula.

—Seguro que se alegra de oírlo, cariño —ronroneó Colette y puso la mano en el brazo de Soren—. Todos los hombres, no importa lo mayores o grandes que sean... no son más que niños por dentro, que necesitan la validación de sus papás. Yo también estoy orgullosa de ti, Beck.

Beckett se levantó tan bruscamente que la silla chirrió contra el duro suelo de madera y yo di un salto.

—No puedo hacer esto —dijo Beckett. Giró sobre sus talones y se dirigió a la puerta.

Se cerró con fuerza detrás de él y me quedé mirándola, deseando que volviera. Si antes era incómodo, no era nada comparado con ahora.

Soren se llevó una mano a la frente, pellizcándose entre los ojos, como si le doliera la cabeza. Antes de que pudiera disculparme y seguir a Beckett, Colette se levantó y se alisó el vestido blanco.

—Hablaré con él, no te preocupes.

Ella desapareció por la puerta, dejándome con Soren.

—Pido disculpas por Beckett. Nunca fue bueno controlando su temperamento. Pensé que estaba progresando, pero ahora sé que nunca fue así, solo estaba en algo. Siempre ha luchado contra las exigencias de la vida. —Soren vio la habitación—. Me pregunto si éste es el entorno adecuado para él.

—Le va muy bien aquí, no he notado ningún problema de temperamento.

Soren me vio, incrédulo.

—Lo digo en serio. Tenemos algunas clases juntos, y él siempre está ahí, no se salta ninguna. Entrena duro y no sale mucho de fiesta. —¿Beckett necesitaba que lo defendiera? Probablemente no, pero no podía dejar que su papá hablara mal de él. Simplemente no podía.

Soren me estudió y su mirada me hizo sentir cohibida. Tenía la sensación de que se daba cuenta de lo que pasó en el dormitorio mientras esperaba aquí fuera. Se me encendieron las mejillas y me puse de pie.

—Iré a ver cómo están —logré decir antes de escapar del apartamento.

Ahora ella es mi compañera de clase...
...mi compañera de cuarto y mi pupila.





28

Beckett

Salí furioso del apartamento antes de pegarle un puñetazo a algo. O a alguien. La ira me ahogó al ver a Colette sentada junto a mi papá, diciéndome que estaba orgullosa de mí. La mujer era pura maldad. Una psicópata.

—¡Beckett! —Su voz era como un látigo. ¿Me siguió?

Doblé la esquina, alejándome del ascensor. No iba a quedarme atrapado ahí con ella. Se me erizó la piel de pensarlo. Me dirigí a las escaleras de emergencia, abrí la puerta de un golpe y entré en el hueco de la escalera justo cuando Colette me alcanzó y me agarró del brazo con su mano esquelética.

La puerta se cerró detrás de nosotros y me libré de su agarre.

—No me toques —le gruñí.

Dejó caer la mano y sonrió con satisfacción.

—Todavía tan susceptible. Relájate, Beckett, solo estoy aquí para decirte que te controles con tu papá, a menos que quieras que te haga mudarte a casa, donde pueda vigilarte.

Una breve carcajada me abandonó.

—Es curioso que ahora mi papá solo quiera vigilarme. Si al menos hubiera estado por aquí antes... pero entonces eso no te habría dado la oportunidad de aprovecharte de un chico joven, ¿verdad?

Colette puso los ojos en blanco.

—Beck. Tienes que seguir adelante. El pasado es el pasado, y el hecho de que no puedas dejarlo pasar me hace pensar que debió de importarte mucho. —Se rió—. Qué halagador.

Me puse en marcha antes de que pudiera detenerme. La agarré y me alegró oír un chillido de miedo mientras la hacía girar hasta el borde del último escalón.

—Estoy harto de oír hablar a tu horrible boca. Cada vez que lo haces, estoy más cerca de decidir hacer del mundo un lugar mejor apartándote de él —le dije. Odiaba tocarla, pero sostenerla al borde de la caída era gratificante a su manera.

El miedo se enroscó en su mirada venenosa.

—Haría que pareciera un trágico accidente... tropezar y caer con esos zapatos sería muy peligroso, sobre todo en una escalera. Nadie se daría cuenta de que el karma finalmente te alcanzó.

—Beckett. No seas ridículo. Para con esto. ¿De verdad crees que no serías sospechoso si me lastimara? Serías el primero.

—Bien, entonces quizás nuestro pasado saldría a la luz, y todo el mundo sabría lo que eres... una abusadora, una puta enferma a la que le gustan los menores de edad.

Todo desapareció excepto el miedo en los ojos de Colette. La había odiado durante tanto tiempo que me hizo sentir poderoso verla asustada. Ya no era un adolescente confundido e impotente. Era un hombre, y si no quería que me tocara, podía impedírselo. Ese poder me inundó. Ya no huía del pasado como cuando tomaba pastillas y flotaba todo el día. Ya no lo ignoraba, como hice durante años.

Lo estaba afrontando, de frente.

Colette tragó saliva, vio hacia atrás y luego a mí.

—Si todo eso sale a la luz... entonces todos sabrán también lo que eres. Una víctima. Una víctima débil y patética... ¿así es como quieres que te vean toda tu vida?

Sus palabras me tocaron la fibra sensible. Por supuesto que no quería que nadie lo supiera. La noche que me armé de valor para contárselo a

mi papá, lo más difícil fue aceptar la vergüenza y la culpa de lo ocurrido. Lo más difícil fue saber que me vería de otra manera cuando supiera lo que pasó, pero nunca me vio de otra manera, porque nunca me creyó.

Mi mano se aflojó y consideré empujarla. *Hazlo.*

Colette volvió a hablar.

—Todos te verán como una víctima. Se preguntarán qué hiciste para que ocurriera... si lo estabas buscando y luego cambiaste de opinión. —Ella podía ver claramente la indecisión en mi cara.

Debería dolerle lo que hizo. Debería sangrar. Lo veía tan claro ahora que dejé de correr. ¿Pero no tenía razón? ¿Estaba preparado para el juicio en los ojos de la gente cuando lo supieran?

—Eres una violadora, Colette. Una abusadora de niños. Todo el mundo debería saberlo.

—Entonces acúsame, Beck, a costa de tu propio futuro... no hay muchas víctimas del #MeToo en la NHL, ¿verdad?

Me mordí la mano con las uñas y, con un gruñido de frustración, la eché hacia atrás y me aparté, de modo que cayó al suelo, pero no por las escaleras.

Me sentía mal, la cabeza me latía con fuerza y las palmas de las manos me sudaban. Estaba sufriendo una especie de ataque de pánico, solo por la idea de que todo el mundo conociera mi pasado.

Se preguntarán qué hiciste para que ocurriera... si lo estabas buscando.

La voz burlona me llenó la cabeza, mareándome. Me di la vuelta, necesitaba respirar aire fresco y salir de esta pequeña escalera y alejarme de la mujer que reía suavemente desde el suelo.

La puerta estaba entreabierta y había alguien de pie, con la cara blanca de asombro.

Era Eve, y lo escuchó todo.

Una lágrima brotó de sus ojos oscuros y se deslizó por sus mejillas.

Una lágrima por mí. Lástima. Horror. Conmoción.

No pude soportarlo. No podía verla a los ojos. Pasé por encima de Colette y bajé las escaleras, sin atreverme a mirar atrás.

Salí del campus con un chirrido de goma quemada. Eve salió corriendo de la residencia y me alcanzó justo cuando salía. No podía hablar con ella ahora. No podía soportar la expresión de su cara. No aminoré la marcha y la dejé de pie en la acera, mirándome marchar.

Salí de la ciudad, conduciendo demasiado rápido, arriesgándome. Siendo un imbécil.

Estás roto, Beckett. Más allá de la salvación.

No pensé a dónde ir. No podía pensar en nada excepto en los ojos oscuros de Eve y en esa maldita lágrima abriéndose paso por su mejilla.

Salí de la ciudad y entré en la serpenteante carretera costera que bordeaba los acantilados rocosos de las afueras de Hade Harbor. Conducía por ellos a menudo, pero nunca a esta velocidad. Pisé el acelerador con fuerza, acelerando cada vez más como cuando corría. El subidón de adrenalina era como sumergirme en un baño caliente. Aquí era donde debía estar. Jugando a la gallina con el destino.

El auto trazaba curvas, con el motor gruñendo y los neumáticos chirriando. Respiré hondo. Las palmas de las manos me sudaban tanto que resbalaban sobre el volante. El corazón me latía con fuerza.

Más adelante había un tramo de carretera en el que la barrera estaba rota. Alguien pasó por encima la semana anterior en un trágico accidente. Lo vi en las noticias, me quedé viendo el hueco en la barrera de seguridad, llamándome.

Si lo pasara por encima, nunca tendría que volver a ver a Colette. Nunca tendría que fingir que estaba bien cuando no lo estaba. Nunca tendría que sentirme culpable y avergonzado y como si fuera la peor y más patética persona del mundo. Inmundo. Sucio. Arruinado. Roto. Nunca tendría que ver la lástima en los ojos de Eve. Nunca tendría que verla llorar por mí.

Cada vez estaba más cerca de la barrera, con el pie casi apoyado en el suelo del auto.

—Necesitas ser invencible, Beck, no como yo... Vive por mí, Beckett. Sé feliz por mí, mi hermoso niño.

La voz de mi mamá de toda la vida habló en mi memoria, el día que sumergimos los pies en Miller's Pond. Tetis haciendo a su hijo invencible. Ella lo logró, para cada parte de él, excepto su talón... permaneció falible. Para mí, fue mi alma la que nunca pudo ser limpiada y fortificada.

¿Por qué seguir? Un rostro llenó mi mente. Evie como una valiente niña de trece años con un manga con las esquinas dobladas. Eve viendo nuestros partidos y animando a su hermano. Eve en el baile, Eve en la graduación. Eve en la farmacia, en peligro. Eve, en mis brazos.

La barrera se acercaba. *Si haces esto, no volverás a verla.* Intenté ignorar la voz de la razón. Sonaba muy parecida a mi mamá.

¿Podría dejar ir a Eve?

Pisé el freno y el auto se precipitó hacia la barrera. Un grito crudo y desgarrador me abandonó mientras esperaba a ver si era demasiado tarde.

De algún modo, el auto se detuvo justo antes de que las ruedas delanteras volcaran sobre el borde de la hierba áspera que había entre la carretera y el desnivel.

El olor a goma quemada envolvió el auto.

Dejé escapar un suspiro tembloroso, con la adrenalina recorriendo mi cuerpo. Empujé la puerta y salí. El ataque de pánico de antes se agolpaba y se me había acabado el tiempo.

El aire salado se sentía delgado, y no podía arrastrarlo a mis pulmones lo suficientemente rápido. Estaba mareado. Salí tropezando del auto. La hierba crujía bajo mis tenis y los pájaros trinaban a lo lejos. El descolorido sol de finales de verano me daba en la piel, pero todo me parecía muy lejano.

Estaba encerrado en el infierno. Vivía dentro de mí, y cada vez que pensaba en el pasado, amenazaba con tragarme entero.

Por primera vez desde que murió mi mamá, no estaba solo. Durante unas semanas, tuve a Eve. Fui feliz.

Por supuesto, eso no podía durar. Nunca duraba para alguien como yo.

Ella nunca me miraría igual.

Me tiré al suelo, con la espalda apoyada en el auto, y me concentré en respirar.

Qué extraño que mi corazón siguiera latiendo, incluso cuando sentía que mi vida había terminado.

Extraño, de hecho.

Ahora ella es mi compañera de clase...

...mi compañera de cuarto y mi pupila.

29

Eve

Beckett no contestaba mis llamadas. Debí de haberlo llamado más de setenta veces. Después de que Soren y Colette se fueron, me paseé por la habitación llamando y llamando. Se fue con tanta prisa que me aterrorizaba que tuviera un accidente.

Esa noche, di vueltas en la cama que compartí con él la noche anterior. Nadie sabía nada de él. La ansiedad me estaba poniendo mal. Observé cómo las sombras trazaban dedos oscuros sobre el techo, el sueño a kilómetros de distancia e inalcanzable.

Lo que oí entre Beckett y su madrastra quedaría grabado en mi memoria para siempre. Se había grabado a fuego. Era tan desgarrador y horrible. Las últimas barreras que mantuve frente a mi corazón para protegerme de la avalancha de sentimientos que me inundaban desde hacía semanas desapareció.

No odiaba a Beckett, ya ni siquiera podía fingir. Nunca lo hice. Solo que nunca lo entendí. Incluso entonces, lo quería. Era el chico de los ojos ardientes que nunca estaba muy lejos de mi mente. El mejor amigo de mi hermano.

Mi primer amor.

Mi primer todo.

Acostada sola en nuestra habitación, no podía negar lo profundamente que me había enamorado de él. Se abrió camino bajo mi piel como una astilla y entró en mi torrente sanguíneo. No podía sacarlo, y no quería hacerlo.

Tenía que encontrarlo. Tenía que encontrarlo, pasara lo que pasara. No importaba si tenía que caminar hasta el mismísimo infierno para llegar a él.

Me levanté, abandonando la idea de dormir. No dormiría hasta encontrarlo.

Me vestí rápidamente en la oscuridad, salí y llamé a un taxi. No podía permitírmelo, pero no me importaba. Salimos de la ciudad en medio de la noche tranquila y condujimos por la sinuosa carretera que llevaba a Cliff Point.

No tenía ni idea de a dónde ir para encontrar a Beckett, pero había una posibilidad de que sus papás supieran dónde estaba. No. Yo no llamaría a Colette mamá. Ella era un monstruo.

Entré en la propiedad por la puerta lateral reservada para el personal. Conocía el código de acceso y no había guardia en ese momento. Las olas rompían en las rocas escarpadas de la costa. Por lo demás, todo estaba tranquilo.

Entré en la casa por la cocina, usando el mismo código de acceso sin llave. Colette se creía muy lista, pero hacía años que no cambiaba la contraseña del personal.

Me arrastré por la cocina hasta el pasillo. Iba a intentar ver a Soren. Quizá él sabría a dónde iría su hijo. *¿Había algún lugar que era especial para su mamá?* Me pregunté mientras caminaba por el amplio vestíbulo. La implacable decoración blanca me parecía aún más detestable ahora que sabía la verdad sobre la diseñadora. ¿Colette creía que podía rodearse de blanco para sentirse limpia y no como la malvada depredadora que era? Ojalá pudiera salpicar de pintura roja todas esas paredes inmaculadas y pisotear las inocentes flores blancas que llenaban todos los jarrones.

Rebosante de furia, llegué a la oficina de Soren y toqué brevemente, antes de abrir la puerta de un empujón. No era tan tarde, apenas pasadas las diez. Aun así, la oficina estaba silenciosa y oscura, sin el habitual fuego encendido en la chimenea que al patriarca de la casa Anderson le gustaba tener en su oficina.

¿Quizá estaba arriba? Me detuve en el piso de abajo. ¿Era de psicópatas presentarse sin avisar en el dormitorio del papá de Beckett? Sí, un poco. ¿Me importaba ahora? No. Estaba bastante segura de que no tenía armas, así que no me arriesgaba tanto, solo lo que Soren pensara de mí.

¿Y el trabajo de tu mamá?

Eso me hizo reflexionar, pero la preocupación no era suficiente para detenerme. Tenía que averiguar dónde estaba Beckett. No quería que estuviera solo. Tenía un terrible presentimiento cada vez que pensaba en él en una espiral de soledad. Tenía que encontrarlo. Valía la pena correr el riesgo. Me dirigí escaleras arriba.

Un suave sonido a la derecha llamó mi atención. Había llegado al piso de Colette y Soren. Mantenían a Beckett un piso por encima de ellos, lo más separado posible. Estaba justo delante del vestidor de Colette. Sí, la señora de la casa tenía un vestidor entero con dos entradas: una dentro de su dormitorio y otra en el pasillo para que el personal guardara discretamente la ropa de la tintorería.

El suave sonido volvió a sonar. Parecía un grito ahogado. Dios, ¿y si Soren y su mujer estaban haciéndolo y yo los descubría? Dudé junto a la puerta. Tendría que haber llamado, aunque ellos no habrían contestado. ¿Cómo iba a averiguar dónde estaba Beckett si Soren se negaba a hablar conmigo?

Giré lentamente el pomo y abrí la puerta tan silenciosamente como pude. Todos mis pensamientos desesperados volaron de mi cabeza cuando los vi.

El hombre estaba apoyado en una de las largas puertas acristaladas del vestidor. Llevaba la camisa desabrochada y la corbata suelta alrededor del cuello. Tenía los lentes torcidos. Tenía la cara torcida en una expresión de pura lujuria mientras miraba a la mujer arrodillada frente a él. Su mano se enroscaba en el cabello rubio de ella con dureza, y sus dedos se volvían blancos por la presión. Colette se esforzaba por seguir el implacable ritmo del hombre, había un aire de violencia que me revolvía el estómago. Las manos de Colette agarraban brutalmente las

caderas del hombre, y no estaba claro quién estaba siendo más brusco, si Colette o su amante.

Lo más impactante de la imagen que tenía ante mí, supuse, sintiéndome anestesiada por las bolas curvas que me habían lanzado hoy, era el hombre.

No era Soren Anderson, el multimillonario hombre de negocios local. El esposo de Colette.

En cualquier caso, me era familiar.

El profesor Jefferies gimió profundamente y sus ojos se cerraron con un chasquido mientras echaba la cabeza hacia atrás. ¿Había terminado ya?

Siguiendo un instinto del que no era plenamente consciente, metí mi mano en el bolsillo y saqué el celular. Tomé unas cuantas fotos de Jefferies y Colette mientras él aún estaba a medio camino de su garganta, y luego unas cuantas más cuando la puso de pie y la besó.

—¿Te sientes mejor ahora? —Jefferies habló de repente.

Me estremecí. *Mierda.* Podrían atraparme aquí, ¿y cómo explicaría mi presencia? Por suerte, estaba hablando con Colette. Todavía no me habían visto.

Me escondí junto a la puerta y guardé mi teléfono en un lugar seguro.

—Un poco... es solo esa chica Martino. —La voz de Colette era despiadada—.Ella escuchó. Estoy segura de que lo escuchó todo.

—¿Y qué? A estas alturas es su palabra contra la tuya. Su propio papá nunca le creyó... ese chico no tiene a nadie de su lado y nunca lo tuvo. ¿La chica Martino? No te preocupes por ella. No es nadie. Nadie se daría cuenta si dejara la escuela. Su palabra no tiene poder contra la tuya.

El miedo y el dolor me punzaron el pecho mientras bajaba de puntillas las escaleras. No necesitaba oír más. Había respetado a Jefferies hasta hacía treinta segundos, así que me dolió oír su opinión despectiva sobre mí, pero quedarme ahí y que me descubrieran no me ayudaría. Tenía que largarme de aquí y encontrar a Beckett de otra manera.

A la noche siguiente, cuando tenía que llegar a The Dunes para mi turno, había buscado a Beckett por todo Hade Harbor y no encontré nada. Busqué en Miller's Pond innumerables veces, en la pista de hielo, en todos los sitios donde Asher y Beckett solían pasar el rato. No había rastro de él. ¿Se fue de la ciudad? ¿Estaba tirado en alguna parte, herido?

Me sentía mareada por la ansiedad. Llevaba cuarenta y ocho horas sin dormir y apenas había comido. Me estaba agotando y pronto me pasaría factura. Aun así, no podía perder mi trabajo en The Dunes, así que me arrastré hasta ahí, preguntándome si existía la más mínima posibilidad de que Beckett se alojara ahí. Él era socio, y había una parte de hotel en el exclusivo club normalmente reservada para amas de casa que iban al balneario o para hombres que jugaban golf los fines de semana.

Estaba intentando que Sam, de recepción, comprobara si Beckett estaba en el ordenador cuando vi una figura alta entrar a grandes zancadas en el vestíbulo.

Soren.

No me vio, absorto en una conversación por teléfono. Se dirigió al bar y me apresuré a seguirle.

Ya se había sentado y estaba siendo atendido por otra persona cuando llegué. Me apresuré a la cocina y perseguí a Cassie, quitándole el pedido de la mano.

—¿Puedo cambiar de mesa contigo?

—¿Qué? ¿Por qué?

—Solo quiero esperar al señor Anderson —dije sin sentido.

Cassie entrecerró los ojos.

—Estás intentando robarme las propinas, ¿verdad?

—¡No! No me importa la propina. Te la daré... lo que sea, no me importa.

Cassie me vio y cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Qué está pasando, Eve? Si está pasando algo entre ustedes dos, no es apropiado...

—No, nada está pasando. Solo es el papá de mi compañero de cuarto.

—¿Beckett Anderson es tu compañero de cuarto? ¿Un compañero de cuarto no es un novio?

—Okey, claro, es mi novio —solté, diciendo cualquier cosa con tal de que dejara de hacer preguntas.

Enarcó una ceja, claramente intrigada, pero pasó por alto el pedido.

—Bien, pero me debes toda la historia en algún momento... y las propinas.

—Claro, lo que quieras. —Casi le arrebaté el pedido y corrí a prepararlo.

Minutos después, tenía las bebidas y los aperitivos de Soren en una bandeja y me dirigía hacia él. Estaba sentado en una de las mesas del invernadero, que por lo demás estaba desierto, así que podríamos hablar sin que nos oyeran.

Dejé la bandeja y aparté todo de ella, mientras Soren me ignoraba.

Asintió cuando me enderecé, claramente despidiéndome. Esperé a que se diera cuenta de que no me había ido. Levantó la vista, sorprendido de verme.

—¿Señorita Martino? ¿Puedo ayudarla?

Respiré hondo para tranquilizarme.

—Esperaba que tuviera idea de dónde está Beckett. —Crucé los dedos mentalmente.

Soren me vio con el ceño fruncido.

—¿Por qué iba yo a saber dónde está Beckett? Ese chico hace todo lo posible por evitarme y mantenerme al margen de su vida.

La decepción se abatió sobre mí. Claro, era una posibilidad remota, pero aun así, apestaba toparme con otro callejón sin salida.

—¿Por qué? ¿No ha estado en contacto? —preguntó Soren.

—No. No lo he visto desde ayer por la mañana. No contesta el teléfono y no ha hablado con ninguno de sus amigos ni con el entrenador Williams. Estoy preocupada por él.

Soren consideró mis palabras y pareció desentenderse de ellas.

—No lo hagas. Él hace eso. Se calla, se va por las ramas... es demasiado dramático. Es su modus operandi.

—Por favor, pare —me oí decir. Las palabras de Jefferies de antes se arremolinaron en mi cabeza. *Su propio papá nunca le creyó... ese chico no tiene a nadie de su lado y nunca lo tuvo.*

—No creo que realmente conozca a su hijo, señor Anderson.

Las cejas de Soren treparon por su frente.

—¿Perdón?

—Es que no lo reconozco a él por las cosas que usted dice.

Soren me consideró durante un largo momento y luego se inclinó hacia adelante.

—Aclaremos una cosa, señorita Martino. Beckett es mi hijo y lo conozco mejor de lo que usted jamás lo hará. ¿Cree que el hecho de que vivan juntos significa algo para él? Beckett sabe lo que es... un mentiroso, un vago, un soñador sin esperanza... usted no puede cambiar esas cosas de él. Créame, lo sé.

—Él no es un mentiroso —protesté.

Soren levantó una mano silenciadora.

—Es un mentiroso. Intentó destrozar mi matrimonio cuando tenía diecisiete años con sus mentiras, solo porque extrañaba a su mamá. Es egoísta, Eve... y tomará lo que quiera de ti y te descartará. Espero que tengas cuidado al vivir juntos, porque Beckett sabe lo que se espera de él y de la mujer con la que se case y tenga hijos. Tú no serás esa mujer, Eve, así que olvídalo ahora. Tiene un radar de cazafortunas bien afinado.

No tenía palabras para responder a esa indignante afirmación. Como si estuviera pensando en casarme en este momento, como una estudiante universitaria de primer año. Solo me enfurecía más que Soren

pensara que podía ignorar a su hijo, destruir su confianza al no creerle cuando era más joven, y luego darse la vuelta y decirle cómo tenía que vivir.

Me quedé sin palabras. La rabia me robó las palabras y me quedé boquiabierta como un pez. Las fotos de mi teléfono parecían gritarme. Las ganas de demostrarle a Soren que no estaba capacitado para elegir él mismo una esposa adecuada eran casi demasiado fuertes para ignorarlas. Solo el pensamiento de Beckett me detuvo. Él debía saberlo primero, y hacer lo que quisiera con esa información.

—Ahora, si eso es todo, deberías volver al trabajo. —Soren se sentó y se quitó el saco como si acabara de sacar la basura.

Me giré para irme. Debería dejarlo. Discutir con Soren no ayudaba en nada. Yo no discutía con adultos, y punto, y menos con alguien que estaba en una posición de poder sobre mí. No era así como había mantenido una vida tranquila tanto tiempo.

—Se equivoca. —Las palabras estallaron antes de que pudiera detenerlas—. Todo lo que acaba de decir está mal, y no tiene ni idea. Está tan seguro de su ignorancia.

Soren no podría haberse escandalizado más si lo hubiera abofeteado. Sabía cómo se sentía. Yo estaba bastante escandalizada conmigo misma.

—Su hijo no es un mentiroso. Tampoco es un vago. Es honesto y trabaja y entrena duro. Cuida de sus amigos y nunca pide nada a cambio... su único problema es que usted lo abandonó hace años, cuando más lo necesitaba. Le falló a su hijo, señor Anderson... de verdad jodidamente le falló, y lo dejó solo...

—¿Beckett?

Soren miraba por encima de mi hombro a la entrada de los jardines. Beckett estaba ahí de pie. Podría haber llorado de alivio al verlo de una pieza, pero tenía un aspecto horrible. Tenía ojeras y barba incipiente en la mandíbula. Seguía llevando la misma ropa que ayer.

—¿Beck? —le pregunté.

Sus ojos estaban fijos en mí, su expresión era insoportablemente triste.

—¿Beckett? ¿De qué demonios está hablando esta chica? —Soren se puso de pie—. Explícame por qué estoy siendo acosado con falsedades —exigió enojado.

Beckett apartó los ojos de mí y desvió la mirada hacia su papá. La tristeza de sus ojos se endureció y la furia la sustituyó. Giró sobre sus talones y salió por la puerta lateral, adentrándose en la oscuridad.

—¡No! —grité, corriendo tras él. Acababa de encontrarlo, maldita sea. No iba a dejar que se me escapara otra vez—. ¡Beckett! ¡No me dejes aquí!

Lo alcancé en el estacionamiento. Siguió caminando hacia su auto. Iba a dejarme aquí y no podría volver a encontrarlo.

Llegó a su auto y subió, con la cara convertida en una máscara de ira.

Corrí tras él antes de que pudiera cuestionarme el impulso y llegué a la puerta del copiloto justo antes de que arrancara. Entré de un salto y cerré de un portazo. Él me vio y se detuvo un instante mientras yo me abrochaba el cinturón.

—No te irás sin mí —afirmé rotundamente.

—No quieres ir a donde yo voy. —Su voz era dura por el dolor y la furia.

—Sí quiero. No me importa dónde sea, voy a ir.

Su mandíbula se apretó aún más al oír mi respuesta, y entonces entró en sus ojos esa luz loca y cruel que vi por última vez en su dormitorio, el día antes de que empezara la universidad.

—Bien, pero no olvides que tú lo pediste —murmuró y puso el auto en marcha, saliendo del estacionamiento.

Un fuerte chirrido y el olor a goma quemada llenaron el interior. Nos adentramos en la sinuosa y oscura carretera que salía de la colina sobre la que se asentaba el club de campo y descendía a lo largo de la costa, en dirección a Hade Harbor.

En cuanto llegamos a un tramo recto, Beckett pisó a fondo el acelerador y el auto avanzó a toda velocidad por la carretera.

—Es un poco rápido, ¿no?

—Tú quisiste venir —volvió a recordarme. Tenía los brazos tensos, los músculos apretados mientras agarraba el volante, girándolo con maestría, manteniendo el auto en la carretera.

—Okey, pero también quiero irme a casa después —murmuré.

—Deberías haberlo dicho desde el principio —replicó Beckett—, volver a casa nunca es un hecho. No he estado en casa desde que murió mi mamá.

Se me apretó el corazón. Beckett se estaba volviendo loco. Todas esas emociones oscuras y turbulentas que mantenía reprimidas en lo más profundo estaban saliendo a la superficie. Estaba implosionando y solo me tenía a mí para ayudarlo a contener la oscuridad, y yo no tenía ni idea de cómo hacerlo.

Tomó una curva cerrada, y la fuerza de la misma me lanzó contra la puerta, con cinturón de seguridad o sin él.

—¿Quieres que pare? —instigó—. ¿Es suficiente ahora? ¿Ahora que escuchaste el veneno de Colette? Mi feo y repugnante pasado... ¿Ya terminaste conmigo?

Tragué un nudo en la garganta ante sus palabras.

—Eras solo un niño —no pude evitar decir.

Se rió entre dientes.

—Entonces realmente lo oíste todo. —Pisó el acelerador con más fuerza y el auto dio un salto hacia adelante.

Cerré los ojos.

—¿Quieres que pare? Dilo y lo haré. —Había algo en su tono que me decía que si lo hacía, se iría y continuaría solo esta carrera de la muerte.

—¿Vendrás a casa conmigo?

—No tengo una casa, Eve. Estoy cansado de fingir que la tengo.

—Entonces, me dejarás y luego te irás y tendrás un accidente. ¿Oiré por la mañana que el estudiante multimillonario de HHU se estrelló contra un muro en algún sitio?

—¿Un muro? —Beckett negó con la cabeza—. No, eso es demasiado ordinario. No te preocupes, tengo el lugar elegido en la carretera de la costa.

Conducíamos tan rápido que no podía mirar. No sabía cómo Beckett lo estaba controlando. Claramente no era la primera vez que se arriesgaba a morir así, era un experto en eso. Me dolía pensar en él arriesgando su vida así, destrozado, enojado. Solo. Siempre solo.

—Entonces voy contigo. No me iré. —Mi voz se calmó de repente.

Puse mi mano encima de la suya, apoyada en su palanca de cambios. El auto tenía transmisión manual, y él llevaba la velocidad más alta.

—Hasta que pienses en todas las cosas que sabes de mí ahora... hasta que entiendas quién soy realmente, ¿verdad? —Su voz estaba tan llena de odio a sí mismo.

Apreté mi mano alrededor del dorso de la suya y negué con la cabeza.

—Lo escuché todo. No me voy a ir. No puedes deshacerte de mí tan fácilmente.

—No te sentiste así durante el verano. Volverás a cambiar de opinión sobre mí, solo dale tiempo.

—¡Nunca cambié de opinión! Te mandé un mensaje cuando creí que te habías ido para tu tratamiento. Mandé un mensaje al número que me dio Colette, y respondiste... me rompiste el corazón.

Me vio, la confusión atravesó por un segundo su odio hacia sí mismo.

—Me preocupé por ti todo el verano. Estaba pegada al teléfono, esperando una respuesta, y entonces llegó, y fue horrible. Me dolió.

—Nunca me mandaste un mensaje, Eve —dijo.

Asentí rápidamente.

—Lo sé. Acabo de descubrir que fue Colette. Todo el verano estuviste esperando a que me pusiera en contacto contigo y yo pensé que me odiabas. Se metió entre nosotros, Beck.

Dejó escapar una risita amarga.

—Por supuesto que lo hizo. Se ha metido conmigo toda mi vida... pero si le preguntas al respecto, se dará la vuelta y te dirá que me gustó... que yo lo *causé*.

Justo entonces, llegamos a una zona resbaladiza de la carretera y el auto derrapó durante un segundo, las ruedas perdieron tracción. Me aferré a Beckett y cerré los ojos, con el miedo llenándome el pecho.

—Mierda —maldijo Beckett, girando hacia la deriva y tomando un trozo seco de carretera.

Las ruedas volvieron a engranar y nos lanzamos hacia adelante, recuperando el control.

Se me escapó una lágrima y se deslizó por mi mejilla. No podía ver. No era lo bastante valiente para abrir los ojos, pero sentí que el auto frenaba debajo de mí. Se estaba deteniendo en alguna parte.

Cuando nos detuvimos, me sentí tan extraña después del aterrador viaje que me flaquearon las rodillas. Beckett salió del auto y se alejó. Me desabroché el cinturón y corrí tras él. El sonido del mar llenó mi cabeza en cuanto salí del auto. Estábamos en una de las carreteras sobre el puerto. Había una barrera y, más allá, un desnivel y los mismos acantilados que continuaban hasta Cliff Point.

Beckett era una silueta oscura contra el horizonte.

—No es culpa tuya, Beck.

Mis palabras parecieron caer en saco roto. Me acerqué a él y alargué la mano para tocarle el brazo. Estaba tan apartado, flotando en algún lugar lejos de mí, atado al mundo por el más tenue de los hilos.

—No es culpa tuya —repetí.

—No. —Una palabra plana y dura. Al menos era una respuesta.

—No es culpa tuya —repetí. Lo diría toda la noche si rompía la vorágine de emociones que él estaba experimentando. —Beckett - eras solo un niño. No es culpa tuya.

—No sabes nada, Eve.

—Sé que no fue culpa tuya. Los adultos de tu vida te fallaron. Tu maldita madrastra depredadora, y tu papá también. Lo que ella hizo estuvo mal, Beckett. Eras solo un niño. Debería estar en prisión.

Dejó escapar una risa hueca.

—Cierto. Como si eso fuera a ocurrir. Ella se pasó años labrándose una reputación... y yo solo soy el hijo molesto y roto de un multimillonario. El jodido. El adicto.

—No, no lo eres. No eres lo que ella o cualquier otro piense de ti. Tú sabes quién eres... yo sé quién eres...

—No, no lo sabes —interrumpió—. No sabes nada de mí. —Se inclinó hacia mí y me agarró de los brazos, sujetándome—. Ni siquiera puedes entender lo que siento por dentro... comparado contigo, Cenicienta, estoy sucio, bañado en inmundicia... arruinado.

Sus palabras me hicieron retroceder, estaban tan llenas de veneno.

—No nos parecemos en nada. No intentes entenderme, no eres capaz de hacerlo. Estoy enojado todo el maldito tiempo, lleno de resentimiento y amargura. Tú te sientes culpable por tener celos de la gente con dinero, pero eres tú de quien tengo celos —murmuró.

»Una mamá cariñosa y un gemelo como Asher. Crecer querida y protegida... siempre he estado jodidamente celoso de ti, Evie, y cuando tuve la oportunidad de estropear tu imagen prístina y ensuciar tu inocencia con mi jodida depravación, la aproveché. Deberías huir de mí tan rápido y lejos como puedas, antes de que te arrastre a mi nivel.

Sabía lo que estaba haciendo. Intentaba alejarme y yo no iba a permitírselo. La frustración por lo difícil que fue ponerse en contacto con él y el estrés del último día sin contacto se apoderaron de mí.

Le agarré del brazo cuando intentó apartarse de mí.

—¿Crees que nunca me he enojado? ¿Crees que nunca he sido una incomprendida o que he odiado al puto mundo? ¿Crees que me gusta ser pobre, el caso de caridad? ¿Crees que me gustaba que las porristas me menospreciaran todos los días en la preparatoria? ¿Siempre la sin talento? ¿La promedio? ¿La que no pertenece? O peor, ¿la bonita? ¿Bonita y pobre y lista para aprovecharse de ella? ¿Crees que me gusta que me coqueteen y me hablen con desprecio los hombres del club?

Un músculo se tensó en la mandíbula de Beckett.

—¿Quiénes eran? Dime sus nombres —no pudo contenerse.

Eso desvió su ira durante un segundo y aproveché ese momento para apartar las manos que me retenían y presionar hacia él. Le acaricié la cara y se quedó quieto de repente, como si le hubiera puesto una pistola en la cabeza. Mis dedos recorrieron la cicatriz, la que nos unía.

—No es culpa tuya, Beck. Los niños deben ser protegidos, no culpados. Nada de esto fue culpa tuya.

Sus ojos se clavaron en los míos, y ahí había años de tormento.

—Nunca tocó a nadie más. Fui solo yo... ¿Qué había en mí para que ocurriera?

Por su forma de hablar, supe que era una acusación que se hizo a sí mismo un millón de veces, si no más.

—Nada. Ella tenía poder sobre ti, y acceso, eso es todo. Lo mismo le habría pasado al hijo de cualquiera con el que se hubiera casado. No fue tu culpa, y no hiciste nada para que sucediera. No lo pediste, no lo merecías. No importa lo que ella dijera o hiciera, o cómo te sintieras en ese momento, bien o mal o cualquier otra cosa... no fue culpa tuya. Nada de lo que hiciste estuvo mal.

No había terminado de hablar cuando me besó. Arrastrándome contra su pecho, me rodeó con sus brazos y me besó con fuerza. Era un beso brutal, lleno de desesperación y necesidad. Le correspondí en todo momento, rodeándole el cuello con los brazos y aferrándome a él.

Me levantó, girándonos para que el auto quedara debajo de mí. Era un carácter salvaje en Beckett que nunca había experimentado antes. No

estaba del todo atrás, estaba en un punto intermedio. Lo abracé contra mí con fuerza, apretando mi cuerpo contra el suyo todo lo que podía, acogiendo su tacto áspero y su necesidad desesperada. Yo lo necesitaba de vuelta.

Al cabo de un momento, se apartó y apoyó su frente en la mía, con el aliento entrecortado.

—No es culpa tuya, Beck. Perdónate... por favor.

Se inclinó hacia mí y volvió a besarme. Su furiosa ira no se estaba suavizando. En lugar de eso, era una urgencia caliente y fundida. La misma hambre crecía dentro de mí.

—No merezco tocarte, Evie. Mis manos no están limpias...

—No están sucias. Tú no estás sucio. Tu cuerpo no está sucio, ni arruinado, ni estropeado, ni nada de esa mierda... el suyo sí. El tuyo es perfecto. Es perfecto para mí. —Volví a agarrarle la cara y sus ojos se clavaron en mí, como el primer día que nos conocimos—. Sigues diciéndome que te pertenezco... que mi cuerpo es tuyo. Bueno, funciona en ambos sentidos. Tu cuerpo es mío... y nadie dice esa mierda de mis cosas. Eres perfecto, tal como eres.

Me vio fijamente durante un largo instante y luego me levantó de nuevo, abriendo la parte trasera del auto con una mano y sentándome en el borde del asiento trasero. Me empujé hacia atrás a lo largo del asiento, con la mirada fija en él. Cuando todo mi cuerpo estuvo sobre el asiento, me apoyé en los codos y me humedecí los labios.

—No estás roto, Beck, y nunca lo estuviste. Tienes que perdonarte, por favor. —Le tendí la mano, anhelando que viniera a mí—. Por favor —repetí, pero ahora no solo le pedía que se perdonara, sino que me ayudara a apagar el fuego que ardía en mi interior. Un fuego que solo había sentido por él.

Era intenso, estaba de pie justo afuera del auto, con los brazos apoyados en el marco de la puerta. Me miraba como si quisiera memorizarme.

—Por favor.

Por favor, acompáñame. Por favor, déjame entrar. Por favor, mírate como yo te miro.

Yo no sabía exactamente lo que pedía, pero Beckett sí, porque se movió. El ambiente entre nosotros crepitaba de tensión. Las emociones de antes, todos nuestros secretos más profundos y oscuros sacados a la luz, habían intensificado todas las sensaciones. Cada respiración era eléctrica, cada roce de su cuerpo con el mío era una descarga. Todas mis inseguridades habían aflorado, feas y vergonzosas. Debería ser patético, ¿no? Pero no se sentía de esa manera en absoluto. Por el contrario, me había quitado un peso de encima y, por primera vez en mi vida, alguien miraba todas mis dolorosas vulnerabilidades y las aceptaba. Él me quería de todos modos.

Cruzó sus poderosos brazos detrás de mí y supe que estaba en un aprieto. Era demasiado tarde. Me había enamorado de Beckett, y no había vuelta atrás. Recorrí sus brazos con las manos, saboreando las crestas musculares. Su cuerpo era un testimonio de fuerza para todos los que podían verlo, pero solo yo veía su interior. Donde se escondían los demonios.

Bajó su cuerpo hacia el mío y yo abrí las piernas para acomodar sus caderas. Sus labios volvieron a encontrar los míos y me perdí en su beso. Sus manos me acariciaron la cara, rozándome las mejillas y jalándome del cabello. Me sentía ebria por su contacto, mareada, aferrándome para mantener el equilibrio.

La furia desapareció, pero la urgencia no. Lo necesitaba más cerca y, por la forma en que se apretaba contra mí, estaba claro que él sentía lo mismo. Su polla me rozaba el coño y era frustrante la cantidad de ropa que se interponía entre nosotros. Bajé la mano hasta su cinturón y tiré de él, incapaz de expresar con palabras lo que quería exactamente. Beckett se detuvo y sus labios rozaron ligeramente los míos. Su mano se enredó en mi cabello, acunándome la nuca para acercarme. Su otra mano apartó mis dedos de su cinturón y tomó el relevo.

Una oleada de calor me envolvió. El tintineo de su cinturón al abrirse hizo que descargas de excitación recorrieran mis nervios. Se bajó los jeans y los bóxers, pero no se los quitó del todo. No había tiempo. Era

como si los dos fuéramos a morir si no nos acercábamos el uno al otro en ese momento.

Yo aún llevaba puesta la maldita falda lápiz del trabajo y Beckett me la subió fácilmente por la cintura. También llevaba medias. Algo que me quitaba el humor. Levanté las caderas, dispuesta a intentar quitármelas de una patada, cuando un fuerte desgarro sonó en el aire. Me las rompió con una mano, arrancando la parte central, dejando los restos colgando alrededor de mis muslos. Entonces, sus dedos estaban sobre mí, hurgando en mis bragas y hundiéndose en mi interior. Grité, la repentina intrusión de sus gruesos dedos era demasiado y no lo suficiente al mismo tiempo.

Mis bragas siguieron el mismo camino que las medias, rasgadas en dos.

Levanté las caderas, moviéndolas de lado a lado para apartar sus dedos. Él los quitó y me vio fijamente, sabiendo exactamente lo que quería, lo que necesitaba. Mis ojos se adaptaron a la oscuridad y pude distinguir sus rasgos. Parecía serio e intenso; desapareció la ira, pero quedaba el fuego.

Apartó sus dedos de mí y alisó mi humedad sobre su polla. Levanté las caderas y él acercó la cabeza a mis pliegues, frotando la punta roma arriba y abajo por mi abertura.

Nadie me había deseado como él.

Lo besé en respuesta, y él se empujó dentro de mí. Acerqué las caderas y él se balanceó, justo dentro de mí, dejando que mi humedad lo cubriera poco a poco, cada vez más profundamente.

La urgencia seguía ahí. Lo quería dentro de mí y a mi alrededor. No podía pensar en otra cosa.

Esa insistente necesidad no hizo más que intensificarse. La necesidad de sentir cómo me follaba. De ser inmovilizada por su peso. De tener mi corazón contra el suyo.

Aceleró el ritmo y sus caderas chocaron contra las mías. Era áspero y salvaje, un reclamo. No había otra forma de describirlo. Esta vez, algo era diferente. Era más.

—Cenicienta, no puedo soportar más. Voy a correrme y no puedo hacer nada. Estás demasiado apretada. Demasiado dulce. Demasiado todo.

De repente dejó de moverse y se sentó, con su polla resbalando de mí. Lo seguí. Se sentó contra el asiento, con la polla larga y húmeda, subiendo por su vientre.

—Ven y móntame, cariño. Déjame hacer que te corras conmigo. —Me guió hasta su regazo.

Se deslizó dentro de mí y me sentí tan llena. Me mecí, con el placer y una pizca de dolor recorriéndome en espiral.

—Mierda, te ves hermosa cuando estás llena de mí. —Su voz era áspera—. Creo que tenemos que mantenerte así tan a menudo como sea posible.

Su mano se introdujo entre nosotros y encontró mi clítoris. Lo rasgueó mientras yo me mecía, y el dolor desapareció, y solo quedó el placer. Un placer sin igual.

Subía y bajaba de forma irregular. No era suave, mis movimientos eran espasmódicos, pero Beckett solo me animaba a seguir. Nunca había estado encima.

—¿Lo estoy haciendo bien? —pregunté, apoyando una mano en el techo del auto para estabilizarme.

—Lo estás haciendo jodidamente increíble. Nunca nada se había sentido tan bien. Toma lo que quieras, Evie. Haz lo que te haga sentir bien, estoy aquí... y no pararé hasta que te corras.

Con su dedo en mi clítoris y su polla moviéndose dentro de mí, llegando a todos los lugares que rizaban los dedos de mis pies, no tardé mucho.

Una oleada de calor me envolvió, el único aviso antes de correrme. Nunca había sentido nada igual. No era como cuando me corría con su boca o sus dedos sobre mí, o las veces que teníamos sexo con él encima. Esto era diferente, como una ola pesada en lo más profundo de mí, que se extendía y me llevaba lejos.

Grité, me retorcí y me abalancé sobre él. Se empujó hacia arriba, y justo después se corrió con un gruñido áspero. Me invadió un calor repentino. Se estaba corriendo dentro de mí y, como siempre, lo sentía sucio y caliente. Clavé mis ojos en los suyos y vi todo lo que él sentía, lo bueno, lo malo y todo lo demás. Le dejé que me viera a mí también. Ya no había nada retenido entre nosotros. Era el momento más sincero de mi vida. Le acaricié las mejillas y él cerró los ojos por un momento, como saboreando aquel simple contacto. Le acaricié la cicatriz con el pulgar y nos quedamos así. No tenía ni idea de cuánto tiempo. Todo dentro de mí estaba quieto. Contenido.

Finalmente, me abrazó a su pecho, con su polla pesada y caliente dentro de mí, haciéndome pegajosa y húmeda.

Me pasó una mano por el cabello, sujetándome hasta que mi respiración se calmó y mi cuerpo era un charco de músculos derretidos y satisfacción.

—Así que, después de todo, la chica celosa y el chico solitario estaban hechos el uno para el otro —reflexionó Beckett.

Incliné la cabeza hacia atrás para verlo.

—Dijiste que te pertenezco —murmuré las palabras de la otra noche, antes de que el mundo implosionara—. Bueno, para que lo sepas, tú también me perteneces.

Sus labios se curvaron en una auténtica sonrisa. Era cegadora en su belleza.

—Maldita sea, claro que lo hice, y somos el uno para el otro. Ahora, todo ha cambiado —dijo con un ligero estruendo.

Asentí contra su pecho.

Sí, todo había cambiado.

30

Eve

Trabajar en el proyecto económico de Jefferies era lo último que quería hacer después de lo que pasó con Beckett.

Me sentía una persona diferente, pero más yo misma que nunca. Lo amaba. No podía negarlo, aunque aún no se lo hubiera dicho. No sentía que lo necesitara, en realidad; anoche se lo había demostrado.

Acababa de practicar baile sobre hielo y fue jodidamente divertido. Fue increíble bailar y reír con mi nuevo equipo y no pensar en nada pesado. Fue especialmente agradable cuando la bailarina que fue asignada a Beckett vino y me preguntó si podía cambiar conmigo a Marcus, ya que estaba enamorada de él. Que una cosa fuera fácil en mi vida era un alivio.

Ahora, Isabelle y yo nos dirigíamos a la biblioteca, y Beckett se reuniría conmigo ahí más tarde.

—¿Se puede ser adicta al sexo si solo lo hiciste como... diez veces? —le pregunté a Isabelle.

Ella pensó su respuesta.

—No creo que sea necesario hacer algo muchas veces para volverse adicto. Leí que puedes volverte adicto a la heroína después de una vez.

—¿En serio? Eso da miedo —murmuré y me mordí la uña del pulgar.

Se rió.

—Solo no te metas heroína accidentalmente. ¿Y supongo que es Beckett quien te tiene en una neblina sexual?

—¿Neblina sexual? Es el nombre perfecto —murmuré, dándole un codazo—. Tienes una palabra para todo.

—Bueno, soy periodista; quiero decir, quiero serlo algún día, si alguna vez dejo de corregir la ortografía.

—Ya llegarás.

—Sí, pero la cuestión es si seré vieja y canosa —refunfuñó Isabelle. Se detuvo frente a la entrada del edificio—. ¿Por qué vuelves aquí por la noche?

—Beckett y yo tenemos que entregar un proyecto pronto, y ni siquiera hemos empezado.

—¿Demasiados ocupados follando? Pide una prórroga.

Le lancé una mirada sombría.

—El profesor no es alguien que me caiga muy bien. No quiero pedirle ningún favor.

—¿Es sexy? —preguntó Isabelle.

—¿Qué? No. No. Quiero decir, no es feo ni nada pero... me pone la piel de gallina.

—¡Eso es demasiado! Probablemente sea por Beckett Anderson y la neblina sexual. Entendido. Yo tampoco sería capaz de ver a otros hombres. Hay algo en alguien que es tan sexy y es tan malo... lo entiendo.

—No es malo, no realmente.

Isabelle me vio enarcando una ceja.

—Bueno, ya no es malo conmigo —añadí.

Se rió.

—El amor es verdaderamente ciego. Lo que sea que te haga feliz, Eve, no tienes que explicármelo. Si eso es la enorme polla de Beckett, entonces genial.

—Nunca te dije que era grande.

—No tenías que hacerlo. Nadie tiene esa energía de polla grande sin estar colgado. Es imposible.

—Okey, esta conversación se nos está yendo de las manos. —Agarré los hombros de Isabelle y la sacudí juguetonamente—. ¡Estás fuera de control! Cálmate.

—¿Verdad? Tengo que hacerlo. Diviértete "estudiando". Hasta mañana. —Me dedicó una sonrisa brillante que me dijo que esperaba que nos folláramos a las estanterías y que no hiciéramos nada de trabajo.

—Nos vemos —dije por encima del hombro y entré.

En la tercera planta, dejé el bolso y la chaqueta en un buen sitio, cerca de la máquina de café y la impresora, y me desenrollé la bufanda.

—Señorita Martino —dijo una voz detrás de mí.

Solté un grito sordo. Me di la vuelta y mis mejillas se calentaron de inmediato. El profesor Jefferies estaba de pie junto a la impresora.

—Oh, hola, profesor —logré decir. Solo con verlo me acordé de la otra noche, de la escena en el vestidor de Colette y de las fotos que tenía en el celular. Aún no se lo había dicho a Beckett. Aún no era el momento oportuno, pero en cuanto lo fuera, lo haría.

—Debe de ser el destino, porque me estaba lamentando de que no haya un joven estudiante sin discapacidad cerca para ayudarme un momento.

Vi fijamente a Jefferies, esperando a que se explayara sobre esa afirmación.

—Necesito ayuda para llevar unos libros a la impresora, si no te importa complacerme.

—Ah, claro. Claro. —En realidad no tenía elección. Caminé tras Jefferies por las estanterías para recoger los libros.

—¿Cómo va tu proyecto? Sé que no es fácil trabajar con el señor Anderson.

La pregunta de Jefferies me recordó que me ofreció cambiar de compañero al principio del curso.

—Está bien. Trabajamos bien juntos —respondí sin compromiso.

Jefferies enarcó una ceja.

—¿Ah, sí? No creía que Beckett trabajara bien con nadie.

—¿Lo escuchó de Colette Anderson? Tiene que cuestionar su fuente, profesor —murmuré, antes de que pudiera pararme a pensar un segundo.

Jefferies me lanzó una mirada. *Mierda.* Realmente acababa de decir eso en voz alta.

—¿Y Colette Anderson es...? —dijo Jefferies, actuando confundido.

—La madrastra de Beckett. Pensé que la conocería, ya que ella y su esposo son grandes donantes de la universidad —le dije, y le dediqué una sonrisa inocente, rezando para que no viera el pánico en mi cara por el desliz.

Después de un momento, asintió.

—Por supuesto. Por desgracia, no, nunca tuve el placer de conocer a los Anderson.

—Pero la última vez que hablamos de tener a Beckett como compañero, dijo que conocía a Colette. —Las palabras me salieron sin pensar. Me encogí después. Genial Eve, señalarle a la cara que es un mentiroso.

Jefferies se me quedó viendo un largo rato.

—Debes estar confundida. No conozco a los Anderson.

—Oh, okey. Error mío. —*¿Entonces por qué me ofreciste cambiar de pareja antes?* Las mentiras de Jefferies eran tan transparentes como un pañuelo mojado, pero señalarlas no iba a hacerme ningún favor.

—Te ves bien —dijo de repente el profesor Jefferies.

Me vi la ropa, de repente cohibida.

—Vengo de practicar baile sobre hielo. No tuve tiempo de cambiarme.

Echó un vistazo a mi ropa. No enseñaba nada de piel, aparte de las manos y la cara. No debería ser sugerente, pero algo en su expresión me hizo pensar que no era apropiado para ir a la biblioteca.

¿Por qué? ¿Porque es ajustado? Es un uniforme deportivo.

Movimos los libros en silencio. Coloqué la última pila sobre la mesa junto a la impresora y me enderecé. Me giré y solté un grito ahogado. El profesor Jefferies estaba justo detrás de mí.

—Lo siento. —Se acercó a mí y deslizó un libro sobre la mesa en mi retaguardia.

—Está bien, creo que hemos terminado —dije y me hice a un lado—. ¿Hay algo más para lo que me necesite?

—No, eso es todo. Me salvaste el cuello. Déjame invitarte a una copa para agradecértelo.

Intenté no retroceder demasiado visiblemente.

—Oh, no, está absolutamente bien. No necesito que me de las gracias.

—Insisto —dijo el profesor Jefferies y me siguió hasta la mesa donde dejé mi bolso. Ahora no iba a sentarme ahí. Estaba demasiado cerca de la impresora donde él trabajaba.

—No podría. No lo hice por un trato especial ni nada.

—Lo sé. No me ofrezco por eso. Vamos, Eve. Ya eres mayorcita, no tienes que preocuparte por tomar una copa con un profesor. Todo el mundo lo hace. Es lo que hacen los adultos.

¿Qué diablos significaba eso?

—Está bien, de verdad. Tengo trabajo que hacer. Me sorprende que no tenga un asistente que le haga las copias —añadí cuando Jefferies se me quedó viendo. Era un hombre que no estaba acostumbrado a oír un no. Eso le rompió el cerebro.

—Todavía no he encontrado a nadie adecuado para el puesto —dijo secamente e inclinó la cabeza hacia un lado—. ¿Qué tal esa copa después de que termines de estudiar, en ese caso?

—Ella está tratando de decirle, muy educadamente, que no está interesada, profesor. —*Beckett.*

Su voz profunda me envolvió, reconfortándome como ninguna otra cosa podría hacerlo.

El profesor Jefferies se sobresaltó y se giró para ver quién habló. Beckett se despegó de la pared junto a los ascensores y se acercó a nosotros. Se alzó por encima de Jefferies.

—La verdad es que tiene un novio serio.

—¿En serio? —Jefferies me vio—. ¿Quién?

—Yo —respondió inmediatamente Beckett.

—No lo sabía —continuó Jefferies. Nos dio una mirada de evaluación a los dos.

—¿Y si así fuera? ¿Habría hecho eso de repente apropiado que un profesor de treinta y tantos presionara a su alumna de diecinueve años para que se tomara una copa con él? —El tono de Beckett estaba lleno de la confianza juvenil de los verdaderamente ricos. Le importaba una mierda lo que Jefferies pensara de él.

Nunca me había sentido tan libre.

Se hizo el silencio ante su pregunta. La tensión llenó el aire hasta que apenas pude respirar.

—Está bien. Es un malentendido, eso es todo —murmuré, tratando de suavizar las cosas. Era nuestro profesor y, aunque no me caía nada bien, no quería que reprobáramos la clase. Le dirigí a Beckett una mirada sutil, tratando de comunicar todo eso solo con los ojos.

—Sí, debe ser —dijo Beckett lentamente—. Mi error.

El profesor Jefferies nos observaba con una mirada especulativa.

—Bueno, si eso es todo, tenemos que ponernos a trabajar —dije y tomé la mano de Beckett.

Enseguida enhebró sus dedos con los míos.

—Yo diría que eso es todo, ¿no es así, profesor? —La voz de Beckett era enloquecedoramente arrogante.

El profesor Jefferies dio un paso atrás y nos tendió la mano, indicándonos que fuéramos los primeros.

Subimos un piso, con los ojos de Jefferies clavados en nosotros todo el camino.

—Ese hombre es un pervertido —murmuró Beckett en cuanto nos alejamos.

—Sí, definitivamente hay algo en él. —Tenía que contarle lo de Colette y el profesor. Ahora que sabía que Beckett odiaba a su madrastra, no había razón para no decírselo.

Mientras nos sentábamos en una mesa nueva en la desierta cuarta planta, intenté pensar cómo empezar... entonces sonó con fuerza el teléfono de Beckett. Por suerte, no había otros estudiantes a los que pudieran molestar. Sus labios se curvaron al ver la pantalla de llamadas.

—Tu hermano. Es que soy tan popular con los Martino... que ya soy miembro honorario de la familia. —Me sonrió.

—Sí, bueno, yo no empezaría con el hecho de que estás durmiendo con su hermana. Asher podría volar de vuelta aquí solo para golpearte.

Beckett se limitó a enarcar una ceja y respondió a la llamada, alejándose un poco para hablar con mi hermano.

¿Cómo se lo diríamos a Asher? Ese pensamiento se alojó incómodamente en mi garganta. Sinceramente, no tenía ni idea, pero no iba a preocuparme por eso. Claro, mi hermano era sobreprotector, pero amaba a Beckett. Se alegraría por nosotros, ¿verdad?

Mordiéndome el labio, considerando la improbable posibilidad de que Asher se limitara a sonreír y a estrechar la mano de su mejor amigo, fui a buscar un libro. Por suerte, Ciencias Sociales también estaba en la cuarta planta, y me sentí aliviada al ver que no tenía que aventurarme hasta donde trabajaba el profesor Pervertido.

—Creo que somos las únicas personas en este piso.

Reprimí un chillido de espanto ante la inesperada reaparición de Beckett y me recosté contra las estanterías, apretando una mano sobre mi palpitante corazón.

—Creía que estabas al teléfono —lo acusé.

Beckett rodeó el extremo de la estantería y se acercó.

—No fue una charla larga. ¿Sabes que viene a casa para Acción de Gracias? Tenemos que decírselo, Cenicienta. No voy a ocultarlo. No puedo.

Estábamos uno al lado del otro, de espaldas a los libros. La preocupación me revolvió el estómago a pesar de mi determinación de no darle demasiada importancia a lo que pasó entre Beckett y yo. No iba a dejar que la reacción de Asher empañara nuestra nueva relación. Ninguno de los dos tenía nada que lamentar. No hicimos nada malo.

Me estaba imaginando la cara de Asher al oír la noticia, cuando Beckett se apartó de las estanterías y se giró hacia mí. Concretamente, me atrapó donde estaba, usando su cuerpo para mantenerme en el sitio. Sus manos se posaron en mis caderas y di un salto del susto.

—No te preocupes, Evie. Yo se lo diré a tu hermano, todo va a estar bien —dijo en voz baja.

Se inclinó hacia mí y giró mi cabeza hacia un lado, dejando mi cuello al descubierto. Sus labios trazaron un camino desde mi oreja hasta mi clavícula y viceversa. Se metió el lóbulo de mi oreja en la boca y me mordió.

El placer estalló en mi interior, una oleada de humedad se acumuló en mi interior ante su contacto.

—Es muy amable de su parte, pero me gusta que vivas. Yo debería decírselo —argumenté en voz baja.

—Aprecio tu voluntad de saltar al fuego por mí, pero es mi trabajo. Soy el mejor amigo, a mí me pidió que cuidara de ti y te mantuviera alejada de los problemas, como yo... es mi lugar. No quiero que te preocupes. Yo me ocuparé de todo. —Sus labios rozaban mi piel con cada palabra.

Su muslo se encajó entre los míos. Gracias a nuestra diferencia de estatura, su pierna encajaba perfectamente entre la cara interna de mis muslos, justo contra mi coño.

—¿Tienes idea de cómo te ves con esa ropa?

Me lamió la garganta en una larga y caliente franja que me hizo arder. También movía su muslo lenta y deliberadamente sobre mi coño. Deslizándolo en un movimiento que frotaba mi clítoris a la perfección.

Me agarré a sus hombros y me estremecí.

—¿Esto te moja? —preguntó en un susurro áspero—. Dímelo, o lo comprobaré yo mismo.

—Estamos en público, no podemos...

—Dime, Tiny, o lo compruebo. Me importa una mierda dónde estemos. Eres mía, donde quiera que vayamos... este increíble cuerpo me pertenece, y lo tocaré cuando quiera. Déjame oírte decirlo —murmuró.

Me apreté contra su musculoso muslo.

—Sabes que sí —murmuré a regañadientes.

—Diablos, sí, sé que lo haces, pero quiero oírte decirlo. Di que esto te está mojando. Di que *yo* estoy haciendo que te mojes.

—Estás haciendo que me moje —repetí. Admitirlo parecía mucho menos terrible que el horror de que dejara de hacerlo.

Cerré los ojos mientras su boca se deleitaba en mi clavícula, recorriéndola con sus suaves labios y apartando la parte superior de mi uniforme. Se sentía tan bien que se apoderó de mi cerebro. Gemí y la mano de Beckett me tapó la boca con fuerza, sellando el sonido.

—No hagas mucho ruido a menos que quieras que te echen en este momento y no dentro de cinco minutos. —Empujó su muslo más fuerte contra mí—. Tienes ese tiempo si quieres correrte, Evie. Móntame el muslo, úsame como una puta silla de biblioteca antes de que nos echen de aquí.

Jadeé detrás de su mano. Quería más. Quería correrme aquí mismo. La neblina sexual era real. No me importaba lo que eso dijera de mí. Este

Ahora ella es mi compañera de clase...
...mi compañera de cuarto y mi pupila.

hombre despertó algo dentro de mí y ahora quería más. Lamí los dedos con los que me silenció y él se sacudió. Maldijo en voz baja y apoyó la frente en la mía.

—Eso no es jugar limpio, Evie —murmuró.

Me metí uno de sus dedos en la boca y él emitió un profundo gemido. Mordí su dedo y él lo apartó de mí.

—¿Qué quieres? —Beckett murmuró.

—Más. Quiero más, por favor, dame más —murmuré, sin importarme lo que pensara Beckett.

Sonrió.

—Buena chica por pedirlo tan amablemente. Las buenas chicas consiguen lo que quieren.

La mano que estaba en mi boca se movió hacia mi vientre y se empujó bajo la cintura de mi uniforme, dirigiéndose hacia el sur.

Se zambulló sin piedad bajo mis bragas y a través de mis pliegues.

—Ahí estás, Cenicienta. Te sientes jodidamente como la seda —exhaló con dureza mientras su dedo recorría mi abertura de arriba abajo, encontrando mi clítoris.

Di un fuerte grito.

—Shh, Tiny. Tienes que darme tiempo para que te corras —murmuró Beckett mientras me metía los dedos lentamente.

Sus dedos eran mágicos, me frotaban el clítoris como a mí me gustaba. En tan poco tiempo, aprendió a tocar mi cuerpo como un violín. Estudiaba rápido y estaba claro que prestaba atención. Eso me excitaba aún más. Tomé su mano, me agarré a sus hombros y me empujé sin ningún pudor. Estaba demasiado excitada para eso.

—Dios, voy a... voy a...

—¡Disculpen! En las instalaciones de la biblioteca no.

La decepción de tener que detenerme nubló mis pensamientos y solté un quejido de protesta.

—Mierda —se rió Beckett—. Parece que nos atraparon.

—Estoy tan cerca —murmuré, mi visión se redujo a Beckett, mis sentidos se concentraron en su tacto y solo en eso. No existía nada más.

—Los dos tienen que irse en este momento. Vamos, chicos, esto no está bien. —El bibliotecario era un tipo hippie de unos cuarenta años, probablemente un estudiante de posgrado.

La mano de Beckett no dejé de moverse, así que yo seguía a punto de correrme y no me atreví a pensar en que nos habían atrapado.

Beckett me agarró la barbilla y acercó mi cara a la suya, sosteniéndome la mirada.

—Si estás tan cerca, entonces córrete, pero mírame cuando te corras, ¿entendido? Los ojos en mí.

Sus palabras profundas y posesivas me llevaron al límite.

Grité, contrayéndome contra su mano. Mi cara se estiró en el tormento insoportablemente hermoso de correrme.

—Okey, se van de aquí. —El bibliotecario nos alcanzó.

La ancha espalda de Beckett me ocultaba de la vista, pero seguía siendo bastante obvio que estábamos haciendo algo que no debíamos.

Beckett no apartó la mirada de mí.

—Quédate jodidamente atrás, hombre, si quieres conservar tu trabajo. —Bajó la voz solo para mis oídos—. Nadie ve a mi chica así excepto yo.

El bibliotecario se detuvo a unos metros y suspiró con disgusto antes de girar sobre sus talones.

—Voy a llamar a la seguridad del campus.

—Ve y hazlo. Diles que Beckett Anderson les manda saludos.

El bibliotecario dudó al reconocer claramente el nombre. Se alejó, murmurando, mientras yo salía a la superficie del maremoto de placer que me había arrastrado.

—Eres una mala influencia —suspiré.

Sacó lentamente su mano de mi uniforme. No podía creer que acabáramos de hacer eso, y que nos hubieran atrapado, nada menos. Debería sentirme humillada y avergonzada, pero no podía encontrar ninguna parte de mí que lo lamentara.

Beckett sonrió.

—Lo sé. —Parecía completamente indiferente a la acusación, como si fuera algo natural, luego tomó la mano con la que me hizo correrme y se metió los dedos brillantes en la boca, lamiéndolos hasta dejarlos limpios.

Ahora ella es mi compañera de clase...
...mi compañera de cuarto y mi pupila.

31

Beckett

A la mañana siguiente dejé a Eve durmiendo en nuestra cama y tomé la maleta que ya había preparado. Ayer, antes de encontrarme con ella en la biblioteca, decidí lo que tenía que hacer. No se lo dije porque no quería que me lo impidiera.

Decírselo a su hermano era mi responsabilidad, y yo me encargaría de eso. Tampoco era algo que se le dijera a alguien por teléfono.

—Hola, Asher, ¿cómo está Colorado? Por cierto, me enamoré de tu hermana.

No. Esa no era la forma en que iba a hacerlo. Mi relación con Asher merecía más que eso. Mi relación con Eve merecía el mundo. Era lo mejor que me había pasado, y no iba a arriesgarme a cagarla.

Anoche, en la cama, durmiendo con Eve en mis brazos, con su tacto a mi alrededor, su olor atrapado en mi cabeza, ella apoyó su cabeza sobre mi corazón y dijo algo que sabía que nunca olvidaría.

—Puedes tener una vida terrible por culpa de esa mujer, o una vida maravillosa a pesar de ella.

Por primera vez en más tiempo del que podía recordar, quería esa maravillosa vida, y la quería con ella. Iba a intentarlo de una puta vez porque tenía algo sin lo que no podía vivir. Alguien a quien necesitaba, más de lo que necesitaba aire para respirar.

Aterricé en Denver a primera hora de la tarde. El aire de la montaña era muy fresco y me alegré de haberme abrigado. Tomé un taxi a la salida del aeropuerto y me dirigí a la universidad de Asher.

Esta noche había partido. Llegué justo cuando empezaba el segundo tiempo y lo vi jugar. Lo hacía tan bien como siempre y sentí una punzada de celos al verlo trabajar codo con codo con sus nuevos compañeros. No podía evitar pensar que le faltaba algo, pero tal vez era solo una ilusión. Tener a Asher en HHU sería un sueño hecho realidad, pero parecía que mis esperanzas de que decidiera volver eran descabelladas.

Parecía enojado esta noche. Me pregunté por qué, exactamente. Pronto lo averiguaría. Lo esperé después del partido, sentado en las escaleras de la pista. Una vez que el público se fue, los jugadores tardaron un rato en salir.

Un silbido me llegó desde los vestidores y una voz desconocida me llamó.

—Es Anderson, ¿verdad?

Me giré para ver quién estaba ahí. Distinguí a un grupo de jugadores, antes de que una forma oscura chocara contra mí y un puño golpeara mi mandíbula. Me dolió la lengua y me la mordí con fuerza.

—¿Qué demonios? —Empecé y me empujé hacia arriba mientras unas manos fuertes me agarraban.

—Esa es mi línea. —La cara furiosa de Asher llenó mi visión, y entonces su puño se encontró de nuevo con mi cara, seguido rápidamente por su rodilla en mi costado.

Caí sobre los escalones fríos y húmedos.

Un par de compañeros de equipo de Asher veían sorprendidos. Uno dio un paso adelante y agarró el brazo de Asher cuando se lanzó sobre mí otra vez.

—Amigo, ¿qué pasa?

Ash se apartó furiosamente de él y volvió a darme una patada. Caí de espaldas, con las costillas chirriando.

—¡Alto! —Sus compañeros sonaban preocupados.

—No, no pararé hasta que este hijo de puta sangre —gruñó Asher y vio por encima del hombro a sus preocupados amigos—. Vayan ustedes. Necesito un minuto a solas con Anderson.

Con uno o dos murmullos de protesta, los chicos se fueron.

—Levántate —exigió Asher.

Me tomé mi tiempo para hacerlo. Me dolía el costado y me palpitaba la mandíbula. Se me aflojaron un par de dientes, pero eso no era nada nuevo. Todavía me pasaba en el hockey, a pesar del protector bucal.

—¿Cómo lo supiste? —le pregunté.

Asher tenía las manos cerradas en puños y los nudillos rotos. Me miraba como si quisiera arrancarme la cabeza.

—Marcus llamó esta mañana. Supuso que yo ya lo sabía, ya que ustedes dos son públicos y todo eso.

Me jaló del cuello y me dio un puñetazo, y luego otro.

—Tú... te la confié. —Me golpeó de nuevo, y la sangre salpicó su cara.

—Lo sé. Lo siento.

—¿Lo sientes? ¿Eso es todo lo que tienes que decir? Lo sientes. Te pedí que la cuidaras, que te aseguraras de que nadie intentara nada... sabías lo inocente que es. Que *era*. Te aprovechaste de ella.

Me golpeó de nuevo, y esta vez, me incliné hacia su puño. Quería la paliza, la necesitaba. Me la merecía.

—No me aproveché. Ella también me quería, Ash. Ella me quiere igual —le dije.

Las palabras solo parecían enfurecerlo más. Me golpeó de nuevo. Un castigo por decir la verdad.

—Defiéndete, hijo de puta —exigió Asher.

Me tambaleé contra la barandilla y me agarré para recuperar el aliento.

Sacudí la cabeza, escupiendo una larga hilera de sangre al suelo.

—¡Pelea o te enviaré al maldito hospital, Beckett! —Asher rugió.

—Ponme ahí. No me importa, no te voy a pegar.

—Eso no me detendrá, no creas que eso te comprará piedad.

Me dio un puñetazo en el estómago y me arrodillé, sin aliento.

—No mereces piedad.

—No la quiero. No voy a pegarte, Ash, por ningún motivo.

Asher se paseó delante de mí, con su aliento furioso formando nubes blancas en el aire frío de la noche y las manos apretándose y soltándose a los lados.

—Esto es lo que va a pasar. Vas a arreglar su alojamiento, porque los dos sabemos que podrías haber movido esos hilos inmediatamente pero elegiste no hacerlo, y luego no vas a volver a hablar con ella nunca más. ¿Tú y yo? Nosotros también hemos terminado.

Escupí una bocanada de sangre.

—No.

Asher se detuvo.

—¿Qué acabas de decir?

—Dije que no. No puedo hacerlo.

Se agachó ante mí.

—¿Estás loco? ¿Quieres morir esta noche?

Se me escapó una risita retorcida.

—Curiosamente, no… no quiero y es la primera vez que puedo responder a eso honestamente en años.

—¿De qué demonios estás hablando?

—No me disculparé por amarla. Nunca me disculparé por eso, y no me arrepentiré ni un segundo.

Asher se echó hacia atrás, emanando furia de él.

—¿Todavía estás diciendo mierdas? Di que amas a mi hermana otra vez, te reto.

Lo vi fijamente a los ojos, parpadeando por encima de la sangre que manaba de mi ceja partida.

—La amo. Solo la amaré a ella, y moriré amándola.

Asher me vio fijamente durante un largo instante y luego dio un tirón hacia adelante, me jaló hacia arriba y me apretó contra la barandilla metálica de la escalera, presionándome la garganta con el antebrazo. Empujó con fuerza, cortándome el suministro de aire.

—Eres un psicópata, ¿lo sabías? Incluso ahora, sigues con esto... esta ridiculez se acabó, Beckett. Conozco las reglas de tu papá para las citas. Sé que no puedes tener nada real con Eve. Deja de meterte con ella, o realmente te mataré.

Me soltó justo cuando las manchas bailaban ante mis ojos.

Me desplomé hacia adelante mareado.

—No. —La silenciosa palabra rompió la tranquila noche.

—¿No? ¿*No*? —repitió Asher incrédulo—. Realmente quieres morir.

Negué con la cabeza.

—No. De verdad no quiero. Quiero vivir, y quiero vivir con ella. Si tienes un problema con eso, realmente tienes que matarme, porque es la única manera de alejarme de ella.

Asher me vio con horrorizada fascinación.

—Me casaré con ella, tendré hijos y le daré todo lo que quiera en la vida. Tendrás que matarme para detenerme.

—Quieres casarte con Eve —se burló Asher—. Dame un respiro.

—No solo *quiero* casarme con Eve, me casaré con Eve. Nadie me detendrá. Ella es mía. —Respiré hondo y con calma, intentando arrastrar el aire a través de mi hinchada nariz—. Somos el uno para el otro.

—¿Y eso ya lo sabes después de unas semanas durmiendo juntos en la misma habitación? —Asher resopló.

Negué lentamente con la cabeza.

—Lleva más tiempo que eso. Físicamente, desde principios de verano... ¿Emocionalmente? No tengo ni puta idea. Desde que teníamos trece años, tal vez.

Asher me miró como si fuera un extraño a la que nunca hubiera visto. Después de un rato, habló.

—¿Qué te pasó, hombre?

Solté una risita cortante.

—Ella me pasó. La vida me pasó... un montón de mierda me pasó, pero nada de eso importa como antes, gracias a Eve. La amo, Asher, y voy a pasar el resto de mi vida asegurándome de que sea feliz.

—Te volviste loco. ¿Es una broma? ¿Marcus y tú están juntos en esto? —Se pasó una mano ensangrentada por la cara. Le sangraban los nudillos—. Necesito un trago.

Me enderecé, con el dolor atravesándome el pecho y la cara.

—Vamos a buscar uno entonces.

*

A la mañana siguiente, iba en un vuelo de regreso a Maine. Estaba agotado, mi mandíbula crujía ominosamente cuando la movía, pero estaba más ligero de lo que había estado en meses. Años, en realidad.

Las cosas estaban bien con Asher, y lo mejor de todo fue su confesión de que no era feliz en Denver y deseaba volver a casa.

—Si quieres volver a casa, haré que suceda. Estarás de vuelta en el equipo en poco tiempo.

—¿En serio? —Los ojos oscuros de Asher sonrieron por primera vez desde que llegué—. Supongo que ahora no tengo elección. Tengo que estar cerca para asegurarme de que no la cagues con mi hermana.

Me reí y choqué mi vaso contra el suyo.

—Salud por eso.

—Hablo en serio, Beckett. No la cagues.

De vuelta en el aeropuerto, encontré una pequeña joyería con cosas hechas a mano. Había un bonito anillo solitario de aguamarina, con diamantes alrededor. Resplandecería con la piel aceitunada de Eve. Lo estaba estudiando cuando el joyero intervino.

—Tienes buen gusto. Yo lo llamo nuestro anillo de Cenicienta. El color me recuerda a ese emblemático vestido azul —repitió el hombre.

Lo había girado de un lado a otro, admirando cómo captaba la luz. El anillo de Cenicienta. No tenía ni idea de que su pequeña observación acababa de hacer la venta. Este era el anillo de Eve.

Ya había anochecido cuando salí del aeropuerto y me dirigí a mi auto. Desde ahí hasta Hade Harbor había más de una hora de viaje, y la expectación por ver a Eve aumentaba con cada kilómetro que pasaba. Cuando llegué al Chickadee Diner, ardía en deseos de verla.

Tenía la bendición de su hermano, o casi, tenía un anillo que me moría de ganas de ponerle en el dedo, y ahora, solo la quería a solas para poder ponérselo en la mano. Si quería casarse ahora o esperar hasta después de la universidad, no me importaba. Mientras todos supieran que estaba comprometida, podría sobrevivir a la espera.

Me estacioné justo delante de las largas ventanas que rodeaban la cafetería y podía ver el interior. La parte superior del cristal estaba esmerilada, pero el cuerpo de Eve se movía y yo veía su rostro cada vez que se agachaba a poner un plato en la mesa de alguien.

Un torrente de pensamientos invadió mi cabeza mientras la observaba. No quería que siguiera trabajando aquí, dejándose la piel por unas propinas miserables y unos imbéciles que intentaban tocarle las narices. No quería que trabajara, y punto. Quería que disfrutara de la universidad, que estudiara mucho, que bailara como una ICE Girl y que volviera a casa conmigo. No quería que escatimara, ahorrara y se agotara. Yo iba a cuidar de ella a partir de ahora.

Ahora ella es mi compañera de clase...
...mi compañera de cuarto y mi pupila.

Me pasó por la cabeza la idea de que a Eve le gustaba su independencia, me la imaginé diciéndolo. Aun así, no podía dejar que fuera y viniera en autobús a altas horas de la noche. Dudaba que me dejara llevarla siempre. Hice una nota mental para comprarle un auto. Era un comienzo.

La otra cuestión era Melly Martino, su mamá. Estaba claro que ya no podía limpiar para nosotros. Se estaba haciendo mayor y Eve se preocupaba por ella. Era hora de que Melly se retirara a un lugar bonito, con jardín y terraza acristalada, en la parte buena de la ciudad.

Mis pensamientos fueron interrumpidos por la visión de un imbécil al salir por la puerta, estirando la mano y golpeando el trasero de Eve mientras trabajaba.

Salí del auto en un santiamén.

El estacionamiento del Chickadee Diner tenía una zona destartalada en la parte trasera para que se estacionara el personal. Gracias a los cristales rotos y los árboles crecidos, nadie lo usaba. Agarré al hombre cuando salía por la puerta mientras buscaba las llaves y lo arrastré hasta ahí.

—¡Eh! Vándalo, ¿qué demonios estás haciendo? —El hombre forcejeó.

Lo solté y casi se cae intentando mantener el equilibrio. Se enderezó y me vio. Sus ojos se movieron nerviosos, buscando seguridad en forma de testigos.

—No te molestes. Estamos solos. Nadie nos interrumpirá aquí.

—¿Interrumpir? ¿Interrumpir qué? ¿Qué quieres?

—Iba a preguntarte, Cabeza de Mierda. ¿Te importa si te llamo Cabeza de Mierda?

—Vete a la mierda. Soy Ray.

—Creo que Cabeza de Mierda te queda mejor, pero claro. Ray, ¿te pones manoseador con todas las meseras o solo con una?

—¿Manoseador? No estaba manoseando —empezó.

Me incliné hacia adelante y hundí un puñetazo en su flácida barriga.

Ahora ella es mi compañera de clase...
...mi compañera de cuarto y mi pupila.

—Cada vez que me mientas, esto es lo que conseguirás. Elige tus próximas palabras con cuidado.

—No sé de qué me estás hablando —murmuró Ray a la defensiva. Sus ojos cambiantes seguían yendo y viniendo.

—Creo que sabes exactamente de quién estoy hablando. Eve.

—¿Qué pasa con ella?

—¿Le tocas el trasero a todas las meseras, o solo a ella?

Ray se encogió de hombros.

—Es solo una broma interna. Nos conocemos desde hace mucho. Llevo años viniendo aquí.

—¿Crees que le hace gracia?

Ray se encogió de hombros.

—No es mi problema si no aguanta una broma. Aléjate de mí o llamo a la policía.

—Mi familia es dueña de la policía. ¿Has tocado a todas las meseras, o solo a ella? —grité, enojándome cada vez más. La idea de que ese cerdo pudiera ir por ahí tocando a quien quisiera, haciéndolas sentir incómodas y vulnerables, arrebatándoles su libre albedrío... desencadenó la parte más violenta de mí, y no tenía forma de detenerla.

—Yo no hice nada —mantuvo Ray.

—Te vi.

—¡Viste mal!

—No te creo, Ray. —Mi puñetazo le atravesó la mandíbula. Los músculos de mis costillas me gritaban gracias a la paliza de Asher, pero heridas incluidas, podía con un hombre como Ray en mi peor día.

—Te vi. La asustaste. La vulneraste. Tienes que pagar por eso.

Se estaba enderezando cuando le agarré la mano. Lo hice girar con fuerza contra la pared y le trabé la muñeca. Poco a poco, apreté el candado hasta que sus huesos molieron bajo mi mano.

La cara de Ray se estaba poniendo roja, su mano libre me arañaba el brazo con impotencia. No sentía compasión por aquel hombre. Había molestado a Eve, se merecía todo lo que se le venía encima y más.

—Tócala otra vez, y tendrás que vértelas conmigo. Toca a otra mesera otra vez, y tendrás que vértelas conmigo... ven a esta cafetería otra vez, y estás muerto.

Se le rompió la muñeca y se llevó la otra mano a la boca para ahogar el grito.

Lo solté y lo vi caer de rodillas, tragando aire.

Di unos pasos atrás.

—Si la ves en la calle, te das la vuelta y caminas en sentido contrario. ¿Entendido?

Ray me vio.

—¿Por qué te preocupas por una putita como ella? Hay una doce...

No oí el resto. Le agarré la otra mano y se la retorcí tan fuerte que el chasquido fue como un disparo.

Algunas personas eran demasiado tontas para escuchar las advertencias. Necesitaban una lección adecuada, como Ray. Yo estaba más que feliz de enseñarle.

Diez minutos después, dejé a Ray detrás de la cafetería, llorando por sus muñecas rotas, y me dirigí a mi auto. Dejé el anillo y mi teléfono. Era casi la hora de llevar a Eve a casa.

Vi por la ventana de la cafetería y me quedé helado.

Había una mujer vestida de blanco, sentada en una cabina. Su cabello rubio y sus uñas en forma de garra la delataban, incluso antes de que se inclinara hacia adelante y se le viera la cara. No sonreía, pero hablaba atentamente con la persona sentada frente a ella. Sacó un gran sobre amarillo de su bolso. Era abultado y me hice una idea de lo que contenía.

Dinero. Le estaba pagando a alguien.

Colette sonrió a su compañero de cena, sin darse cuenta de que estaban siendo observados, y yo entré tambaleándome en mi auto, luchando contra las ganas de vomitar.

Sin embargo, no fue la visión de Colette sentada en el Chickadee Diner lo que ahuecó mi corazón.

Fue ver a la mujer sentada frente a ella, aceptando tranquilamente el grueso sobre de dinero.

Eve.

Ahora ella es mi compañera de clase...

...mi compañera de cuarto y mi pupila.

32

Eve

Pensé que Ray dándome una palmada en el trasero y quemándome la mano con la estufa eran las peores cosas que me podían pasar hoy, hasta que Colette entró en la cafetería y se sentó en mi sección.

Vio a su alrededor con desdén y me llamó, haciéndome un gesto para que me acercara. Me agaché en la parte de atrás y puse el celular a grabar antes de guardármelo en el bolsillo.

Luego salí a saludar a la peor mujer que conocía.

—¿Qué puedo ofrecerle? —pregunté con fuerza.

—Unos minutos de tu tiempo.

—Estoy trabajando.

—Entonces pídeme lo más caro del menú, o todo el menú si quieres... ¿eso me da derecho a cinco minutos?

Me senté, con toda la intención de cobrarle todo el menú.

—¿En qué puedo ayudarle?

—Sé que escuchaste la desafortunada conversación entre Beck y yo la otra noche. Deberíamos hablar de eso, antes de que se te metan ideas tontas en la cabeza.

—No creo que haya nada de qué hablar.

—Oh, pero lo hay. Verás, tienes que entender que Beckett tiene un largo historial de mentiras y manipulación. Planeó desde el primer día

que me casé con su papá encontrar una manera de sacarme de su vida. Lo que oíste es simplemente la forma en que maquinó para lograrlo.

Me moví incómoda.

—¿Me estás diciendo que esa conversación fue todo mentira? Nunca le dijiste nada de esto a Beckett. Sonaba como si realmente hubieras abusado de tu hijastro cuando era menor.

—Seguía el juego, querida. Beck es inestable. Estuvimos juntos, pero él lo instigó, y pensó que podía darse la vuelta y fingir ser una víctima después del hecho. No dejes que te engañe. Los momentos en que estuvimos juntos fueron lo mejor de su torpe e inepta vida, y si dice otra cosa, es un mentiroso. La respuesta de un cuerpo no miente...

—Era un niño, la respuesta de un cuerpo no importa... él era un niño, y tú eres una criminal.

Colette se burló.

—Se nota tu inexperiencia, Eve. No tienes ni idea de lo que estás hablando. Ahórrate tus acusaciones infantiles. Es aburrido.

La vi fijamente. Quería despotricar, rabiar y discrepar, pero ¿qué posibilidades había de que Colette se quebrara y confesara que abusó de Beckett? Era imposible, pero eso no significaba que no pudiera culparla de algo. Tal vez algo que pudiera joderle la vida igualmente.

—Cuando te vi entrar, supuse que venías a hablarme del profesor Jefferies y de la aventura que tienes a espaldas de Soren Anderson.

Colette me vio fijamente, inmóvil por un momento. Estaba decidiendo cómo reaccionar. Tenía la sangre fría, escalofriante.

—¿Qué te hace pensar que es a espaldas de Soren? Algo que no podrías entender es que en las clases altas, una que otra indiscreción no es nada.

Estaba fanfarroneando, estaba segura.

—Mira, no quiero ocupar todo tu turno. Solo vine a darte esto —dijo, sacó un sobre del bolso y lo deslizó por la mesa.

—¿Me pagas para que me calle?

—Por supuesto que no. No sabes nada de lo que valga la pena hablar. Te estoy pagando por las molestias de meterte en los asuntos de los Anderson. Sé que el dinero escasea. Tu mamá es mayor, y no podrá limpiar para siempre, mientras que yo le garantizo su puesto en Cliff Point hasta que ella quiera. Tienes que empezar a planear tu futuro, Eve.

—No lo quiero.

—Entonces lo dejaré como propina para todo el comedor —presionó Colette y me lo puso en la mano.

No tenía intención de callarme, así que ¿por qué no iba a tomar el dinero y delatar a Colette al mismo tiempo? No tenía ninguna obligación con ella, con dinero o sin él. Además, el dinero era una prueba más de su culpabilidad.

Tomé el sobre.

—No querrás comerte todo el menú, ¿verdad?

—¿Crees que comería algo de aquí? —Su tono goteaba con seca condescendencia.

Escribí su pedido de todo el menú en mi bloc y golpeé el ticket sobre la mesa.

—Puedes pagar en el mostrador. —Me levanté.

Su mano rodeó la mía, clavándose en mi piel.

—Entonces, ¿nos entendemos, Eve?

Asentí y, tras una larga pausa, me soltó la mano, aparentemente satisfecha. Me alejé de ella, resistiendo el impulso de persignarme para ahuyentar a los malos espíritus.

Sí, Colette. Te entiendo perfectamente, y voy a asegurarme de que todos lo hagan.

Llegué tarde al apartamento siete y entré. Me sorprendió gratamente ver a Lily en el salón. Estaba hablando con Cayden y parecía serio.

—¿Qué pasa, chicos? —Me fijé en mi maleta en el suelo junto a ella—. ¿Qué es esto? —pregunté, colgando mi abrigo.

Lily tragó saliva y se levantó.

—No sé cómo decir esto, así que solo voy a... Beckett llegó a casa furioso. Metió tu ropa en esta maleta. —Señaló un par de cajas en el suelo—. Y el resto está ahí.

—¿Por hacer qué? —pregunté, confundida.

—No lo sé. No habló conmigo, ni con nadie... dice que ya no puedes quedarte con él. Cerró la puerta de la habitación y se fue.

—Espera, ¿qué? —Saqué mi teléfono del bolsillo y lo llamé—. Algo debe haber pasado en su viaje.

—¿A dónde fue?

—Algún tipo de chequeo físico en Nueva York con el médico que se ocupó de su cicatriz. —Llamé a Beckett. No hubo respuesta.

—¿Estás segura de que fue ahí? Parecía golpeado, no como si hubiera ido al médico. ¿Por qué no llamas a tu hermano? —Lily sugirió, justo cuando la puerta se abrió.

Beckett entró y sentí alivio, seguido inmediatamente de preocupación. Estaba realmente golpeado. Tenía un ojo morado y la nariz hinchada. Tenía moretones a lo largo de la mandíbula. Sus ojos se posaron en mí y luego se apartaron.

—Bien, ya estás aquí. Quizá puedas explicarle a Eve qué demonios está pasando y dejar de hacernos adivinar —refunfuñó Cayden. No le gustaba nada que preocupara a Lily.

—Te lo dije antes. Martino está fuera de aquí. Puede quedarse con Lily. —Beckett seguía evitando mis ojos mientras se dirigía a nuestra habitación.

—¡Beckett! ¿Qué demonios está pasando? ¿Qué te pasó en la cara? —Lo seguí, extendí la mano y jalé su brazo.

Se detuvo inmediatamente.

—No me toques ahora. No puedo soportarlo.

Ahora ella es mi compañera de clase...
...mi compañera de cuarto y mi pupila.

Retrocedí. El pavor se formó en mi vientre. ¿Vio a Colette en la cafetería? ¿Creía que estaba hablando con ella a sus espaldas o aceptando un soborno de buen grado? Aún no le había contado lo de Jefferies, aún no había llegado el momento.

—¿Pueden darnos un minuto? —le pregunté a Lily, necesitando hablar con Beckett a solas.

—No. No se vayan. No tenemos nada que decirnos —dijo Beckett.

Abrí la boca para protestar, pero ¿qué podía decir? No podía soltar todos sus secretos delante de Cayden y Lily. Él podría estar actuando molesto como el infierno en este momento, pero eso era una línea que nunca cruzaría.

—Por favor, habla conmigo a solas y deja que te explique —empecé.

Pero Beckett ya se había dado la vuelta y entró en nuestra habitación.

Saqué la mano e impedí que la puerta se cerrara.

—Beck, no me dejes fuera.

—¿Dejarte fuera, Cenicienta? Nunca te he dejado entrar. Siempre estuviste fuera. Fuera, no como los demás... la única que no pertenece. —Se burló, el dolor en sus ojos ardía en mí—. Nunca creí que mi papá tuviera razón en nada... pero me advirtió sobre las mujeres como tú.

—¿Mujeres como yo?

—Mujeres que mienten y manipulan para engañar a un hombre rico y hacerle creer que le importa... una cazafortunas. Debería haber sabido que era una actuación. ¿Cómo podría haber sido otra cosa? Sé lo que soy... nada puede cambiar eso, y ahora, sé lo que tú eres, también. Ah, y no me llames Beck.

Sus palabras me aturdieron, y mi brazo cayó de la puerta. La cerró sobre mí, con sus ojos clavados en los míos todo el tiempo, y la cerradura giró desde dentro, dejándome fuera.

Me quedé viendo la puerta durante unos minutos, con los ojos llenos de lágrimas.

—Ven, vamos a mi habitación —dijo Lily un momento después.

Ahora ella es mi compañera de clase...
...mi compañera de cuarto y mi pupila.

Cayden había recogido las cajas y tenía mi maleta.

—Okey, claro —acepté en voz baja. No podía hacer nada más en este momento. Lo interpretó todo mal, y estaba reaccionando horriblemente. Me apartó sin dejarme hablar. Me dolía como si una navaja me hubiera atravesado el corazón.

Solo era un malentendido, pero eso no hizo que doliera menos. Dejé que Lily me llevara lejos antes de que cayeran las primeras lágrimas.

Al día siguiente, falté a mis clases del viernes y me fui a casa a cuidar de mi adolorido corazón. A casa-casa, la casa de mi mamá. Llamé a Beckett cientos de veces durante la noche. No quería explicárselo por SMS, pero no me dejaba otra opción. Le envié las fotos que tomé de Colette y Jefferies y le expliqué que estaba intentando sacar más trapos sucios de ella.

No hubo respuesta. De hecho, mis mensajes ni siquiera aparecían como leídos.

Una cazafortunas. No podía creer que me hubiera llamado cazafortunas. Me engañé a mí misma pensando que me conocía mejor que eso.

—Nunca te he dejado entrar. Siempre estuviste fuera. Fuera, no como los demás... la única que no pertenece.

Tomó mis inseguridades y me las echó en cara. Tal vez pensó que yo le hice lo mismo, y que lo hice primero. No tenía ni idea. Era un desastre. Todo lo que sabía era que su negativa a escucharme me estaba rompiendo el corazón.

Tomé el autobús en Hade Harbor, me bajé a unas manzanas de casa y me fui caminando. Estaba tranquilo. Las hojas se amontonaban en todas las esquinas y un viento enérgico las arrastraba. Agaché la cabeza y me apresuré a volver a casa. Había recorrido esta ruta miles de veces, pero hoy me sentía consciente de cada paso, gracias a mi cabeza palpitante. Resulta que llorar toda la noche daba dolor de cabeza, ¿quién lo iba a decir?

Estaba tan mal que sentía como si tuviera un golpe en la cabeza a cada paso. Seguí caminando. Llevaba puestas los tenis nuevos para los que ahorré todo el verano. Los malditos cordones siempre se desataban. Pensé que después de desear tanto algo, resultó ser una decepción. Al igual que estuve desesperada por pertenecer a un equipo como las porristas toda mi vida, y ahora estaba en el equipo de las Ice Girls, y era divertido, pero no era lo mejor de mi día. Estar en el equipo, tener los tenis, nada de eso cambiaba realmente lo que sentía por mí misma. No pertenecía mágicamente a la HHU, a veces seguía sintiéndome como una extraña.

El problema nunca fue entrar en el equipo. Fueron mis inseguridades que estaban lejos de desaparecer, y yo. De alguna manera, preocuparme por Beckett, y por lo que estaba tan cerca de tener, solo hacía que esos sentimientos parecieran pequeños y sin importancia. Él era la verdadera pertenencia, la persona que sentía como en casa, y terminó conmigo. El martilleo implacable en mi cabeza no cesaba. Podía oírlo literalmente.

Thump. Thump. Ouch. Ouch.

Me detuve para atarme los cordones de los tenis y, cuando me incorporé, con la mente fija en Beckett, supe que el ruido había cesado.

Gracias a Dios por las pequeñas misericordias. Avancé, e inmediatamente el ruido comenzó de nuevo.

No era mi cabeza. Era algo detrás de mí.

Me detuve de nuevo y me di la vuelta.

Esta parte de la ciudad era un laberinto de callejones, pequeñas calles laterales, jardines destartalados y terrenos abandonados. No había nadie en la acera detrás de mí. Corrección, no había nadie en la acera detrás de mí a quien pudiera *ver*.

Mis latidos se aceleraron. ¿Me estaba siguiendo alguien?

Estudié la calle durante un rato y me sobresalté cuando un grupo de chicos dobló la esquina al otro lado de la calle. Reían y hablaban en voz alta y no me hicieron ni caso. Me relajé, sintiéndome como una idiota. ¿Era la paranoia un síntoma más de la sensación de que el corazón se me estaba derrumbando?

En fin, ya estaba en casa. Saqué las llaves y abrí la puerta.

—¿Hola? —grité, me quité los zapatos y fui a la cocina.

—*Mi vida*, ¡qué agradable sorpresa! —Mi mamá me dirigió una cálida sonrisa y abrió los brazos para darme un abrazo.

Me hundí en su cálido abrazo. Era la primera vez en todo el día que mi dolor de cabeza cedió.

—Te extrañé —confesé. No lo sabía hasta el momento en que lo dije. Claro, no estaba en Colorado como Asher, pero esta semana fue la primera en la que no vi a mi mamá en absoluto. Sentía nostalgia a pesar de no haber salido nunca de la ciudad.

—Yo también te extrañé. Ahora, ve a lavarte las manos. Estoy haciendo *obleas*, y tú puedes encargarte del *arequipe*.

—¿Poniéndome a trabajar en cuanto entro por la puerta? —me burlé de ella y me dirigí al lavabo.

—Por supuesto. Ahora eres universitaria, ¿verdad? ¿La vida es como unas vacaciones?

—Definitivamente no.

Mi mamá se afanaba en la encimera, sacando ingredientes de los armarios.

—¿Y cómo estuvo la cafetería esta semana?

—Bien. Lo de siempre.

—¿Y el club?

Me encogí de hombros. De algún modo, The Dunes me hacía pensar en Soren y Colette.

Mi mamá, tan perspicaz como siempre, registró mi reticencia.

La sentí todavía detrás de mí.

—¿Te gusta?

—Claro, pagan bien.

Estaba callada, y no tuve que ver su expresión para saber que estaba preocupada. La peor pesadilla de mi mamá siempre fue que sus hijos acabaran siguiendo sus pasos y tuvieran una vida dura, llena de trabajos manuales.

—Los clientes pueden ser... difíciles en ese tipo de sitios —empezó mi mamá—. Tu hermano tuvo problemas, pero es un hombre. Es diferente.

—¿Te resultó difícil trabajar en ese tipo de lugares? —Me giré hacia mi mamá, cuestionándome de repente por qué nunca se lo pregunté. Vi de primera mano la forma sórdida y depredadora en que actuaban los hombres en The Dunes. ¿Le pasó alguna vez en alguna de las propiedades de lujo en las que trabajaba?

Me dedicó una sonrisa tensa y negó con la cabeza. Conocía bien esa expresión. Era la que ponía cuando no decía toda la verdad.

—La gente que va a The Dunes no es como nosotros, *mija*. Caminan en un mundo diferente, y las reglas son diferentes para ellos. Nunca te confundas con eso... nosotros podemos mirar, pero nunca podemos entrar ahí.

Sus palabras me hicieron reflexionar. Estaban demasiado cerca del hueso. Ni siquiera sabía lo mío con Beckett. Se volvería loca.

—¿Mi papá era así? ¿De ese mundo? —le pregunté.

Ella nunca hablaba de él. Era un tema prohibido en nuestra casa. Nunca me molestó tanto como a Asher, pero tenía curiosidad.

Mi mamá se encogió de hombros.

—Eso no importa. Lo importante es que sepas mantenerte alejada de los problemas que trae la gente rica.

—Puedo con ellos. Nunca estoy sola ahí, solemos ser un grupo de unos seis. No te preocupes por mí. Sabes que siempre vigilo mi espalda. —Le di una palmadita en el brazo—. Es algo bueno para mí.

Se quedó callada durante un buen rato.

—Si estás segura.

—Estoy segura. No te preocupes. Todo está bien.

No parecía creerme, pero a pesar de todo lo dejó pasar.

—*Vale.*

Su teléfono vibró en la encimera, se lavó las manos rápidamente y tomó la llamada.

—¿Señora Linton? —Se apartó para hablar.

Continué mi trabajo con la comida en la mesa.

Regresó al cabo de unos minutos, con su rostro habitualmente animado, pálido y demacrado.

—¿Qué pasó?

Mi mamá tragó saliva.

—Ya no me necesitan en Cliff Point. Me despidieron.

—¿Qué? —El pavor se apoderó de mí, seguido rápidamente por la ira. Esto tenía que ser obra de Colette. Esa zorra.

—Aparentemente Beckett piensa que he estado husmeando en su habitación. Después de contarle a la señora Linton lo de las drogas, no puedo negarlo. Me pregunto por qué esperaron tanto para despedirme. —Mi mamá se hundió en la mesa de la cocina. Parecía como si alguien le hubiera quitado las pilas.

—Seguro que no se trata de eso —intenté decirle, sentándome a su lado y frotándole círculos en la espalda.

—Lo es. La señora Linton lo dijo.

Hice una pausa.

—¿La señora Linton dijo que fue por Beckett?

Mi mamá asintió.

—Se siente incómodo conmigo cerca, considerando lo que pasó en el verano. Tiene sentido, supongo. —Se mordió el labio—. ¿Cómo voy a reemplazar esos ingresos?

—No te preocupes, ya se nos ocurrirá algo. Puedo darte las propinas de The Dunes, son muy buenas.

—No, no aceptaré tu dinero. Lo necesitas para la escuela.

—No, en este momento no. De todas formas es temporal, hasta que encuentres otra cosa. No te preocupes, todo saldrá bien. —Me senté en la mesa, consolando a mi mamá mientras me esforzaba por ocultar lo molesta que estaba.

Conseguí calmarla y llegar hasta el baño antes de echarme a llorar. ¿De verdad Beckett se adelantó e hizo que despidieran a mi mamá como siempre amenazó? ¿Cómo pudo? Las lágrimas me corrían por las mejillas y la cabeza me latía con fuerza.

Al final, nunca habríamos podido superar las diferencias que nos separaban. Él siempre sería el niño rico insensible al que no le importaba ni entendía cómo era la vida de los que estaban por debajo de él. Claro que tenía sus problemas y un pasado terrible, pero eso no era excusa para que se enfureciera y destrozara mi vida, nada menos que por un error de comunicación.

Debería haberlo sabido, al final mi hermano tenía razón. Yo era jodidamente ingenua. Sobreprotegida e inocente, sin una comprensión real de los hombres. Le preocupaba que me rompieran el corazón y, como era de esperar, me lo rompieron... el primer chico al que he besado. El único al que he amado.

Siempre iba a acabar así.

El hijo del multimillonario y la hija de la limpiadora. ¿En qué mundo terminaba eso felizmente?

Después de revolcarme en la autocompasión durante mucho rato, me preocupaba que mi mamá viniera a buscarme, así que me levanté y me lavé la cara. Estaba un poco hinchada, pero no demasiado. Me vi en el espejo.

Entonces, ¿eso es todo? ¿Ya te rindes?

La voz dentro de mí que solía prosperar peleándose con Beckett sonó. Me alegré de oírla, la necesitaba ahora más que nunca.

Puede que no consiguiera devolverle el trabajo a mi mamá, pero tal vez estuviera mejor fuera de esa jodida casa en los acantilados.

Lo que sí podía hacer, sin embargo, era terminar de reventar la vida de Colette Anderson. La mujer se lo merecía con creces. Al hacerlo, también limpiaría mi nombre. Podía aceptar que Beckett y yo fuéramos de dos mundos diferentes, que nunca funcionaríamos, pero no podía aceptar que rompiera conmigo sin escuchar nunca mi versión.

Puede que no tuviera mucho, pero tenía mi dignidad y mi integridad.

Él escucharía mi versión, aunque no fuera yo quien se lo dijera.

33

Beckett

Conseguí las pastillas de un tipo que rondaba por fuera de la biblioteca de la HHU. Tenía el típico menú de pastillas para universitarios.

Después de que Eve se fue y los otros chicos se fueran a la cama, se hizo un silencio en el apartamento que se hizo eco de la dolorosa quietud de mi cabeza.

Me acosté en la cama que olía a Eve y vi la bolsita que contenía las pastillas. Tomarlas era como cerrar la puerta a algo mejor en mi vida.

Cerrarle la puerta a ella.

Lo único que siempre quise. La única que me importaba. Tal vez por esa razón, no me atrevía a tomarlas. Las metí en un cajón. Había terminado con las drogas. No me ayudarían.

Me acosté en la cama y vi al techo. Tenía el corazón roto y maltrecho, con un latido doloroso. Antes había apagado el teléfono. Sabía que si Eve seguía llamando, contestaría, y en este momento estaba demasiado destrozado para eso. *Podría haber una buena razón para que ellas se encontraran,* susurró una voz. O tal vez solo quería el dinero. *No, la conoces mejor que eso, pero tal vez esté horrorizada por tu pasado después de todo. Quizá le das asco. Tal vez piensa que estás demasiado roto para arreglarlo.*

Intenté apartar la culpa que sentía por haber arremetido contra Eve. Debía de saber que yo nunca querría que se pusiera en contacto con Colette, y menos aún que se reuniera con ella a mis espaldas, se llevara su sucio dinero y me lo ocultara. La furia sustituyó al vacío que sentía en

el pecho. Eso me sentaba mucho mejor. Dejarme llevar por la decepción y la ira era como volver a casa. Este era mi estado natural. Ese era mi lugar. Solo y enojado con el mundo.

Fue un error pensar que alguna vez podría ser otra cosa.

Me desperté al oír que llamaban a la puerta. Era Marcus. Su rostro era una máscara cerrada mientras sacudía la cabeza hacia la puerta principal.

—Alguien vino a buscar a Eve.

—Ella no está aquí.

—Puedes decírselo tú. —Marcus se alejó.

Él estaba enojado conmigo, claramente. Lo entendí. Yo estaba enojado conmigo mismo.

Uno de los encargados de la residencia estaba en la puerta. Me dedicó una rápida sonrisa cuando me acerqué.

—¿Buscaba a Eve Martino?

—No está aquí. Déjame tu mensaje y yo se lo entregaré —le dije, cortante aunque no pretendía serlo.

—Bueno, solo estoy aquí para hacerle saber que se abrió un espacio en su dormitorio original. Lisa, de la Oficina de Alojamiento me llamó y me puso al corriente de la situación. Te juro que cada año se hacen un desastre con el alojamiento de alguien por aquí. Como sea, Lisa insistió en que Eve fuera informada. Sinceramente, ni siquiera sabía que una chica se alojaba aquí.

—Ella no necesita la habitación, ya tiene una. —Las palabras me abandonaron antes de que pudiera detenerlas.

El chico de las residencias parpadeó hacia mí.

—¿Disculpa?

—Hay una habitación para Martino justo aquí, en el apartamento siete. No necesita otra habitación.

—Sí, pero este es el dormitorio de los Hellions, ya sabes, así que... ella no es una Hellion. —El chico estaba empezando a sudar.

Me limité a encogerme de hombros.

—No es mi problema. Envíenme a cualquiera que tenga un problema. Yo mismo hablaré con ellos, incluido el decano Eastwood. Si no, dale la habitación a otra, ¿entendido? Eve Martino vive aquí.

Le cerré la puerta en las narices y me apoyé en ella, apretándome con fuerza el puente de la nariz. Me dolía la cabeza de no dormir.

Marcus me miraba desde la cocina.

—¿Acabas de insistir en que Eve se quede aquí? ¿Tú, el que ayer recogió todas sus cosas y la echó de la habitación?

—Sí.

—Entonces... ¿quieres que se mude o no?

No.

—No lo sé, Bailey. Déjame jodidamente en paz —murmuré.

Puso los ojos en blanco y cerró de un portazo la puerta del refrigerador, alejándose.

—Con mucho gusto.

Mi papá llamó de improviso justo antes del almuerzo e insistió en que me reuniera con él. Como mi teléfono seguía apagado, se las arregló para llamar a Cayden, que llamó a mi puerta y me entregó su teléfono, con el juicio silencioso por la noche anterior en los ojos. Apenas podía verlo. Cayden y yo éramos íntimos, desde que vivió en la casa de la piscina de Cliff Point durante unos meses al final del último curso, y también porque los Dioses del Hielo lo ayudaron a superar a su problemático papá adoptivo. Bueno, al menos intentamos ayudarlo. El resultado fue un secreto que nos uniría a todos el resto de nuestras vidas. Estábamos unidos, y por eso, podía sentir su desaprobación. Era solo otra cuenta que añadir a mi nombre.

Estás roto, Beck. Más allá de la salvación. Nadie te querrá nunca.

No quise ir a Cliff Point, así que mi papá me invitó al club. Durante todo el camino me pregunté si Eve estaría trabajando. Quería que estuviera ahí y al mismo tiempo lo temía. Mi ira ardía al rojo vivo, pero se estaba desvaneciendo rápidamente.

Ya la extrañaba.

Entré en The Dunes y no la vi, pero entonces mi papá pidió un comedor privado para nuestra reunión, lo cual no era propio de él en absoluto. Normalmente evitaba quedarse a solas conmigo.

Ya me estaba esperando dentro. Un parpadeo de nervios me recorrió. ¿Sabría de algún modo que compré drogas anoche? Ni siquiera las tomé, pero ese simple hecho bastaría para que Soren me sacara del equipo de hockey, estaba seguro. Querría demostrar algo.

Me hizo señas para que entrara cuando abrí la puerta.

—Beckett, ven y siéntate. Por favor.

Me detuve en la puerta. Fue el "por favor" lo que me sorprendió. Estaba tan fuera de lugar que empecé a sospechar que a Soren le habían robado el cuerpo.

Me senté frente a él, preparándome para lo peor. Extrañamente, estaba tranquilo. La traición de Eve me había arrancado el corazón del pecho. Nada más podía lastimarme ahora. Era intocable.

—Seguro que te preguntas por qué te hice venir.

Me limité a asentir.

Soren abrió la boca y no salió nada. Parecía tan sorprendido como yo. Soltó un suspiro incómodo.

—No sé por dónde empezar —confesó.

—¿Qué pasa?

—Voy a divorciarme de Colette, ya llamé a mi abogado —dijo de repente.

¿Qué? Me quedé mirándolo.

—Ella ha estado teniendo una aventura desde hace bastante tiempo, parece. Una vez que comprendí la verdad y lo buena mentirosa que es, tuve que preguntarme en qué más cosas me mintió. —Los ojos de Soren se encontraron con los míos sin inmutarse.

»Ella no es la persona que yo pensaba que era. Estaba ciego. Todo lo que puedo decir es que estaba perdido después de la muerte de tu mamá, y me sentía solo... no podía soportar lo solo que estaba.

Me tragué un nudo en la garganta.

—Yo también me sentía solo.

Soren asintió.

—Lo sé, y deberíamos habernos vuelto el uno hacia el otro... pero cada vez que te miraba, la veía a ella. No fui lo bastante fuerte para ser tu papá, Beckett, y fracasé. Tu mamá se avergonzaría de mí.

Mis manos se cerraron en puños. Todo mi cuerpo estaba lleno de adrenalina. No tenía ni idea de cómo afrontar esta conversación, pero estaba ocurriendo. Por fin estaba ocurriendo.

Soren me vio fijamente a los ojos.

—Lo siento, hijo.

Esas palabras fueron como un puñetazo.

Me observó durante un largo rato antes de tomar su teléfono. Me lo deslizó.

—Esta es Colette atrapada en una posición comprometida, una que se contempló en el acuerdo prenupcial. Ella no conseguirá nada.

Tomé el teléfono y me quedé viendo. Era Colette, sí, con un hombre. Me sentí aliviado de que ambos parecieran tener la misma edad. Era el profesor Jefferies. El asqueroso que se le insinuó a Eve la otra noche en la biblioteca. El asco cubrió mi piel. Parecía que Colette encontró la horma de su zapato.

—En cuanto al resto... te creo. Debería haberte creído entonces, pero no podía soportar la idea de haber tomado una decisión tan equivocada. Si quieres presentar un caso criminal, te apoyaré.

Ahora ella es mi compañera de clase...
...mi compañera de cuarto y mi pupila.

Dejé el teléfono y vi boquiabierto a mi papá. Las palabras eran demasiado para asimilarlas.

—Debería haber estado de tu lado.

Soren extendió la mano al otro lado de la mesa y, por un segundo, pensé que me tomaría la mano. Hizo una pausa, pensando en cuánto podría avanzar en una reunión, y en su lugar tomó el teléfono.

—Entonces no estuve ahí para ti, pero ahora sí. Lo que quieras hacer, lo haremos. Estaré a tu lado.

—¿Por qué me crees ahora?

Soren jugó con su teléfono. Apareció una grabación de voz. Era fácil distinguir la voz de Colette:

—....y en cuanto a Beck, no dejes que te engañe. Las veces que estuvimos juntos fueron lo mejor de su torpe e inepta vida, y si dice otra cosa, es un mentiroso. La respuesta de un cuerpo no miente...

—Era un niño. La respuesta de un cuerpo no importa... él era un niño, y tú eres una criminal.

Eve. La otra voz. Mi dulce y valiente Cenicienta, matando a mi malvada madrastra por mí.

—Así que, una vez que tuviste pruebas que involucraran a Colette, por fin pudiste creerle a tu hijo —le espeté. Era demasiado, y ahora que sabía lo idiota que fui con Eve, necesitaba salir de aquí y hablar con ella.

—¿Qué más puedo decir, Beckett? Me avergüenzo de mí mismo.

Eché la silla hacia atrás. Ahora ya no podía oír más. Era demasiado.

—Tengo que irme, tengo que ver a Eve.

Mi papá se puso medio de pie cuando me disponía a salir.

—Tú y la chica Martino, ¿pasa algo? Algo serio, quiero decir.

Me detuve al salir de la habitación.

—¿Por qué? ¿Quieres recordarme tu política de no salir con chicas locales o advertirme que no me meta con la hija de la de la limpieza?

Soren negó lentamente con la cabeza.

—No. No voy a decir nada en contra de esa chica. No puedo.

Asentí con la cabeza.

—Así es. No puedes. Pronto será tu nuera. Hazte a la idea.

Salí y sentí la mirada desesperada de mi papá durante todo el camino.

Respiré hondo antes de salir de la habitación.

—Iré a visitar Cliff Point, una vez que Colette se haya ido. Podremos vernos entonces. —No me di la vuelta. No podía encontrarme con su mirada esperanzada. Las cosas estaban lejos de arreglarse entre nosotros, pero él dio el primer paso en mi dirección, y yo no lo dejaría colgado.

—Me hace mucha ilusión.



—Lily, entiendo que estés enojada conmigo, pero solo quiero saber dónde está Eve... solo quiero hablar con ella. —Hice todo lo posible por mantener la calma, aunque la estaba perdiendo rápidamente.

Lily estaba en la puerta de su habitación, con los brazos cruzados sobre el pecho y los ojos entrecerrados.

—Creo que ya pasó el momento de hablar. Es demasiado tarde. —Hizo ademán de cerrar la puerta.

Metí el pie en el hueco para detenerla.

—No pasó... Eve hizo algo por mí... algo especial, algo valiente. Lo hizo porque no es demasiado tarde. Cuando se trata de ella y yo, nunca será demasiado tarde.

Lily puso los ojos en blanco.

—Es fácil hablar a lo grande y hacer declaraciones arrolladoras conmigo.

—Me gustaría hacérselas a Eve, pero no responde a mis llamadas.

—No puedo culparla. Si yo fuera ella, nunca te volvería a hablar.

—Y aún así aceptaste a tu novio después de cosas mucho peores —señalé.

—Creo que lo de 'mucho peores' es discutible —dijo Cayden desde el interior de la habitación de Lily.

Genial, nunca iba a decirme dónde podía encontrar a Eve.

—Perdí la cabeza y reaccioné exageradamente. Caí en viejos patrones y la alejé, lo cual estuvo mal, pero no es imperdonable... Eve me perdonará, y tú te sentirás como una mierda por darme largas.

—No creo que lo haga. —Lily sonrió y empezó a cerrar la puerta—. Nos vemos, Beckett.

—Cade, ayúdame —le supliqué a mi amigo.

—No es mi decisión, hombre —me dijo a través del hueco, antes de que Lily me dejara fuera.

Genial. No tenía pistas. Después de hablar con mi papá, empecé a buscar a Eve. No estaba en ninguno de sus trabajos ni en casa de Lily. Busqué en la biblioteca e incluso localicé a alguien del equipo de las Ice Girls.

Volví al dormitorio de los Hellions, decidido a tomar las llaves para poder conducir y seguir buscándola.

Me encontré con Chase en el pasillo.

—No has visto a Eve, ¿verdad? —le pregunté al nuevo recluta de los Hellions.

Sonrió satisfecho.

—Ya la perdiste, ¿verdad? Como dije.

—¿Dijiste qué? —pregunté, con la ira abrasándome.

—Que la cagarías rápidamente. Ella es demasiado buena para ti, Anderson, cualquiera con ojos puede verlo.

Bueno, eso era cierto.

—Lo que sea. Si la ves, llámame. —Me alejé.

—No, no creo que lo haga —respondió Chase—. Podría ofrecerle una mejora en su lugar.

Me di la vuelta y estaba sobre él en segundos.

—¿Qué demonios dijiste?

—Dije que no te mereces a una niña dulce y buena como Eve Martino, y no deberías molestarte en discutir conmigo, porque los dos sabemos que es verdad.

—Claro que sí, pero te olvidas de algo importante... ella me quiere también, y Eve consigue lo que quiere.

Me aparté de Chase y salí del edificio, con sus palabras resonando en mis oídos. Una niña dulce y buena como Eve. Ella *era* una niña buena. Trabajadora, amable, compasiva... ¿a dónde iban las chicas buenas a lamerse las heridas?

A casa.

No podía creer que la casa de la familia Martino no hubiera sido el primer lugar que se me ocurrió. Eve y su mamá eran muy unidas. Por supuesto, ahí es donde ella iría. Su santuario. No lo pensé porque mi casa sería el último lugar al que yo iría si necesitara consuelo.

Quince minutos después estaba fuera y llamando al timbre, habiendo cruzado la ciudad a una velocidad récord.

Cuando nadie respondió a la puerta, la aporreé con el puño, esperando que fuera Eve y no su mamá quien respondiera. No tenía ni idea de lo que le diría a Melly Martino, pero ya se me ocurriría algo.

Hola, señora Martino, estoy aquí para casarme con su hija... el único problema es que ella podría odiarme.

Eso probablemente no saldría bien. Por suerte, me salvé de tener que preocuparme por eso, antes de que la puerta se abriera y apareciera el hermoso rostro de Eve, con el ceño fruncido.

—¿Qué quieres?

—Hablar, no, disculparme. La cagué, Tiny.

—No me llames así. —Eve cruzó los brazos sobre el pecho. Me señaló con la barbilla—. Así que ahora sabes la verdad.

Asentí, obligándome a no alcanzarla. No sería bienvenido y no me lo merecía, pero eso no me impedía querer hacerlo.

—Mi papá inició los trámites de divorcio. Pronto, Colette estará fuera de mi vida... gracias a ti.

Eve me vio fijamente y no pude contener el amor que inundó mi corazón.

—Gracias. Sé que exageré y te lastimé... la cagué mucho, pero aun así.... —Corté las palabras y aspiré una bocanada de aire. Esto no estaba saliendo como yo deseaba y no tenía ni idea de cómo cambiarlo.

—¿Exageraste? Nunca me dejaste explicarte. Me dejaste fuera. Me diste la espalda... y usaste en mi contra las cosas que te confesé en privado.

—Lo sé. Tienes razón. No tengo excusa.

Dio un paso adelante, con lágrimas brillando en sus ojos.

—Podría perdonar todo eso, con el tiempo... porque puedo adivinar cuánto debe haberte dolido verme con ella, pensar que me fui a tus espaldas... Lo entiendo, Beckett.

¿Lo hacía? Claro que sí, porque mi Evie era un ángel y yo un monstruo.

—Pero entonces fuiste e hiciste que despidieran a mi mamá, después de amenazarme durante tanto tiempo. Después de saber lo que nos haría...

—¿Qué? Nunca hice que despidieran a tu mamá —interrumpí.

Eve cruzó los brazos sobre el pecho.

—Claro. Por supuesto que dirías eso.

—No lo hice. Nunca lo haría. Incluso cuando pensaba que te odiaba porque te alejaste de mí todo el verano, nunca lo habría hecho. Fue solo para mantenerte conmigo, para obligarte a seguirme la corriente... para asegurarme de que podría tenerte.

—Qué romántico —murmuró Eve, secándose una lágrima.

Perdí la batalla por no alcanzarla, pero ella apartó mis manos.

—Tuvo que haber sido Colette. Estará muy enojada contigo por ir a ver a mi papá. Sabrá que fuiste tú. También es lo suficientemente manipuladora como para darse cuenta de que joder nuestra relación es mejor venganza que solo hacer que despidan a tu mamá.

Puso los ojos en blanco, con las mejillas enrojecidas por la rabia y el dolor.

—Ahora es mi turno de decirte que no me toques, Beckett.

—Evie...

Estaba tan enojada que vibraba de rabia. Quería alcanzarla y agarrarla, llevármela a algún lugar donde me escuchara disculparme cien veces hasta que mostrara piedad. Quería arrodillarme, rogar y suplicar. El anillo seguía en mi bolsillo. El anillo de Cenicienta. ¿Debía dárselo ahora? ¿Mostrarle lo serio que iba? Todo lo que sabía era que tenía que demostrarle que lo sentía. Tenía que compensarla.

—¡No! No me digas *Evie* —me cortó con su voz furiosa.

—Nunca hice que despidieran a tu mamá, por favor, créeme.

Reflexionó un momento sobre mis palabras y luego me dedicó una sonrisa maliciosa.

—¿Qué tal si te doy el beneficio de la duda? —Dio un paso atrás y se agarró a la puerta—. Igual que tú me lo diste a mí. Que tengas una buena vida, Anderson.

Y con eso, me cerró la puerta en las narices.

34

Eve

El fin de semana pasó tranquilo, y pasé mucho tiempo con Lily en casa de sus papás. Era tan reconfortante volver a nuestras viejas rutinas y, además, distraerme me ayudaba a no ver obsesivamente el celular.

En vez de eso, el lunes me levanté muy temprano y tomé el autobús para ir a la cafetería antes de clase. La HHU estaba tranquila a esa hora. La mayoría de los estudiantes que vivían en el campus se levantaban a última hora y corrían a clase. Yo ya no podía permitirme ese lujo.

Estaba a punto de pedir cuando alguien habló por encima de mí.

—Ella tomará un café con leche de avena y vainilla con un shot extra, y yo un americano.

Mantuve la mirada fija en el barista y resistí el impulso de ver a la presencia que se cernía a mi lado.

—No, en realidad, tomaré un capuchino, y no me importa lo que él quiera. No estamos juntos.

El barista nos vio, confundido.

—¿Quieres chocolate en polvo en tu capuchino?

—Sí, le encanta el chocolate —volvió a interrumpir Beckett.

—No, gracias. Estoy intentando eliminar las cosas tóxicas de mi vida.

El barista parecía asustado.

—No creo que sea tóxico.

—Lo es para mí.

El barista anotó mi orden y me tendió el lector de tarjetas. Aparté la mano de Beckett de un manotazo cuando intentó pagar.

Esperé al final del mostrador, observando cómo preparaban el café con una intensidad que ponía nervioso al barista, pero no podía darme el lujo de girarme y ver por encima del hombro al imbécil de dos metros apoyado contra la pared. Podía sentir sus ojos en mi nuca, y eso me calentó por todas partes. Era ira. Tenía que serlo.

—¿Señora Anderson?

¿Señora Anderson? ¿Quién demonios era? Beckett no hizo ningún movimiento para tomar el café, y éramos las únicas dos personas esperando.

—Es tuyo, Tiny —dijo, con su boca repentinamente cerca de mi oreja.

Salté.

—¿Cambiaste el nombre de mi pedido? Muy maduro. —Tomé la taza y leí el nombre en el lateral. *Señora Eve Anderson.*

—¿Qué puedo decir? Puedo leer el futuro. Es un don.

Me giré y lo fulminé con la mirada.

—¿Hablas en serio? Por si te diste un golpe en la cabeza, te recuerdo que terminamos. Te odio. Me gustaría no volver a verte en toda mi vida. ¿Okey?

Beckett recogió su bebida y sacudió la cabeza con pesar.

—¿Qué? No puedes estar en desacuerdo. Tienes que aceptarlo.

—Pero no lo hago. —Su voz era comedida y tranquila, y totalmente exasperante. Dio un largo sorbo a su café y giró la taza para que yo pudiera ver su nombre.

Señor Beckett Martino.

—Estás loco —le espeté.

Se encogió de hombros.

—¿Por ti? Sí, certificable.

—Aléjate de mí, Anderson —le advertí y salí de la cafetería lo más rápido que pude.



Después de un día entero de clases, tenía una práctica de baile sobre hielo. Me dirigí a la pista con el corazón encogido. ¿Debería dejarlo? Era imposible que no viera a Beckett constantemente ahí.

Mi preocupación se hizo realidad en cuanto llegué a la pista. Él estaba en la pista con el resto del equipo, haciendo ejercicios. ¿Cómo podía verse tan guapo solo con la ropa de entrenamiento?

En cuanto entré, se enderezó y me observó. A pesar de la distancia que nos separaba, sentía sus ojos clavados en mí. Evité ver en su dirección en medida de lo posible. Me siguió el ritmo mientras rodeaba la pista, evitando cuidadosamente sus ojos.

—¡Anderson! Vuelve a los ejercicios. —El silbato del entrenador Williams sonó una y otra vez.

Beckett hizo caso omiso de todas las ráfagas y siguió mi ritmo por toda la pista, hasta que me metí por la parte de atrás, hacia los vestidores femeninos.

Quince minutos más tarde, me sentí aliviada al ver que los chicos habían terminado y se retiraban del hielo.

Beckett estaba sentado, desabrochándose los patines mientras yo esperaba para salir a la pista. Se quitó los guantes y no pude evitar fijarme en que tenía las manos llenas de tiritas. Le vi a la cara. Sus ojos ya estaban fijos en mí. Aparté rápidamente la mirada, reprimiendo mi curiosidad. Me daba igual con quién se peleó. *No me importaba.*

Cuando salí al hielo con el resto del equipo, Beckett no se fue. Él y Marcus subieron a las gradas y se acomodaron para mirar.

Las chicas cuchicheaban entre ellas, entusiasmadas por especular sobre quién podría ser la afortunada receptora de la atención de los Dioses del Hielo.

—Que Dios la ayude, pobre chica —murmuré para mis adentros mientras me estiraba.

Estaba claro que yo era la única que se sentía así, ya que la capitana decidió hacernos practicar nuestras rutinas de cara al público de dos personas y les pidió coquetamente su opinión. No podía culparla, ni a ella ni al resto de bailarinas. Eran atractivos jugadores de hockey. Beckett era, además, un multimillonario, y el equipo no sabía lo que se escondía bajo la superficie de esa sonrisa tan atractiva y esos ojos tan magnéticos.

Ignoré a Beckett durante todo el entrenamiento, pero el esfuerzo me dejó exhausta. Cuando me duché y me cambié, salí del edificio y me lo encontré afuera, apoyado en su camioneta. Tenía permiso especial para traer sus juguetes al campus, y la camioneta era el tercer vehículo de lujo en el que lo había visto circular hasta entonces. Una regla para él, otra para los demás.

—¿Necesitas que te lleve?

Lo ignoré y me dirigí a la parada del autobús.

Al cabo de un momento, su camioneta se deslizó por la calle a mi lado. Me detuve y golpeé su ventanilla.

Se inclinó y empujó la puerta del copiloto para abrirla.

—¿Cambiaste de opinión?

—¿Me estás acosando? —le pregunté.

Hizo una mueca y se acercó a mí.

—¿Qué? No te oigo.

—¡Estás siendo un acosador! —le grité.

Sacudió la cabeza y me hizo un gesto.

—Mejor entra y dímelo.

—Eres imposible.

Me aparté de él y continué hacia la parada del autobús. El psicópata se quedó parado justo antes de la parada hasta que llegó el autobús, y luego condujo detrás de él todo el camino de vuelta a casa.

Cuando bajé del autobús, estaba muy enojada. Me dirigí a casa. Beckett se estacionó calle abajo y me siguió a pie a cierta distancia.

—Llamaré a la policía —le advertí al llegar a mi calle.

—Adelante. Debería haber más presencia policial en esta parte de la ciudad. ¿Dónde están las putas farolas? —Vio a su alrededor, parecía irritado.

—A la policía no le importa demasiado que los barrios que pagan menos impuestos tengan que volver a casa a oscuras. Es demasiada molestia.

—Suena como que tú y tu mamá necesitan mudarse de aquí entonces, tan pronto como sea posible. Estoy en eso.

—Será mejor que no estés haciendo nada. No quiero que pienses que soy una cazafortunas, ¿recuerdas? —Le devolví sus palabras, pero no fue tan satisfactorio como pensé. Solo parecía avergonzado, y odiaba ver esa expresión.

—Sabes que no creo que seas una cazafortunas, Eve. Eres la persona más trabajadora que he conocido.

—Lo sé. Solo lo dijiste para herirme, jugando con mis inseguridades, lo que es aún peor —dije en voz baja.

Nos quedamos ahí, en un callejón sin salida.

—Invítame a entrar —pidió.

Negué con la cabeza obstinadamente.

—Mi mamá está ahí adentro y no querría verte.

—Nunca hice que la despidieran, Evie. Créeme. No lo haría.

—Da igual. No cambia nada.

—¿De verdad quieres que me vaya? —preguntó al cabo de un momento.

No. Asentí, ignorando mi corazón.

Beckett se dio la vuelta de mala gana para irse. Una parte enferma y retorcida de mí se sintió abatida al verlo partir.

Dio dos pasos antes de darse la vuelta y volver hacia mí. Me atrajo hacia él y me besó con fuerza. Me permití devolverle el beso durante uno o dos latidos, antes de apartarlo. Empujar contra su pecho era como golpear una puerta de acero. Se apartó de mala gana, pero siguió abrazándome.

—Sé que estás enojada conmigo, sé que te hice daño... la cagué. Cometí un error. La verdad es que me odio aún más por haberte hecho llorar de lo que tú jamás podrías odiarme. Nunca olvidaré cada lágrima que has derramado por mi culpa. Las compensaré, todas y cada una de ellas, pero ambos sabemos que este no es el final para nosotros, Eve.

Se inclinó y me dio un beso en la frente.

—Esto es solo nuestro comienzo. Así que castígame, hazme suplicar y arrastrarme. Hazme esperar. Tortúrame ignorándome. Lo aceptaré. Me lo merezco.

Tragué saliva. Sus ojos se clavaron en los míos, como siempre. Esa mirada honesta y abrasadora de Beckett solo me dirigía a mí.

—Pero cuando estés lista para perdonarme, estaré aquí. Estaré esperando, si es la próxima semana o el próximo año. Dentro de diez años, estaré esperando, porque tú eres todo para mí, Eve Martino. Se acabó el juego. Siempre te esperaré. *Somos* el uno para el otro.

No tenía palabras para responder a ese sentimiento tan doloroso. No podía hablar. Mi corazón temblaba, me instaba a caer en sus brazos, a abofetearlo, a exigirle que no volviera a ser tan imbécil, mientras mi orgullo herido y mis inseguridades me retenían.

Beckett asintió lentamente, aceptando mi silencio, y me soltó. Sentí frío de inmediato.

—Entra y cierra las puertas. No puedo dormir si no sé que estás a salvo.

Me di la vuelta, apartando mis ojos de los suyos, e hice exactamente eso.

35

Eve

Al día siguiente, salí de casa muy temprano para evitar que Beckett viniera a recogerme. Estaba apareciendo cada mañana y cada noche, como una especie de chófer personal. Mi determinación de hacerlo sufrir ya se estaba resquebrajando. Sinceramente, lo extrañaba. Qué patético y, sin embargo, innegable.

Mis clases parecían interminables y estaba agotada cuando tomé el autobús para ir al Chickadee a hacer doble turno. Hoy era una fiesta local en Hade Harbor, una tradición anual llamada Fiesta de Otoño. Aunque el nombre no era muy original, la tradición era bastante genial. Según la leyenda, cuando se fundó Hade Harbor, los lugareños solían disfrazarse y celebrar el final de la cosecha.

El equinoccio de otoño era una fiesta totalmente pagana y todos los años se celebraba en Hade Harbor, aunque yo estaba bastante segura de que la gente ya ni siquiera sabía lo que celebraba. De algún modo, con el paso de los años, los disfraces tradicionales de espantapájaros y granjeros se transformaron en un Halloween anticipado en el que todo valía. Hoy, los estudiantes de todo el campus ya estaban disfrazados. Solo a la hora de comer ya había visto diez espantapájaros zombis.

En la cafetería, la gente estaba un poco más tranquila, aunque había un grupo de universitarios en un reservado disfrazados de esqueletos.

Iba a la deriva en el trabajo, distraída y cansada. ¿Qué iba a hacer Beckett esta noche? Había un montón de fiestas en el campus para aprovechar al máximo la excusa para disfrazarse y ser salvajes. Yo no iría a ninguna. Isabelle intentó que me quedara con ella y fuera a una

fiesta de fraternidad, pero me escapé. En este momento no podía soportar una multitud ni beber. Probablemente lloraría.

En lugar de eso, trabajé y me compadecí de mí misma. Lo de anoche con Beckett se repetía en mi mente.

Ambos sabemos que esto no es el final para nosotros, Eve. Es solo nuestro comienzo.

Si era sincera conmigo misma, quería que ese sentimiento fuera cierto. Lo deseaba con todas mis fuerzas.

Estaba ensimismada cuando la conversación que mi charlatana compañera de trabajo mantenía con el cocinero de la línea impregnó mi neblina cerebral.

—No, quiero decir, como si la hubieran atacado... está en el hospital. Fue justo en el campus, también, cerca de la biblioteca.

¿Cerca de la biblioteca? Los dormitorios de los Hellions estaban cerca de ahí.

Escuché la conversación.

El cocinero, Eddie, golpeó su pesada sartén.

—Alguien tiene que atrapar a este tipo y darle una lección. ¿Cuántas chicas son ya?

—Como diez. Da mucho miedo. La policía no tiene ni idea de quién es, y la seguridad del campus apesta. El tipo lleva gorra y máscara, aparentemente, así que ninguna de las víctimas le vio la cara.

Un fuerte *ding* procedente de la parte delantera llamó mi atención. Mi jefe tocaba el timbre para que saliera una mesera de la parte de atrás. Me apresuré a pasar.

—Martino, mesa cinco —dijo Gary y contestó al teléfono que sonaba.

Tomé mi bloc de pedidos y me dirigí a la mesa cinco, con las noticias sobre los atentados del campus resonando en mis oídos.

—Bienvenido a The Chickadee, ¿qué puedo traerle? —pregunté.

—Uno de los más grasientos tuna melt de Hade Harbor, por favor.

Levanté la vista y me encontré con los ojos del profesor Jefferies. Genial, justo lo que necesitaba este día.

—Buenas noches, Señorita Martino. Feliz Fiesta de Otoño.

—Gracias. ¿Quieres un trago con el tuna melt? —No tenía nada que decirle a este hombre.

Me estudió un momento.

—Solo un café, gracias, solo.

—Enseguida. —Arranqué la orden de mi bloc y me dispuse a marcharme.

—¿Eve? —La voz de Jefferies me detuvo—. Perdona que haya pasado, pero últimamente pareces distraída y no pude evitar darme cuenta de que faltaste a mi clase el otro día. Todo bien, espero. El señor Anderson tampoco se presentó.

—¿Qué significa eso?

—Significa que las relaciones a tu edad pueden estar cargadas de drama. No olvides lo que es importante en la vida. Sé que las relaciones pueden parecer de vida o muerte, pero al final, nada de eso importa demasiado.

—Parece una perspectiva muy solitaria.

—Bueno, soy soltero de toda la vida, así que quizá eso nuble mi juicio.

Estuve a punto de resoplar ante su atrevida afirmación, pero controlé mi expresión.

—Será mejor que te deje ir. Cuídate esta noche, Eve. Se está poniendo salvaje ahí fuera.

La charla de los ataques volvió a mí. Vi fijamente al profesor.

—Al fin y al cabo, es la Fiesta de Otoño —añadió.

—Sí, claro. Lo haré. Siempre lo hago.

Salí del trabajo un poco antes y me dirigí afuera. Otra oportunidad de evitar a Beckett. No estaba tan aliviada como pensé que estaría. Sinceramente, empezaba a tener ganas de ver su auto esperándome en el estacionamiento. Salir del trabajo antes de que él llegara, porque Gary me mandó a casa temprano, me pareció que me anotaba un punto en la pequeña y mezquina guerra que Beckett y yo estábamos librando.

¿Guerra? Sé realista, Eve. Solo están jugando juntos, como siempre, sumando puntos hasta que tu fuerza de voluntad para resistirte a él se desmorone. Que debería ser en cualquier momento.

Era imposible negar lo mucho que extrañaba a Beckett. Demasiado. Extrañaba los dormitorios y nuestra habitación. Extrañaba dormir con sus brazos a mi alrededor y su olor en mi piel. Simplemente lo extrañaba a *él*. No me sentía completa sin él.

Salí al aire fresco de la noche y me subí la cremallera de la chaqueta. El otoño estaba llegando de verdad, y pronto todo Hade Harbor estallaría en una llamarada de naranjas y dorados al estilo de Maine. Era mi estación favorita. La idea de pasarla sin Beckett hizo que gran parte de mi entusiasmo se desvaneciera. De alguna manera, en tan solo unas semanas, se metió en el entretejido de mi vida. No tenía ni idea de cómo sacarlo, y no quería hacerlo.

Me planteé volver a la cafetería y esperar a que llegara, fingiendo que acababa de salir. *Deja de ser tan patética. Te echó a la calle en cuanto tuvo la menor duda. ¡Te llamó cazafortunas!*

Cierto. Siempre fui una pusilánime en las discusiones. Siempre era la primera en retroceder, la primera en disculparme o en arreglar las cosas. Esta vez no. Puede que a la larga no pudiera seguir enojada con Beckett, pero él podía sudar un poco más por apartarme tan despiadadamente y golpear justo en mis puntos más vulnerables.

Me dirigí hacia la parada del autobús.

—¿Eve? —Una voz me sacó de mi introspección.

Estaba a medio camino de cruzar el estacionamiento de la cafetería. El profesor Jefferies estaba apoyado en su auto azul oscuro y me sonreía amistosamente.

—¿Necesitas que te lleve de vuelta al campus?

—¿Sigue aquí? —le pregunté en voz alta. Se había ido hacía más de una hora.

Asintió con la cabeza.

—Tuve que ir por la calle principal para algo y dejé mi auto aquí. Parece que es un buen momento, ya que puedo llevarte. Yo también vuelvo al campus.

—¿No es tarde para volver al trabajo?

Apenas perdió el ritmo.

—Mi casa está justo ahí.

—Oh, claro.

Lo vi fijamente y él me devolvió la mirada. Ojalá Beckett estuviera aquí.

—Entonces, ¿quieres que te lleve?

—Está bien, de verdad. Voy a tomar el autobús —dije, con las mejillas encendidas. Me sentía muy maleducada y, aunque Jefferies no me caía bien ni me inspiraba confianza, seguía siendo mi profesor. Mi respeto innato por las figuras de autoridad, inculcado durante toda una vida de trabajos a tiempo parcial, se estaba apoderando de mí.

—¿Por qué tendrías que tomar el autobús cuando yo puedo llevarte? Vamos al mismo sitio —señaló Jefferies, haciéndome parecer totalmente irracional.

Dio un paso hacia mí. El estacionamiento estaba desierto a esas horas de la noche, y estábamos de pie ligeramente a un lado del enorme escaparate de la cafetería. Nadie podía vernos desde dentro.

—A menos que no confíes en mí. ¿Es eso, Eve? ¿No me confías tu seguridad?

—¿Qué? Claro que lo hago. Solo tengo mis rutinas y me relajo en el autobús. Además, no quiero molestarlo.

—Me estás obligando en este momento al forzarnos a tener esta incómoda conversación —espetó Jefferies.

Me sorprendió su tono. Estaba perdiendo los estribos conmigo por un viaje al campus.

Corre.

No tenía ni idea de dónde venía esa voz, pero no podía ignorarla. Di dos pasos rápidos en dirección a la cafetería y me puse a salvo antes de que Jefferies me bloqueara. Ahora estaba más cerca que la primera vez que me llamó.

—¿Eve? ¿Qué pasa? —preguntó Jefferies con firmeza.

—Nada, solo quiero tomar mi autobús.

Vio por encima de mi hombro.

—Bueno, será mejor que te des prisa. ¿No es el que viene?

Me giré para ver la calle por encima del hombro. ¿Quizás estaba exagerando y haciendo las cosas raras? Ahora parecía normal. Un autobús apareció al final de la calle, sus faros aún no llegaban al estacionamiento de Chickadee. Tenía que ser mi autobús. No había muchos autobuses circulando por Hade Harbor a esas horas de la noche.

—Ya lo vi —dije, con alivio en el tono.

Giré hacia Jefferies para despedirme. Después de todo, podía odiarlo, pero no quería reprobar su clase. En cuanto me giré, me sobresalté. Jefferies cerró el espacio entre nosotros cuando yo estaba viendo hacia el otro lado. Se abalanzó sobre mí y me tapó la boca con la mano.

Un olor dulce, como a éter, me llenó la nariz y la boca, y la lengua me picaba como loca. Me mareé de inmediato. Intenté no inhalar, pero ya era demasiado tarde. Presa del pánico, tragué saliva ansiosamente y la droga penetró en mi cuerpo, enviando oleadas de oscuridad que se agolpaban en los bordes de mi conciencia. Intenté defenderme. Llamar la atención. Estábamos al aire libre. Seguro que alguien nos veía. Seguro que alguien vendría al estacionamiento. Seguro...

Forcejeamos, pero él era más fuerte que yo, incluso cuando no estaba ni medio inconsciente. Me empujé contra él e intenté huir, pero me jaló del cabello. Me caí, torciéndome dolorosamente la pierna y perdiendo un zapato. No importaba. Me agarró por debajo de los brazos y me arrastró hacia su auto. Mi mirada borrosa se fijó en mis piernas mientras me jalaba. El tenis que me quedaba era parte del par por el que ahorré todo el verano para comprarme. Cuando Jefferies me metió en su auto en el oscuro estacionamiento, oí el lejano sonido del autobús que se detenía en la parada. Me vio un momento y me acarició la mejilla.

—No te preocupes, Eve. Nos vamos a divertir mucho.

Luego cerró la puerta y el mundo se derrumbó.

Ahora ella es mi compañera de clase...

...mi compañera de cuarto y mi pupila.

36

Beckett

Lo hice. Encontré la propiedad perfecta para la mamá de Eve, Melly. Era lo bastante grande como para que sus dos hijos estuvieran en casa al mismo tiempo, pero no tan grande como para que se sintiera sola cuando ellos no estuvieran. Tenía un bonito jardín y vistas al mar. Estaba en uno de los barrios más bonitos y seguros de la ciudad. Firmé los papeles a última hora de la noche y me apresuré a ir al Chickadee para llevar a Eve a casa. Se quejaba de los trayectos y siempre intentaba darme la vuelta, pero se quejaba menos de los nocturnos. Después de todo, había un depredador en el campus, y a veces terminaba tan tarde que era peligroso volver sola a casa.

Mi teléfono sonó cuando entré en el estacionamiento, con el nombre de Asher parpadeando en la pantalla. Contesté.

—Oye, ¿cómo van las costillas?

—Terriblemente. Tienes un golpe malvado.

—Bueno, te lo merecías —refunfuñó y luego se detuvo un segundo—. El entrenador Eric me llamó hoy para que regresara a casa.

—¿Lo hizo? —le pregunté, con voz inocente.

Asher maldijo.

—Sabía que podías hacer que las cosas sucedieran, pero nunca pensé que pudieras hacer que sucedieran tan rápido.

—No tiene nada que ver conmigo. Los Hellions te necesitan, y el entrenador Eric lo sabe. Te extrañan demasiado. Los Dioses del Hielo no son lo mismo sin ti.

—Así que les estoy haciendo un favor a todos, ¿de verdad? —Asher señaló.

Solté una carcajada que aflojó la tensión de mi pecho. Poco a poco, volvíamos a la normalidad. Asher volvería a casa, y los Hellions volverían a dominar el hielo. Eve me perdonaría y volvería a casa, y yo me aseguraría de mimarla todos los días, mientras ambos viviéramos, y mi papá y yo podríamos tener una oportunidad real de volver a tener una relación. Parecía demasiado bueno para ser verdad. Los nervios me invadieron de inmediato.

Ya había aprendido suficientes veces en mi vida que cuando las cosas iban mejor, inevitablemente se avecinaba un giro más salvaje.

Intenté alejar ese pesimismo. Yo no hice que pasaran cosas malas. No merecía que todo se fuera a la mierda. Los mantras positivos sonaban chirriantes y equivocados en mi cabeza, confirmando el hecho de que realmente creía que era un imán para la mala suerte y la mierda jodida. Empecé a ver a una terapeuta, sobre todo porque creía que Eve lo aprobaría. Solo nos habíamos visto una vez, pero enseguida se hizo una idea del nivel de mierda con el que estaba tratando.

Tras colgar con Asher y meterme el teléfono en el bolsillo, entré en la cafetería, la expectación por ver a Eve era lo único que podía calmar mi ansiedad.

—¡Oh! Ella salió temprano. Ya se fue. —Su compañera de trabajo me dedicó una alegre sonrisa.

Volví al estacionamiento, decepcionado. ¿Ya se había ido? Saqué mi celular y la llamé. Saltó el buzón de voz. También había apagado el teléfono. Volví a intentarlo y llamé a Lily.

—No he hablado con ella desde esta tarde. ¿Por qué?

—Solo comprobaba. Se suponía que tenía que recogerla, y se fue.

—A lo mejor ya tuvo bastante de imbéciles por hoy y decidió tomar el autobús —dijo Lily, con su voz habitualmente dulce y mordaz.

Por supuesto, la mejor amiga de Eve me convirtió en el enemigo público número uno desde esa noche en que le di las cosas de Eve y la

eché de la habitación. Estaba avergonzado de cómo me comporté. Como un cobarde.

Lily colgó sin decir nada más y yo me dirigí hacia mi auto. Estaba a medio camino del estacionamiento cuando lo vi. Estaba oscuro y no me habría dado cuenta si un auto que pasaba por ahí no hubiera girado en U justo delante de la entrada de la cafetería y no hubiera iluminado el suelo con sus faros.

Un destello blanco me llamó la atención. Me dirigí hacia él, con una potente sensación de terror formándose en mi vientre al llegar al objeto.

El reconocimiento me golpeó con fuerza. Lo tomé y mi temor se convirtió en pánico.

Era el tenis de Cenicienta.



Volví al Chickadee, y mi salvaje ansiedad envió todas las miradas hacia mí. La compañera de trabajo de Eve, Laura, se acercó.

—¿Qué pasa?

—Encontré esto en el estacionamiento. ¿Ella los trajo hoy al trabajo? —Blandí el tenis tirado.

Laura palideció.

—Creo que sí. —Se tapó la boca con una mano—. ¿No crees que tenga algo que ver con los ataques del campus? Estábamos hablando de ellos.

—Piensa en cualquier cosa extraña o diferente que pudiera haber ocurrido durante su turno. ¿Qué clientes estuvieron aquí? ¿Alguien se fue al mismo tiempo que Eve?

—¡No lo sé! Había mucha gente disfrazada yendo y viniendo por la Fiesta de Otoño... muchos habituales. Vino uno de sus profesores, uno muy lindo con chaqueta de tweed y coderas, pero lleva viniendo todo el año y se fue mucho antes que ella.

—¿El profesor Jefferies? —le pregunté.

Laura sacudió la cabeza con impotencia, con los ojos llenos de lágrimas.

—No sé cómo se llama.

—Okey. No te preocupes, la encontraré —le aseguré a la compañera de trabajo, que ahora lloraba, y salí como una tormenta del edificio.

Aunque tenga que arrasar esta puta ciudad, la encontraré.

Volví a la camioneta y tiré el tenis en el asiento del copiloto. Saqué el teléfono y pensé en mi siguiente paso. Podía llamar a la policía, pero era demasiado pronto para denunciar su desaparición. Aun así, podía exigirles ayuda y dejar caer mi nombre. Quizá valiera la pena intentarlo, pero, por otra parte, era la Fiesta de Otoño y sabía que había fiestas y eventos por toda la ciudad. La policía no se daría abasto esta noche. Podrían tardar horas en conseguirme la dirección de Jefferies.

Pero había una persona que estaba obligada a saberlo.

Conteniendo el asco que me producía tener que ponerme en contacto con la peor persona del mundo, marqué el número de Colette.

Sonó y sonó, sin respuesta. La maldita zorra ignoraba mis llamadas. Arranqué el auto, me abroché el cinturón y salí del estacionamiento de Chickadee. Ya veríamos cuánto le gustaba ignorarme en persona.

Llegué a Cliff Point en tiempo récord. Nunca había corrido tan rápido en todo el tiempo que estuve corriendo con Sammy y sus carreras ilegales.

Doblé la esquina para ver la casa, justo cuando se abría la enorme verja. Un todoterreno blanco se acercó y mis faros iluminaron a la persona que conducía. Colette. Mi papá le dio unos días para sacar sus cosas de casa. Normalmente tenía un chofer para salir, tenía que estar yendo a algún lugar que no quería que nadie supiera.

Me apoyé en el claxon, sabiendo que no iba a llegar a tiempo para impedirle que arrancara. Ella se giró y me vio, reconociendo claramente mi auto, y se dio a la fuga saliendo de la ciudad por la oscura y sinuosa carretera de la costa. La misma de la que pensé saltar la barrera hacía solo unas semanas.

Pisé a fondo el acelerador y la seguí. Corrimos a través de la oscuridad, doblando y girando alrededor de las montañas. No era buena conductora, pero era lo bastante temprano como para que vinieran unos cuantos autos por el otro sentido, lo que me impedía rebasarla.

Me quedé atrapado detrás de ella, pisándole los talones durante varios minutos. Cada vez que intentaba deslizarme delante de ella, daba un volantazo para bloquearme. Su conducción era errática, Colette lo estaba perdiendo todo y era una mujer desesperada. Después de hablar, estaría aún más desesperada no la dejaría en paz hasta saber a dónde podría haber llevado Jefferies a Eve, le rompería todos los huesos del cuerpo si fuera necesario. Podría hacerlo de todos modos solo por diversión, era una forma menos costosa de terapia.

Llegamos a un tramo largo y recto de la carretera, aceleré antes de que pudiera bloquearme y me puse en paralelo a ella. No podía verla por las ventanillas laterales que estaban demasiado polarizadas. La rebasé, reduciendo inmediatamente la velocidad para que ella también se viera obligada a hacerlo. Seguimos avanzando. Un par de autos nos alcanzaron, impidiéndole a ella hacer nada. Seguí reduciendo la velocidad. Giramos hacia otra carretera recta y me resultó familiar. Era el tramo de carretera con la barrera rota.

Colette se sobresaltó de repente y trató de rebasarme. La bloqueé, y entonces aparecieron unos faros en la distancia viniendo por el otro sentido. Colette no se detuvo, estaba bloqueando ambos carriles. No tuve más remedio que retroceder, no pondría en peligro a gente inocente que conducía por el otro lado. Su todoterreno blanco se puso delante de mí y volvió al carril correcto, mientras el auto pasaba por el otro lado, tocando el claxon todo el rato.

Estábamos a mitad de la recta. Tenía que volver a rebasarla. Pisé el acelerador y di un volantazo. Colette viró enloquecidamente delante de mí, su necesidad de asegurarse de bloquearme era mayor que su precaución.

Vi el momento en que perdió el control del auto.

Empezó a derrapar, deslizándose sobre el pedregal de los escarpados acantilados que bordeaban un lado de la carretera.

Ahora ella es mi compañera de clase...
...mi compañera de cuarto y mi pupila.

Corrigió en exceso, tratando de luchar contra el trompo, y solo lo empeoró. Frené bruscamente, quedándome atrás mientras el todoterreno blanco se volcaba y rodaba. El fuerte chirrido del metal llenó el aire, y vi cómo el auto rodó y rodó, acercándose cada vez más a la barrera rota.

La parte trasera golpeó la punta de la barrera de seguridad restante y detuvo el impulso, pero hizo que la parte delantera del auto girara sobre la caída. Sabía lo que había ahí abajo, había visto a esa muerte a los ojos no hacía mucho. Me desplacé por el arcén cerca del accidente. El auto silbaba y chirriaba. En cuanto salí del auto, oí los gritos de Colette pidiendo ayuda.

Me dirigí por el lado en ruinas hacia el asiento del conductor. Era la parte del auto que más sobresalía del borde. Colette luchaba con el cinturón de seguridad, su rostro era una máscara de sangre y su vestido blanco una pesadilla escarlata. Sus ojos se clavaron en mí.

—¡Beckett! Ayúdame. Sácame antes de que se caiga —se apresuró a decir.

Examiné la situación. El auto parecía bastante estable, pero nunca se sabía lo que estaba pasando en este momento en el borde del acantilado que se desmoronaba debajo.

—Beckett, ¡por favor! No puedes dejarme morir. No puedes vivir con eso en tu conciencia. No eres un asesino, Beckett.

—¿Dónde vive el profesor Jefferies y por qué se llevó a Eve?

Colette soltó una carcajada histérica.

—¿Me estás preguntando por tu noviecita justo ahora que mi vida pende de un hilo?

—No se me ocurre un momento mejor. Dímelo y consideraré sacarte.

—¿Me estás amenazando?

—Claramente. Ahora, habla. No creo que tengas mucho tiempo —señalé.

Colette intentó concentrarse.

—Vive cerca del campus... ¡River Street, número cinco! —Ella se cortó con un grito cuando toda la estructura del auto se deslizó hacia adelante.

—Deja de moverte si no quieres caer —le ordené con dureza.

Se retorcía en el asiento y, cada vez que se inclinaba hacia adelante, todo el auto se balanceaba sobre el abismo.

—¿River Street, número cinco? ¿Qué más puedes decirme de él?

—¡No lo sé! Sácame de aquí y podré pensar —me gritó.

Los restos estaban precariamente quietos, como si un fuerte viento pudiera inclinar la balanza. Vi fijamente a Colette. ¿Realmente quería salvar la vida de este monstruo?

No merecía ser salvada.

—¡Beck! Por favor. —Sus ojos desorbitados se clavaron en los míos y vio que me había decidido.

Fue el apodo lo que lo hizo.

—Ojalá pudiera ayudarte, Colette... pero verás, no tienes permitido tocarme, y no lo harás... nunca más —dije en voz baja y retrocedí decididamente—. Y no me llames Beck. Te lo pedí por última vez.

Sus ojos se abrieron de par en par; se dio cuenta de que no iba a sacarla. Estaba sola.

Se abalanzó sobre la puerta y el cambio de movimiento fue el punto de inflexión. El todoterreno blanco se deslizó hacia adelante, el lado rozó la barrera metálica con un chirrido, y luego desapareció por el borde del acantilado. Se hizo el silencio por un momento, con el único sonido de las olas chocando contra las rocas más abajo y luego un estruendoso crujido metálico.

37

Eve

Me desperté lentamente, como saliendo de un sueño lleno de algodón. Tenía la boca seca y los ojos irritados. Era como si cada parte de mi cuerpo que normalmente tenía humedad se hubiera llenado de relleno, como si fuera una muñeca.

Parpadeé un par de veces, intentando reconocer lo que me rodeaba, antes de que los acontecimientos anteriores volvieran a mí.

Cuando jadeé, supe que había algo alrededor de mi boca, amortiguando el sonido. Seguía sintiendo mi cuerpo como en un sueño, flotando lejos de mí. Ni siquiera sentía las manos ni las piernas. Vi hacia abajo y pude distinguir la forma de mi cuerpo en la penumbra. Estaba atada a una silla colocada sobre un suelo de tierra. La única luz que entraba en la habitación procedía de unas ventanas altas y pequeñas que se extendían a lo largo de la pared, por encima de la altura de la cabeza. Por el estilo de las ventanas, supuse que se trataba de un sótano. No podía ver a través del cristal. Afuera estaba completamente oscuro, y solo un poco de luz de luna brillaba a través de los cristales opacos.

—¿Por fin despierta, Bella Durmiente?

La voz de Jefferies cortó el resto de mi inercia y el miedo bombeó adrenalina por mis venas. Estaba sentado en la oscuridad, como un loco, observándome volver en mí lentamente.

Sacudió la cabeza y sonrió satisfecho.

—Pero ese no es el apodo, ¿verdad? Es Cenicienta. El multimillonario y su Cenicienta... ustedes dos habrían sido todo un sueño de relaciones

públicas. Un jugador de hockey grande y fuerte saca de las calles a la despampanante hija de una inmigrante y se casa con ella. Una vez que llegara a la NHL, ustedes podrían haber sido los próximos novios de América. Lástima que eso nunca va a suceder.

Lo vi fijamente. No tenía ni idea de qué decir. No sabía qué quería de mí. ¿Iba a lastimarme? ¿Matarme? ¿Por qué? ¿Por Colette? Mi mente se llenó de preguntas.

Estaba claro que a Jefferies no le gustaba que lo ignoraran, porque se levantó y me arrancó la cinta de la boca de un tirón despiadado. *Ouch*. Supongo que no necesitaré depilarme el bigote el mes que viene, ni nunca más.

Moví mis labios ardientes mientras Jefferies me observaba con una sonrisa divertida.

—Disculpa por eso. No podía dejar que gritaras si te despertabas mientras te traía aquí.

—¿Dónde estoy? —conseguí decir.

—Mi casa. Relájate y deja que me ocupe de todo. Soy un anfitrión fantástico.

—¿Por qué estoy aquí?

Jefferies suspiró.

—Estoy seguro de que ya te habrás dado cuenta, Eve. Eres una chica muy lista.

—Por tu aventura con Colette.

—Bingo... pero honestamente, es solo parte de la razón.

Esperé a que continuara. Se puso de pie y se paseó delante de mí, como hacía cuando daba clases. El hijo de puta estaba disfrutando de su público cautivo.

—Bueno, cuando Colette me contó lo que pasó con Soren, y cómo le diste las fotos, supe que llegaríamos a esto. Mi hermanastra es un poco vengativa.

Mi mente se detuvo.

—¿Tu hermanastra? ¿Colette es tu hermanastra?

Jefferies asintió.

—Sí, mi papá dejó embarazada a mi mamá cuando Colette tenía cinco años, pero no dejó a su mamá enseguida. No, lo alargó durante años. Cuando por fin empezamos a vivir juntos, ella tenía veinte años y yo quince.

—Y ahora tienes una aventura con ella... —señalé estúpidamente.

—No. Ella es la que me dejó, acostándose con su esposo. Nuestra relación es anterior a todos los demás en su vida, no es que nadie lo sepa. Soren ni siquiera sabe que ella tiene un hermano.

Las náuseas me subieron por la garganta y el esfuerzo por contenerlas me quemó.

—Así que tú fuiste su primero.

Jefferies entrecerró los ojos ante esa afirmación.

—He sido el único que le ha importado.

No tenía respuesta para eso. Jefferies vivió una pesadilla y también se convirtió en una. No había nada que decir.

—Ella tiene su diversión, como yo. Soren, se casó por dinero, y él nos ha mantenido a ambos muy cómodos durante años, pero tú y el maldito Beckett Anderson tenían que ir y arruinarlo todo. Interfiriendo, espiando, husmeando, hablando... apuesto a que estabas orgullosa de tu jueguito de ir con Soren y contarle lo nuestro. Apuesto a que pensaste que podías cambiar la vida de Beckett para mejor. —Cruzó en mi dirección a grandes zancadas y luego se agachó y se puso delante de mí—. Y lo hiciste... solo que no de la forma que creías. Beckett no solo va a perder a su madrastra, sino también a su noviecita.

Sacó de su cinturón un largo cuchillo de aspecto malvado y me pasó la punta por la cara.

—En cuanto a por qué estás aquí en esta casa, estoy cansado de apurar mis juegos y arriesgarme a que me interrumpan. Las patrullas del campus y los putos aguafiestas bienintencionados están al acecho de "un

depredador que se aprovecha de las universitarias...” —Puso comillas en las últimas palabras, tomándolas directamente de los titulares del *Herald* que habían salpicado recientemente todo el campus para concientizar del peligro que corrían las estudiantes.

—Tú eres el que ataca a las chicas en el campus —murmuré. Lo sospeché, por supuesto, en cuanto me secuestró, pero el movimiento de cabeza que hizo para confirmarlo fue realmente aterrador.

—Te lo dije, yo tengo mi diversión, y Colette tiene la suya.

—¿Por qué escalas ahora? ¿Cómo puedes quedarte en Hade Harbor si te van a atrapar?

Dudó, viendo hacia un rincón oscuro, ensimismado.

—Porque lo que antes era suficiente, ya no lo es. La sensación de meter un roofie en una botella de agua en clase, y luego seguirla a casa y follarla mientras dormía y dejarla preguntándose si solo tuvo una pesadilla o no... ya no es suficiente. Eso es lo que pasa con la adicción. Tu novio podría decírtelo. Siempre quieres más. —Se inclinó e inhaló mi piel—. Nunca maté a nadie antes.

Antes de que pudiera responder a esa horrible afirmación, sonó un timbre amortiguado.

Jefferies frunció el ceño y vio hacia arriba, luego se puso de pie, deslizando su cuchillo de nuevo en su cinturón.

—Maldito Festival de Otoño. No te preocupes, volveré pronto, Eve, y entonces podremos empezar.

Contuve el pánico hasta que desapareció por las desvencijadas escaleras de madera y luego aspiré grandes bocanadas de aire. Estaba hiperventilando. Tenía que calmarme o me desmayaría. Arrastré el aire mohoso del sótano hasta mis pulmones, presa del pánico. No era solo la situación lo que me daba ganas de llorar. Era la cadena de revelaciones que se desarrollaban en mi cabeza.

Llevaba toda la vida queriendo pertenecer a algo, pero mi propia vida me faltaba. Qué estúpido me parecía eso ahora, cuando me enfrentaba a la posibilidad real de no salir nunca de este sótano. Nadie me estaba

buscando. Mi mamá pensaba que me quedaría en casa de Lily. Lily pensaba que iría a trabajar y luego a casa de mi mamá. Mis planes para la noche habían estado en el aire. Cometí todos los errores más obvios contra los que los folletos del campus advertían a las estudiantes.

Nunca me había faltado nada en la vida. Tenía a mi mamá y a Asher, y a Lily y su familia. Tenía a los Dioses de Hielo, en cierto modo, y tenía a Beckett. El hombre al que pertenecía.

Todo habría sido diferente si hubiera dejado este inútil tira y afloja entre nosotros y hubiera entrado a esperarlo. Dejé que la ira mezquina se interpusiera en el camino de lo que me parecía correcto. Me llamó cazafortunas. ¿Y qué? Yo le dije cosas mucho peores a lo largo de los años. Yo sabía que no lo era, y Beckett admitió que él también lo sabía, y eso era lo que importaba.

Me habían amado. *Había* pertenecido, solo que estaba demasiada ciega para verlo, pero ahora podía. Realmente podía.

Si tenía la oportunidad de contarle a Beckett en persona lo que descubrí sobre mí, nada podría detenerme.

Pero primero, necesitaba salir de aquí, antes de que nunca más lo hiciera.

Jefferies volvió a bajar las escaleras minutos después. No tardó nada en deshacerse de los visitantes de la Fiesta de Otoño. La mayoría de las familias con niños pequeños aprovechaban la fiesta local como un mini Halloween e iban de puerta en puerta con los niños. La única diferencia era que las golosinas debían ser algo relacionado con la cosecha, como manzanas de caramelo y maíz hervido. No tenía ni idea de lo que Jefferies le regalaba a las familias.

—Este puto pueblo con sus bonitas tradiciones y su mimada superioridad de clase media. No puedo soportarlo. Esos idiotas no tienen ni idea de quién mueve realmente los hilos en este agujero del infierno de lujo.

—¿De qué estás hablando?

Jefferies sacudió la cabeza hacia mí, como si se hubiera olvidado de que estaba ahí. Le encantaban dar discursos. Quizá si jugaba bien, podría conseguir que me diera uno sobre la historia de Hade Harbor y ganar tiempo. Valía la pena intentarlo. Al hombre le encantaba el sonido de su propia voz.

—El verdadero poder en Hade Harbor no son imbéciles ricos como Soren Anderson. Mi línea familiar se remonta a los fundadores. No somos iguales. No podrías entenderlo. *In tenebris prosperamus*.

La frase en latín se alojó en mi mente como una astilla, despertando mi curiosidad, aunque en este momento apenas tenía tiempo para pensar en eso. Tenía que distraer a Jefferies.

—Pruébame —protesté.

Jefferies esbozó una amplia sonrisa.

—Oh, eso planeo. ¿Por qué no empezamos?

Volvió a sacar el cuchillo de su cinturón, y mis palabras para intentar distraerlo murieron en mis labios.

Se acercó con el cuchillo y lo paseó por mi mejilla. Sus ojos saltaron a los míos. Quería ver miedo ahí, pero perversamente estaba decidida a no mostrárselo ni un segundo. Arruinaría su enfermiza diversión como pudiera.

Pasó el cuchillo por mi garganta, mi clavícula y bajó por mi esternón hasta llegar al botón superior de mi uniforme de mesera. El cursi estilo pin-up de los años 50 que aún tenía botones de verdad. Deslizó el cuchillo bajo el primero y lo cortó. El botón sonó en algún lugar en la oscuridad.

—Uno menos... —Jefferies dijo en voz baja.

Intenté no prestarle atención. No podía defenderme ahora. Tenía las manos y los pies demasiado bien atados. Los probé con toda la brusquedad posible cuando él subió. Mi única opción era esperar a que me liberara. Si iba a violarme, tendría que liberarme las piernas, al menos. Tenía que esperar.

Me concentré en controlar mi respiración. Intenté mantenerla estable mientras él cortaba otro botón. La camisa cedió alrededor de mi pecho, abriéndose lo suficiente para revelar la parte superior de mis pechos, envueltos en encaje blanco.

—Ahora, se está poniendo interesante, ¿no es así, Eve? —dijo Jefferies.

Me concentré en su cara, viéndolo de verdad por primera vez. Algunas chicas de la clase pensaban que era guapo, pero yo nunca lo creí. Ahora que lo veía de cerca, sabía que tenía razón. Su barba era cuidada, sus dientes uniformes, pero sus ojos eran feos. Brillaban a través de su alma dañada, y nunca había visto nada más feo. Me daba asco.

—Vamos, Eve. Esto no es divertido si no dices algo —me incitó y presionó el cuchillo contra la base de mi pecho—. ¿Debería ver si puedo hacer que hagas algún sonido?

Justo entonces, el timbre amortiguado volvió a sonar.

—¡Hijos de puta! —Jefferies se levantó furioso y se echó el cabello hacia atrás. Me vio fijamente durante un largo rato—. A la mierda. No voy a contestar.

El timbre volvió a sonar y sonó un fuerte golpe.

—Quizá vean por atrás si no te encuentran —señalé y desvié la mirada hacia las ventanas.

Jefferies frunció el ceño, pero se dio la vuelta y subió las escaleras. Dejé escapar un suspiro tembloroso al quedarme de nuevo sola en el sótano. *Mierda.* ¿Qué iba a hacer? Una lágrima resbaló por mi mejilla.

Debería haber esperado a Beckett. Debería haber dejado que me llevara a casa. Debería haber aceptado sus disculpas la otra noche y no haber sido tan orgullosa. Quería perdonarlo, pero mi maldito orgullo dañado se interpuso. Siempre tenía que hacerlo todo por las malas.

Un golpeteo silencioso me impidió estallar en sollozos. ¿Ya volvía Jefferies?

Ahogué las lágrimas y me giré todo lo que pude para ver de dónde venían los golpes.

El corazón se me subió a la garganta. Había una sombra oscura en la ventana, agachada junto a ella y viendo a través. Una aterradora máscara blanca se apretó contra el cristal. Estuve a punto de gritar, pero me contuve. La forma oscura empujó el cristal, intentando abrirlo. Pareció darse cuenta de que no iba a funcionar y se paró.

¡No! ¡No te vayas!

Pero no se fue. En su lugar, un puño envuelto en un material oscuro golpeó el cristal, emitiendo un sonido sordo. Una vez, y otra más, y el cristal cayó hacia adentro, tintineando suavemente al chocar contra el suelo de tierra.

El brazo se introdujo en el agujero y despejó el resto del cristal, dejando un espacio apenas transitable. Lo siguiente que supe fue que la figura oscura descendió por el marco de la ventana, sosteniendo todo el peso de su cuerpo con una mano en el alféizar.

Solo conocía a una persona tan fuerte.

La esperanza saltó a mi corazón y no pude apartar la mirada cuando el hombre alto y corpulento cayó al suelo. En cuanto se enderezó, supe que tenía razón. Podía reconocer a Beckett con los ojos cerrados.

Se acercó a mí, con su disfraz de máscara de hockey blanca que ya no me daba miedo, y se acercó a mí.

Se subió la máscara y se hundió en el suelo a mi lado.

—Evie, Jesús, ¿estás bien? ¿Te lastimó?

Sacudí la cabeza.

—No. Quiero decir, todavía no. Sigue siendo interrumpido por los chicos del Festival de Otoño.

—Sí, y hay algunos bastante persistentes ahí arriba en este momento.

Se puso a desatarme los brazos y las piernas de la silla.

—¿Quién?

—Marcus y Cayden. Lo están entreteniendo.

Vi hacia la ventana del sótano.

—No creo que pueda salir por ahí.

—No te preocupes, no saldremos por ahí. Saldremos por la puerta principal. La superamos en número, Cenicienta.

—¿Cómo supiste dónde estaba? —pregunté.

Me ayudó a ponerme de pie. Tenía las piernas tan entumecidas que casi me caigo. Beckett me tomó inmediatamente y me atrajo hacia él, rodeándome con los brazos. Su pecho se expandió con una gran inspiración.

—Solo necesito un segundo, Tiny. Un segundo para asimilar que estás bien.

Asentí contra su pecho. Yo también necesitaba un momento. Un momento para darme cuenta de que ya no estaba sola. Beckett me encontró. Me buscó y me encontró.

Perdí la cuenta de cuánto tiempo estuvimos ahí, apretados pecho contra pecho. En el mío rebosaban las cosas que quería decir, pero no era el momento. Me prometí a mí misma que cuando saliéramos de aquí, no perdería más tiempo resintiéndome por una estúpida pelea y un malentendido. La vida era demasiado corta e impredecible.

—Vámonos. No pueden entretenerlo para siempre.

Beckett me tomó de la mano y subimos las escaleras despacio. Crujieron durante todo el trayecto, pero no pudimos hacer nada para evitarlo.

Al llegar arriba, Beckett me empujó detrás de él y salió primero al oscuro pasillo. Estaba silencioso, solo se oía el suave murmullo de voces procedentes de la parte delantera de la casa. Beckett se bajó la máscara. Llevaba un disfraz de Jason y su palo de hockey. Supuse que era una tapadera para llamar al timbre si no hubiera habido una ventana al sótano en la parte trasera. Me moví detrás de él y caminamos hacia la puerta principal, de donde procedían las voces.

De camino, tuvimos que pasar por la cocina. Estaba a oscuras, salvo por la luz roja de la cafetera, y el olor a café recién hecho mezclado con una sobrecarga de lejía me revolvió el estómago. ¿Quién usaba tanta lejía

en su cocina? ¿Esterilizaba algo? Me mareó. Además, la cafetera recién puesta no pasaba desapercibida para mí. Parecía que el profesor Jefferies planeaba trasnochar y necesitaba energía. Violar y matar a una chica en su sótano era un trabajo agotador, después de todo.

Pude ver la puerta principal tras doblar un recodo del pasillo. Otros dos jugadores zombis de hockey estaban fuera, hablando con Jefferies, que se perfilaba en el umbral de la puerta, aparentando impaciencia.

—Bueno, si eso es todo, dejo que se vayan —espetó y dio un paso atrás, intentando cerrar la puerta.

El pie de Cayden salió disparado e impidió que se cerrara.

—Claro, profesor. Nos llevaremos a nuestros amigos y nos iremos —dijo.

Jefferies vio a su alrededor, desconcertado.

—¿Qué amigos?

—Nosotros —gruñó Beckett.

Jefferies se dio la vuelta y nos vio. El tiempo pareció ralentizarse por un momento, cuando Jefferies se dio cuenta de que lo habían atrapado. De repente, se lanzó hacia adelante, esquivando a Marcus cuando intentó alcanzarlo. Corrió hacia nosotros con los ojos fijos en una puerta a mitad del pasillo. ¿Iba a escapar de nosotros?

Beckett se movió para interceptarlo. Jefferies esperó a que Beckett estuviera a su alcance antes de alejarse de la puerta y caer sobre el defensa, empujándolo contra la pared. Se detuvieron.

—¡Cuidado! ¡Tiene un cuchillo! —grité, con puro terror llenando mi mente.

La sala se llenó de sonidos de respiraciones agitadas. Beckett bajó la mirada y vio a Jefferies a los ojos. Los dos se quedaron ahí encerrados, inmóviles.

Mis ojos siguieron la línea del brazo de Jefferies. Tenía uno apoyado en la pared, pero ¿cómo mantenía a Beckett ahí? Sabía de primera mano lo increíblemente fuerte que era.

Ahora ella es mi compañera de clase...
...mi compañera de cuarto y mi pupila.

Entonces lo vi, líquido rojo goteando en el suelo. Jefferies había apuñalado a Beckett con el cuchillo de su cinturón, tenía esa hoja enterrada en algún lugar del hombre que amaba.

No lo pensé, solo actué.

Volví corriendo a la cocina y tomé la única arma que pude ver, luego volví corriendo al vestíbulo. Cayden y Marcus aún no se habían dado cuenta de lo ocurrido. Jefferies estaba claramente en inferioridad numérica. Se había acabado. No sabían que Beckett estaba herido.

Al acercarme, distinguí el final de su conversación en voz baja.

—...¿de verdad creíste que podías ganarnos a ella y a mí? —Jefferies sonreía como un loco. Ahora que lo habían atrapado, abandonó la pretensión de ser normal.

»No eres más que un niño tonto. No sabes lo que Colette y yo hemos sufrido. No tienes ni idea de cómo un pasado como el nuestro puede unir a dos personas, y hacerlas más fuertes, cómo la sangre como la nuestra puede hacerte poderoso.

Beckett se rió entre dientes, viendo fijamente al hombre más pequeño.

—Me importa una mierda la sangre, o el poder... me importa la libertad, algo de lo que pronto carecerás, y para que lo sepas, tú y ella no existen, hombre... ella está muerta. Yo mismo la vi morir... y fue un jodido deleite.

—¡Mentiroso! —gritó Jefferies.

Llegué hasta él. Beckett me vio llegar y giró la cabeza, sacudiéndola con fuerza al mismo tiempo, haciendo que su máscara volviera a su sitio.

Golpeé a Jefferies en la cabeza con la cafetera llena. El cristal se hizo pedazos contra su cráneo con el impacto, salpicándole la cara y el cuello con el líquido caliente. El olor a piel quemada llenó el aire. Beckett estaba protegido por la máscara de hockey y sus enormes almohadillas.

Jefferies gritó y retrocedió tambaleándose, en cuanto se alejó de Beckett, Marcus y Cayden se le echaron encima, pateándolo con fuerza contra el suelo y desarmándolo.

Ahora ella es mi compañera de clase...
...mi compañera de cuarto y mi pupila.

Los brazos de Beckett me rodearon y me acercaron.

—¿Estás bien?

—¿Qué? ¿*Tú* estás bien? Te apuñaló. —Me aparté y comprobé si había sangre.

Había rojo floreciendo en la esquina inferior derecha de su camiseta de hockey.

—¿Esto? No es nada.

—¿Nada? ¡Estás sangrando!

Beckett se rió, olvidándose por completo de la puñalada.

—Necesitas una ambulancia.

—No, no la necesito. Solo necesito esto —murmuró y me atrajo hacia su pecho, colocando su cara en el hueco entre mi cuello y mi hombro. Inhaló profundamente contra mi piel—. Esto es lo que necesito.

—Estás loco —murmuré, pero lo rodeé con los brazos, todo lo que pude—. Tenemos que llevarte a un hospital. Estás herido.

—No te preocupes por mí. Si estás a salvo... nada puede lastimarme. —Su mano acarició mi cabello—. Mi talón de Aquiles eres tú... si estás a salvo, soy jodidamente a prueba de balas. —Su mano acarició mi cabello—. Me bañé en el río Estigia, ¿recuerdas? Contigo a mi lado, soy invencible.

38

Beckett

Un mes después

Me senté en la tumbona de terciopelo de una exclusiva boutique del centro de la ciudad y esperé a que saliera Eve. Estábamos en Nueva York para un partido de los Hellions, y convencí a mi pequeña Cenicienta para que llegáramos un día antes. Quería hacer de hada madrina, y que me condenaran si no era casi imposible conseguir que mi novia aceptara.

Finalmente la convencí para que dejara su trabajo en la cafetería. La paga era una mierda, y estaba cansada todo el tiempo, pero se negó rotundamente a dejar su trabajo en The Dunes, a mi Evie le gustaba su independencia. Yo tenía que conformarme con ser un cliente durante sus turnos para hacerle compañía, y fulminar con la mirada a cualquier viejo rico que pensara que podía hablarle con desprecio. Eso no pasó, que yo supiera, desde que mi papá hizo público que Eve Martino salía con su hijo. Sus amigos aduladores no se atrevían a meterse con Soren Anderson, que acababa de enviudar.

Mi papá también fue cuando me reuní con Melly Martino y le entregué la escritura de la casa que le compré en Hade Harbor.

Al principio la rechazó. Claro que sí, porque la manzana no cae lejos del árbol, y las mujeres Martino eran fuertes, independientes y orgullosas como el demonio.

Le expliqué cómo sus hijos, Eve y Asher, me salvaron la vida una y otra vez a lo largo de los años y me dieron una razón para seguir adelante, a pesar del horror en mi cabeza.

Todavía iba a negarse cuando mi papá la interrumpió.

—*Usted me devolvió a mi hijo, señora Martino... permítanos hacer esto por usted.*

Tuvo que ver la sinceridad en los ojos de Soren, porque después de eso aceptó. Algo desconcertada por el gesto, abrumada e incrédula, tomó las llaves y la escritura. No tenía ni idea de que aquello no era más que el principio. Una vez que Eve y yo estuviéramos casados, a nadie en la casa Martino le volvería a faltar nada. Me encargaría de que así fuera.

La pesada cortina esmeralda del vestidor se movió y el rostro de Eve apareció en el hueco.

—Sal y déjame verte —le pedí juguetonamente. Se me puso dura al pensar en ella a solo unos metros, quitándose la ropa. Mi polla presionaba contra la cremallera de mis jeans y me alegré de que no hubiera nadie cerca para interrumpirnos.

—Es...

—Si dices "demasiado" en este momento, te voy a poner sobre mis rodillas —le advertí, saboreando ya la idea.

Eve me fulminó con la mirada.

—¡Wow! Es demasiado —empezó a decir, pero chilló cuando estiré la mano y la jalé desde detrás de la cortina. Cayó sobre mis rodillas, demasiado aturdida para moverse por un momento, y luego se retorció.

—¡Alguien nos verá!

—No, no lo harán, eché a todo el mundo —murmuré, subiéndole la falda por los muslos para disfrutar de la vista de su perfecto y redondo trasero envuelto en encaje francés.

—¿Cómo echaste a todo el mundo?

—No es difícil. Acabo de comprar todo lo que hay en la tienda de tu talla... con eso tienes al menos una hora de intimidad —sonreí.

Se dio la vuelta y se incorporó, con sus ojos oscuros muy abiertos.

—Beckett —empezó.

—Evie.

—Tienes que dejar de mimarme —murmuró.

—Oh, Cenicienta, solo estoy empezando.

Solo era una herida superficial, pero aun así tuve que retorcerle el brazo al entrenador para que me dejara jugar contra los Empire Blades de Nueva York.

Salí al hielo como un hombre nuevo. Mientras calentaba, vi cómo las Ice Girls alborotaban a los aficionados de Maine. El traje de Eve llevaba mi número cosido a la espalda, justo donde debía estar. Ahora solo necesitaba ese anillo de Cenicienta en su dedo, para que todo el mundo supiera lo que yo ya sabía en mi corazón.

Eve Martino era mía, y nadie se interpondría entre nosotros.

Rodeé el hielo, llamé la atención de un espectador y lo saludé con la mano. Asher estaba sentado detrás del entrenador Williams y ambos hablaban mientras veían calentar a los equipos. Fiel a mi predicción, el entrenador estaba encantado de que Asher volviera a Hade Harbor, aunque tuvo que sentarse el resto de la temporada. Me pareció bien. Chase, el nuevo ala derecha, resultó ser bueno, al final. Me estaba acostumbrando a tenerlo a él y a Tyler como compañeros de equipo.

Vi hacia el palco que daba a la pista. Mi papá estaba ahí. Hablábamos más a menudo y vino a verme jugar esta noche. Iba despacio, pero iba.

Empezó el partido y me obligué a no ver a Eve, tenía que concentrarme. Claro que no íbamos a ganar esta temporada, pero eso no significaba que no pudiéramos caer luchando.

Quedaban muchas temporadas por ganar. Por primera vez desde que recordaba, las esperaba todas. La esperanza era adictiva, y yo estaba enganchado. Era una luz que atravesaba la noche interminable. Era más de lo que jamás imaginé para mí.

El delantero de los Blades se dirigía hacia la portería. Lo intercepté, desviándolo de su trayectoria, y el disco salió disparado entre nosotros hacia Cayden. Cayden corrió por el hielo en dirección contraria, y no

tuve que fijarme para saber que había anotado. La ovación de la mitad verdinegra del público fue confirmación suficiente.

De nuevo en juego, Chase tenía el disco y yo impedí que un ala corpulento lo estrellara contra las tablas, recibiendo yo el golpe. Se me cortó la respiración y me dolió el costado, pero me lo sacudí. El pequeño cuchillo de Jefferies apenas atravesó mis almohadillas, no iba a detenerme.

Chase marcó, poniendo a los Hellions dos arriba en los primeros cinco minutos del partido.

—¡De eso estoy hablando! —Chase Williams gritó desde el banquillo del entrenador, girándose para darle a Asher un choque de puños.

Se sentía muy bien tener a los cuatro Dioses del Hielo en la misma pista otra vez. Ahora íbamos a dominar la escuela y el hielo. No podía esperar.

Estaría ahí para todo, con mi chica a mi lado. No pude apartar los ojos de ella cuando me enviaron al área de castigo más tarde.

—Entonces, ¿es así? —Chase me miró fijamente.

Los dos estábamos en el banquillo al mismo tiempo. Le gustaba jugar sucio, y yo apreciaba eso de él. Yo lo hacía, también.

—¿Es así qué? —me pregunté.

—Tú y ella. ¿Es algo más que follar?

Le lancé una mirada que lo hizo soltar una carcajada.

—Di *follar* en referencia a ella una vez más, y te juro que no saldrás de este estadio. Puede que nunca vuelvas a caminar.

Chase se rió de nuevo y levantó las manos.

—No sabía que era más que eso... Entonces, ¿es tu novia?

¿*Novia*? No había palabra para todo lo que Eve había llegado a significar para mí. ¿Cómo podría llamar a un alma gemela, una luz en la oscuridad? ¿Una razón para vivir?

—Ella es mía, punto. Hoy, mañana y todos los días siguientes. Nunca nos separaremos mientras haya aliento en mi cuerpo. ¿Está lo suficientemente claro para ti?

Chase parpadeó y luego sonrió.

—Mierda, hombre. Si no tuvieras diecinueve años, pensaría que acababas de decir que te ibas a casar con esa chica.

—Oh, lo hice.

Entonces el cronometrador de penaltis me hizo un gesto con la cabeza y volví al hielo.

Después del partido, había un par de aficionados esperando autógrafos junto a la puerta.

—¡Beckett! —Marcus me llamó, haciéndome un gesto.

Él y Cayden estaban firmando una camiseta de niño y me estaban esperando. Patiné en su dirección, el niño miraba a los jugadores de los Hellions con estrellas en los ojos.

Una mano se apoyó en su delgado hombro. La mano estaba profundamente tatuada. Mi mirada recorrió la manga de cuero hasta llegar al hombre que protegía al chico.

Me detuve justo delante de ellos, intentando, sin conseguirlo, que no me reconocieran. Conocía al hombre que estaba detrás del niño. Lo recordaría siempre. Lo conocí una noche oscura, cuando Cayden por fin se liberó de los problemas con su antiguo papá adoptivo.

Incluso podía recordar su nombre. Nikolai.

No era el tipo de hombre que se olvida.

—¿Puedo pedirte un autógrafo? Quiero el de todos los Dioses del Hielo —me dijo el niño, sonriéndome, sin saber que el hombre más peligroso que jamás había conocido estaba detrás de él—. Papá, ¿me das el bolígrafo otra vez?

—*Kaneechna*, Leo. Toma. —Nikolai le pasó un rotulador permanente.

Ahora ella es mi compañera de clase...
...mi compañera de cuarto y mi pupila.

Firmé la camiseta mientras el niño se retorcía de emoción.

—Me alegro de volver a verte, Beckett Anderson —dijo Nikolai, con su voz grave teñida de acento ruso.

—Me alegro de verte —dije y vi a Cayden.

Tanto él como Marcus observaban al hombre como si fuera una bomba que pudiera explotar en cualquier momento.

—Mi hijo es un gran fan de los Hellions. Está deseando ver a Asher Martino de vuelta en el equipo.

—No vivimos en Nueva York, vivimos en Hade Harbor, ¡como tú! Mi mamá era tu profesora de arte. Vamos a ir a todos los partidos este año. —Leo siguió charlando y luego vio a Tyler inclinado sobre la barrera, más adelante en la fila, hablando con unos aficionados—. ¡Vuelvo en un segundo! —Salió disparado.

Su papá lo observaba.

—Escuché que tú y tus amigos limpiaron algo de basura en el pueblo hace poco —dijo, con tono conversacional. Volvió a dirigirme la mirada.

Asentí con la cabeza. Tenía que estar hablando del profesor Jefferies.

Nikolai asintió con aprobación.

—Buen trabajo. Si las víctimas necesitan un abogado que las represente, pro bono, conozco a uno bueno. —Se metió la mano en el bolsillo y sacó una tarjeta de presentación minimalista. Solo tenía un nombre en una cara y un número de celular en la otra.

Ronan Black, Abogado.

—Tenemos que mantener Hade Harbor como un lugar familiar. Es un lugar agradable para criar una familia. No dejaré que nadie cambie eso.

Tomé la declaración de Nikolai como la amenaza que claramente era.

—Tengo que llevar a mi hijo a casa de su tío, antes de que se quede sin espacio en ese jersey. —Dio un paso atrás y nos echó un vistazo—. Jueguen bien, chicos. Los estaré observando.

39

Eve

Después del partido, les prometí a las chicas que me reuniría con ellas en la fiesta posterior en el hotel de los Hellions. Fui la última en la cola para ducharme y, cuando me sequé el cabello, era la única que quedaba en el vestidor.

Me tomé mi tiempo para cambiarme. Me puse un vestido de suéter rojo oscuro que me quedaba un poco corto, así que lo combiné con unas medias de punto de color crema para no pasar frío. Después me puse las botas, la chaqueta y un gorro, y ya estaba lista para salir. Me eché la mochila al hombro y llevé los patines por los cordones.

Afuera del vestidor, estaba desierto, todo el mundo estaba desesperado por llegar a la fiesta. Era el último partido antes de las vacaciones de invierno y los ánimos estaban caldeados.

Atravesé los pasillos poco iluminados y salí a la pista. Bordeando el lateral, observé que el Zamboni ya había hecho su ronda y la mayoría de las luces estaban apagadas. Incluso el personal de mantenimiento estaba impaciente por salir. Estuvo nevando bastante durante todo el día, y era lógico que cualquiera que viviera lejos necesitara volver a casa antes de que empeorara. Hacía calor en la pista, aún persistía la energía y el calor de todos los cuerpos que se metieron ahí hacía apenas una hora. No tenía muchas ganas de salir a la nieve, aunque estaba segura de que sería bonita. La ciudad de Nueva York, espolvoreada de blanco.

Acababa de llegar al final de las escaleras de las gradas cuando lo oí.

El suave chasquido de alguien patinando.

Ahora ella es mi compañera de clase...
...mi compañera de cuarto y mi pupila.

Me giré para ver el hielo.

Una figura se movía en un arco deslizante por el hielo recién alisado. Reconocería ese estilo de movimiento en cualquier parte.

Me di la vuelta y volví hacia la pista.

Iba vestido de negro y su rapidez y elegancia me entusiasmaron. Seguía siendo el hombre más peligroso que conocía y no creía que fuera a dejar de serlo. Poderoso, rico y totalmente decidido a hacer realidad lo que quisiera, no había nadie que pudiera oponerse a Beckett Anderson cuando se proponía algo.

—Hola, Tiny.

—¿Se supone que todavía deberías estar aquí?

—¿Se supone que tienes que verte tan jodidamente adorable con esa ropa? —Me vio de arriba abajo con evidente intención.

Sentí calor por todas partes.

—Tenemos que ir a la fiesta —le recordé—. Pensé que nos veríamos ahí.

—¿Pensaste que te dejaría caminar sola, en la nieve, en una ciudad extraña? —Salió del hielo y estaba cambiando sus patines por unas botas de suela gruesa. Terminó y se enderezó, con un brillo malvado en los ojos.

Mi corazón latía con fuerza.

—¿Pensaste que te iba a dejar ir a la fiesta después de esa actuación de baile tan sexy de antes, sin ocuparme del problema que causaste? —me preguntó.

Tragué saliva con fuerza, con la excitación recorriendo mis nervios.

—¿Qué problema hay?

—El problema de tener la puta polla más dura que tuve nunca, mientras estoy jugando justo delante de tu hermano y mi papá, y tratando de comportarme lo mejor posible.

No pude evitar echar un vistazo a sus jeans negros. Incluso desde la distancia, podía ver el duro contorno de su polla. La polla de Beckett no pasaba desapercibida en los mejores momentos, y así de dura, era un maldito poste de tienda de campaña.

—Pero eso fue hace una hora —me burlé de él.

—Exactamente. Es prácticamente una emergencia médica en este punto —gruñó, dando un paso hacia mí.

—Eso me parece un problema tuyo —dije, con una sonrisa que se extendía por mi rostro acalorado.

Se rió entre dientes.

—Lo estoy convirtiendo en un problema *tuyo*. He estado deseando follarte en una pista de hielo desde la primera vez que saliste a bailar con ese pequeño uniforme. Como por fin tenemos el sitio para nosotros solos, esta noche es la noche.

—¿Ah, sí? —Di un paso atrás y luego otro.

Beckett me observó con leve diversión.

—Tendrás que atraparme primero. —Con eso, giré sobre mis talones y corrí.

Me siguió atronadoramente, con el sonido de sus pesadas botas golpeando las escaleras detrás de mí. Bajé por una de las gradas y luego por las escaleras del otro extremo. Beckett me siguió. Una risa excitada me abandonó ante la emoción de la persecución. Siempre competíamos más de la cuenta, pero en un juego como este lo hacíamos aún más.

Corrí por la orilla de la pista y Beckett invirtió su dirección para cortarme el paso. Retrocedí y casi tropiezo con mis propios pies. Al sentir que se acercaba, decidí salir al hielo.

Estuve a punto de resbalar en cuanto puse todo mi peso en el suelo. Deslizándome un poco, con los brazos girando para mantener el equilibrio, me alejé de Beckett, que acababa de aparecer por la puerta. Salió al hielo sin ninguno de los problemas de equilibrio que yo tenía. El hecho de no llevar botas de tacón le favorecía.

—¿Te rindes, Tiny?

—Nunca.

—Parece que te atrapé. —Sonrió satisfecho—. Justo como quieres estar.

Caminó confiado por la superficie hacia mí. Intenté moverme más deprisa y casi me caigo; mi risa resonó en la pista vacía.

—Si te caes y te lastimas, no me alegraré, Cenicienta. Ese trasero es mío y solo yo puedo magullarlo.

—Eso quisieras, Anderson. —Retrocedí cuando se acercó.

Se abalanzó inesperadamente y me agarró del brazo, arrastrándome hacia su cuerpo.

—Te tengo —murmuró, rodeándome la cintura con el brazo y aprisionándome contra su duro pecho. También me sostenía, así que ya no corría peligro de caerme.

—Ahora, la pregunta es, ¿qué voy a hacer contigo?

—¿Llevarme a la fiesta?

—Era una pregunta retórica, Evie. Sé exactamente lo que voy a hacer contigo y con este problema que me has planteado.

Moví mi mano entre nosotros y lo acaricié a través de sus jeans.

—¿Qué, este problema?

Con un gruñido, se dobló por la cintura y me echó por encima de su hombro.

—¡Oye! —protesté y me retorcí contra su firme agarre.

Cruzó el hielo en dirección al banquillo de los jugadores.

—Oye, nada —gruñó y me golpeó el trasero lo bastante fuerte como para sentirlo a través de mi vestido de suéter—. Tu destino está decidido.

Una vez fuera de la superficie helada, me dejó en las colchonetas frente al banco. Me deslicé lentamente por su cuerpo, mientras mis

Ahora ella es mi compañera de clase...
...mi compañera de cuarto y mi pupila.

curvas rozaban su polla. Me besó con dureza en un movimiento lleno de posesión, agarrándome la barbilla mientras lo hacía, dándome exactamente lo que me gustaba. La sensación de pertenecer a este hombre.

Cuando me quedé sin aliento y me balanceé sobre él, me mordió el labio inferior y se apartó, con ojos hambrientos.

—Date la vuelta y agárrate —me ordenó bruscamente, ayudándome a girarme.

Apenas tuve tiempo de preguntarme qué demonios tenía en mente. Me agarré a la barrera delante del banco, me inclinó y me subió el vestido de un tirón.

—¡Beck! —Mi corazón se aceleró con anticipación.

Me bajó las medias y las bragas con un movimiento suave. Me las dejó justo por encima de las rodillas, aprisionándome las piernas para que no pudiera moverme bien.

—Alguien podría venir —murmuré.

Se inclinó detrás de mí y su aliento caliente me abanicó el trasero. Sus dedos se clavaron en cada nalga, las separó y vio toda la longitud de mi hendidura. Estaba a la vista de él y de cualquiera que pasara por la pista de hielo. Era vergonzoso lo mojada que me ponía la emoción de estar expuesta y de ser potencialmente atrapada.

—No se atreverían —babeó contra mi piel, su lengua salió para lamerme desde el trasero hasta el clítoris y viceversa, hundiéndose en mi interior al pasar por mi entrada.

Me estremecí, más excitada de lo que podía soportar.

—Estás tan mojada, Evie. Creo que te gusta que te persigan y te follen, ¿verdad?

—Solo por ti —murmuré.

Me pasó el dedo por la abertura. Su lengua rodeaba mi agujero fruncido mientras sus dedos presionaban mi interior, haciendo que la

humedad resbalara por el interior de mis muslos. Era extraño, pero increíble.

—Qué buena chica. Solo por mí, hoy, mañana y siempre.

Se puso de pie y el tintineo de su cinturón al desabrochárselo solo me produjo más calor.

—Agárrate fuerte —me advirtió y frotó su polla arriba y abajo por mi abertura.

Escupió en mi abertura, la salpicadura caliente de humedad en el lugar donde su polla empujaría dentro me hizo temblar las rodillas. Entonces empezó a deslizarse. Mi coño se había adaptado mucho mejor a él, pero a veces seguía teniendo la sensación de que me iba a partir en dos.

—Mierda —siseó y tocó fondo dentro de mí. Mi coño se apretó a su alrededor, luchando por aceptar su tamaño—. Buena chica, Evie, acostúmbrate a mí.

Me frotó el trasero con el dedo, el delicado roce me hizo gemir y empujarme contra él, más humedad lo cubrió, todo resbalaba y se deslizaba como si nos hubiéramos empapado en aceite.

—Méteme en ese coño perfecto y agárrame como un guante, Tiny. —Su otra mano rodeó mi cabello y jaló mi cabeza hacia atrás, justo como me gustaba—. Mi perfecta niña buena. —Acompasó sus palabras con los empujones—. Mi amor. Mi única.

Iba a correrme; no podía aguantarlo. El ángulo era perfecto, y la excitación de ser atrapada, más el hecho de que me estaba follando justo donde todo el equipo estaba sentado hacía solo una hora... todo fue demasiado. Cada vez que mirara este banco ahora, iba a pensar en este reclamo perfecto.

Me corrí al igual que él. Una oleada de líquido caliente salpicó mi interior, llenándome y llevándome al límite. Beckett apretó su polla palpitante dentro de mí, frotando todos los lugares correctos, y grité su nombre cuando exploté.

Cuando las contracciones de placer disminuyeron y su polla se deslizó húmeda -agotada, pero apenas más pequeña-, fuera de mi coño, siguió esa sensación deslizante de humedad. Su semen goteaba.

Beckett soltó una carcajada y me agarró las bragas, subiéndomelas por los muslos húmedos. Me puso un dedo humedecido a cada lado del cuello, limpiando ahí su esencia, justo detrás de las orejas.

—Este es tu perfume para la fiesta. —Me puso las bragas en las caderas, y el semen que goteaba de mí se asentó cómodamente entre mis piernas, deslizándose contra mi coño. Siguió con las medias, subiéndomelas por el trasero y bajándome el vestido.

Volvía a estar perfectamente presentable, salvo por el cosquilleo de mi coño y mis bragas llenas de su semen.

Me arregló el abrigo y me puso el gorro en su sitio.

—Vamos, Cenicienta. Es hora de llevarte al baile.



La fiesta era en la habitación de Marcus, en el hotel donde se alojaba el equipo. Isabelle se abalanzó sobre mí en cuanto cruzamos la puerta. Estaba en Nueva York este fin de semana visitando a su familia y aprovechó la oportunidad para venir a celebrar la victoria de los Hellions fuera de casa.

—Creo que por fin empiezo a ver el atractivo del hockey —anunció y se giró para ver a Chase y a Tyler, que ya se habían quitado las camisetas y estaban profundamente absortos en una partida de strip poker con unas Ice Girls.

Isabelle sonrió hacia Beckett.

—Buenas noches, señor Anderson. ¿Hay alguna posibilidad de que te apetezca una entrevista esta noche?

Beckett se rió.

—Esta noche no, suerte. Te veré en un rato, Tiny. Voy a ponerme al día con Ash. —Me dio un beso en la frente y se metió entre la multitud.

Me quité el abrigo y la bufanda y los amontoné junto a la puerta.

—¿De verdad es tan terrible que quiera saber exactamente qué pasó esa noche? —Isabelle hizo un mohín.

—Sucedió tal como te dije.

—¿Pero el accidente de la madrastra de Beckett? Justo unos días después de que Soren Anderson la echara a patadas, además del hecho de que Colette Anderson estaba emparentada con el profesor Jefferies. Hay una historia ahí, ¡puedo sentirla!

—¿Vamos a tomar algo? —Intenté cambiar de tema.

Isabelle puso los ojos en blanco.

—Bien. Emborrachémonos para que te sueltes y me cuentes todo.

—No hay nada que contar —insistí, guiando el camino hacia el dormitorio, donde las bebidas estaban dispuestas a lo largo del mostrador—. No estoy segura de cómo esto se mantiene como un lugar de fiesta.

—Sí, está un poco abarrotado. Especialmente porque algunas de las porristas aparecieron. ¿Por qué están en Nueva York? ¿No saben que esta fiesta es para jugadores de hockey, Ice Girls y sus amigos colgados?

—Agradable —dijo una voz maliciosa detrás de nosotros.

Suspiré internamente. Por supuesto, sería Selena. La chica era como un centavo malo, solo seguía apareciendo.

Selena entró y apartó sutilmente a Isabelle de las bebidas, tomándolas ella misma.

—Marcus me invitó, si quieres saberlo.

—Wow, creía que tenía mejor gusto que eso —murmuró Isabelle y bebió un sorbo de cerveza.

Capté un destello de cabello rubio platinado que venía hacia nosotras.

—¿Marcus Bailey teniendo buen gusto? Esa es buena. —El tono frío y ártico de Winter encajaba perfectamente con su estética. A pesar de su actitud distante, me caía bien. Se apoyó en el mostrador y me dedicó una rara sonrisa—. Eve, buena actuación. El equipo de porristas se lo perdió.

—Sí, gracias a mi primo —murmuró Isabelle a mi lado.

Le conté toda la historia sobre Warner y Beckett y esa noche en la fiesta de fraternidad. Me pareció mal dejar que se preguntara quién le había pegado a su primo cuando yo lo sabía. Para mi sorpresa y alivio, ella se puso de mi parte. Ya tenía una relación tenue con Warner, y gracias a enterarse de lo de esa noche, le caía aún peor. Warner confesó todo, excepto lo de poner un roofie en mi bebida.

—Gracias, fue divertido.

Winter extendió la mano para beber y su pulsera de plata captó la luz.

Isabelle la adoraba. La chica adoraba sus joyas.

—¡Qué bonita! ¿De dónde la sacaste?

Winter vio su muñeca como si nunca hubiera visto la pulsera.

—Es una reliquia familiar.

—Bonita —repitió Isabelle y alargó un dedo para trazar sobre la superficie—. ¿Qué dice?

—No lo sé —dijo Winter desdeñosamente—. Algo en latín.

—¿Está aquí tu hermano? Escuché que pronto se unirá a los Hellions. —interrumpió Selena, claramente cansada de no ser el centro de la conversación durante un minuto. Vio alrededor de la fiesta con interés.

—Hmm, sí, pero eso no significa que se interese por ti —le espeté. ¿Qué podía decir? Ella solo sacaba lo peor de mí.

Winter levantó sus labios rosa pálido, que ocultó tras la mano. No tenía ni idea de por qué aguantaba a Selena.

—Hablando de Asher, voy a ir a buscarlo, vuelvo en un minuto —le dije a Isabelle y le hice un pequeño gesto de despedida a Winter.

Me abrí paso entre la multitud. No era una sala muy grande, así que no tardé mucho en encontrar a Ash.

Estaba de pie en el balcón con los otros Dioses de Hielo, separado de la multitud. Estaba a punto de atravesar las puertas y unirme a ellos cuando capté mi nombre.

—¿Estás seguro de que fue quien le puso el roofie a Eve?

—Hombre, estoy seguro. Lo investigué, lo comprobé... fue Selena. —Marcus le dio vueltas a su botella de cerveza, contemplando las vistas de Nueva York.

—¿Por qué Selena drogaría a Eve? ¿Esperaba que le pasara algo malo? Esa chica... —dijo Ash. Beck estaba viendo melancólicamente la vista, solo escuchando.

—No lo sé. ¿Un favor para Jefferies? Parece metida en algo y no tengo ni idea de qué. —Marcus estaba tenso, podía decirlo en por la línea rígida de sus hombros—. Como sea, no hay que preocuparse por eso ahora, Beckett no dejará que le pase nada a Eve.

Estaba a punto de empujar las puertas para abrirlas del todo y salir cuando unos brazos se cerraron sobre mí por detrás.

—¡Ahí estás! —Lily me abrazó.

Ella aún no superaba el incidente con el profesor Jefferies. Le conté toda la verdad y desde entonces estaba a mi lado siempre.

—¿Quieres tomar algo? —preguntó.

—Claro.

Esa noche, Beckett me sorprendió con una mejora de habitación a la suite del ático. Las vistas eran increíbles. Solo había estado en Nueva York una vez en mi vida, y ahora estaba frente a las ventanas hasta el suelo, con las luces deslumbrando por todas partes.

—Esto es increíble —murmuré y apreté la nariz contra el cristal.

—Tú eres increíble —murmuró Beckett, rodeando mi cintura con sus brazos y besándome la oreja.

—¿De qué estaban hablando antes en la fiesta? Sobre Selena y Jefferies.

—No digas el nombre de ese hombre, me dan ganas de volver y matarlo en vez de entregarlo a la policía.

Era un tema delicado, ya que Jefferies proclamaba su inocencia de los ataques a las otras chicas. Solo asumía la responsabilidad de haberme retenido en su casa, e incluso entonces, ya que fue el más herido de todos nosotros, su abogado lo hacía pasar por una pelea que salió mal. Tuvo la osadía de afirmar que no sabía por qué fui, como si yo fuera una alumna enamorada de su profesor, la sola mención de su nombre enfurecía a Beckett.

Tenía los dedos cruzados para que, una vez que el abogado empezara a trabajar con las víctimas, se les ocurriera algo.

—¿Quieres probarte tu ropa nueva? ¿Darme un desfile de moda?

—No puedo quedármela toda —insistí débilmente mientras me besaba por el cuello.

—¿No te gusta?

—¿Qué? Claro que sí... no se trata de eso. Es demasiado. —Era difícil concentrarse en nada cuando sus manos se deslizaban alrededor de mis caderas y me jalaban contra su duro cuerpo.

—No para mí, no lo es. Estábamos en una cita. Es totalmente normal comprar algo para regalar a tu cita.

Me eché a reír.

—Solo tú compararías algo que podrías regalarle a tu cita, como un ramo de flores de gasolinera, con un armario entero de ropa de diseñador. Estás completamente loco y no tienes noción de la realidad y.... —me interrumpí cuando los dedos de Beckett se introdujeron entre mis piernas, robándome mis pensamientos.

—Y tú me amas —terminó por mí.

—Y yo te amo —repetí.

Deslizó su mano contra la parte delantera de mis bragas, un dedo enganchó la tela a un lado.

—Te quedarás con la ropa.

—Lo pensaré.

—Te la quedarás y todo lo demás que te dé. Has cambiado mi vida, Eve. Es justo que yo también cambie la tuya.

Reprimí un grito ahogado cuando sus gruesos dedos se deslizaron por mis pliegues. Aún estaba mojada por haberme follado antes, pero estaba lista para hacerlo de nuevo, y él también por la sensación de su polla engrosándose contra mi espalda.

—¿De verdad crees que no lo hiciste ya? Soy la chica que nunca perteneció...

—Eso no es cierto —interrumpió—. Nunca olvides... que *tú* me perteneces a *mí*. Me perteneces, y siempre me has pertenecido, incluso desde el principio. Me perteneces y somos el uno para el otro. Fin de la historia.

Me agarró el cabello fuertemente y me giró la cabeza para poder alcanzar mis labios, besándome con fuerza. Con la cabeza aprisionada en su fuerte agarre y sus dedos follándome suavemente por dentro, me sentí abrumada por este hombre. Poseída. Querida. Perteneciendo, por fin. Justo donde debía estar.

—Ahora, aguanta, Tiny, voy a follarte contra este cristal, para que el mundo lo vea.

Ahora ella es mi compañera de clase...

...mi compañera de cuarto y mi pupila.

EPÍLOGO

Eve

En diciembre, Miller's Pond estaba congelado y era perfecto para patinar sobre hielo. Iba ahí con Asher desde que éramos pequeños. Ahí me enseñó a patinar.

Hoy estaba lleno de gente. Parecía que todos los niños de la zona estuvieran patinando, cayéndose, riéndose y, en general, pasándola agradablemente. Yo estaba patinando con Lily e Isabelle. Le estábamos enseñando a Isabelle a patinar y, de momento, era como una cría de ciervo sobre el hielo, intentando poner los pies en el suelo pero cayéndose sin parar.

Cuando terminamos, estaba agotada pero feliz. El día anterior recibimos noticias sobre el caso que atormentaba a la HHU. El profesor Jefferies no iría a juicio. Ronan Black, el intimidante abogado que se ofreció a representar gratuitamente a las víctimas, llamó con la noticia de que Jefferies se ahorcó en su celda durante la noche. Black no lo lamentaba en lo más mínimo y, sinceramente, yo tampoco. A veces, el karma sí que actuaba. Bueno, el karma, o Ronan Black, abogado. Era incluso más peligroso de lo que parecía, lo cual ya era mucho decir.

Empezó a nevar mientras nos alejábamos del estanque. Lily nos llevaba de vuelta al campus. Subimos la colina hasta el estacionamiento y vi un auto que me resultaba familiar esperándome.

—Supongo que nos veremos en los dormitorios —me sonrió Isabelle.

Les dije adiós con la mano y me dirigí al auto que estaba detenido.

La calefacción estaba a tope, y el aire caliente y los asientos con calefacción parecían agradables después de pasar horas en el estanque. Beckett me jaló en cuanto me senté.

—No tenías que recogerme.

—Te extrañé.

—Te vi esta mañana —protesté suavemente.

—Exactamente, hace horas y horas. —Beckett arrancó y se dirigió a la ciudad.

—¿Cómo estuvo la terapia? —le pregunté.

Se encogió de hombros.

—Bien, supongo. Aunque mi terapeuta podría pensar que soy un asesino sanguinario por lo feliz que estoy por Jefferies.

Me encogí de hombros.

—Bueno, entonces, en ese caso, nos hace una buena pareja.

Beckett soltó una carcajada, entrelazó sus dedos con los míos y me besó la mano, manejando con la otra.

—Honestamente, estuvo bien. Le hablé del ático. Está de acuerdo conmigo. Es una buena inversión.

Puse los ojos en blanco. Increíble. Le dije a Beckett que me gustaría ir a una escuela de negocios y estudiar más después de graduarnos. Soren me recomendó Nueva York. El papá de Beckett parecía disfrutar hablando de la empresa conmigo. A Soren le encantaban los números, e inversiones como las que hacía su empresa me resultaban fascinantes. A veces hablábamos durante horas, para disgusto de Beckett. Beckett respondió a mis cavilaciones comprándome un ático con vistas a Central Park como regalo anticipado de Navidad. El hombre era un maniático... pero secretamente me encantaba lo extra que era, él no hacía nada pequeño. No sabía cómo.

—Y si te acaba viendo un equipo que no esté en Nueva York... ¿vamos a vivir separados?

—Bajo ninguna circunstancia. De hecho, para asegurarme de que ni siquiera es una opción, tengo algo para ti. Revisa la guantera.

Lo abrí con curiosidad. Nunca sabía qué esperar de él. Incluso entonces, la pequeña caja de anillos de terciopelo me dejó con la boca abierta.

—¿Qué demonios? —Lo abrí justo cuando Beckett se detuvo y se giró hacia mí—. Esto es un anillo.

—El primero de muchos. —Me quitó la caja y sacó de ella la fina banda con la brillante piedra azul claro. Me la puso en el dedo mientras yo seguía paralizada por la sorpresa.

Asintió con la cabeza al verlo en mi dedo.

—Llevo semanas llevándolo conmigo. Si alguna vez dudas de si viviremos separados después de la graduación, mira ahí abajo y recuerda que eso no va a ocurrir. No voy a dejar que te alejes de mí... nunca.

—¿Me estás pidiendo que me case contigo? —chillé.

Beckett se rió entre dientes.

—¿Crees que te lo pediría aquí, parado al lado de la carretera, con un anillo de menos de quince quilates? Planeo mimarte, Tiny, de un millón de maneras diferentes. Te pediré que te cases conmigo, y dirás que sí... pero mientras tanto, piensa en esto como un recordatorio... de a quién perteneces. —Llevó mi mano a sus labios y me besó el dorso, como un caballero que promete lealtad.

—Y... ¿qué pasa después de la graduación, si te busca un equipo lejano? —le pregunté. Sabía lo importante que era el hockey para Beckett. ¿Me elegiría a mí antes que al equipo de sus sueños?

Se encogió de hombros.

—Entonces quizá cuelgue los patines, puedes encargarte de la empresa de inversiones Anderson de mi papá y dejar que se jubile, y yo me quedaré en casa... con nuestros cinco hijos.

—¿Cinco? —chillé y lo vi atónita.

—¿Seis?

Me quedé mirándolo sin palabras y él se rió.

—No te preocupes por mí, Cenicienta. Ya sea que juegue en Nueva York, críe nuestro propio equipo de Hellions en casa o trabaje contigo y con Soren en el negocio familiar... una cosa siempre será cierta: no te librarás de mí tan fácilmente.

—Supongo que deberíamos hablar de codependencia en algún momento —sugerí.

Beckett se rió entre dientes.

—Llámalo codependencia, llámalo obsesión... yo lo llamo amor. Me perteneces —empezó.

—Y *tú* me perteneces a *mí* —le recordé.

Sonrió.

—Diablos, sí, y somos el uno para el otro, Cenicienta, con nuestro felices para siempre.

Fin.

Ahora ella es mi compañera de clase...

...mi compañera de cuarto y mi pupila.

DELIGHTS

HELLIONS OF HADE HARBOR, LIBRO 2.

ESCENAS EXTRA

Ahora ella es mi compañera de clase...

...mi compañera de cuarto y mi pupila.





MILA KANE

Dark

SWEET Poison

1

Eve

El Bingo

La semana de finales fue aterradora. La única solución al exceso de estudios, exámenes y ansiedad generalizada era la fiesta. Incluso Beckett se esforzó y estudió mucho para sus exámenes, las materias que tanto odiaba adquirían una nueva luz cuando las estudiábamos juntos.

La semana de exámenes apenas nos vimos. Nuestros horarios estaban todos desordenados y Beckett tenía prácticas al mismo tiempo. Incluso en una rutina reducida, aún nos robaba el tiempo libre que podríamos haber tenido juntos.

Después de mi último examen, Lily e Isabelle me tendieron una emboscada afuera del edificio y me arrastraron para cenar y celebrar. Unas horas después, estábamos en una fiesta en el dormitorio de una de las compañeras de biología de Lily, y era mucho más salvaje de lo que esperaba de los estudiantes de la facultad de ciencias.

Acabábamos de llegar cuando Isabelle se giró hacia mí con un brillo en los ojos. Abrió su bolso y sacó un trozo de papel que me resultó familiar.

—No me digas que todavía estás trabajando en esos cartones de bingo —gemí. Después de mi último encuentro con el cartón de bingo en la fiesta de fraternidad hace meses, no estaba ansiosa por repetirlo.

Isabel asintió.

—Diablos, sí, y necesitas mejorar tu juego si quieres tachar todo.

—Estoy fuera.

—¡Oye! No puedes dejarme sola en esta enorme tarea… al menos tacha algunas de las más fáciles —me suplicó Isabelle. Escaneó la tarjeta y sus ojos se posaron en un elemento de la lista.

Levantó la voz antes de que pudiera detenerla.

—¿Quién quiere tomar un shot corporal de Eve?

Se alzó una ovación y varias manos al mismo tiempo.

—¡Isabelle! —siseé.

—¿Qué? —preguntó, con los ojos llenos de falsa inocencia.

Chase se inclinó sobre el mostrador de la sala de estar.

—¿Qué acabo de oír sobre shots corporales y Eve? Estoy dentro. —Me sorprendió verlo. No sabía que ninguno de los jugadores de hockey estuviera en la fiesta. No era su territorio habitual. Beckett me envió un mensaje antes diciendo que iba a salir a comer con los Dioses del Hielo, así que no esperaba verlo en la fiesta, por muy decepcionante que fuera.

Chase me dio una sonrisa maliciosa que me hizo reír, incluso cuando sacudí la cabeza.

—Ya que me gustas vivo, no creo que sea una buena idea.

—No te preocupes por mi salud, Evie, estoy en forma como un violín —Chase rodeó el mostrador y se acercó a mí. Estuvo a un metro antes de que un largo brazo lo detuviera, con una enorme mano plantada sobre su pecho.

—No sería una muerte por causas naturales —Beckett estaba viendo a Chase con el ceño fruncido, simplemente retándolo a seguir adelante. Pasó un brazo posesivamente sobre mis hombros—. Nadie te lame nada, Cenicienta, excepto yo.

Chase se limitó a sonreír.

—Vale la pena intentarlo. —Se alejó mientras Beckett se giraba hacia mí.

—Te dejo sola en una fiesta durante una hora y ya estás causando problemas. ¿Qué es esto?

Sacó el cartón de bingo del mostrador y lo escaneó, silbando en voz baja.

—¿Esto es tuyo?

—Estamos haciendo cosas juntas —añadió Isabelle—. Eve me va a ayudar con algunos ya que, a pesar de mis mejores esfuerzos, todavía no tengo novio.

—Ellos se lo pierden —murmuré y vi hacia Beckett, que tomaba una foto del cartón de bingo.

—Te haré saber cuáles tachamos —le guiñó un ojo a Isabelle, quien asintió.

—Ustedes dos son los peores.

—Pero realmente nos amas. Ahora, hagamos este shot corporal. Es mi primera vez, Tiny, así que ten cuidado conmigo.

La excitación nerviosa se apoderó de mi estómago mientras tres tragos estaban puestos sobre la mesa para otra ronda.

Isabelle examinó el cartón y frunció el ceño.

—El cartón dice dar y recibir un shot corporal, así que ustedes deciden cómo quieren hacer esto.

Beckett se aclaró la garganta.

—Las damas primero —anunció y se subió la camiseta, no lo suficientemente alta como para exponer gran parte de su pecho, pero sí la cantidad justa para mostrar sus abdominales dignos de babear.

Una fuerte ovación surgió del público. Sí, ahora teníamos audiencia.

Se sentó y tomó un shot lleno de tequila, luego metió la parte inferior del shot por la cintura de sus jeans, tensando sus abdominales con fuerza para que encajara. Su sonrisa malvada le prendió fuego a mi sangre.

—¿Hablas en serio? —Mis mejillas ardieron.

—Creo que así es como se hace. —Beckett echó la cabeza hacia atrás y sonrió lentamente—. Lame una línea y pon la sal... en el lugar que elijas.

—Hmm, ¿entonces yo estoy a cargo? —Tomé el limón y le metí la cáscara dentro de la boca, amordazándolo con ella. Sus pupilas se dilataron y sus ojos nunca me abandonaron mientras me bajaba al suelo y abría sus rodillas. Lamí una línea justo al lado de su rastro del tesoro, terminando en su ombligo.

Lo vi mientras espolvoreaba la sal. El pulso le latía con fuerza en la garganta.

Me incliné y lamí la línea salada que subía por su vientre plano y duro, y luego me estiré para agarrar el shot en mi boca. Bebí el trago y dejé el shot, luego me levanté para alcanzar su boca. Se inclinó para ayudarme y pasó su mano por detrás de mi cabeza. Presionó el limón en mi boca, sus labios rozaron los míos antes de que me retirara.

Mordí el limón y su picor ahuyentó el ardor del tequila. Aún así tosí, de todos modos.

Beckett me vio recuperarme por un momento y luego se puso de pie.

—Mi turno.

Su voz era como grava. Señaló la mesa.

—Arriba.

—¿No lo haré en la silla?

—Probemos algo diferente.

Dio unas palmaditas en la mesa.

—Acuéstate y súbete la blusa.

Puso el limón en mi boca antes de que pudiera protestar y me guió de regreso. No me molesté en protestar. Tenía curiosidad por ver a dónde iba con esto.

Jaló mi blusa hasta que apenas cubrió mi sostén, y luego lamió una línea hasta mi vientre, espolvoreando sal después, luego, vertió el tequila directamente en mi ombligo y jadeé ante la sensación. Ahí acostada, todo lo que podía ver era a él. El resto de la habitación desapareció. Sus ojos estaban fijos en los míos. Parecía que éramos las dos únicas personas en el mundo.

—No te muevas o lo derramarás —me advirtió.

Se inclinó y lamió la línea de sal, su lengua se arrastró sobre mi piel de una manera que me volvió loca, luego succionó el alcohol de mi ombligo, su lengua lo rozó después, enviando una línea de calor directamente entre mis piernas. Se acercó a mí y agarró el limón, aplastándolo de alguna manera, chupando el jugo, mientras acariciaba sus labios con los míos.

Me quedé aturdida cuando él se reclinó.

—Delicioso —pronunció, luego se sacó la cáscara de limón de la boca y la dejó caer en el shot vacío.

Me senté lentamente, con mi cabeza dando vueltas por el tequila y el recuerdo de su lengua en mi ombligo.

—¡Mierda! Eso fue sexy —Isabelle estaba ahí, jalando mi blusa sobre mi cintura mojada.

¿Y se suponía que debía continuar con mi velada ahora? ¿Como si nada hubiera pasado?

Imposible.

Claramente, no era la única que se sentía así, porque Beckett me agarró de la cintura y me acercó.

—Nos vamos, Cenicienta, ¿dónde está tu bolso?

Beckett

Apenas pasamos por la puerta cuando mis labios aterrizaron en los de Eve. Eso fue muy sexy y ahora necesitaba más. No tuve tiempo de calidad con mi chica en toda la semana y ya era hora de arreglar eso.

Ella se echó hacia atrás cuando entró en nuestra habitación.

—¿Por qué tomaste una fotografía del cartón de bingo?

Me encogí de hombros y tomé mi teléfono.

—Deberíamos ayudar a Isabelle a solucionar algunas cosas. Es lo más amigable que se puede hacer.

Le di una sonrisa mientras revisaba la lista.

—Número ocho. Hagámoslo ahora.

Eve se inclinó sobre mí para ver la pantalla.

—¿Baile erótico, en serio?

—Como un infarto. Quiero ver esos movimientos que muestras de forma gratuita ante todos los fans de los Hellions, de cerca y en persona.

Me vio fijamente durante un largo momento, con el pulso acelerado en su cuello, y luego se puso de pie abruptamente.

—Mmm, ¿así o más celoso?

Simplemente asentí.

—Muy.

Ella se rió, el sonido iluminó mi corazón, llenándome de una paz y una satisfacción de la que nunca supe que era capaz.

Eve encendió una lámpara y apagó la luz del techo, haciendo que la habitación estuviera oscura y taciturna.

Se mordió el labio y vio alrededor de la habitación, luego señaló el sillón en el ventanal.

—Siéntate, entonces —dijo, señalándolo.

Obedecí y ella se paró frente a mí, con las manos en las caderas.

—Espero que, dado que se trata de un baile erótico, sigas las reglas habituales. No tocar. —Una sonrisa apareció en sus labios.

—Te han dado muchos bailes eróticos, ¿verdad? —bromeé con ella.

—No, pero todo el mundo sabe lo de no tocar. —Ella puso los ojos en blanco.

Ahora ella es mi compañera de clase...

...mi compañera de cuarto y mi pupila.

—Está bien, Tiny. No tocar. Incluso puedes multarme con una tarea de bingo si la rompo.

—¿En serio? —El interés brilló en sus ojos.

Me encantaba el lado juguetón de Eve. A ella le gustaba jugar conmigo tanto como a mí me gustaba jugar con ella.

—En serio.

Ella lo consideró, y una sonrisa traviesa se extendió por su hermoso rostro.

—Okey. Trato. Déjame poner algo de música. —Jugó con su teléfono por un segundo y luego algo lento y sensual apareció.

El ritmo me atravesó mientras la miraba. Se movió sin esfuerzo, serpenteando sus caderas en un círculo y pasando sus manos por sus costados. Ella era una bomba bailando y siempre lo fue. Pensé que nada podría superar su actuación para las Ice Girls, pero me equivoqué. Eve realmente era la tentación original. Una mujer construida para convertir a un hombre en pecado.

Se dio la vuelta y se inclinó hacia adelante, agachándose y dándome un vistazo de sus bragas. Su falda de mezclilla era absolutamente indecente y no había forma de que pudiera apartar la mirada.

Se enderezó lentamente y sus ojos se dirigieron a la ventana cuando se escuchó un sonido en la calle de abajo.

—Mírame —insté—. Mantén esos ojos en mí.

Su mirada se fijó en la mía y fue aún más excitante ver el oscuro deseo escrito ahí. Ser deseado por esta mujer lo era todo. Se giró, onduló su cuerpo y pasó su mano por su cuerpo, entre sus pechos.

—Quítate la blusa. Nadie baila en el regazo con tanta ropa. —Mi voz estaba estrangulada por la lujuria.

Alcanzó el dobladillo de la blusa sin mangas.

—Eres tan mandón.

—Y tú te ves tan jodidamente sexy en este momento. —Me incliné hacia adelante, absorbiendo la vista de su cuerpo apareciendo gradualmente a la vista.

Llevaba un pequeño sujetador transparente que no ocultaba sus pezones. Eran capullos duros de color marrón oscuro que pedían ser chupados.

—Tócate las tetas —continué, ajustando mi polla. Estaba presionando con tanta fuerza mi cremallera que sentí como si fuera a romperse.

Sus manos fueron a sus tetas cubiertas por el sujetador. Tenía unos pechos perfectos. Pesados y de aspecto maduro, rebotaban mientras ella se movía, y apenas pude evitar alcanzarla. Pasó sus manos por las pesadas curvas y se tocó los pezones, jugando con ellos para que yo los viera.

—Mierda, sí —siseé.

Ella se acercó, puso una pierna sobre la mía y se sentó a horcajadas sobre mi muslo.

—No tocar, ¿recuerdas? —Su suave castigo me arrancó un gemido. ¿Cómo podría resistirme a algo tan sublime?

Mantuve mis manos a mis costados con una fuerza de voluntad que no sabía que poseía hasta este momento.

Se movió sugerentemente sobre mi pierna, arrastrando su coño cubierto de encaje arriba y abajo por mi muslo.

Sus tetas oscilantes estaban tan cerca de mi cara, que si se inclinaba un poco hacia adelante, podría asfixiarme con esas cosas hermosas y moriría como un hombre feliz.

La música cambió de ritmo, y ella se dio la vuelta y se deslizó hacia atrás para que su trasero descansara contra mi polla.

—Esto es lo que hacen en los bailes eróticos, ¿verdad?

—No tengo idea, pero no puedo imaginarlo —murmuré.

Ella se quedó quieta por un momento, y su peso contra mi polla fue casi suficiente para hacerme correrme.

—No puedo imaginar que nadie haya sido tan sexy en un baile erótico.

—Sí, claro.

—¿De verdad no sabes lo sexy que eres, cariño? —le murmuré al oído mientras ella se recostaba contra mí, retorciéndose con el ritmo en mi regazo. Cada movimiento acariciaba mi polla a la perfección. Mi Eve todavía era tan inocente de su atractivo, ingenuamente sexy y ella misma sin esfuerzo en todo momento.

No pude contenerme ni un segundo más, mis brazos se cerraron alrededor de ella y se quedó quieta.

Tomé sus senos, froté mis dedos contra sus pezones y luego me deslicé por su estómago plano hacia sus bragas.

—Esto es tocar —señaló sin aliento.

—Jodidamente cierto, lo es. Aceptaré lo que quieras darme, pero no voy a parar. No puedo.

—Bien.

Su voz era poco más que un susurro, pero me llenó de una satisfacción como nunca la sentí. Una posesión espesa y caliente me inundó.

Ella se movió de nuevo, frotando su perfecto trasero contra mi polla, justo cuando mis dedos hurgaron en sus bragas. Su coño estaba muy mojado. Recorrí arriba y abajo su abertura y deslicé mi dedo medio dentro de ella.

Ella gimió, empalada en mi mano, y sus nalgas apretadas alrededor de mi polla. Mi pulgar encontró su clítoris y lo rodeé, sacudiendo el capullo hinchado sin piedad.

Ella se corrió con dos dedos más dentro de ella y mi pulgar frotando su clítoris. Sostuve su cuerpo contra mí, más excitado que nunca en mi vida. Ella aún palpitaba a mi alrededor cuando aparté mi mano de ella, la levanté de mi regazo y la arrojé sobre la cama a mi lado. Era tan pequeña, cada centímetro de su cuerpo estaba duro y perfectamente formado. Yo era un bruto al lado de su delicadeza y, sin embargo, ella no se inmutó ante mi toque áspero.

—¿Qué estás haciendo?

—Probándote. —Me arrodillé entre sus piernas y le quité la falda y las bragas de un jalón—. Déjame ver tu lindo coño, Evie. Necesito verlo. Déjame volver a casa.

Ella era jodidamente flexible, empujé sus rodillas hacia atrás, sosteniéndola en una especie de división, abriendo su perfecto coño maravillosamente.

Me incliné y la lamí, y ella casi se cae de la cama. Siempre tan sensible.

—Beck... ya me corrí —tropezó con las palabras, retorciéndose locamente debajo de mí.

—Y lo harás otra vez, pero esta vez me dejarás probarlo —murmuré, moviéndome para poder deleitarme con su coño a mi gusto.

Bajé mi cara hacia ella y lamí. Ella ya estaba muy mojada por correrse hacía apenas unos minutos. Su abertura estaba caliente y resbaladiza cuando hundí más dedos esta vez, metiéndolos y sacándolos mientras un sonido húmedo llenaba la habitación.

—Oh, Dios —jadeó, mortificada por el sonido húmedo.

—Eso es un cumplido, Tiny. Significa que estoy haciendo un muy buen trabajo y no debo parar. —Imprimí cada palabra contra la parte interna de su muslo.

—¡Oh! ¡Entonces no pares! —Ella gimió y levantó sus caderas para rozar mi cara, sus dedos jalaron mi cabello.

Ella era otra cosa. Mierda, amaba a esta mujer. Me sumergí de nuevo en su coño, con la lengua primero, concentrándome en su clítoris mientras mis dedos la follaban.

Ella gritó cuando se corrió como si tuviera miedo de la sensación. Su coño explotó con humedad, empapándome. La trabajé, chupando la mayor cantidad de su liberación que pude. Era dulce, como ella, y yo era el único hombre en este planeta que lo había probado. Se sentía como ganar algún tipo de guerra. Yo era el último hombre en pie en un campo de batalla lleno de cadáveres. El vencedor. Imparable, y necesitaba más. Más de ella. Más de todo.

Ahora ella es mi compañera de clase...
...mi compañera de cuarto y mi pupila.

—Nunca lo olvides, este coño es mío, Evie. No es para nadie más. Nunca.

Estaba flotando, con las pupilas dilatadas y la piel enrojecida. Me retiré, mientras mi polla me gritaba pidiendo liberación.

Me bajé los pantalones cortos. No podía esperar. Tenía que correrme.

—Lo sé, mandón —respiró ella.

Ella me vio directamente a los ojos y sonrió. Era como una ruptura entre las nubes de un cielo implacablemente tormentoso. Un rayo de puta luz pura, cayendo sobre mí. Yo, la persona que no merecía nada. Aun así, ella miró fijamente mis indignos ojos y sonrió con todo su corazón.

Saqué mi polla de mis boxers y la agarré. Eve se apoyó en los codos y vio fijamente. Sus ojos se abrieron con satisfacción. Caí hacia adelante sobre un brazo y el otro acarició furiosamente mi polla. Me corrí rápido, ya estaba muy cerca. Pulsé con fuerza y largas cintas blancas atravesaron el coño desnudo de Eve. La vista me arrancó un gruñido. Me sentía tan bien al ver mi semen perlado en sus rizos marrón oscuro y azabache sobre su vientre. No pude parar.

Me sentí ligero cuando bajé mi polla hasta su vientre y la pasé por su piel, dejando las últimas gotas de mí ahí. Solté mi polla cansada, incapaz de apartar los ojos del charco blanco que se acumulaba en su vientre y en su coño.

—¿Y qué diablos se supone que debo hacer con esto? —preguntó con voz ronca.

Cedí al impulso depravado de marcarla con mi semen. Mojé mis dedos en el blanco cremoso y lo extendí en círculo, frotándolo en su piel como si fuera una crema hidratante.

—Nada, no te deshagas de esto o me veré obligado a hacerlo de nuevo.

Algo oscuro y malvado cambió en los ojos de Eve. Algo que le hablaba a todos los lugares oscuros y malvados que había en mí. Ella lo entendía. Me agarro, y asintió lentamente. Esta posesión entre nosotros era más

grande que los dos, algo antiguo. Un impulso primario de estar juntos y aceptar cada parte del otro.

Llevé mis dedos mojados a sus labios llenos y esperé su reacción. Ella separó los labios y presioné mis dedos dentro. Su lengua se movió en círculos alrededor de mis dedos, limpiando su sabor.

Yo era el hombre más afortunado del mundo.

Realmente conocía a mi pareja.

Ahora ella es mi compañera de clase...
...mi compañera de cuarto y mi pupila.

2

Beckett

Pastel de cumpleaños

Los cumpleaños siempre fueron un día difícil para mí. No solo pensaba en mi mamá y en todo lo que se perdió, sino que también recordaba el día en que mi vida dio un giro brutal. Entonces, hice todo lo posible para restarle importancia al día y olvidarlo, si podía.

Eve claramente tenía otra idea. Supe que estaba planeando algo. Era una mentirosa terrible, y sus esfuerzos por sacarme del apartamento siete un sábado por la tarde, el día antes del gran día, fueron una gran revelación.

Aún así, no quería decepcionar a mi chica, así que fui.

Cuando regresé a los dormitorios, había un silencio sospechoso cuando abrí la puerta del apartamento de los Dioses del Hielo. Tenía planes de mudarme pronto del campus. Eve y yo teníamos un lugar cerca. Asher ocuparía nuestra habitación en el apartamento, ahora que estaba de regreso y en los Hellions. No podía esperar a vivir solo y tenerla para mí nada más.

Entré como un cordero dispuesto al matadero, y esperé un momento antes de que las luces se encendieran y los gritos llenaran el aire.

—¡Feliz cumpleaños! —Mis amigos aparecieron por la habitación, mal escondidos en primer lugar. Sus sonrisas eran fáciles y sus buenas intenciones palpables. Eve vino hacia mí y algo en mi interior se relajó. Algo a lo que me estuve aferrando durante años y años.

—Feliz cumpleaños, Beck —murmuró, abriendo los brazos para mí. La agarré y presioné mi cara en el hueco entre su cabeza y su hombro e inhalé profundamente. Era el olor a hogar. Ella me curó. Saqué los malos pensamientos y los recuerdos feos de mi mente con un fuerte empujón.

—Descarada, sabes que no celebro cumpleaños —le gruñí al oído.

—Tú no estás celebrando... yo te estoy celebrando. —Ella se reclinó y me vio—. Déjame reemplazar esos fantasmas con algo bueno. Toda esta gente aquí quiere estar contigo. No los excluyas. Si lo odias, nunca lo volveremos a hacer.

—No puedo odiar nada de lo que haces. Es imposible, Tiny. —Le di un beso en la frente y me giré hacia Asher mientras se acercaba.

Él hizo una mueca.

—No con compañía, te lo ruego —dijo y luego abrió un brazo para intervenir y darme un abrazo de lado—. Feliz cumpleaños, cuñado.

—¡Asher! —Eve protestó—. Para.

—Ash, no pares. Me gusta escucharlo —sonreí ampliamente—. Estoy trabajando en eso, cuñado.

Marcus y Cayden estaban aquí, Lily e Isabelle, incluso Tyler y Chase, y un par de chicos más del equipo que me agradaban.

—Toda la pandilla está aquí —reflexioné.

—No tienes idea —dijo Eve y asintió significativamente hacia la cocina.

Encontré a mi papá en la cocina con Melly Martino. Algo que no sabía se rompió y se fusionó al verlo. Melly hizo un pastel y mi papá estaba encendiendo las velas.

En unos pocos meses, Eve, Ash y yo nos convertimos en elementos fijos para el almuerzo del domingo en la nueva casa de Melly. Comíamos su deliciosa comida y después limpiábamos la cocina, a pesar de sus protestas. Ella se preocupaba por nosotros, incluido yo, tratándome como a un hijo más, envolviéndome en calidez maternal y buenos deseos. El solo hecho de verla hoy, en mi cumpleaños, el día que

había llegado a odiar, me alegró el corazón, y mi papá… era el primer cumpleaños en el que lo veía desde antes de que mi mamá falleciera. Que él estuviera aquí, encendiendo pequeñas velas azules y limpiando las gotas de glaseado de nuestro mantel de plástico ahora era evidencia de lo mucho que estaba tratando de hacer las cosas bien. No era perfecto, ninguno de nosotros lo era, pero era lo suficientemente bueno.



Cortamos el pastel y la gente cantó. Los papás se fueron al cabo de un rato, pusimos música y nos relajamos. La conversación fluyó y el tiempo pasó. No me pasó por la cabeza ningún mal recuerdo. Todos habían sido expulsados. Reemplazados.

Eve pasó a mi lado, la agarré y la senté en mi regazo, distraído de la charla de hockey con la mera visión de mi pequeña salvadora.

—¿Te estás divirtiendo? —preguntó, derritiéndose en mi abrazo.

Besé el costado de su cara y tarareé.

—Creo que esto podría ser una nueva tradición.

—¿El cumpleañero tiene algún otro deseo en su gran día? —preguntó.

Negué con la cabeza.

—Solo te quiero a ti. Solo a ti, mientras yo viva.

La sonrisa de Eve iluminó la habitación.

—Bueno, lo mismo.

La acerqué y vi alrededor de la habitación, a mis amigos.

De ahora en adelante, cuando pensara en mi cumpleaños, este sería el recuerdo.

Mi papá encendiendo velas y Melly dándole órdenes. Mis amigos reuniéndose para comer juntos y pasar el rato, despreocupados y felices.

Aquí, juntos, con mi Cenicienta a mi lado.

Este era mi “felices para siempre”.

DELIGHTS

HELLIONS OF HADE HARBOR, LIBRO 2.

Fin... otra vez.

Ahora ella es mi compañera de clase...

...mi compañera de cuarto y mi pupila.





MILA KANE

Dark

SWEET Poison

DELIGHTS

HELLIONS OF HADE HARBOR, LIBRO 2.

AVANCE DE TWISTED DEEDS

Asher

Salí de la casa de la piscina. El partido se estaba alargando y nadie se dio cuenta cuando me fui. Me dirigí a la parte delantera de la casa, donde estacioné mi moto, me puse el casco y salí. Había bebido unas cuantas cervezas, así que me aseguraría de conducir con cuidado.

Iba conduciendo por la sinuosa carretera costera que llevaba a la ciudad desde la casa de Beckett, cuando vi una figura caminando por la carretera.

Reduje la velocidad inmediatamente. Era peligroso caminar por esta carretera. No había acera, ni farolas, todas las putas esquinas eran ciegas. Mi faro parpadeó sobre la figura y reconocí inmediatamente la espalda de Winter.

¿Qué demonios?

Me adelanté a ella y luego me detuve. Ella se detuvo al verme y siguió hacia mí.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté.

—Caminando. Supongo que realmente patinas por la apariencia y el hockey, ¿no es así, Asher?

—¿Por qué estás caminando como una maldita idiota por este camino? Es peligroso.

Dejó escapar una carcajada.

—Créeme, caminar a casa por el campo no es peligroso. No te preocupes por mí. Estoy bien.

Dio un paso a un lado.

—Sube. Te llevaré —le ordené.

Ahora ella es mi compañera de clase...

...mi compañera de cuarto y mi pupila.

Sacudió la cabeza.

—Paso.

Salió a la carretera y pasó junto a mí.

Realmente era la persona más molesta que conocía.

—Hablo en serio, Reina del Hielo. No quiero volver a casa y enterarme mañana de que la policía tuvo que sacarte de esta carretera. Súbete a la moto y estaremos en la ciudad en cinco minutos.

Winter suspiró.

—Deja de intentar salvarme, Asher. No tiene sentido. No quiero ni necesito tu ayuda.

—Por el amor de Dios —murmuré, perdiendo la paciencia. Me bajé de la moto, levanté el caballete de una patada y me acerqué a su espalda. La rodeé por en medio con los brazos y la levanté en el aire, llevándola hacia mi moto. Ella luchó infructuosamente entre mis brazos.

—¡Quítame tus manos de encima!

—Lo haré, una vez que estés en mi moto.

—No, suéltame ahora —se retorció violentamente y casi pierdo el control. Finalmente, conseguí llevarla hasta mi moto. Luchó contra mí mientras la bajaba y la enjaulaba contra el asiento con un brazo a cada lado.

—Mira. Podemos hacer esto por las buenas o por las malas. Por las buenas, te subes, te llevo a casa... y no volvemos a hablar.

—¿Y por las malas?

—Por las malas, te ato las manos a la cintura y te hago sentar ahí. Lloras y suplicas y te quejas todo el camino a casa, y luego te dejo atada en el patio delantero para que tu papá te encuentre.

—Muy gracioso —murmuró.

Me encogí de hombros.

—No soy conocido por mi humor. Hablo muy en serio, majestad. Decide.

Ahora ella es mi compañera de clase...
...mi compañera de cuarto y mi pupila.

Resopló y desvió la mirada hacia las olas que golpeaban las rocas.

El momento me dio la oportunidad de estudiarla, de cerca y en persona. Estaba tan despampanante como siempre, más aún, ya que estaba tan cerca que podía ver las puntas de sus pestañas acarameladas y la más leve pizca de pecas sobre el puente de su nariz.

—¿Por qué te importa si muero, Martino? Acabo de decirte que vales menos que mi vibrador —replicó, levantando sus ojos azul cielo hacia los míos.

Me encogí de hombros.

—Reconozco la actitud defensiva cuando la oigo. ¿Algo que dije sobre papi y su dinero te irritó, Reina del Hielo?

Se revolvió el cabello y me fulminó con la mirada.

—No me llames así, y no, no me molesta nada de papi ni de su dinero... dos cosas que tú no tienes… —terminó con un giro de labios que bien podría haber sido una sonrisa o una mueca.

En ese momento, cuando la ira podría haberme abrumado, me fijé en cómo latía el pulso en su delicado cuello y cómo su inteligente barbilla se inclinó hacia arriba como la realeza. La ira se transformó en malévola diversión. Solté una carcajada sombría.

—Eres una maldita mocosa, Winter. ¿Alguien te lo dijo alguna vez? —musité.

Sus ojos se entrecerraron.

—¿Perdón?

—Te llamé mocosa, majestad. Engreída, distante, jodidamente elegante y maleducada como el infierno. Ten cuidado de que alguien, en algún lugar, no decida demostrarte que el sol no brilla por tu trasero... y te ponga en tu sitio.

—¿En mi sitio? —Winter enarcó una ceja, con la furia brotando de sus ojos. Se veía gloriosa así. Había conseguido irritar a la chica más distante e intocable de HHH y su ira era algo hermoso. Se lamió los labios, un

Ahora ella es mi compañera de clase...
...mi compañera de cuarto y mi pupila.

movimiento involuntario que atrajo mis ojos. Sus labios eran tan bonitos como una pintura clásica, en forma de arco, brillando a la luz de la luna.

¿A qué sabían?

El pensamiento no invitado se coló por mi mente y bajó por mi cuerpo. Estaba duro, me di cuenta vagamente, en la parte objetiva de mi cerebro. Enjaular a Winter contra mi moto y decirle por fin todo lo que pensaba, pero que nunca lo había hecho antes, era liberador, y su reacción de mocosa me excitó.

—Sí, en tu puto sitio —la agarré de la barbilla para evitar que me mordiera cuando me incliné cerca de su oreja—. De rodillas... arrastrándote, desnuda y modesta, hasta que el acto de mocosa muera...

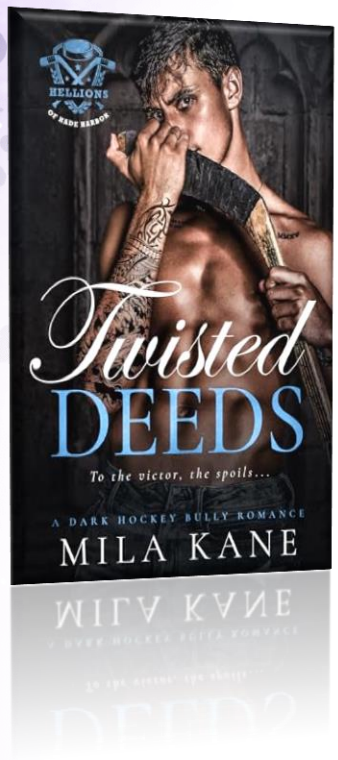
Ella tragó saliva y el silencio a nuestro alrededor era tan callado, que podía escucharlo. Cuando habló se hizo el silencio.

—¿Entonces qué pasa? —me preguntó.

—Entonces... descubres quién eres realmente, porque esto de ser una chica mala y una Reina del Hielo... se está volviendo aburrido —terminé, y me aparté, dando un paso atrás para poder aspirar un poco de aire fresco y despejarme.

Nos miramos fijamente durante un largo momento, y luego Winter apartó la mirada.

SIGUIENTE LIBRO



La llaman la Reina del Hielo.

Winter DeLaurie. Fría por nombre y por naturaleza.

Siempre fue una niña mimada, la princesita de papá, mientras que yo soy el chico del lado equivocado de las vías. Siempre ha dejado claro que estoy por debajo de ella.

Fue odio a primera vista.

Pero cuando necesita ayuda, no puede recurrir a nadie de su confortable vida acomodada.

Ella necesita un hombre que no tema ensuciarse las manos.

Ella vino a mí.

La ayudaré, por un precio.

He empezado a pensar que, aunque odie a la Reina del Hielo, no me importaría ensuciar su inocente imagen de princesa.

Incluso la realeza puede caer, y planeo arruinar a esta completamente.

Hellions of Hade Harbor, libro 3.

Ahora ella es mi compañera de clase...

...mi compañera de cuarto y mi pupila.

DELIGHTS

HELLIONS OF HADE HARBOR, LIBRO 2.

Ahora ella es mi compañera de clase...

...mi compañera de cuarto y mi pupila.



MILA KANE

Dark

SWEET Poison